FERNANDO LILLO REDONET

# LOS JINETES DEL MAR

## EL SECRETO DE CARTAGO

*Novela histórica*



*Ediciones***Evohé**

"VERBA VOLANT, SCRIPTA MANENT"

Evook

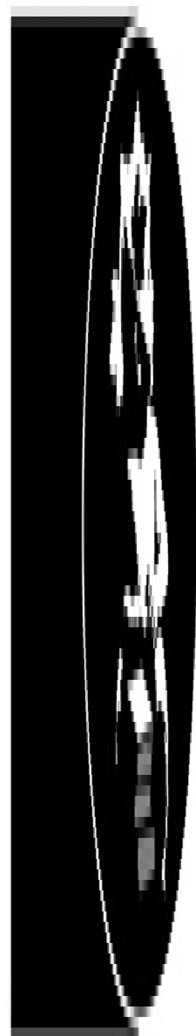
*Histórico-Mitológica*

# LOS JINETES DEL MAR
## El secreto de Cartago

Fernando Lillo Redonet

10

ANIVERSARIO



Ediciones Evohé

*Para Marisa, mi esposa,*
*y para nuestros hijos Santiago, Tomás, Andrés y Pablo,*
*que me acompañan cada día más allá de las Columnas de Heracles*

« Les pareció a los cartagineses que Hannón
navegara más allá de las Columnas de Heracles... »
*Periplo de Hannón,* líneas 5-6

# *Dramatis personae*

## Personajes históricos

**Amílcar:** de la familia de los magónidas, dirigió la expedición en Sicilia en el 480 a. C. y tras la derrota en Hímera se quitó la vida. Padre de Hannón y de Himilcón.

**Aristodemo:** guerrero espartano superviviente de la batalla de las Termópilas debido a una infección ocular. Al volver a Esparta le llamaron el Temblón. En la batalla de Platea luchó valientemente contra los persas, aunque sus contemporáneos no le honraron porque había luchado en solitario, fuera de las filas de la falange, y deseando la muerte. El hecho de que participara en la expedición de Hannón es ficticio.

**Asdrúbal:** comandante de las fuerzas cartaginesas contra los romanos en la Tercera guerra púnica. Esposo de Elisa. Polibio lo presenta en sus *Historias* como un personaje débil.

**Autololes** : pueblo belicoso del norte de África que los autores clásicos sitúan en el actual Marruecos.

**Dido:** personaje envuelto en el mito. Se dice que fue la fundadora de Cartago y su primera reina. Procedía de Tiro de donde tuvo que huir a causa de la persecución de su hermano Pigmalión. Algunos la identifican con Tanit, la diosa protectora de la ciudad de Cartago. En la *Eneida* de Virgilio se quita la vida al partir Eneas de su lado por orden de los dioses. En esta novela aparece citada, pero también hemos tomado su nombre para la ficticia esposa de Hannón.

**Elisa** : nombre ficticio que hemos dado al personaje histórico de la mujer de Asdrúbal, comandante de Cartago durante su caída, que tuvo un comportamiento heroico en contraste con el de su marido. El nombre lo hemos tomado de Elisa, la fundadora mítica de Cartago, más conocida como Dido.

**Escipión Emiliano:** (185/4 a. C-129 a. C.) Fue el segundo hijo de Emilio Paulo, adoptado luego por Publio Escipión, hijo de Escipión el Africano. Reunió en torno a sí a gente cultivada en el llamado « círculo de Escipión » . Conquistó y arrasó Cartago en el 146 a. C. poniendo fin a la Tercera guerra púnica. En el 133 a. C. destruyó la ciudad de Numancia, que se resistía durante largo tiempo a las tropas romanas.

**Éurito:** hoplita griego de la batalla de las Termópilas. Sufría una enfermedad ocular y fue retirado del combate, pero finalmente se reincorporó a él.

**Gelón:** (c. 540-478 a. C.) tirano de Siracusa que se alió con Terón, tirano de Agrigento, para hacer frente a los cartagineses en Hímera.

**Gorgo:** esposa de Leónidas, rey de Esparta. La tradición habla de ella como de una mujer fuerte y valerosa, como no podía ser de otra manera siendo espartana.

**Hannón:** llamado Hannón el navegante. Sufete de Cartago que llevó a cabo una expedición posiblemente hasta el actual Camerún. Hijo de Amílcar y quizá hermano de Himilcón.

**Himilcón:** quizá hijo de Amílcar y hermano de Hannón el navegante. Viajó hasta la costa sur de Inglaterra y Bretaña. El relato de su viaje se ha perdido, pero conservamos referencias en Plinio el Viejo y Avieno.

**Jerjes:** rey de Persia (486-465 a. C.), hijo de Darío y Atosa, emprendió una expedición de castigo contra las ciudades griegas para vengar la derrota en la batalla de Maratón. Venció en las Termópilas, pero fue derrotado en la batalla naval de Salamina.

**Leónidas:** uno de los dos reyes de Esparta que cayó valientemente defendiendo el paso de las Termópilas. Aquí damos una versión alternativa de su muerte con respecto a la trasmitida por el historiador griego Heródoto.

**Leotiquidas:** rey de Esparta contemporáneo de Leónidas. Leotiquidas se quedó en la ciudad cuando Leónidas partió a las Termópilas.

**Magón:** nombre ficticio que hemos dado al personaje histórico de uno de los hijos de Asdrúbal, comandante de Cartago en el 146 a. C. Es un nombre cartaginés muy conocido.

**Megistias:** adivino espartano que acompaño a Leónidas en las Termópilas. Falleció en el lugar al no querer retirarse.

**Peuhls:** pueblo de pastores nómadas. Se cree que en la Antigüedad ya circulaban por el África occidental.

**Polibio:** (200 a. C.-después del 118 a. C.) historiador griego del círculo de Escipión Emiliano. Su obra *Historias* en cuarenta libros que no se conservan en su totalidad abarcaba desde la Primera guerra púnica hasta la destrucción de Cartago narrando cómo Roma se hizo dueña del Mediterráneo. Él mismo fue testigo de la

caída de Cartago en el 146 a. C. y realizó luego una expedición exploratoria por la costa oeste de África.

**Sataspes:** noble persa, sobrino del rey Darío, que por un acto de violación fue condenado por el rey Jerjes a ser empalado. Su madre intercedió por él y en lugar de la pena se le encargó circunnavegar África. Partió, pero tuvo que regresar antes de concluir su tarea porque no pudo navegar más allá de determinado lugar. Contaba que se había encontrado con hombres de pequeña estatura, quizá pigmeos. El rey Jerjes no le creyó y ordenó que el castigo fuera ejecutado.

**Terón** : tirano de Agrigento (488-472 a. C.). Se apoderó de Hímera y sus habitantes llamaron a los cartagineses en su auxilio. Con la ayuda de Gelón, tirano de Siracusa, Terón los derrotó.

## Personajes ficticios

**Akbar:** intérprete y guía de Liks que acompaña a Hannón en su viaje.

**Aníbal:** hijo de Bomílcar y Arishat. Se embarcará en la expedición bajo la protección del piloto Sebub.

**Arishat:** esposa de Bomílcar y tabernera en Cartago. Junto a su marido se embarcará en la expedición de Hannón.

**Belo:** senador de Cartago y poderoso comerciante partidario de la alianza con Persia.

**Bomílcar:** esposo de Arishat y tabernero de Cartago. Ambos seguirán a Hannón, pero pronto dejarán la expedición.

**Dido:** esposa ficticia de Hannón. Tomamos su nombre de la fundadora mítica de Cartago tanto para destacar las características de fuerza y estabilidad de su personaje como por su asociación con la diosa Tanit, protectora de la ciudad.

**Hasis:** embajador de Liks (Larache). Representa los intereses de su ciudad en la expedición.

**Isthar:** prostituta de la taberna de Las Tres Gracias y personaje clave en la novela. Su nombre es el de la diosa de Babilonia del amor y la sensualidad, identificada con Venus, la Estrella de la Mañana.

**Sebub:** experto piloto cartaginés con poderes adivinatorios según la posible tradición de pilotos augures. Su nombre viene del púnico y significa « tortuoso » .

# *Cronología de* Los jinetes del mar

**814 a. C.** Fecha tradicional de la fundación de la colonia de Cartago por Tiro, bajo la guía de Dido, que será la primera reina de la ciudad.

**600 a. C.** Una flota fenicia por encargo del faraón Necao circunnavega África partiendo del Mar Rojo. Regresa tres años después.

**480 a. C.** Agosto. Batalla de las Termópilas. Sacrificio de Leónidas y los trescientos.

**480 a. C.** Septiembre. Batalla de Hímera. El tirano Gelón de Siracusa derrota a los cartagineses comandados por Amílcar.

**480 a. C.** Septiembre. Batalla naval de Salamina. Los griegos vencen a los persas en el estrecho entre la isla de Salamina y el continente.

**479 a. C.** Batalla de Platea. Los griegos vencen a los persas en la llanura de Platea. Aristodemo se distingue por su valor en combate.

**480-470 a. C.?** Viaje de Sataspes desde Egipto por el Mediterráneo pasando las Columnas de Heracles y viajando hasta un lugar indeterminado hacia el sur. Relata que se encontró pigmeos.

**480-460 a. C. ?** Viaje de Himilcón hasta el sur de Inglaterra y Bretaña.

**480-460 a. C. ?** Viaje de Hannón posiblemente hasta Camerún.

**264-241 a. C.** 1ª Guerra Púnica.

**218-201 a. C.** 2ª Guerra Púnica.

**149-146 a. C.** 3ª Guerra Púnica.

**146 a. C.** Destrucción de Cartago por Escipión Emiliano.


PERIPLO DE HANNÓN
GADIR (Cádiz)
Columnas de Melqart
LIKS
CARTAGO
Cabo de las Rocas
(Cabo Cantín)
KARNA (Isla de Arguin)
Río Senegal
Río Níger
Cabo Palmas
Costa de Marfil
Costa de Oro
TRONO DE
LOS DIOSES
(Monte Camerún)
DE CARTAGO A LIKS
GADIR
(Cádiz)
5. LIKS
(Larache)
KITHERON
(Mehedya)
4. LAS CINCO CIUDADES
(Mazagán)
3. Laguna de Oualidia
2. Cabo de las Rocas

# LOS JINETES DEL MAR
## El secreto de Cartago

# PROEMIO

*Cartago, 146 a. C.*

Los romanos habían ocupado esa misma tarde la plaza pública de Cartago y solo la llegada de la noche había impedido que tomaran también la colina de Byrsa, último reducto de la resistencia de los cartagineses. La plaza comercial de la orgullosa ciudad en la que se habían escuchado todas las lenguas del mundo conocido, se veía ahora ocupada por los rudos legionarios de Roma, que bromeaban para ahuyentar el miedo a la muerte a la vez que soñaban con el deseado botín. Su general en jefe, Escipión Emiliano, les había prometido que podrían saquear a su antojo, y esa esperanza les había dado renovadas fuerzas para aguardar la llegada del alba y del asalto final. Además, los cuatro mil soldados de refresco que llegarían al día siguiente harían imparable la subida a la colina.

En lo alto de la ciudadela Asdrúbal confortaba a sus hombres sumidos en el desánimo y seguros de su derrota. Parecía ya tarde para una negociación que muchos pedían con insistencia. El hambre había hecho estragos y gran parte de los refugiados de la cima, apiñados alrededor del templo de Esculapio, pedían a su jefe que pactara una rendición sin condiciones. Habían perdido el valor de los antiguos habitantes de Cartago, apenas recordaban las gestas de Hannón o de Aníbal, y hacía tiempo que el orgullo no se pintaba en sus rostros. La palidez y los ojos hundidos, junto a la extrema debilidad, eran la imagen de una ciudad agonizante.

Asdrúbal sabía que la derrota era inminente. Deseaba resistir hasta la muerte y salvar el honor de Cartago, pero su temple no era el de los héroes de antaño. Pesaban en él la visión del sufrimiento de los suyos y no se sentía con fuerzas para guiarlos a la inmolación final. En el fondo no tenía el valor de morir por una ciudad ya en ruinas y pensaba que si salvaba su vida y la de quienes estaban a su cargo, sería recordado con gloria. No estaba seguro de que el suicidio

colectivo fuera la lección que necesitaran los romanos. Se había rendido en su corazón antes siquiera de comenzar la lucha.

La situación era crítica, y a medida que había pasado el tiempo desde que Escipión los había aislado en la cumbre, eran cada vez más los que abogaban por rendirse. Sin embargo, Elisa, la mujer de Asdrúbal, encabezaba el grupo de los que decían que había que resistir hasta la muerte. Cada noche se acostaba junto a su esposo y le hablaba como a un igual con el valor y la entereza de quien llevaba el mismo nombre que la heroica fundadora de la ciudad.

—¿Qué pasará si nos rendimos, Asdrúbal? ¿Piensas que Escipión va a respetarnos? ¿Acaso crees que no nos llevará encadenados cuando pasee triunfante por el foro de Roma mostrándonos como despojos de un imperio caído? No te fíes de su supuesta educación griega y de sus buenos modales. Aunque él quisiera, jamás podría ser clemente con nosotros. Hasta tal punto han llegado las cosas que toda muestra de debilidad o humanidad sería fatal para él en Roma. Y está dispuesto a sacrificarnos. No, querido, eleva mejor súplicas a Baal y Tanit, la pareja divina, para que tú tengas la fortaleza del dios y yo la sabiduría y el saber estar de la diosa, y juntos guiar a este pueblo hasta el océano Celeste. Nuestro camino solo puede ser hacia arriba. Abajo nos esperan los romanos y una vida sin honor a la que seguiría una oscura y anónima muerte en alguna lóbrega prisión de Roma.

Asdrúbal la escuchaba en la escasa intimidad de la que disponían y se veía reconfortado por momentos. Le ayudaba también pensar en el futuro incierto de sus dos hijos. Pero ese empuje lo abandonaba enseguida cuando de día trataba la cuestión con sus oficiales, que siempre le echaban en cara que se dejase aconsejar por una mujer.

Y ahora Escipión ocupaba la plaza y en pocas horas saldría el sol y los legionarios, ávidos de botín, subirían como una corriente implacable por las tres calles que ascendían a la colina de Byrsa. Pero los cartagineses estaban preparados. Se habían apostado en las terrazas de las primeras casas de cada calle dispuestos a resistir edificio por edificio si era necesario. Las viviendas de Cartago tenían seis pisos y desde ellas los romanos eran un blanco fácil para las flechas. Escipión lo sabía. Era consciente de que muchos morirían, pero también estaba seguro de que la cantidad de soldados formaría una corriente de tanta fuerza que barrería en poco tiempo a quienes se atrevieran a hacerle frente. Una vez dada la señal de ataque, los legionarios se pusieron en marcha y los más veteranos y crueles se ocuparon de desalojar violentamente a los que estaban en las primeras casas de cada calle. Cuando se apoderaban de un piso no dudaban en arrojar a sus víctimas por las ventanas para que el horror atemorizara a los que resistían más arriba.

Asdrúbal ordenó que sus soldados bajaran a la carrera desde la

colina confiando en que con esa fuerza detendría la corriente romana, pero tras un primer choque frustrado, los escudos de los legionarios empujaron sin remedio a los débiles y hambrientos cartagineses haciéndoles retroceder palmo a palmo, casa a casa, mientras la lucha tenía lugar también desde los tejados de las primeras viviendas ocupadas por los romanos.

En cuanto los legionarios conquistaban una casa, pasaban a la siguiente terraza por medio de planchas de madera. Saltaban y subían por todas partes como los chinches que asaltan los camastros turbando el sueño de los que duermen. Los cartagineses caían de los tejados ensartándose en las lanzas enhiestas de los soldados romanos.

Los púnicos defendían cada palmo del precioso suelo de su ciudad, que había nacido precisamente allí, en Byrsa, que significa «la piel», cuando los nativos del lugar habían ofrecido a la reina Elisa para fundar Cartago el terreno que pudiese cubrir una piel de toro. Y ella, en su astucia, había cortado la piel en finísimas tiras que, puestas una junto a la otra, configuraron aquella cima que ahora era su último reducto. Todos tenían esta historia impresa en sus corazones y estaban dispuestos a hacer jirones su propia piel para salvaguardar Byrsa.

Asdrúbal había mandado a más hombres colina abajo para intentar frenar el avance romano y lo había conseguido por unos instantes, porque la estrechez de las calles no podía contener a más soldados, de forma que la impetuosa corriente romana se encontraba atascada en el cauce cerrado por las filas de los de Cartago. Escipión supo que ese era el momento crítico. Entonces mandó prender fuego a las casas que ya ocupaban los romanos y las llamas, avivadas por la brisa del mar, se dispusieron a remontar la colina. Muchos legionarios perecieron víctimas de su propio fuego, pero la decisión fue efectiva, porque el incendio pronto se extendió a las casas dominadas por los cartagineses y a la misma calle. El caos provocado por el humo que impedía ver y atacaba los pulmones y por el derrumbe constante de los edificios calcinados fue enorme. Los cartagineses tuvieron que retirarse mientras los romanos aseguraban sus posiciones e iban apoderándose de otras.

Escipión envió a un destacamento encargado de limpiar las calles de escombros para que el grueso del ejército pudiera seguir avanzando. Los gritos de los heridos, unidos al olor de la carne quemada, hubieran hecho enloquecer a muchos, pero no a los veteranos de Roma, que ya se habían acostumbrado al hecho de que su ciudad fuera implacable con los que se resistían y magnánima con los que se sometían de buen grado a sus órdenes. Al remover los escombros o destruir las paredes que aún se mantenían en pie, aparecían cadáveres de niños, mujeres y ancianos horriblemente mutilados. No habían querido abandonar sus casas y se habían

escondido en lo más recóndito encontrando allí su mísero final. Los veteranos no tenían piedad con los heridos y los remataban con hachas, espadas o lanzas utilizando sus miembros como relleno de la nueva calzada formada por los cascotes de las casas y los despojos humanos. Algunos, al caer de cabeza desde las ventanas o las azoteas, se habían incrustado en el irregular suelo y movían sus piernas con convulsiones que duraban mucho tiempo. Los que habían caído de pie no tardaban en ser aplastados por los caballos o las sandalias de los legionarios.

Poco a poco los cartagineses fueron perdiendo terreno y Escipión recibió contento la noticia de que las tres calles estaban limpias y los enemigos se habían refugiado en lo más alto de la colina de Byrsa prácticamente reducidos al entorno del templo de Esculapio. El general se mostró satisfecho y dio las gracias al mensajero diciéndole que podía retirarse. Luego se dirigió a Polibio, su secretario personal:

—Solo es cuestión de tiempo. Cartago está en los últimos momentos de su agonía. Espero que se rindan de inmediato y que no tengan la insolencia de continuar resistiendo. Apenas me queda espacio para la clemencia, a no ser que se entreguen todos y juren sumisión a Roma. Por cierto, ¿cómo va nuestro asunto? ¿Has averiguado algo?

—No falta mucho para que tengamos datos concretos. He puesto a trabajar a los mejores oficiales y están interrogando sin piedad a los prisioneros y a los tránsfugas. No tardaremos en actuar sobre seguro.

—Hay que darse prisa. Los soldados exigirán que les permita entregarse al pillaje en cuanto Asdrúbal y los suyos sean reducidos. Y entonces ya no podremos hacer nada.

—Lo conseguiremos, no lo dudéis. La esperanza de éxito es bastante alta.

Escipión se movió nervioso en su asiento. El asedio había sido largo y era necesario que llegara a su fin. Pero ¿no le había enviado mensajeros Asdrúbal anunciando su rendición? ¿Sería un truco más de los pérfidos púnicos? ¿O era que el general enemigo no era libre de decidir y estaba esperando a buscar el momento oportuno? Cabía la posibilidad de que en el último instante el líder cartaginés decidiera inmolarse para seguir la senda de los grandes hombres que lo habían precedido, pero Escipión lo dudaba. Solo se había entrevistado una vez con él cara a cara y no le había parecido un caudillo hecho de un temple especial, sino más bien un soldado corriente al que las circunstancias habían colocado en la cúspide del poder de Cartago. Imaginaba la presión a la que estaría sometido Asdrúbal. Él mismo se había encargado de comprar a buen precio a algunos de los que ahora estaban en la cumbre de la colina abogando por una honrosa rendición.

—No os inquietéis, señor —dijo Polibio—. Todo habrá terminado

en menos de una semana. No pueden resistir mucho tiempo ahí arriba.

Escipión, sin embargo, aunque mantenía una apariencia de calma, veía pasar las horas con preocupación. En seis angustiosos días los cartagineses no dieron señales de vida, mientras el general romano tenía que contener a sus hombres para que no subieran por las despejadas calles en busca de la victoria segura y del botín.

A la mañana del séptimo día un mensajero entró en la tienda de Escipión.

—Disculpad mi intromisión, comandante. Pero es preciso que salgáis y os acerquéis a la calle principal que baja de Byrsa. Está sucediendo algo y los tribunos no saben qué orden transmitir a sus hombres.

—¿Qué es lo que pasa? —gritó Escipión, contagiado de la agitación del joven mensajero.

—Mejor será que lo veáis vos mismo —se atrevió a sugerir este.

El general salió de inmediato y se acercó al arranque de la calle principal. Al llegar vio que una multitud bajaba despacio de la colina con coronas sagradas de Esculapio en la cabeza avanzando como suplicantes. Pretendían que se respetara su vida poniéndola bajo la protección del dios. Ninguno llevaba armas. Escipión ordenó que se les permitiera avanzar y los arqueros apostados en las terrazas se relajaron. Al menos dejaría que llegaran hasta la mitad de la calle. Luego tomaría su decisión definitiva. Muchos soldados no comprendían la orden de su general, pero la respetaban como hombres disciplinados. Confiaban en el carisma de Escipión y en su experiencia. Los enemigos se detuvieron al llegar a la mitad de la calle, conscientes de que a partir de aquel punto aumentaban los riesgos. Entonces uno de ellos se destacó del grupo.

Asdrúbal se acercaba con una túnica blanca hasta las rodillas y con las manos en alto para indicar que no llevaba armas. Escipión reconoció al caudillo cartaginés, pero de todos modos ordenó al legionario más cercano que lo registrara. Un exceso de confianza podría resultar fatal y uno no podía fiarse de los púnicos, que en otras ocasiones se habían aprovechado de la buena fe de Roma. Escoltado por varios soldados, el cartaginés se plantó delante del general romano y se arrojó al suelo abrazando las rodillas de Escipión e implorando con aquel gesto clemencia para él y los suyos. El romano disfrutó del momento dejando que todos contemplaran la sumisión de Cartago simbolizada en su último jefe desarmado y desvalido. Podía haberlo rechazado de un puntapié y nadie se habría sorprendido. Muchos pensaban que todos los enemigos debían ser pasados a cuchillo por la insolencia de su resistencia. Escipión controlaba sus emociones sin aparentar ira o alegría, frío como las máscaras de los antepasados del larario, hierático como un dios. Sabía que rozaría la

gloria y se acercaría a la divinidad cuando adoptara el mismo semblante en el desfile triunfal por el foro de Roma.

Asdrúbal continuaba agarrado a las rodillas de su enemigo con el corazón avergonzado intentando no llorar ni suplicar por su vida de forma indecorosa. Deseaba poder dominarse igual que el romano, pero la espera se le hacía insoportable y temía hacer el ridículo, él que en esos instantes era la misma Cartago postrada a los pies del vencedor. Escipión sintió que sus rodillas se humedecían y se movían involuntariamente. Sabía que el cartaginés había empezado a llorar y a temblar de miedo. Lo sabía pero no podía permitirse bajar la cabeza. Permaneció con ella alta, mirando de frente a sus hombres que contemplaban una escena que quedaría grabada en su memoria.

Tras unos interminables momentos, Escipión juzgó que había sido suficiente y se inclinó levemente para coger a Asdrúbal de las manos y levantarlo del suelo como señal de que su súplica había sido aceptada. El cartaginés dejó de llorar y se secó con la manga de su túnica como hacen los niños. La vergüenza se reflejaba en su rostro, pero dentro sí estaba satisfecho de haber conseguido la salvación de los suyos. A una señal convenida, los cartagineses empezaron a bajar de la colina; todos con túnicas blancas y coronas, desprovistos de armas; hombres, mujeres y niños en gran número. Los legionarios hicieron un pasillo de escudos para que la riada humana desembocara en la plaza pública que pronto se vio teñida de blanco. Algunos centuriones tenían que contener a sus hombres más fogosos, deseosos de atacar al enemigo y convertir la rendición en una carnicería. Pero Escipión había dado la orden expresa de que se respetara a los prisioneros y aguardaba a que todos los cartagineses bajaran de Byrsa sin haberse movido una pulgada de su sitio. A su lado, Asdrúbal veía con desesperación que su mujer y sus hijos no estaban entre ellos. Pensó que se demoraban ultimando los preparativos de los grupos de mujeres y niños, que eran los que ahora bajaban, todavía temerosos, observando con terror los duros rostros de los legionarios manchados con la sangre de sus padres y parientes. Ansiaba distinguir el hermoso rostro de Elisa o el juvenil andar de Magón, su hijo mayor de quince años, o quizá el gracioso rostro del pequeño Amílcar que bajaría sin duda cogido de la mano de su madre.

—¿Dónde están Elisa y los niños? —preguntó con desesperación a una anciana en púnico.

—No lo sé, señor. No los he visto por ninguna parte.

—¿Y los demás? —volvió a preguntar—. Aquí faltan familias enteras. ¿Por qué no bajan?

Escipión notó la agitación del cartaginés y acercó su oído al rostro de Polibio para que le tradujera lo que estaba pasando. Al saberlo, se inquietó. De modo que no todos se habían rendido. Lanzó una

inquisitiva mirada al púnico y Asdrúbal comprendió que debía dar una explicación. Sus ojos buscaron con insistencia el final de la fila que bajaba. Sí, allí estaba uno de sus lugartenientes, precisamente al que había encargado cerrar la comitiva. Pero ni rastro de Elisa y sus hijos. Esta vez sacudió violentamente a su segundo.

—¿Dónde están? ¿Dónde están todos los que faltan? ¿Es que han retenido a mi esposa contra su voluntad? Habla. Dime la verdad.

—Señor, no ha sido culpa mía. Se han quedado porque lo han decidido voluntariamente.

—Pero, ¿y Elisa? ¿Por qué no está aquí conmigo?

—Lamento deciros que ella ha animado a los que se quedan a no rendirse jamás y a inmolarse si es necesario.

El rostro de Asdrúbal adoptó un color pálido que competía con el blanco de su túnica.

—Pero ¿por qué? Si todo estaba ya solucionado. ¿Por qué morir inútilmente? ¿Y mis hijos? ¿Todavía están arriba?

—Sí. Le dije que al menos me los dejara, que yo me ocuparía personalmente de traerlos sanos y salvos hasta vuestra presencia. Pero se negó. Los agarró a ambos apretándolos contra su pecho como si temiera que fuera a arrebatárselos. Y lo hubiera hecho si sus partidarios no hubieran cerrado filas a su alrededor. No bajarán. De eso podéis estar seguro. Han decidido que su camino solo puede ser hacia lo alto, envueltos en el humo sagrado que los lleve al océano Celeste.

Asdrúbal, desesperado, comprendió en un instante que él también debía hacer ese viaje y echó a correr colina arriba. Demasiado tarde. A una rápida orden de Escipión los legionarios apostados a medio camino lo prendieron y lo arrastraron de nuevo abajo. Sus gritos de rabia se oyeron hasta en la plaza pública donde el blanco rebaño cartaginés oía la quebrada voz de su pastor. Con los gritos de Asdrúbal bajó sobre ellos también la vergüenza y rompieron a llorar y a tirarse de los cabellos, mientras la muralla de escudos romanos que los rodeaba permanecía atenta a cualquier movimiento hostil. Pero no había peligro. Ya habían perdido el espíritu de lucha y solo tenían fuerzas para la desesperación y el lamento.

Mientras Asdrúbal forcejeaba con los encargados de reducirlo, Escipión analizaba con preocupación la situación. Quedaban dos opciones: lanzar a las tropas contra el templo de Esculapio donde resistían los últimos cartagineses o esperar a que murieran de hambre o se inmolaran ellos mismos. La segunda posibilidad ahorraría vidas y evitaría muertes inútiles, pero necesitaba una victoria rápida.

—Tenemos que subir por la fuerza, ¿lo comprendes? —dijo a Asdrúbal por medio de Polibio.

El cartaginés estaba con la mirada perdida, anulada toda capacidad

de respuesta, como si fuera un cuerpo sin vida, el despojo visible de Cartago. La vergüenza y el deshonor se habían llevado a un lugar remoto su débil orgullo. Ya nada importaba. Todo estaba perdido. Se encogió de hombros como diciendo que todo daba igual.

Escipión estuvo a punto de perder la paciencia, pero Polibio le dijo:

—Esperemos a mañana. Quizá haya posibilidad de parlamentar con Elisa. A veces las cosas se ven de otra manera con la claridad y la frescura de las primeras horas del día.

—Está bien. Pero si mañana no se rinden tomaremos la cumbre al asalto y no habrá cuartel para los vencidos. Llevaos de mi vista a este hombre y custodiadlo bien. Puede que intente escapar, aunque creo que ya no es capaz de nada.

Los legionarios se llevaron a Asdrúbal casi a rastras, como si sus piernas ya no lo sostuvieran. Escipión regresó a su cuartel general inquieto. No le gustaba que las cosas no se desarrollaran según sus planes. Tenía la rendición en sus manos y una mujer se la había arrebatado poniéndolo en evidencia. Y eso le irritaba sobremanera. Además, Polibio no parecía haber avanzado mucho en las pesquisas de su asunto secreto, que en estos momentos permanecía en un segundo plano a pesar de su importancia. Urgía hacerse con Cartago, luego ya vendría el resto.

Elisa había contemplado desde la terraza del templo la rendición de su marido y cómo los cartagineses habían sido confinados en su propia plaza pública como un rebaño sin iniciativa. Al oír el grito de Asdrúbal, ella también había sentido el desgarro de su corazón. Pero tuvo que elegir entre Asdrúbal y Cartago, y ella siempre había preferido el honor de su ciudad. No pudo convencer a su marido, pero sí a otros muchos, en su mayoría ancianos nostálgicos de tiempos mejores que muy pocos habían visto. Pensó que quizá los romanos subirían a por ellos, pero se tranquilizó al ver que, después de dejar varias guardias, se retiraron a la parte baja de la ciudad. Suponía que estarían relajados. Si atacaban al día siguiente, iban a encontrar muy poca resistencia en un lugar defendido en su mayoría por mujeres, ancianos y niños.

Ordenó a los hombres más jóvenes que hicieran el primer turno de guardia y se retiró a una sala del templo. Tenía el rostro desencajado por el sufrimiento y la mente embotada por las futuras imágenes de lo que se disponía a hacer. Era fácil proyectarlo, más fácil aún decirlo, pero cuando se trataba de llevarlo a cabo, se requería un valor extraordinario.

Casi todos sabían lo que les esperaba. Eran conscientes de que, si se quedaban, morirían por el fuego o por la espada. Pero no envidiaban a sus compañeros de túnicas blancas, porque pensaban que ellos

llevaban con honor las armas de Cartago. Tenían que adquirir el espíritu de lobos y olvidarse de sus cobardes compañeros. Habían convenido en que Elisa prendería las primeras llamas que no tardarían en consumir el templo. Y tendrían que superar su miedo y arrojarse dentro. Para los más remisos estaba preparado un grupo que les impediría huir y los empujaría o les quitaría la vida. Pero antes de todo eso, Elisa llamó a su hijo mayor, Magón, y le dijo en secreto:

—¿Sabes lo que nos espera?

—Sí, madre. Lo sé y tengo miedo.

—Yo también lo tengo, pero los dioses nos darán fuerzas para afrontarlo. Piensa que dentro de muy poco estaremos en el barco de Baal navegando juntos por el océano Celeste en compañía de los nuestros.

—Seré fuerte, madre. O al menos lo intentaré.

—Muy bien, hijo. Aunque tú tendrás que hacer algo antes del final. ¿Estás dispuesto?

—Te obedeceré en todo. Tú eres ahora mi padre y mi madre.

—Magón, Magón. No te avergüences de tu padre. Ha creído hacer lo mejor para todos nosotros. Ha buscado el valor, pero Baal y Tanit se lo han negado. Ellos han decretado el fin y debemos someternos a sus designios. Solo nos queda morir con gloria honrando la memoria de los que nos han precedido. Y tú, hijo, prestarás un gran servicio. ¿Recuerdas lo que te dije que debías hacer si llegaba este momento?

—Lo recuerdo y lo haré de inmediato.

—Entonces, que Baal te proteja al menos en esta misión y se digne conservar siquiera nuestro futuro. Ve rápido. Pronto encenderé la antorcha y los romanos estarán ocupados viendo un espectáculo que jamás olvidarán.

—Me voy, madre. Nos veremos allá en la nave celeste. Tú llegarás primero. Agárrame si ves que resbalo cuando suba por la escala divina.

Magón se deslizó entre las sombras de la noche con sorprendente agilidad y descendió buscando las calles más oscuras, dando un amplio rodeo y burlando las patrullas romanas. Tenía que llegar a la ciudad baja y buscar el templo de Baal, tal como le había indicado su madre.

Entre tanto Elisa subió a la plataforma que estaba delante del templo con su hijo Amílcar cogido de una mano y con una antorcha en la otra. Las demás mujeres llevaban también teas encendidas. Los centinelas romanos dieron la voz de alarma al ver movimiento en la cumbre. Escipión fue avisado y no tardó en presentarse al pie de la calle principal. No había dormido, esperando quizá este momento. Hizo llevar también a Asdrúbal por si su presencia era útil para negociar con Elisa. Varios centuriones subieron cerca de la plataforma

y vieron que no había peligro. Al enterarse, Escipión decidió arriesgarse y acercarse personalmente.

—¡Romanos —gritó Elisa desde el borde de la plataforma en la cumbre, a la luz de su antorcha—, venid, acercaos; no temáis, que este fuego no es para vosotros!

Lo había dicho en un rudimentario latín que todos entendieron.

—Deteneos —exclamó a su vez Escipión, adquiriendo un extraordinario protagonismo—. Rendíos y seréis perdonados. De lo contrario mataré a Asdrúbal.

—Ah, general —respondió ella—, no podemos echarnos atrás. Y en cuanto a mi marido, sabed que para mí ha estado muerto desde que dejó esta cumbre. Para Cartago solo existe ya el camino a lo alto.

—Es un sacrificio inútil. Nadie hablará de vosotros cuando hayáis muerto. La historia es el privilegio del vencedor.

—Os equivocáis una vez más. Tendréis que escribirlo porque admiraréis nuestra hazaña. Si nos rindiéramos, entonces sí que no escribiríais nada. Nuestro será el honor y vuestra la vergüenza.

Escipión estaba admirado de la energía de aquella mujer. Hizo acercarse a Asdrúbal para que ella lo viera, pero el cartaginés no podía tenerse en pie. Era una sombra de lo que había sido y toda su fuerza parecía haber pasado a su esposa.

—Por Tanit, por Baal, que nuestro sacrificio purifique la vergüenza de Cartago —gritó Elisa con todas sus fuerzas al tiempo que arrojaba su antorcha al interior del templo.

Las otras mujeres hicieron lo mismo y algunas incluso se atrevieron a lanzarlas contra los romanos que estaban más cerca de forma que estos se retiraron instintivamente.

—Ahora, romanos, admirad el honor púnico que jamás igualaréis.

Elisa apretó a Amílcar junto a ella y avanzó al interior del templo en llamas. Todas las mujeres la siguieron adentro mientras algunos hombres empujaban o mataban a las personas más remisas, para quitarse luego ellos mismos la vida. El fulgor del templo ardiendo podía contemplarse desde toda Cartago. Los prisioneros de la plaza lloraban con una mezcla de orgullo y dolor. Algunos se retorcían de rabia por no haber muerto también y se sentían culpables de elegir la vida.

Desde un rincón de la ciudad baja Magón contemplaba la hoguera sumido en lágrimas y sollozos, sabiendo que su madre y su hermano ya habían emprendido el viaje. Se apresuró hacia el templo de Baal. Confiaba en que lo hubieran respetado o en que al menos lo que le había dicho su madre fuera cierto.

Al llegar vio las puertas abiertas y el interior desierto. La estatua del dios yacía en el suelo hecha pedazos, como si la divinidad hubiera sido expulsada de su trono. No quedaba ni rastro del oro que la había

recubierto. Sin detenerse, fue al santuario de la izquierda, una pequeña sala que había visto infinidad de veces. En el centro había una estela con un largo texto grabado en púnico. Era la estela votiva que relataba la expedición de Hannón el cartaginés más allá de las Columnas de Melqart.

Sacó de su bolsa un pequeño mazo de metal y la golpeó con rabia para dejarla ilegible. Con cada golpe venían a su mente las atrocidades vistas y en su imaginación veía a su madre y a su hermano envueltos en llamas. Golpeó hasta que las manos le dolieron y no pudo más. El sudor que caía por su frente le impedía ver con claridad. Luego se sentó junto a la estela destruida. Los romanos no encontrarían la ruta de las colonias de África y al menos ellas podrían sobrevivir a la destrucción de Cartago. Pero su madre le había dicho que la estela contenía una información muy escueta y que casi no daba pistas sobre el viaje. Había algo más que destruir y esto era mucho más importante. Siguiendo fielmente las instrucciones de Elisa se situó en la base de la estela y contó cierto número de pasos en la dirección que en secreto le había dicho su madre.

Llegó a la pared lateral y encontró el relieve de una pequeña estatua de Baal junto a la figura de una nave. Presionó el centro de la embarcación y varias piedras de la pared cedieron dejando al descubierto un agujero. Tuvo que taparse la nariz para evitar la pestilencia que emanó de aquel lugar. Armándose de valor metió la mano y sintió un contacto extraño. Palpó algo y a continuación extrajo del hueco unas pieles de color muy negro acartonadas por el paso del tiempo. No comprendió qué era aquello. Elisa no le había contado nada al respecto. Siguió hurgando y esta vez sacó un pequeño cofre. Lo abrió con facilidad y vio que dentro había varios papiros. Al empezar a leerlos se dio cuenta de que contenían un diario de navegación con los datos exactos de la ruta de las colonias de África occidental. Sin duda eso era lo que debía destruir antes de quitarse la vida.

De repente sintió un dolor agudo y al bajar la vista vio que la punta de una flecha salía por delante de su pecho al tiempo que su propia sangre humedecía el papiro que tenía entre las manos. Su vista se nubló al instante, pero enseguida se disiparon las tinieblas y contempló la escala de cuerda divina que le llevaría a la nave eterna. Sus manos espirituales la asieron e intentó subir. Le faltaban las fuerzas y su pie resbaló al intentar ascender. Notó debajo el vacío de la nada a la que iba a caer sin remedio, cuando una mano impidió su caída. Sintió el calor de la piel de su madre y el amoroso tirón que lo embarcaba para siempre en la travesía del océano Celeste.

# HANNÓN

*Cartago, finales del 481 a. C.*

Desde la azotea de su casa al pie de la colina de Byrsa, Hannón contemplaba Cartago en todo su esplendor. A lo lejos bullía la actividad del puerto, verdadero corazón de la ciudad. Faltaba muy poco para que oscureciera y la luz del mar Interior iba desapareciendo lentamente. A sus veinticinco años, Hannón acababa de entrar a formar parte del senado de Cartago del que ya eran miembros su padre Amílcar y su hermano mayor Himilcón. Amílcar los había educado para que algún día ocuparan el cargo de sufete, la máxima magistratura de los púnicos, que era doble y ejecutaba las decisiones de la cámara senatorial. Habían recibido de su padre la tradición cartaginesa, pero al ser su madre de Siracusa ella había insistido en inculcarles parte del espíritu griego. Ambos poseían la audacia y la prudencia heredada de los fenicios, pero solo Hannón las combinaba con el gusto por el viaje y la aventura, propios de quien ha crecido oyendo las extraordinarias aventuras de Jasón o del astuto Ulises.

Aquel día Hannón estaba lleno de preocupación por la ciudad a la que tanto amaba. Sus juveniles e impacientes ojos se posaban en los templos, en la plaza y en las casas de pisos, en el puerto repleto de navíos con la cabeza de caballo en la proa, símbolo de Cartago. Ellos eran «los jinetes del mar», y hasta tal punto lo amaban que las ciudades de los púnicos eran siempre pequeñas y a menudo densamente pobladas. Los caminos del agua eran la fuente de su riqueza y prosperidad. Y no solo en el mar Interior del que eran los señores, sino también allá en Oriente, gracias a sus relaciones con los fenicios de Tiro, que había sido su ciudad madre. También se habían internado tímidamente más allá de las Columnas de Melqart, al que los griegos llaman Heracles, hacia el norte en busca del estaño y al sur en la ruta del oro. Los poetas de Cartago cantaban su apogeo y

Hannón recordó entonces las alabanzas de la ciudad que se extendía a sus pies.

> Cartago, tú que te sientas en la orilla del mar y comercias con pueblos esparcidos en islas sin número; tú, la perfecta hermosura, en alta mar se encuentran tus confines. Tus fundadores te hicieron la más bella y toda tú eres como una nave cuyo mástil es de cedro del Líbano; cuyos remos, de robustas encinas; cuya vela, de lino importado de Egipto. Todas las naves del mar y sus marineros vienen hacia ti para cambiar sus mercancías. En tus manos está el comercio de costas sin número y te pagan con colmillos de marfil y ébano.

Hannón dio la espalda a la ciudad y contempló su casa. Era de las más hermosas de Cartago, llena de riquezas y sirvientes, fruto de pertenecer a una de las mejores familias de la ciudad. También él, a pesar de su juventud, recibía las alabanzas de los suyos, que en una extraña mezcla de adulación y admiración lo colmaban de elogios. Vino a su mente entonces el canto que un poeta errante había compuesto en su honor como pago a su hospitalidad.

> Con tu sabiduría e inteligencia te has procurado riquezas, has acumulado oro y plata en tus tesoros. Por tu gran habilidad en el comercio has obtenido bienes sin número y tu corazón se ha engreído por tu opulencia.

Sí, su corazón estaba lleno, sus expectativas colmadas. Eso pensaban todos. Pero en su interior latía la insatisfacción y la inquietud. Había puesto toda su vida en los negocios y las riquezas, pero sentía la inestabilidad de todo eso. En los últimos tiempos un sueño persistente lo había atormentado y, ahora, al caer la noche, temía que se le presentara de nuevo.

Volvió a asomarse a la azotea y a mirar de nuevo su ciudad con el rostro cansado, al tiempo que las primeras antorchas intentaban en vano combatir la oscuridad implacable de la noche. Baal, el dios supremo de Cartago, era también el sol que todo lo ilumina, y en esos momentos desaparecía dejando a su ciudad sin protección. Hannón sintió el fresco suave de la brisa marina, que pareció aliviar la tensión de su cuerpo, pero su espíritu seguía atenazado buscando la liberación.

Oyó detrás de él unos pasos ligeros, pero no se dio la vuelta. Sabía perfectamente quién se acercaba. Con aquel sigilo y prudencia, con aquel cuidado en no irrumpir bruscamente, solo podía tratarse de su esposa Dido. Su característica fragancia calmó de inmediato la inquietud de Hannón. Al girarse, el cartaginés vio el hermoso rostro de la mujer a su lado, apoyada también en la baranda de la azotea, adoptando una pose mimética a la suya, como diciendo que ella también sufría con él, porque era la mitad de su alma. No rompió el

silencio del momento ni intentó abrazarlo con fingido dramatismo, solo se colocó allí, a su lado, impregnándolo todo con su balsámica presencia. Hannón ya no contemplaba la ciudad, sino el hermoso perfil de Dido. Era digna de llevar el nombre de la princesa, que hacía ya siglos, había venido de Tiro para fundar Kart-Hadasht, la «Ciudad Nueva», Cartago. Y había tenido mayor fortuna que la primera Dido, puesto que aquella, víctima de un amor desmedido, no pudo soportar que el troyano Eneas la abandonara por seguir su destino. La Dido de Hannón gozaba de la dicha del amor compartido y del sufrimiento llevado bajo el mismo yugo. Tanit, la gran diosa de la fertilidad, no la había visitado en cinco años de unión, a pesar de todas las ofrendas y sacrificios de los esposos. Si Hannón era próspero y fecundo en riquezas, resultaba pobre e indigente en hijos. Y eso era muy duro en su mundo, sobre todo al ver que su hermano Himilcón tenía una amplia descendencia. ¿Quién heredaría lo acumulado con tanto esfuerzo?, pensaba Hannón. ¿A quién pasaría la antorcha de la tradición de la familia?

Dido sabía que el corazón de su marido sufría mucho por esta causa y venía, como siempre, a consolarlo, superando ella misma su propio dolor y la vergüenza de su esterilidad. No les hacía falta hablar para comunicarse, pero Hannón, contemplando la serena belleza de Dido, rompió el silencio.

—No es lo que crees. No me atormenta ahora la falta de hijos. No lo he superado, pero ahora sufro por otra cosa. Deseaba mantenerte al margen y, sin embargo, necesito descargar este peso que llevo dentro.

—¿Y no es esa la función de una esposa? ¿Cómo dudas en compartir conmigo lo que te preocupa? ¿Acaso no hemos sido siempre uno? No hagas ahora como tus amigos, que aman más el ágora y sus riquezas que a su mujer.

—Lo sé, lo sé, Dido. Y también que estos últimos días has aguantado y no me has preguntado la causa de mi angustia. Temo que llegue la noche. Estoy aquí haciendo tiempo para ver si el agotamiento borra de mi mente los pensamientos que la perforan. En sueños se me aparece un profeta que me grita sin cesar un negro augurio. Lo he oído tantas veces que puedo reproducirlo con exactitud:

»Tus riquezas, tus navíos, tus marineros, tus pilotos, tus agentes comerciales, todos tus guerreros y la multitud inmensa que transportas se hundirán en el corazón del mar el día de tu caída. A los gritos de los timoneles se estremecerán las costas. Los remeros desembarcarán de las naves y también los pilotos. Todos los hombres del mar bajarán a tierra. Gritarán amargamente y echarán polvo sobre sus cabezas. Se raparán el pelo y se vestirán con ásperos vestidos. Derramarán por ti en la amargura de su alma lágrimas de angustia. Serás tragada por las olas en lo profundo del mar y todas tus mercancías y tus hombres se

irán a pique contigo. Te convertirás en objeto de espanto y habrás desparecido para siempre».

Hannón terminó su recitado con voz temblorosa y lágrimas en los ojos. Dido se conmovió también, contagiada por la emoción de su marido. Ambos sabían que los dioses suelen mandar augurios en sueños para advertir a los mortales. Sin embargo, Dido, tras el primer momento de sorpresa, dijo:

—No te preocupes. Son solo sueños. ¿No ves la prosperidad de los cartagineses? Es imposible que eso suceda, ni siquiera en el futuro. No hay en esta parte del mundo otra ciudad que nos iguale en riqueza o poder. Venga, vayámonos al lecho y olvidemos este asunto.

Dido rodeó con sus brazos a Hannón. Él se dejó llevar, deseando olvidar sus males en los goces del amor, y apenas tuvo tiempo de realizar mentalmente una breve plegaria a la diosa Tanit, por si se dignaba a favorecer aquel encuentro con lo que ellos más deseaban.

La luz del nuevo día devolvió a Hannón al mundo real y se deslizó del lecho sin despertar a Dido. La miró unos instantes contemplando de nuevo la belleza de su desnudez. Pero, en cuanto se espabiló un poco, su mente se vio asaltada de nuevo por los más negros pensamientos. Sin embargo, se esforzó en apartarlos porque necesitaba de todas sus fuerzas para la reunión del senado que tendría lugar aquella misma mañana. Si no deseaba que sus sueños se cumplieran, debía esforzarse en servir lo mejor posible a su ciudad. Cartago no se hundiría fácilmente, si él utilizaba sus manos para mantenerla a flote, o su inteligencia para sortear los escollos más peligrosos.

Salió a la calle y fue al encuentro de su padre y de su hermano, con los que había quedado en un lugar convenido de la plaza de la ciudad, cercano a la sala de reunión del senado. De camino, agradeció a los dioses el poder contar con ellos y no estar solo ante los peligros que se avecinaban. Acudía a su mente la imagen de Amílcar, un hombre que, a pesar de sus sesenta años, aún se mantenía robusto y con la mente lúcida. Hannón deseaba abrazar a su padre y sentir la seguridad de su presencia. También Himilcón le transmitía tranquilidad. Era su hermano mayor y siempre habían estado muy unidos.

Cuando los tres se encontraron, se fundieron en un abrazo familiar que les hizo recordar la ausencia de la madre y esposa, muerta ya hacía tiempo. Por ella habían superado algunas diferencias entre ellos, aunque Hannón e Himilcón estaban casi siempre de acuerdo con las opiniones de su padre, al que admiraban y respetaban hasta el punto de querer imitarle en su inquebrantable fidelidad a la ciudad. Hannón no tardó mucho en referirles su sueño. Nunca había tenido demasiados secretos para ellos y de todas formas, como lo conocían bien, hubieran descubierto enseguida que algo le rondaba por la cabeza. Hannón era

muy transparente en sus pensamientos, quizá demasiado, y aunque él no lo sabía todavía, pronto tendría que aprender a ocultar lo que pasaba por su mente y a disimular sus más hondos sentimientos. Himilcón intentó tranquilizar a su hermano y quitar importancia al sueño, pero Hannón percibió una sombra de preocupación en el rostro de su padre Amílcar, que permaneció en silencio. De todas formas, ya tendrían tiempo de hablar de ello, ahora debían acudir a la reunión que estaba a punto de comenzar.

La sesión de aquel día era muy importante. Debía votarse un asunto primordial que podía llevar a la guerra. Por eso Amílcar se había callado, por eso Hannón daba mayor crédito a su sueño, temiendo que tuviera que ver con aquella reunión. Cuando todos los senadores se sentaron, se realizó un sacrificio ritual a Baal, el príncipe del fuego y de la luz, para que iluminara las decisiones de la cámara. Tras el sacrificio, uno de los dos sufetes, que actuaba como presidente, dio la palabra al embajador de Jerjes, el Gran Rey del imperio persa. Este se colocó en medio de la sala con sus ricos ropajes y sus llamativas joyas y haciendo un saludo general comenzó a hablar.

—Respetable senado de Cartago, hace diez años, cuando el difunto Gran Rey Darío dirigió su campaña contra los griegos del continente, enviamos embajadores para que apoyarais nuestra empresa con vuestra flota atacando a los griegos de Sicilia, de forma que se vieran obligados a luchar en dos frentes. Nuestro Gran Rey sabía bien que los griegos no podían ser vencidos mientras sus barcos y sus colonias estuvieran a salvo. Confiábamos en vosotros porque en Alalia fuisteis capaces de derrotar a los griegos con el apoyo de los etruscos. Por eso no comprendimos por qué esa colaboración con nosotros fue cortésmente rechazada...

—Pues yo os lo explicaré —interrumpió Hannón, ante el asombro de todos.

El sufete que presidía la sesión le rogó con un gesto que se callara e iba a disculparse en nombre de la cámara ante el embajador persa cuando este dijo:

—No se corresponden bien los modales y la prudencia cartaginesa con los de este hombre insolente. Pero ya que ha hablado, que prosiga, aunque tomaré buena nota de lo que diga.

Himilcón, que estaba sentado junto a Hannón, le tiró de la túnica para que se sentara, pero él siguió en pie. Amílcar, también a su lado, permanecía en silencio sin condenar, al menos públicamente, la acción de su hijo pequeño.

—Perdonad mi imprudencia, embajador. Os ruego que excuséis mi intromisión. No tengo disculpa, si no es la de mi poca experiencia como estadista. Pero ya que me cedéis la palabra, sabed que Cartago no aceptó porque no deseamos vernos involucrados en guerras

innecesarias. Como buenos comerciantes y hábiles negociadores preferimos la paz, en unas condiciones a veces no muy favorables, pero que en todo caso nos evita los gastos amargos de una guerra. Sabemos que si acabamos con nuestros adversarios y les quitamos toda oportunidad de supervivencia, estamos perdiendo un cliente potencial con el que hacer buenos negocios cuando llegue el momento. Jamás hemos sentido la necesidad de un sueño imperial como el de vuestro Gran Rey. Preferimos utilizar la diplomacia y convencer al enemigo de que es mejor aliarse con nosotros, o al menos, estar de nuestra parte. Mientras dominemos los mares, es inútil que nos embarquemos en conquistas territoriales muy difíciles y costosas de mantener a la larga. Esa es nuestra razón práctica, y dudo mucho que un pueblo como el vuestro, acostumbrado a obedecer a ciegas a un rey despótico, llegue a entenderlo nunca.

Himilcón hizo sentarse a su hermano a la fuerza y el sufete que presidía la sesión le prohibió que tomara la palabra de nuevo. Había ofendido al embajador persa sin necesidad con un final excesivamente duro. Y esos no eran los exquisitos modales propios de Cartago.

—Os ruego que disculpéis la vehemencia de mi hermano —dijo Himilcón, tras pedir la palabra—. Últimamente tiene sueños de mal augurio que lo han puesto nervioso y teme sin duda que queráis embarcarnos en una guerra que nos lleve a perder la primacía en el mar.

—Disculpas aceptadas. También nuestros Grandes Reyes tenían sueños y tomaron a veces decisiones equivocadas basadas en ellos. Pero os ruego que sujetéis la lengua de vuestro hermano y me dejéis exponer la causa de mi embajada. Sabéis de sobra que fuimos derrotados en Maratón, gracias al valor de los atenienses, pero sobre todo por culpa de la estupidez de nuestros generales. Pero eso pertenece al pasado. Ahora Jerjes se propone vengar la afrenta y desea iniciar una nueva campaña que esta vez tendrá éxito. Se está preparando un ejército de más de trescientos mil hombres.

»Venimos de nuevo a pediros vuestra colaboración y espero que lo que he oído no refleje el sentir mayoritario del senado cartaginés. La propuesta es que coordinemos nuestras operaciones y, mientras Jerjes en persona ataca Grecia, vosotros hostiguéis a los griegos de Sicilia, de forma que no puedan apoyar a los del continente. Me acompañan, como habéis visto, algunas personas importantes de Tiro, vuestra ciudad madre, que avalan esta propuesta.

El senado escuchó al embajador con interés. Además, las relaciones con Tiro siempre habían sido muy importantes para Cartago. En muchas ocasiones lo que era bueno para Tiro, también lo era para Cartago, o viceversa. El sufete presidente tomó la palabra y exhibió toda la prudencia que le había faltado a Hannón.

—Estimado embajador, estimados hermanos de Tiro, os agradecemos que hayáis venido y que el Gran Rey considere nuestra participación, a pesar de la cortés negativa que os dimos hace algunos años. Lamento el incidente del impulsivo Hannón, aunque en su discurso ha recogido algo del sentir del gobierno de Cartago. No nos interesa la confrontación directa, si no es estrictamente necesaria. Pero… —el sufete efectuó entonces una teatral pausa— en el hipotético caso de embarcarnos en ella, Cartago tendría que estar muy segura de que su inversión y esfuerzo se verían generosamente recompensados. Ya sabéis que un buen comerciante nunca pierde y que cuando arriesga es porque ha calculado debidamente los posibles beneficios de la operación que deberían compensar ese riesgo.

—No se nos escapa vuestro carácter —respondió el embajador—. No en vano nuestras relaciones con Tiro vienen ya de muy lejos. El Gran Rey os ofrece la isla de Sicilia en caso de victoria.

—Muy generoso vuestro Gran Rey con lo que todavía no posee —replicó irónico el sufete—. Comprenderéis que es una recompensa cuando menos incierta, y Cartago nunca se ha movido por incertidumbres. No pretendáis engañar a quienes llevan sangre fenicia en las venas. Venga, ofreced lo que habéis venido a ofrecer y no perdamos más tiempo en un inútil regateo.

El embajador puso cara de sorpresa ante la seguridad del sufete.

—No sé por qué os sorprende —dijo el sufete—. Si ya habéis hablado de ello con los tirios, es como si nos lo hubierais dicho a nosotros de viva voz. ¿No habéis oído que los he llamado «hermanos» al comienzo de mi intervención? Decid ahora en público y a todo el senado la propuesta del Gran Rey. Luego salid, para que podamos deliberar.

El sufete no era menos audaz que Hannón, pero utilizaba mucho mejor el arte del discurso y la persuasión. Había convertido al embajador en un subordinado y a Cartago en la verdadera dueña de su decisión.

—De acuerdo —dijo el embajador resignado—. Lo que os ofrece a cambio el Gran Rey es una disminución considerable sobre los impuestos de vuestras mercancías cuando entren en el territorio de nuestro imperio. Esa disminución será exclusiva para vuestros productos. Os estamos ofreciendo aventajar a todos en un comercio que llega hasta la India. Los de Tiro también se verán beneficiados como centro principal de distribución hacia Oriente.

Las palabras del persa levantaron un murmullo entre los senadores de Cartago. No todos estaban al tanto de la propuesta. Como expertos mercaderes sabían que ningún comerciante podría rechazar tan suculenta oferta, cuyos beneficios compensarían sin duda los gastos de una guerra. La mayoría del senado estaba formada por los

comerciantes y armadores más ricos de Cartago, que se verían directamente beneficiados.

El sufete hizo una señal al embajador para que se retirara y así poder comenzar el debate sin su presencia.

Hannón, condenado al silencio, veía cómo su peor sueño podía convertirse en realidad. Si se embarcaban en una guerra y fracasaban, el destino de Cartago podía ser el que él había soñado. Al no poder hablar de nuevo, rogó a su hermano Himilcón que defendiera su causa. Cuando se abrió el turno de debate, Belo, uno de los comerciantes más poderosos e influyentes, argumentó:

—No podemos, de ningún modo, rechazar la generosa oferta del Gran Rey. Significa aumentar el poder económico de nuestra ciudad y años sin término de prosperidad. Tampoco debemos olvidar que es muy favorable también para nuestros hermanos de Tiro, que siempre nos han ayudado en caso de peligro. El riesgo es muy escaso. Ved si no las cifras que nos ha dado el embajador persa. Jerjes movilizará a tantos hombres que la posibilidad de derrota es prácticamente nula.

—Ya veo —dijo Himilcón, tomando la palabra— que el oro persa ha sonado en tus bolsillos, noble Belo, y supongo que también en el de otros de tu grupo. Ciertamente la oferta es tentadora, pero no olvidéis que Darío fue derrotado contra todo pronóstico en Maratón y que Cartago siempre ha preferido la paz a la guerra. Si fracasamos, las posibilidades de recompensa son difíciles y nuestro poder en el mar se vería considerablemente mermado. Ahora nosotros, los jinetes del mar, cabalgamos sobre las olas con la libertad del que se sabe dueño de la pradera de agua, pero pensad que los griegos también surcan el mar Interior y que los focenses hace ya largo tiempo que se han hecho fuertes en Marsella. Solo esperan la ocasión para ocupar nuestro lugar. No se la demos. Sigamos negociando con ellos desde nuestra superioridad económica y el poder de nuestras rutas comerciales. Dejémosles vivir, pero no crecer a nuestra costa.

—No es tiempo de ser prudentes —respondió Belo—. Es el momento de la audacia, que también caracteriza al espíritu púnico. Esa audacia que nos ha llevado más allá de las Columnas de Melqart, hacia el norte desconocido o el inhóspito sur. Si vencemos ahora a los griegos y los hundimos para siempre, no tendremos ya miedo de su cada vez más alargada sombra. No me gusta la guerra en absoluto, ni la apruebo, pero en este caso nos será más beneficiosa que la paz y la negociación. Los persas nos entregan Oriente en exclusiva y pronto Cartago llenará su vientre de tantas riquezas que hasta le saldrán por la boca y se desparramarán por el mundo. Surgirá de nosotros un manantial eterno de prosperidad.

El discurso vibrante de Belo arrancó murmullos de aprobación en gran parte de la cámara. Himilcón perdió la capacidad de reacción y

se detuvo a pensar en la respuesta. Ese incómodo silencio era casi una declaración de derrota. De improviso, se oyó una voz recia y fuerte, conocida por todos, porque siempre había vibrado con honor en aquel lugar. Amílcar se había levantado y acudía en auxilio de su hijo con la experiencia de sus años.

—Belo, ahora te traiciona el amor al oro y sueñas en vano, perdiendo la perspectiva de la realidad que un cartaginés siempre debe tener presente. Cartago sobrevivirá si es realista, si evalúa con lucidez sus posibilidades, si solo tiene en cuenta lo que existe y no lo que está por venir. La moderación y la prudencia nos han mantenido vivos. Sí, también la audacia, pero guiada por la razón, para que no se convierta en precipitación alocada. Olvidas que la ley natural predice que los imperios ascienden y caen. Y cuanto más alto suben, más dura será su caída. Persia está en lo más alto y, engreída, desea conquistar Occidente, pero si fracasa y nosotros estamos unidos a ella, nos arrastrará en su caída. Y lo que es peor, el Gran Rey puede permitirse fallar en esta empresa porque siempre tendrá Oriente para resarcirse, pero si nosotros perdemos, es nuestra propia supervivencia lo que estaría en juego, la posibilidad de que los jinetes del mar sigamos surcando el mar Interior. Si ganan los griegos y ocupan nuestro espacio, tendremos que volvernos al mar Océano que todo lo rodea.

—Ah, Amílcar. Ya me extrañaba tu silencio. Como tus vástagos no han hecho bien su trabajo, ahora tienes que entrar tú en persona en la liza. Te conocemos bien. ¿No será que le tienes miedo a los griegos? ¿No será que estás de su parte, tú que has estado casado con una siracusana y que tienes dos hijos por cuyas venas fluye tanta sangre griega como cartaginesa?

Belo había empleado la provocación. En otros tiempos Amílcar no habría respondido a tan burda artimaña, pero la edad había debilitado sus reflejos. No pudo soportar que se sembrara la duda sobre su fidelidad a Cartago, la ciudad a la que amaba más que a su propia vida. Con palabras de furia quiso defender su honor y, abandonando la prudencia, tejió su destino con sus propias palabras.

—¿Cómo te atreves a dudar de mi lealtad a esta ciudad a la que he servido muchos más años y con mucho más provecho que tú? Y los demás, no sé cómo podéis tolerar que hombres como este os dominen. ¿Dónde esta vuestro orgullo? ¿Acaso lo habéis vendido por el oro persa? Jamás, oídme, jamás he sido infiel a esta cámara y a este pueblo. Es más, muchas veces he ejecutado como sufete acciones decretadas por ella que iban en contra de mis ideas y mis principios. Pero me callé entonces y acepté lo ordenado, como lo haría ahora si votarais a favor de una guerra de forma insensata. No seré yo quien destruya la dignidad de esta cámara, ni quien se oponga a lo que decrete este corazón de Cartago, aunque sea un corazón ciego y

corrompido por el amor al dinero.

—Basta —dijo el sufete presidente—. Todos conocemos el valor demostrado por Amílcar en multitud de ocasiones. No es el momento de atacarnos entre nosotros, sino de decidir qué debemos hacer en este caso. Aunque el debate podría prolongarse, sabemos que el tiempo tiene un valor incalculable para el comerciante y que no debe perderlo en discusiones estériles. Belo e Himilcón, junto con Amílcar, han expuesto con suficiencia dos opiniones razonables, pero incompatibles. Corresponde ahora que votemos cuál es la más adecuada para el interés de Cartago, si la audacia y el beneficio que esta reporta o la prudencia a la que estamos acostumbrados. No es una decisión fácil. Que cada cual la medite unos instantes y luego que se dirija bien hacia el lugar ocupado por Belo, si se apoya la guerra, o hacia los asientos de Himilcón y Amílcar, si se decide la no intervención.

Hannón escrutaba los rostros de los senadores mientras discutían en pequeños grupos la decisión que iban a tomar. Por momentos estaba seguro de que la guerra era inevitable, pero las acertadas palabras de su hermano y de su padre le hacían creer que los senadores confiarían más en conservar sus riquezas que en aumentarlas con considerable riesgo.

Llegado el momento la mayor parte de los senadores se agrupó junto a Belo, ante la mirada triste y resignada de Hannón. El partido favorable a los persas había triunfado. Los dos sufetes declararon solemnemente el resultado de la votación y se hizo pasar al embajador persa para comunicarle la decisión soberana del senado de Cartago. Amílcar, Himilcón y Hannón escucharon con desgana el pacto con el Gran Rey y supieron que nada bueno podría salir de la asociación directa con aquel imperio. Había triunfado la audacia y el amor al oro, cuya hambre corroe las entrañas de los hombres.

Hannón se despidió de su padre y de su hermano y regresó a casa. Al ir subiendo hacia ella, percibió el dolor de los cimientos de Cartago e incluso le pareció sentir que el suelo temblaba bajo sus pies, al tiempo que en su imaginación una ola terrible borraba a la ciudad de la faz de la tierra y en el mar flotaban los despojos de las proas de cabeza de caballo de los que habían sido los jinetes del mar.

# Termópilas

*Agosto del 480 a. C.*

Aristodemo estaba de guardia en el muro foceo, única fortificación que defendía el paso de las Termópilas, Las Puertas Calientes, un desfiladero entre la montaña y el mar, que era el paso obligado para el ejército persa en su camino a Atenas. Permanecía atento, con la mirada al frente, para detectar cualquier movimiento del enemigo. Estaba allí con los trescientos espartanos, la guardia personal del rey Leónidas de Esparta, y con algunos aliados de otras ciudades griegas. El rey les había dicho que nadie más vendría a ayudarles y que tendrían que resistir hasta la muerte. Todos se iban haciendo a la idea de que no había retirada posible.

Envuelto en su capa roja y apoyado en su lanza, con el pesado escudo redondo en el suelo y mirando de frente a través del casco que protegía su rostro y su cabeza, Aristodemo recordaba las enseñanzas recibidas desde niño: nacemos para afrontar aquellos momentos extremos donde está en juego la gloria o la vergüenza. Vino a su mente el extraño día en que vio salir de casa a su padre a escondidas, con su hermano recién nacido envuelto en una tela. Él lo había esperado con impaciencia para tener por fin un compañero de juegos y, sin embargo, nada más nacer, notó que sucedía algo raro. Su padre había cambiado su rostro de fresca esperanza en una mueca de disgusto, como una amalgama de desprecio y vergüenza. Su madre, tan serena y valiente, lloraba sin cesar y daba espantosos gritos de dolor y desesperación. No le habían dejado ver al recién nacido.

Al principio, pensó que todo aquello se debía a que era una niña, con el consiguiente disgusto natural de quienes siempre desean mejor un varón que pueda defender a la patria. Pero esa no era la causa. Nadie le explicó nada. Fue apartado e ignorado por completo. Eso le dio la posibilidad de escabullirse y de seguir a su padre a cierta

distancia. Había tomado el camino del Taigeto, lleno de peligrosos barrancos, y temió que en la oscuridad de la noche, su padre o él mismo resbalaran sin remedio. Empezaba a sentir frío, pero un niño espartano está acostumbrado al dolor y al sufrimiento, y con sus siete años cumplidos ya vivía la mayor parte del tiempo con el grupo de chicos de su edad, dirigidos por el eirén. Ahora le resultaban útiles las noches que este les hacía pasar al raso o los días sin comer.

Un frío intenso helaba su cabeza, rapada al cero como era costumbre en el grupo, pero él no dejó que se apoderara de su mente y combatió el miedo y la sensación de dolor. La herida de guerra que su padre tenía en la pierna le hacía cojear y eso facilitaba la persecución. En alguna ocasión lo había perdido de vista por la oscuridad, pero el leve llanto de su hermano le hacía recobrar la dirección, acostumbrado a orientarse en las situaciones más difíciles. De repente, su padre se detuvo al borde de un barranco y despojó al recién nacido de la tela que lo envolvía.

Con el gélido contacto de la noche, el hermano de Aristodemo rompió a llorar. Su padre vaciló unos instantes e hizo ademán de volver a cubrirlo, pero volvió a exponerlo al frío. Selene, la luna, brilló con fuerza en aquel instante y Aristodemo, que estaba escondido muy cerca, pudo ver que su hermano tenía una pierna más corta que la otra. ¿Cómo había sido tan estúpido para no darse cuenta? ¿Acaso no había oído que en Esparta solo los más fuertes pueden sobrevivir? Aristodemo vio con horror cómo su padre lanzaba con fuerza a su hermano contra las rocas del fondo del barranco. Oyó el último grito de la criatura antes de ser desmembrada contra el suelo y después nada, solo el viento y los ruidos habituales de los animales nocturnos. Imaginó los restos de su hermano devorados por los lobos y las aves, y lloró sin consuelo. Al dolor y a la rabia se añadía el sentimiento de culpa de que él, al no aprobar esta acción de su padre, era un mal espartano. ¿Por qué no pensaba según lo que dictaba la ley de Esparta? ¿Por qué había sobrevivido él y no su hermano? Eran demasiadas preguntas para sus escasos siete años. Quedaron grabadas en su corazón, anidando en él, escondidas hasta encontrar una respuesta. Y sin embargo, sin que él lo supiera, esas preguntas marcaron sus actos desde la oscura caverna a la que los había confinado. Nadie supo nunca lo que había visto. Su padre regresó a casa y él apareció poco después, sin que su ausencia fuera advertida.

A partir de entonces, no hubo niño más valiente ni más atrevido que él. El primero en la lucha, en la astucia, en obediencia ciega. Todos pensaban que era valor, pero en realidad era temor, una defensa para no ser considerado inútil, para no seguir la suerte desdichada de su hermano. Ante los peligros más grandes, solo tenía que traer a su mente el horrible sonido del último grito del que había

sido de su sangre y el seco sonido de los frágiles huesos estrellados contra las rocas, para encontrar la fuerza y el valor necesarios. Crecía en fortaleza y belleza, siendo admirado por todos. Cuando recibió el gigantesco escudo de guerrero espartano hizo que pintaran en él el horrible rostro de la Gorgona, con grandes ojos, cabello erizado, afilados colmillos y una gran lengua fuera en una mueca de horror. Los demás pensaban que era para asustar al enemigo; solo él sabía que representaba el horror y la fractura que llevaba dentro.

Andando el tiempo, fue elegido personalmente por el rey Leónidas para formar parte de los trescientos. Ahora el combate iba a ser real y la prueba definitiva para saber si era un buen espartano.

Aristodemo todavía no había entrado nunca en combate de forma directa, porque Leónidas no quería emplear a todos los hombres a la vez, y el desfiladero era muy estrecho. Desde la altura del muro vigilaba con ansiedad, porque al alba formaría parte de la falange. Tras la derrota del primer día, corría el rumor de que el Gran Rey enviaría ahora a los Inmortales, su temible guardia personal. Aristodemo se guardaba sus temores muy adentro y envidiaba la calma de sus compañeros, que junto al muro se peinaban los largos cabellos, símbolo del valor espartano. Él también tenía los cabellos largos, pero dentro de sí se veía todavía como un niño de cabeza rapada. Deseaba compartir con los demás sus miedos y lo diferente que se sentía de ellos. Solo se había atrevido a confiarse a Éurito, uno de sus compañeros de la infancia con el que a escondidas se habían intercambiado sus temores. Ahora parecía dormir tranquilo y eso irritaba a Aristodemo, que se sentía cada vez más solo.

Una voz lo sacó de sus pensamientos.

—¿Cómo va esa guardia, muchacho?

—Muy bien, señor —respondió con asombro al reconocer la voz de Leónidas.

—La noche tarda en pasar. No te preocupes. A mí también me inquieta lo que nos traerá el nuevo día, pero sabemos que lo importante es cumplir con las órdenes y, si es necesario, morir por Esparta y por conservar nuestro honor, ¿no es así?

—Sí, mi rey —se limitó a responder Aristodemo, envidiando la seguridad de Leónidas. ¿Cómo era posible que, sabiendo que iba a morir, mostrara esa serenidad?

—Ánimo, Aristodemo. Estoy seguro de que mañana será un día grande para ti. No olvides luchar junto a tus compañeros porque en la unidad y en mantener compacta la falange está nuestra fuerza. Si los persas no desbaratan nuestras filas, nadie podrá con nosotros. Enseguida te enviaré un relevo para que descanses un poco.

—Gracias, mi rey —dijo Aristodemo.

Leónidas sabía su nombre y también el de cada uno de los

trescientos. Todos le seguían con fervor y él compartía las penalidades de la guerra junto con los suyos, acercándose a ellos, viviendo sus preocupaciones. Leónidas, el León de Esparta, el líder al que todos seguían en bloque. Si él despreciaba la muerte, ¿cómo no seguir la senda gloriosa de todo un rey? Aristodemo se aferró a ese pensamiento para reunir valor. Leónidas lo había elegido. Leónidas se lo ordenaba. Mañana sería un perfecto engranaje de la falange, escudo con escudo, protegiendo al hombre de su izquierda, como el de su derecha le protegía a él.

Cuando llegó el relevo, empleó su capa roja como lecho e intentó dormir unos instantes. Apenas pudo conseguirlo. Le parecía que la Gorgona de su escudo cobraba vida y veía moverse a las serpientes que configuraban el cabello del terrible monstruo, al tiempo que la roja lengua salía y entraba sin cesar de las fauces de la bestia.

Éurito vino a llamarlo para armarse. Estaría a su lado en la falange. Aristodemo se colocó las altas grebas que protegían sus espinillas y la coraza de lino, pero lo más importante era el escudo redondo y pesado que protegía todo su cuerpo. Si colocaba bien el escudo, no ofrecería al enemigo ningún resquicio, porque cubría hasta la altura de las grebas. Había adornado con rojas crines el casco que cubría su rostro. Al colocárselo notó que perdía audición y campo de visión. Estaba acostumbrado a esa sensación, pero aquel día esas carencias le pesaban más. Se vio más aislado que nunca y las voces y signos de sus compañeros le parecían de otro mundo. Tomó la lanza y fue a formar junto a los suyos. Cuando se colocaron en fila uno junto al otro con una profundidad de ocho hombres, formando un grupo compacto, se diría que habían perdido el aspecto humano y parecían seres maléficos o infernales.

Los flautistas tocaron la melodía de marcha y Aristodemo se vio avanzando dentro de la falange junto con sus compañeros, como si se tratara de un solo hombre. Esa era la fuerza de la falange: una vez trabado contacto con el enemigo, la fila de atrás debía empujar a los primeros para hacer presión contra los persas. Leónidas les había dicho que mantuvieran la formación todo el tiempo posible, empujando con todas sus fuerzas para desbaratar la línea de los Inmortales, que no era tan compacta como la suya y, además, iba armada de modo más ligero. Después vendría el cuerpo a cuerpo en el que los espartanos también eran superiores.

A la vista de los Inmortales, Aristodemo sintió que su esfínter se relajaba y que la diarrea corría por sus piernas con fetidez. No era el único, muchos espartanos ya habían defecado y orinado involuntariamente. La mayoría lo tomaba como algo natural por la tensión del momento, pero en su caso era también producto del miedo. De todas formas, huir era imposible. Con razón los jefes

colocaban a los nuevos combatientes en el medio, para que no salieran huyendo si estaban en las primeras o últimas filas. Los veteranos iban delante, acostumbrados a la vista del enemigo, pero también detrás, empujando y controlando la formación.

Profirieron el alarido de guerra y la falange avanzó de modo compacto. Silbaron las primeras flechas persas y Aristodemo vio con horror que una de ellas penetraba en la escasa abertura del casco de uno de sus compañeros, clavándose en sus ojos. El infeliz cayó al suelo y fue aplastado por el resto de los espartanos. Las bajas de los laterales de la falange se cubrían enseguida por las filas de atrás, mientras los jefes gritaban constantemente que se mantuviera la formación. Siguió otra lluvia de flechas, pero la protección de los escudos impedía que se perdieran muchos hombres. Según avanzaban levantaban una nube de polvo que casi no dejaba ver al enemigo. Pero estaba allí, delante de ellos en línea recta.

Los Inmortales esperaban que los espartanos deshicieran su falange a causa de las flechas y también contaban con que su fama hubiera asustado a los griegos. Solo con oír que venían los Inmortales, ciudades enteras se habían sometido al Gran Rey. Por eso se sorprendieron al verlos avanzar hacia ellos como un muro inexpugnable, como una barrera de bronce contra la que se estrellarían sin remedio. A Aristodemo le faltaba el aire por la polvareda. La escasa visión le impedía hacer cualquier otra maniobra que no fuera empujar la fila de delante y mantenerse pegado a sus compañeros. Por fin, era uno con los espartanos y estaba a punto de estallar de alegría al sentirse por un instante reconciliado con los suyos.

Pero apenas tuvo tiempo. El choque fue brutal y se sintió en toda la falange. Era el momento de hacer fuerza. La formación persa se resintió al ser mucho menos compacta. Empezaron a perder terreno. Entonces los espartanos se separaron un poco y llegaron al cuerpo a cuerpo, pero sin dejar demasiado espacio entre ellos por si debían reagruparse. Aristodemo se lanzó al combate. Escudos y cascos se cubrieron de sangre y se veían miembros cercenados que no se sabía a quiénes pertenecían. El suelo comenzó a cubrirse de cadáveres. Aristodemo sintió en sus pulmones el ahogo de la polvareda y el vómito vino a su boca ensuciando el interior de su casco. Estaba a punto de asfixiarse y cometió el error de dejar el escudo a un lado e intentar quitarse el casco. De improviso, un persa descargó un fuerte golpe contra su cabeza que abolló el casco y lo dejó inconsciente.

Cuando volvió en sí, se encontraba en el campamento espartano. Se llevó la mano a la cara y tuvo que retirarla rápidamente con un gesto de dolor. El golpe del persa había hecho que el casco le golpeara en el ojo derecho y apenas podía abrirlo. A su lado también estaba herido

Éurito. Una espada enemiga había atravesado el hueco de su casco y le había dado un profundo corte cerca de uno de los ojos. Ambos habían sido afortunados. Al terminar la batalla y recoger a los muertos, los habían encontrado. No era fácil sobrevivir mucho tiempo si perdías un brazo o una pierna, pero sus heridas eran leves y no les impedirían seguir combatiendo. Aristodemo se dirigió a su amigo. Necesita hablar, para echar fuera todo lo que llevaba dentro.

—He estado a punto de verme como un verdadero espartano, pero este combate brutal me ha devuelto a la realidad más cruda. Esto no es honor, es una carnicería. ¿Qué valor hay en esta lucha? No lo comprendo.

—No intentes comprenderlo. Eres un espartano y todos han pasado por esto. Incluso yo, que no me considero valiente, estoy obligado a parecerlo. Lo que tienes es miedo. Miedo a morir por nada, porque dentro de ti no brilla la llama del amor a Esparta. No sé por qué los dioses te lo han negado, como también lo han hecho conmigo. Ser cobardes entre los más valientes es una maldición que no nos merecemos.

—No podría volver al campo de batalla. Sé que huiré de inmediato, quizá poniendo en peligro a la falange.

—No te excuses, Aristodemo. Si huyes, alguien te dará muerte antes de que se desbarate la fila. Yo tengo la solución a nuestro problema.

Éurito se levantó del suelo y buscó entre sus cosas un buen rato hasta que enseñó a Aristodemo una pequeña vasija para ungüentos.

—Aquí está. Me han dicho que si se aplica este líquido en cualquier parte del cuerpo, sobreviene al instante una rojez y una inflamación considerables. Si nos lo echamos en los ojos, nos quedaremos prácticamente ciegos. Lo atribuirán a un empeoramiento de nuestras heridas y seremos inútiles para el combate sin que nadie dude de nuestro valor. Nosotros no tendremos más que maldecir nuestra mala suerte que nos impedirá participar en el combate de mañana.

Aristodemo tomó nervioso la pequeña vasija y, sin dudarlo un instante, se vertió un poco en la zona de los ojos. El escozor le pedía gritar, pero no podía hacerlo. Sintió una quemazón y un dolor más intenso que el de su propia herida anterior. Éurito hizo lo mismo.

Cuando el adivino Megistias, que hacía las veces de médico, vino a verlos al atardecer, se asustó de sus caras hinchadas y rojizas y corrió a avisar a Leónidas. El rey acudió de inmediato, temiendo que fuera una epidemia, pero solo Aristodemo y Éurito estaban en ese estado. No podía ser otra cosa que un empeoramiento de sus heridas oculares. Leónidas se tranquilizó, pero de inmediato llegó un espartano al lugar y pidió hablar a solas con el rey. Aristodemo, a causa de su visión borrosa, solo reconocía las siluetas del mensajero y de Leónidas. El rey permaneció inmóvil mientras escuchaba el mensaje. Al cabo de unos

instantes, Aristodemo vio venir hacia él la imponente figura de Leónidas, envuelta en su capa roja. La cabellera ondeaba al viento y con su mano derecha se acariciaba la barba nervioso.

—Hermanos —les dijo a todos los heridos—, acabo de recibir noticias alarmantes. Los persas han encontrado un camino que bordea la montaña y por la mañana nos habrán rodeado sin remedio. Tendremos que luchar en dos frentes en una situación desesperada. Voy a hacer que nuestros aliados se retiren. Para ellos no tiene sentido morir. En cambio, nosotros hemos hecho solemne promesa de defender el paso hasta la muerte, y eso es lo que vamos a hacer.

Las palabras del rey fueron oídas en silencio, pero de pronto uno de los heridos gritó:

—¡Leónidas, déjanos morir contigo con honor y gloria! ¿Cómo vamos a volver a casa derrotados y humillados? Los que estamos heridos en un brazo aún tenemos el otro para empuñar la espada y los que están heridos en las piernas pueden sentarse y disparar arcos, o ayudar de algún otro modo. Y aunque no podamos hacer nada, es mejor morir con honor que arrastrarnos por Esparta como perros heridos, lamentando no haber muerto en las Termópilas junto a nuestros compañeros.

Los demás heridos vitorearon las palabras de su portavoz. Todos menos Aristodemo y Éurito, que permanecieron callados. El rey se conmovió por la reacción de aquellos hombres. Los había elegido bien, eran dignos hijos de Esparta y su nombre permanecería por los siglos. No podía negarse a su petición, pero tampoco podía ordenarles permanecer allí.

—Admiro vuestro valor, hermanos, y me conmueve en esta hora en que debemos apoyarnos unos en los otros. Sin embargo, os doy libertad para escoger vuestro destino. No tendré en cuenta si alguno desea retirarse, sobre todo aquellos que, más que útiles, serían un estorbo para la batalla.

Aristodemo estaba seguro de que, al decir aquello, Leónidas pensaba en ellos. El rey se había dado cuenta de su silencio. Podía haberles obligado a luchar, pero extrañamente respetaba su decisión. ¿Conocía su cobardía o atribuía su estado al empeoramiento de sus heridas? Quizá el rey disponía de un don de clarividencia que los dioses conceden a los que van a morir de inmediato y sabía algo de su destino que ellos ignoraban. Solo Aristodemo y Éurito expresaron en voz baja su deseo de retirarse. Leónidas les dijo que se incorporaran a la retirada de los aliados y que estos les ayudarían. Aristodemo quiso hablar con el rey para excusarse, pero Leónidas le impuso silencio y le miró profundamente, como si intuyera la fractura interna de aquel espartano que luchaba por serlo. Nada escapaba a la observación del León, buen conocedor de los hombres, guía y amparo de los suyos. No

hizo ningún reproche, solo interrogaba en silencio al corazón de Aristodemo para que él mismo encontrara algún día la respuesta. Aristodemo y Éurito se alejaron, un ciego guiando a otro ciego, ciegos en la mente, ciegos en el espíritu.

Los aliados partieron muy temprano y a regañadientes. Querían quedarse, pero también sabían que no podían desperdiciar sus vidas, que la batalla podía estar perdida, pero la guerra continuaba e iban a necesitarlos. Se marcharon sin mirar hacia atrás, antes de que los persas que rodeaban la montaña les cortaran la salida del paso. No habían avanzado mucho cuando empezaron a oír a sus espaldas el fragor de la lucha. Los persas, guiados por el traidor Efialtes, un pastor que les había dado a conocer el sendero secreto, habían debido encontrarse con los hombres de Leónidas destinados a cubrir la retaguardia. No podrían resistir mucho tiempo. Los aliados apretaban los dientes y algunos se tapaban los oídos para evitar la tentación de volver atrás y sucumbir sin remedio. Aristodemo y Éurito, que iban muy retrasados, oían los gritos mucho más cerca y cada uno de ellos les desgarraba el corazón. Habían recuperado algo de vista y con ayuda de bastones avanzaban sin gran dificultad. Iban muy juntos, pero sin hablar entre ellos, cada uno soportando su tortura en solitario. De repente, Éurito se detuvo.

—Aristodemo, tengo que volver. Tengo que morir con ellos. Jamás soportaría la vergüenza de regresar a Esparta. No sé si es valor lo que tengo, o un miedo al deshonor mayor que el temor a la muerte. Me vuelvo, amigo. Acompáñame, te lo ruego.

Éurito empezó a andar apresuradamente hacia el campo de batalla. Aristodemo no le había respondido y veía alejarse a su amigo cada vez más, tropezando con las piedras del camino, y en alguna ocasión, cayendo al suelo, para levantarse de inmediato como guiado por una fuerza superior que lo llamaba a formar parte de Esparta, a morir por Esparta. ¡Cómo hubiera deseado Aristodemo tener aquella misma energía! Sin embargo, su cuerpo estaba paralizado y ni siquiera podía gritar adiós a su amigo. Una parte de su cerebro quería ordenar a sus pies que siguieran la senda del combate, pero estos se negaban a obedecer, pesados como piedras, anclados al suelo con firmeza.

Mientras tanto la columna de los aliados se distanciaba y él corría peligro de quedarse en tierra de nadie. Estaba solo en un punto intermedio entre el valor recuperado en el último momento por Éurito y la retirada honorable de los aliados. No conseguía recuperar el valor y era consciente de que su huida era cobarde y sin justificación alguna. Las dos fuerzas tiraban de él con igual intensidad y eso le impedía moverse. En su desesperación invocó a Zeus todopoderoso, suplicó fuerzas para ir a la batalla, para poder ser un espartano completo. Cuando el gran dios se las concedió, ya no veía a su amigo

ni a las tropas aliadas. Se movió lentamente hacia la batalla, tropezando con las piedras del camino, buscando a tientas, protegiendo su rostro de los arañazos de los olivos. Veía menos que Éurito y le costaba avanzar. Se angustiaba al comprobar que ya no se oían los gritos ni los ruidos propios de la lucha.

El camino se le hizo eterno y no conseguía recordar las veces que se había caído y levantado. La ceguera de sus ojos se mezclaba con la de su corazón. No tardó en darse cuenta de que se había extraviado. De repente, tropezó con algo que parecían cuerpos. Cayó sobre ellos como un muerto más, deseando la comunión con aquella carne sin vida. Entre la niebla de su vista pudo ver los rostros desencajados de sus compañeros, acribillados por las flechas y amontonados como si formaran una falange de cadáveres. Lloró amargamente la suerte de los suyos, pero también la suya. Los cadáveres habían sido despojados de las armas de más valor y dejados como pasto de fieras y aves. Recordó a su hermano pequeño sintiendo el mismo horror que entonces. Aristodemo se sentía inútil en el alma y digno de ser arrojado al Taigeto. Había sido de cuerpo perfecto, pero de alma torcida, espartano de aspecto pero nunca de espíritu. Pensó en tumbarse allí, entre los cadáveres, para morir de hambre y por los mordiscos de las alimañas, para al menos tener el mismo fin que ellos. Se tendió entre los muertos sin esforzarse en ver sus desfigurados rostros. Maldijo su suerte y deseó haber nacido con una pierna más corta que la otra como su hermano, que al menos había muerto siguiendo la lógica de Esparta. Cerró los ojos esperando no abrirlos jamás.

Sin embargo, una débil voz le despertó de su letargo. Un susurro humano no muy lejos de él. Buscó a tientas, siguiendo el apenas audible sonido, palpando los cuerpos con fuerza, por si al ser golpeada, aquella voz aumentaba, aunque solo fuera por sentir dolor. En esto, al mover bruscamente una pierna, oyó que la voz aumentaba de intensidad. Se detuvo junto a ese cuerpo y acercó su cara lo más posible para ver si podía reconocerlo con su limitada visión.

—Éurito.

—Aristodemo… Has vuelto. Lo sabía. Sabía que al final serías un espartano. Ha sido horrible. Cuando llegué, los habían rodeado a todos en esta colina. Los persas me dejaron pasar al círculo de escudos que habían formado, sabiendo que yo era inofensivo y que aquello iba a terminar pronto. Se abrieron algunos escudos y me acogieron. Me recibieron entre ellos, Aristodemo, como lo hubieran hecho contigo. Estaba a salvo, estaba con ellos. Leónidas también, pero había muerto a causa de una lanza persa. Todo aquel círculo de bronce era para proteger su cuerpo y su honor…

—No hables más… Te sacaré de aquí como sea.

—No te esfuerces, amigo. Tengo una herida mortal, o más bien debería decir inmortal. Seré eterno como ellos. ¿Te das cuenta? Me acogieron… como una madre… Esparta.

Aristodemo notó cómo la vida abandonaba a su amigo en una leve sacudida. Había muerto como espartano. Los dioses lo habían bendecido. En cambio, él llegaba tarde. Su súplica había sido escuchada cuando ya no era necesario. Los dioses le habían abandonado. Era mejor quedarse allí. ¿A qué lugar podría ir si allí estaban los suyos? Se acostó al lado de Éurito para morir junto a él. Ojalá algún persa en busca de botín lo viera moverse y viniera a rematarlo. Pero de nuevo una voz de entre los muertos lo llamó al mundo de los vivos.

—Aristodemo, ven… acércate… a tu derecha.

Se incorporó de inmediato al oír la voz. No era posible. Se había confundido. No podía ser la voz del rey. A trompicones se desplazó hasta un cuerpo que respiraba pesadamente. Había sido despojado de su armadura y por la espesa barba corría la sangre.

—Sabía que volverías. Lo leí en tus ojos. Puede que seas más espartano de lo que tú crees, porque libras dos combates a la vez. En eso te pareces al rey, que lucha contra el enemigo y contra sí mismo, contra la tentación del abandono. Todos siguen al León, pero nadie sabe por qué sigue el León. Los persas se han equivocado. Se han llevado el cadáver de mi segundo, Penteo, pensando que era el mío y lo han profanado. ¡Qué mayor honor para él que hacer las veces de rey después de muerto! Tú has sobrevivido. Por ello caerá sobre ti una maldición, pero cumplirás mi última orden. Quema mi cuerpo, lleva mis cenizas a Esparta. Ve a decirle a los espartanos que hemos muerto obedeciendo las órdenes de la ciudad. Tú serás mi voz y la de todos tus compañeros muertos.

Leónidas respiraba con dificultad. Aristodemo intuía que al rey no le quedaba mucho tiempo.

—Dile a Gorgo, que he pensado en ella antes de morir… y tú sigue viviendo. Vive por todos nosotros. Más allá de las Columnas de Heracles ayudarás a la raza enemiga a buscar la salvación…

El espíritu de Leónidas voló a la inmortalidad y Aristodemo creyó ver un león entre los arbustos que se alejaba velozmente. Las últimas palabras del rey le resultaban incomprensibles, como si no fuera Leónidas sino otra voz próxima al mundo de los muertos, la que había hablado a través de él.

Ahora debía cumplir las órdenes del rey. No era fácil quemar un cadáver en territorio enemigo. Afortunadamente para él, los persas tenían prisa y avanzaban rápidamente hacia Atenas que tendría que ser evacuada en su mayor parte.

Para mayor seguridad, Aristodemo escondió el cadáver de Leónidas

durante un día en un lugar oculto. La fetidez de los cuerpos se le hizo insoportable y la presencia de alimañas y aves destrozando los cadáveres le repugnaba, ahora que su visión había mejorado. Pero no podía quemarlos a todos. En cuanto pudo, incineró lo más rápidamente posible el cadáver del rey. Inexplicablemente los persas no habían despojado a Leónidas de su anillo real, quizás por ser una joya muy sencilla. Aristodemo lo conservó como prueba de que lo que diría en Esparta era la palabra del rey. Encontró a unos pastores que, al saber que era espartano, le dieron comida y bebida y una vasija para transportar las cenizas de quien ellos creían que era el hermano de Aristodemo.

Avanzó hacia el sur, contemplando la devastación que el ejército persa dejaba a su paso. En las aldeas en las que se detenía recababa noticias de lo sucedido. Atenas estaba siendo asediada y unos pocos resistían en la Acrópolis al abrigo de los templos más sagrados. Los atenienses confiaban en un oráculo dado por Apolo a su guía Temístocles que decía que la salvación de la ciudad estaba en el muro de madera. Y el muro de madera era la flota ateniense que aguardaba pacientemente el momento de entrar en acción. Cuanto más horrible fuera la represión persa, mayor sería el ardor de los remeros y los soldados atenienses, ansiosos de venganza. Jerjes no tardaría en tomar la Acrópolis e incendiaría sus sagrados templos, pero ese fuego alimentaría la sed de revancha de una Atenas humillada. No eran tan bravos como los espartanos, pero habían actuado valerosamente en Maratón y pretendían ser más hábiles en la lucha naval. Corinto y su istmo eran la última barrera natural que separaba a los persas de los espartanos. Aristodemo se apresuraba para alcanzarla antes de que fuera demasiado tarde.

Cuando llegó a las aldeas que formaban el conjunto de la polis de Esparta, encontró a la gente alborotada. La noticia de la derrota en las Termópilas ya había llegado. Se dirigió en primer lugar a la sede de la Gerusía, el consejo de ancianos, y solicitó ser recibido. El anillo de Leónidas aceleró la hora de la reunión y esa misma tarde fue escuchado. También estaba presente Leotiquidas, el otro rey espartano que había quedado al cargo de la ciudad. Aristodemo refirió quién era y lo que había sucedido, sin omitir detalle alguno.

—… y esto me ha dicho el rey Leónidas antes de expirar: ve y dile a los espartanos que aquí yacemos obedeciendo las órdenes de Esparta. Ese ha sido el legado de nuestro valeroso rey.

Tras escuchar a Aristodemo, Leotiquidas y el consejo deliberaron unos instantes y luego uno de los ancianos actuó como portavoz diciendo:

—Te agradecemos, Aristodemo, que hayas traído las cenizas de nuestro rey y sus últimas palabras. Sin embargo, eres el único

superviviente y tú mismo eres testigo de tu propia cobardía. No podemos pasarla por alto, no podemos silenciar tu comportamiento, que cuando sea conocido por todos, manchará el honor común y puede que sirva de mal ejemplo para otros. Estamos seguros de que lo comprendes y de que sabrás que no puede ser de otra manera. Se te priva desde ahora del fuego y del agua. Ningún espartano podrá recibirte y tendrás que pasar el resto de tus días fuera de nuestro territorio de influencia. Dentro de muy poco toda Esparta conocerá este decreto. No obstante, como recompensa por haber traído las cenizas de Leónidas, te damos permiso para que visites brevemente a tu familia.

Aristodemo escuchó impasible la declaración oficial. Si en algún momento había pensado que su última acción borraría su culpa, él mismo había apartado la idea de su mente. No, esa no era la forma de actuar de Esparta, donde la falta exigía la reparación y solo con algo realmente extraordinario podía purgarse. Por lo demás, no estaba ya seguro de querer vivir en aquel pueblo con el que nunca se había identificado totalmente. Esparta exigía la sumisión total a sus leyes y a su proyecto, el individuo se convertía en un engranaje de la gran máquina. Solo así seguiría funcionando, solo de ese modo sobreviviría.

Abandonó la sala del consejo de ancianos con un leve saludo y se dirigió en silencio a su casa. Por la calle muchos se extrañaban al verle y algunos se acercaban a tocarle para comprobar si era un fantasma. La versión oficial era que nadie había sobrevivido, como era de esperar en la lógica espartana.

Al cruzar el umbral de su casa se dio cuenta de que no traía en su brazo el escudo de la cara de Gorgona. Volvía sin él, por más que sabía que el horror del monstruo lo llevaba impreso en el corazón.

Su padre, ya anciano, no salió a recibirlo. El viejo espartano recordaba el momento en que había arrojado a su otro hijo al barranco del Taigeto y quizá se arrepentía de no haber tirado también a este otro, de cuerpo perfecto, pero de espíritu cobarde. No había sido lo suficientemente sabio para saber que la imperfección de Aristodemo no estaba en su exterior, sino en su interior. Pero ¿quién hubiera podido conocer el futuro? ¿Quién hubiera sido capaz de escrutar el corazón de un recién nacido?

Su madre tampoco apareció, mientras Aristodemo esperaba inútilmente en el patio de su casa, sin atreverse a entrar en las habitaciones interiores. En ella luchaban el amor por el hijo y el amor por la tradición de Esparta. Si lo acogía, sería censurada por todas las demás madres espartanas, educadas desde niñas para considerar como muerto a un hijo cobarde. Su corazón de madre se ahogaba asfixiado por su corazón de espartana, y aunque deseaba abrazar a Aristodemo, no se levantó de su silla ni salió al patio, mirándose extraña en el mal

pulido espejo de bronce.

Aristodemo solo pudo hablar con un esclavo, que como a un extranjero cualquiera lo acomodó en el patio ofreciéndole agua y alimento y rogándole a la vez que abandonara cuanto antes aquella casa en la que no era bien recibido. En su propio hogar se le ofrecía la hospitalidad mínima, obligatoria con cualquier desconocido. Tomó aquel pan, que sabía hecho por su madre, y aquella agua, que quizá ella misma había ido a buscar al pozo. Eso era lo más cerca de ella que se le concedía estar. Había esperado el rechazo frontal de su padre, pero albergaba la esperanza de la misericordia materna. No fue así.

Cuando acabó de comer y de beber y salió a la puerta, fue recibido por una lluvia de insultos de los que estaban congregados esperando su salida para soltar su rabia.

—¿Por qué no has muerto como los demás, Aristodemo? —le gritaban algunos.

—¿No ves la vergüenza que nos causa a tantos que estés vivo? —chillaban otros.

—¿Dónde está tu escudo, cobarde? —le espetaban algunos jóvenes a su paso.

—Aristodemo, Aristodemo «el temblón» —le decían los niños más pequeños.

Tuvo que taparse los oídos y avanzar entre la multitud, que le abrió un amplio pasillo porque nadie quería tocarlo. Nadie deseaba siquiera rozar por accidente a un cobarde que había deshonrado a la ciudad. Que se fuera, que desapareciera, que no enturbiara con su vida la gloriosa gesta de sus compañeros muertos. Había traído las cenizas del rey, salvándolas de los persas. Eso estaba bien, pero no lo eximía de culpa. El destierro era la mejor opción: que jamás volviera a pisar tierra espartana.

Aristodemo avanzaba con la cabeza baja, sin atreverse a mirar a la gente, para que no quedara grabada en su mente la imagen del desprecio que recibía. Uno le arrojó hortalizas y él se volvió instintivamente para responder a la ofensa, pero al contemplar el rostro de quien lo había hecho, dio un paso atrás. En lugar del rostro del agresor vio la mismísima cara de la Gorgona con su espantosa lengua roja saliendo de su boca entre afilados colmillos. Entonces empezó a correr hasta dejar atrás las aldeas que formaban Esparta.

Pensó en quitarse la vida, pero eso tampoco tenía sentido. Lo hubiera hecho si hubiera sido un verdadero espartano. El rechazo de los suyos había roto los débiles lazos que lo unían a su ciudad. Ahora era un hombre sin patria, un hombre solo: la mayor maldición que podía caer sobre cualquiera. Tenía claro que debía ir hacia el norte, hacia Corinto, para salir del territorio de influencia espartana y desgajarse de las raíces que hasta entonces lo habían sustentado y

alimentado. Podía haberse sentido libre, pero libre ¿para qué? Si lo que él siempre había soñado era pertenecer por entero a Esparta, si su libertad deseada era precisamente someterse a las leyes de la ciudad, como lo habían hecho sus compañeros hasta la muerte, como había hecho el León de Esparta.

El recuerdo del rey lo tranquilizó en cierto modo. Leónidas había comprendido su dolor y no lo había rechazado, pero no todos eran como él, no todos tenían la fortaleza y la grandeza de alma del León. Así pues, al norte, a Corinto, y luego... quizá al mar o más allá de las Columnas de Heracles, como le había dicho la única persona que había visto de veras su corazón.

# Salamina

*Septiembre del 480 a. C.*

L as naves griegas intentaban clavar con furia el espolón de bronce en los barcos enemigos. Al principio la flota fenicia resistió el ataque, pero la multitud de barcos se iba acumulando dentro del estrecho y las maniobras se hacían cada vez más difíciles, estorbándose unas a otras. Pronto las naves fenicias se destrozaron entre sí involuntariamente y en la confusión emprendieron la huida chocando con las de la segunda fila. Las riberas y los escollos se iban llenando de cadáveres y el mar se teñía de rojo. Hannón, en la nave capitana de los barcos de Tiro, asistía atónito a la destrucción de la flota y se preguntaba cómo habían sido tan estúpidos como para confiar en los griegos. El ejército de tierra persa había vencido a los espartanos en las Termópilas y se enfrentaba ahora a la flota ateniense, que era inferior en número. Sin embargo, los astutos griegos habían fingido la huida en uno de los estrechos que separaba la isla de Salamina del continente y la flota persa se había apresurado a seguirles. Cuando se dieron cuenta de que habían sido engañados y de que los griegos salían de sus escondites ya era demasiado tarde. Atrapados en la angostura del estrecho, entre dos pequeños islotes, la capacidad de maniobra se había reducido y su misma superioridad numérica había resultado una desventaja.

Ahora Hannón veía venir el enorme espolón de bronce de una nave ateniense, que avanzaba con toda la velocidad que le permitían sus remeros para asestar un golpe fatal a la nave de guerra de Tiro en la que él se hallaba. El choque era inminente y, antes de recibirlo, pasaron por la mente del cartaginés los rápidos sucesos desde que la guerra se había declarado en la reñida asamblea del senado de Cartago. Recordaba el disgusto que habían sentido su padre, su hermano y él al ver que se imponían los partidarios de la guerra, aumentado por la certeza de que el deber les obligaría a participar en

la contienda. Por eso no les sorprendió que Amílcar fuera nombrado almirante de la flota de Cartago, con la misión de ir a Sicilia a hostigar a las colonias griegas mientras Jerjes invadía el continente heleno.

El viejo cartaginés no podía rechazar el cargo y se vio obligado a partir con la mayor rapidez llevándose a su hijo mayor, Himilcón, como segundo. Hannón había llorado de rabia al despedirlos en el puerto, puesto que él había recibido órdenes de viajar a Tiro para apoyar a la antigua colonia madre, que contribuiría con una flota de ayuda a la invasión de Jerjes en coalición con otras ciudades fenicias. El envío de Hannón era más bien simbólico y de representación de Cartago como miembro de una de las familias más importantes, ya que su experiencia en la guerra naval era inexistente, aunque como hoplita era bastante diestro. No tuvo más remedio que dejar a Dido en Cartago y partir a Tiro, donde rápidamente fue asignado al séquito del almirante de la flota de la ciudad y en cuya nave de guerra se encontraba ahora, a punto de ser enviado a las profundidades del Egeo.

El golpe fue brutal y Hannón sintió abrirse las tablas de cubierta bajo sus pies. Su cuerpo se desplazó involuntariamente y cayó al mar con la pesada armadura, que no tardaría en ser un lastre insoportable. El contacto con el agua reavivó su ánimo y se esforzó en desatar las correas de la arcaica coraza de bronce que le había entregado su padre, una armadura más decorativa que útil en aquellos nuevos tiempos.

Cuando lo consiguió subió a la superficie con el último aliento y la escena que presenció fue estremecedora. La nave capitana ardía por los cuatro costados y los remeros saltaban al agua despavoridos, perseguidos por los implacables hoplitas atenienses que estaban haciendo una carnicería. El almirante había sido atravesado por una lanza enemiga y clavado en el mástil de la nave. El resto de las galeras tirias no estaba corriendo mejor suerte y la derrota se hacía evidente. Hannón sintió que le fallaban las fuerzas y que no podría llegar a la orilla si no encontraba algún madero para asirse a él. Invocó a Baal y Tanit para que vinieran en su ayuda y los dioses no tardaron en escucharle, sabedores de que aquel no podía ser el final de su elegido.

Cuando un tablón de cubierta apareció flotando junto a él, el cartaginés se asió a la madera con todas sus fuerzas y nadó con la idea de alcanzar la orilla. Era consciente de que, aunque llegara con vida a ella, sus problemas no habrían hecho más que empezar si caía en manos de los griegos. Tan desesperado estaba, que cuando llegó a la costa se tumbó en la orilla sin tomar precaución alguna. No le importaba que lo hicieran prisionero. Estaba cansado y aquella no era su guerra. Siempre se había opuesto porque estaba seguro de aquel fatal desenlace. El Gran Rey había subestimado a los griegos y lo

pagaba con el fracaso de sus sueños expansionistas. Deseaba que su padre y su hermano hubieran tenido mejor suerte en Sicilia. Si así había sido, Cartago tendría, al menos, cierto control sobre esa isla clave para la navegación por el mar Interior. Temístocles estaría contento: el muro de madera había defendido Grecia y con aquel muro Atenas iba a ser invencible en el mar. Tiro y Cartago tendrían que buscar otros lugares para continuar subsistiendo. Hannón daba vueltas a todos estos pensamientos en su cabeza hasta que cayó rendido de cansancio.

El sonido de la lengua griega, que conocía bien puesto que su propia madre se la había enseñado, le hizo volver en sí. Se trataba del duro dialecto espartano.

—¿Eres persa? —le dijo la voz—. Si eres persa, toma esta espada y acaba conmigo.

Hannón pensó que no había entendido la petición del desconocido. En lugar de hacerle prisionero, el griego le pedía que lo matara. Se incorporó aturdido, mientras el espartano le ofrecía la espada, una y otra vez. Los largos cabellos del desconocido estaban sucios y enmarañados, en un desorden impropio de los presumidos guerreros espartanos que había conocido hasta entonces. Además, no llevaba cota de lino ni casco, ni el característico escudo hoplita, pero podían apreciarse el porte noble y atlético de los de Esparta y las cicatrices que exhibía en las partes de su cuerpo al descubierto. Hannón accedió a coger la espada tendida, pensando que así estaría más seguro y podría escuchar al hombre desde una posición más ventajosa. El desconocido parecía no estar en sus cabales y, por eso, Hannón decidió seguirle la corriente.

—Mátame. Hiéreme de frente, en el vientre. No huiré, te lo prometo.

—Por Baal, ¿cómo quieres que te mate así, sin honra y sin que puedas defenderte? ¿Acaso no aprecias la vida? ¿No tendrías en todo caso que matarme tú a mí?

Con la tensión de la situación, Hannón había hablado en púnico y su enemigo mostró sorpresa.

—¿No eres persa? —preguntó en griego, sabiendo que la respuesta iba a confirmar su sospecha.

—Soy cartaginés —le respondió Hannón, esta vez en griego.

—Sin duda los dioses me maldicen —dijo el espartano, sentándose en el suelo con expresión de derrota—. Me encuentro con un cartaginés, que además duda en matarme. Jamás me concederán una muerte heroica a manos de los persas. Jamás podré ser como mis compañeros de las Termópilas. Baja la espada, te lo ruego. Si eres cartaginés, no me sirve tu mano. O si quieres, mátame igual, porque no hay redención posible para un espartano cobarde.

Hannón se conmovió con las palabras de aquel hombre destrozado. No alcanzaba a comprenderlo todo, pero veía a las claras su tremendo sufrimiento. Haciendo gala de la característica audacia púnica, le devolvió la espada y se sentó a su lado, al tiempo que el espartano intentaba apartarse para evitar todo contacto. Parecía como si se considerara impuro.

—Desconozco tu pena, espartano, pero estoy dispuesto a compartirla si lo deseas.

Las palabras de Hannón tranquilizaron al espartano que al cabo de un tiempo decidió confiarse al extranjero, sin saber muy bien por qué.

—Llevo una pesada carga. Soy un espartano cobarde exiliado de los suyos. No quiero volver allí, donde ni mi padre ni mi madre me acogerán nunca. No deseo formar parte de Esparta.

—Perdóname, pero creo que te equivocas. Hace un momento buscabas la muerte en combate contra un persa, como un espartano. No sé si deseas de veras regresar, solo sé que no aceptas el haber sido cobarde.

—Tú no puedes entenderlo. Yo fui el único superviviente de las Termópilas. Yo fui el único cobarde entre trescientos valientes al mando del León.

—También yo he sido derrotado y mi ciudad corre peligro de desaparecer, pero si algo he aprendido, es que se debe seguir adelante, que ante las maldiciones de los dioses uno no puede doblegarse, sino que debe superarlas. Quizá las han colocado para hacernos mejores, quizá nos demos cuenta de que tras los males puede salir de nuevo el sol, mucho más claro y potente. En mi caso puede que haya llegado el momento de ir más allá de las Columnas de Heracles…

Hannón se detuvo. El espartano estaba mirándole fijamente con otro ataque de locura.

—¿Qué has dicho? Repite tus últimas palabras.

—¿Qué palabras?

—Las últimas, las de las Columnas de Heracles.

Hannón miraba al espartano cada vez más extrañado. Finalmente se armó de paciencia y temiendo alguna locura mayor de su interlocutor dijo:

—He dicho que quizá sea el momento de ir más allá de las Columnas de Heracles, al que nosotros llamamos Melqart.

—Esas fueron las palabras del rey, esas fueron las palabras del León —musitaba el espartano—. Y tú eres de una raza extranjera… Dime, dime tu nombre —dijo abalanzándose sobre él.

Hannón se echó a un lado con rapidez y el espartano cayó al suelo donde el cartaginés lo retuvo retorciéndole un brazo tras la espalda.

—No intentes nada —le advirtió.

—Te lo ruego, suéltame. No estoy loco. Mi nombre es Aristodemo.

Tú me has dado una esperanza para vivir. Suéltame y dime tu nombre. Me iré de inmediato.

—Me llamo Hannón, y mi padre es Amílcar, general de Cartago en Sicilia. Somos pues enemigos, sigue tu camino y vive.

Aristodemo sintió que Hannón dejaba su brazo libre y volviéndose al cartaginés dijo:

—Gracias, Hannón de Cartago. Desde ahora te considero mi amigo. Si sigues ese camino hacia el sur, no tardarás en encontrar lo que queda de los persas. Vive tú también. En cuanto a mí, tengo un asunto pendiente que resolver. Luego te aseguro que volveremos a vernos. Así lo quieren los dioses, así lo quiso el León.

Aristodemo parecía otro al proferir aquellas palabras. Había encontrado una nueva fuerza. Hannón se mostró sorprendido ante aquella repentina seguridad. El hombre que ahora se alejaba de él, ya no era el ser acabado con el que se había encontrado. No había entendido aquel cambio, pero las palabras de aliento que había dicho a Aristodemo, le eran también útiles para sí mismo.

Tras despedirse, siguió el consejo del espartano dirigiéndose al sur en busca de los persas derrotados. Debía vivir y apresurarse a Cartago, y luego a Sicilia, para ayudar a su padre y a su hermano. Quizá en Occidente la suerte de la guerra fuera otra, aunque sospechaba que a partir de ahora los dioses iban a estar de parte de los griegos.

No tardó en encontrarse a los persas. Le dijeron que el Gran Rey se había vuelto a Oriente, aunque su ejército continuaría en Grecia. La guerra no había terminado. Sin embargo, Hannón sabía que sería muy difícil recuperarse del desastre de Salamina. En todo caso se preveía que el siguiente enfrentamiento sería en tierra y Hannón aprovechó la ocasión para ausentarse con el pretexto de que ya no eran necesarios sus servicios. Por ser quien era, no tardó en encontrar un barco de Tiro que lo llevara a Cartago.

A lomos del caballo del mar, su mente deseaba acelerar el tiempo y llegar cuanto antes a casa. Su rostro, ya curtido por el viento marino, recibía el agua que saltaba sobre la borda como un bautismo purificador. Cartago aún podría sobrevivir. Él debía asegurarse de ello. De noche desterraba los sueños de destrucción que le habían preocupado tanto. Su padre y su hermano eran excelentes almirantes y, además, valientes en la batalla y no cobardes como los marinos de Tiro.

Hannón se pasaba el día y parte de la noche mirando al horizonte, junto a la cabeza del caballo de la proa, como si con su presencia pudiera susurrar en las orejas de madera que cabalgara más rápido y veloz. No sabía que el piloto de la nave lo observaba con detenimiento. Tenía unos cincuenta años y su piel era cobriza por la acción del mar. A pesar de la edad, era ágil y musculoso y sostenía

firmemente el timón. Se decía que acumulaban sabiduría con los años y que entre ellos se pasaban los secretos de las rutas. Había siempre un gran respeto para los pilotos, e incluso se les atribuían poderes adivinatorios. Nadie sabía cuántos conocimientos atesoraban y eran reacios a compartirlos con quien no fuera también piloto. Al principio de su formación se entrenaban en templos dedicados a Baal Ras, el dios de los cabos y los promontorios. No se confiaban a nadie y su hermetismo era proverbial. Precisamente aquel que observaba a Hannón recibía el apodo de Sebub, el Tortuoso, el hombre que hablaba y sentía como los meandros de los ríos, dando vueltas sobre sí mismo y haciendo extraviarse con tantos virajes a quien quisiera penetrar en el nacimiento del río de su persona. Hannón no se daba cuenta de que era observado. No había reparado siquiera en el piloto, que era precisamente quien estaba consiguiendo que su viaje fuera más rápido de lo habitual.

Un día, lleno de impaciencia, se acercó a Sebub y le preguntó:

—Piloto, ¿queda mucho para Cartago?

—Señor, cabalgamos rápido hacia el destino. Como jinetes del mar surcamos las olas veloces, pero a veces desearía uno ir mucho más despacio, para no llegar tan pronto, para demorar el encuentro con lo inesperado.

—Ya me habían advertido que los pilotos eran imprevisibles en sus respuestas. ¿No sabéis hablar sin proferir oráculos?

Hannón se había enfadado con la respuesta del piloto y quizá también preocupado por las palabras de posible mal agüero de Sebub. Su impaciencia había enturbiado su habitual prudencia. No era esa la forma de adentrarse en los meandros de Sebub.

El piloto calló. No respondió a esa pregunta ni a cuantas le hizo luego Hannón.

Y sin embargo, aunque Sebub permanecía en silencio, sus ojos y su mente no dejaban escapar un solo detalle de los movimientos y palabras de Hannón. Buscaba comprender si era o no el elegido por Baal Ras, Señor de los Cabos, para ser guiado a través de todos los promontorios de más allá de las Columnas de Melqart.

# Isthar

Cuando la nave hizo su entrada en el puerto de Cartago, a Hannón le resultó extraña la falta de actividad. Casi parecía desierto y eso no era buena señal. Sebub también se dio cuenta y advirtió con preocupación la presencia de algunas naves de guerra destartaladas atracadas en un lugar apartado. Al verlas, Hannón volvió a sentir los temores de su sueño: las naves destruidas, los remeros muertos en el mar. Se aferró a la esperanza de que fueran naves enviadas desde Sicilia para su reparación. Pero cuando tomó tierra y salieron a su encuentro algunos servidores de su casa, los vio llorosos y con el pelo rapado en señal de duelo.

—¿Qué ha pasado? Hablad. No me neguéis la verdad, aunque se os haya ordenado ocultármela. ¿Le ha sucedido algo a mi esposa?

Hannón había pensado de inmediato en la que era su otra mitad, la que le conocía más a fondo que nadie.

—No, mi señor. La señora se encuentra perfectamente. Se trata de vuestro padre...

La noticia cogió de sorpresa a Hannón, que se resistía a reconocer una derrota del mejor de los almirantes de Cartago.

—No es posible, mi padre jamás ha perdido una batalla. Pero, ¿dónde está? ¿Cómo es que Himilcón no ha venido a recibirme?

—En estos momentos todos se encuentran en el sagrado mausoleo familiar, dando un último homenaje a las cenizas de vuestro padre.

Hannón no se hacía a la idea de que ya no vería más a Amílcar entre los vivos. ¿Quién le daría ahora la seguridad que emanaba de aquel hombre dispuesto a todo, en el que se daba el perfecto equilibrio de la audacia y la prudencia cartaginesa, el hombre que a pesar de todo, había obedecido la orden de su pueblo, yendo incluso contra su propia sangre?

Encaminó sus pasos hacia el mausoleo, dejando a sus servidores al cargo de sus escasas pertenencias. Su padre había muerto, pero quizá

la victoria había sonreído a Cartago. No había sido así, según le informó de camino otro de sus esclavos. Los de Siracusa habían vencido claramente a los cartagineses sin que la mayoría supiera muy bien cómo.

Al llegar al mausoleo, vio a Himilcón con la urna de las cenizas de Amílcar en sus manos, mientras el sacerdote hacía súplicas a Baal, para que acogiera la sombra del guerrero de Cartago. Hannón se abrió paso entre la gente y no se detuvo siquiera al pasar junto a su esposa Dido. Mientras iba apartando a los asistentes, le parecía nadar entre rocas, buscando la salida del laberinto de su corazón, al tiempo que este se le encogía en el pecho. Sintió un dolor agudo, pero siguió adelante, para llegar antes de que la ceremonia hubiera concluido. Himilcón lo reconoció entre la gente y esperó con paciencia su llegada, sin dejar de aferrar la urna funeraria. Se alegró de la llegada de su hermano y de poder compartir el peso de la pena. Hannón llegó por fin junto a Himilcón y se fundieron en un abrazo sin palabras mientras en medio de ellos sostenían las cenizas de su padre. Lo sentían vivo y casi podían imaginar que tocaban el cuerpo fornido de Amílcar y oían sus palabras:

—Mis queridos muchachos, vosotros sois la gloria de Cartago y estáis destinados a grandes empresas.

¿Qué harían ahora sin sus sabios consejos, sin su sombra protectora? Hannón creía ver delante de él el rostro de su padre, con su espesa barba y el parche que cubría el ojo perdido en la batalla. Y ahora todo había quedado reducido a polvo y ceniza, sin apenas honor, sin la gloria de una honrosa victoria. Había dado la vida por Cartago, incluso en la derrota. Los hermanos retrasaron todo lo posible aquel abrazo e imaginaron una cruel venganza contra los de Siracusa, como si ellos fueran la espada castigadora. No sabían todavía que su gloria no estaría en la guerra ni en la venganza, sino en la exploración y la diplomacia, en la búsqueda del arma más poderosa de Cartago, su riqueza comercial, imprescindible para sobrevivir a aquel desastre. Tuvieron que separarse para no dar la impresión de un desconsuelo sin esperanza y juntos depositaron la urna en la cámara del mausoleo familiar.

Hannón fijó su vista en las pinturas que lo adornaban y reparó en la que siempre le había llamado la atención, desde que había depositado también allí las cenizas de su madre. Vio pintada la escalera que conducía del mundo de los vivos al mundo del más allá, por la que subía el espíritu del difunto para embarcar en una nave hacia la travesía del océano Celeste.

En la nave, con la vela desplegada, podían verse ocho guerreros con lanza, escudo y casco terminado en punta, que simbolizaban a todos los guerreros de Cartago que formarían parte de la tripulación

de la nave del último viaje. En la proa se distinguía en mayor tamaño la figura de perfil de un soberbio guerrero de abundante barba, armado con un escudo y con una formidable hacha de doble filo, con la que ahuyentaba a un espíritu maligno que se alejaba flotando en el aire con un casco de cresta de gallo. Era el mismísimo Baal, que ayudaba a los guerreros de Cartago en su última travesía, abriéndoles paso y haciendo huir a los espíritus maléficos que trataban de impedir la navegación definitiva. Allí estaría Amílcar, en aquella nave, feliz y seguro, surcando el mar de arriba con los mejores guerreros de Cartago. Allí desearía estar él algún día, en el viaje eterno de los jinetes del mar, premio por haber cabalgado con honor sobre las olas del mundo de los vivos.

Salió fuera todavía conmovido. Himilcón ya había pronunciado antes de su llegada el discurso fúnebre con todas las alabanzas posibles de su padre. Y no tuvo que inventarlas, porque eran conocidas de sobra por todos. Hannón no añadió nada más. Solo él sabía que la mayor alabanza de Amílcar no estaba en la guerra, la diplomacia o el servicio a Cartago, sino en cómo había amado a sus hijos, dándoles la mejor educación y exigiendo de ellos la excelencia, combinando la dureza con una ternura oculta para la mayoría, pero que había quedado impresa en los corazones de Hannón e Himilcón.

Poco a poco la muchedumbre se dispersó cabizbaja, desesperada por la noticia de la derrota y por la muerte de su mejor almirante. Hannón se acercó a Dido para buscar consuelo en su abrazo. Tenía suerte de poseer su propio hogar y no tener que volver a la casa familiar, donde le asaltarían todos los recuerdos y donde todavía estaba presente, sin duda, el espíritu de su padre. Himilcón, en cambio, tendría que volver a ella y enfrentarse al pasado.

Pero a él se le suponía más fuerte, para eso era el mayor. No obstante, mandó por delante a su mujer y a sus hijos, y pidió a Hannón que lo recibiera en su casa unas horas, para poder compartir con su hermano su dolor y contarle los últimos momentos de la vida de Amílcar. Hannón accedió de inmediato. No deseaba otra cosa que saber cómo había muerto realmente su padre y, además, la compañía de su hermano era preferible a estar cavilando sin cesar sumido en la tristeza. Se acomodaron en la sala principal y Dido, con su habitual discreción, les dejó solos. Entonces Hannón dio rienda suelta a su dolor y a su indignación.

—¿Cómo es posible que hayamos perdido? Entiendo el fracaso en Salamina, pero nuestro padre era un perfecto estratega. Apenas puedo creerlo.

—La culpa es nuestra, Hannón, le creíamos invencible, casi un dios. Solo veíamos su gloria y su valor, y pensábamos que jamás podría sucederle nada malo. Por eso nuestro dolor es enorme, porque es

inesperado. Igual que esta derrota. Subestimamos a los griegos porque siempre hemos sido los jinetes del mar y ellos unos simples advenedizos. Pero vivimos en un sueño. Siracusa es una ciudad tan poderosa como la nuestra.

—Sí, sí, pero con eso no basta. Dame una explicación.

—Ya veo que quieres encontrarla a toda costa. Yo estaba allí y puedo decirte que él hizo lo que siempre hacía, diseñando una hábil estrategia en la que no había el menor fallo. Y sin embargo, ha fracasado. Cuando llegamos a Sicilia, nuestro padre buscó un fondeadero al oeste de la ciudad de Hímera y estableció allí su campamento. En una rápida acción tomó la ciudad, que pertenecía a Terón, tirano de Agrigento. Pero pronto las cosas se torcieron: las doscientas naves de guerra que vinieron de Cartago habían llegado sin novedad, pero las naves de carga que transportaban los caballos naufragaron en la travesía. Amílcar sabía que esa desventaja podía ser decisiva y decidió pedir ayuda a los aliados que tenía en Sicilia, por eso envió un mensaje a los de Selinunte para que aportaran su caballería. Mientras tanto, Terón había solicitado ayuda a Gelón, tirano de Siracusa, que acudiría con un gran contingente de hombres. Amílcar sabía que aquella alianza no era casual, y que estaba ya pactada de antemano desde el mismo momento en que se supo que Cartago quería aumentar su poder en Sicilia. Nuestro padre no tenía miedo. Confiaba en que su superioridad en el mar le daría la victoria. Por eso nuestros enemigos utilizaron la trampa y eligieron la tierra para dar su golpe de mano definitivo, que la fortuna les sirvió en bandeja.

»Créeme, Hannón, los dioses tienen mucho que ver con esta derrota, porque ¿quién, si no ellos, hubiera permitido que el mensajero enviado por nuestro padre para contactar con los de Selinunte cayera en manos de los hombres de Gelón? El tirano fue astuto, debemos reconocerlo, como también el error de nuestra excesiva confianza en nuestro poder. Miles de jinetes siracusanos se hicieron pasar por nuestros aliados selinuntios y dejamos entrar en nuestro campamento al enemigo de la forma más estúpida. Cuando nos dimos cuenta, ya era demasiado tarde. Con la rapidez que les daba el ir montados, prendieron fuego al campamento y a las naves de guerra del fondeadero. Yo estaba al lado de nuestro padre en la tienda del alto mando y vi cómo su semblante se oscureció cuando fue informado de la crítica situación. Reaccionó de inmediato y organizó la defensa de su tienda y de la zona del campamento que todavía teníamos bajo control. Después de una dura lucha conseguimos repeler a los jinetes siracusanos, pero al evaluar los daños, la desolación de Amílcar fue enorme. Casi todas las naves estaban destruidas, así como más de la mitad del campamento. Habíamos sido

derrotados. Entonces nuestro padre se sentó abatido y mandó que nos retiráramos todos. Quise quedarme junto a él. ¡Ojalá lo hubiera hecho! Pero me ordenó que saliera, y ante mi resistencia, se levantó y me miró con ojos de determinación, como quien desea ser obedecido de inmediato. Ya conoces esa mirada, a la que nunca hemos podido resistirnos. Tuve que obedecerle. ¿Lo comprendes? Tuve que obedecerle.

Himilcón, lleno de lágrimas, dejó de hablar y se abrazó a Hannón. No había podido expresar su dolor en público y ahora salía a flote después de haberse hundido en lo más profundo del mar de su corazón.

—Sigue, te lo ruego —le dijo Hannón.

—Le obedecí, como siempre hemos hecho, ¿verdad? Tendría que haberlo sospechado. Y lo hice, te juro que lo hice, pero no volví atrás. No era ese el deseo de nuestro padre. Me retiré a mi tienda y, al poco tiempo, me sobresaltaron los gritos de alarma de los guardias del campamento. «La tienda del almirante está en llamas», decían.

»Salí corriendo y, al llegar junto a ella, caí al suelo de rodillas por la impotencia. La tienda entera era una verdadera pira funeraria. Nadie hubiera podido entrar dentro, nadie hubiera podido salvarlo. Se inmoló. ¿No te das cuenta? Realizó el sacrificio de su vida a Baal, como si fuera un recién nacido. Tú y yo lo conocemos bien. No fue un suicidio por el honor perdido. No. Él había aceptado la derrota y hubiera seguido trabajando por Cartago para remediarla. Fue más que eso. Debió verlo todo perdido. Quizá ha tenido también tu visión de una Cartago sepultada bajo las aguas y de los caballos del mar huérfanos de jinetes. Se ha sacrificado vivo a Baal para que el dios se reconcilie con Cartago y no deje que sea destruida. Por unos instantes, vi su cuerpo entre las llamas de la tienda. Lo vi con los brazos extendidos en forma de súplica, como diciéndole al dios que le tomara a él en lugar de Cartago.

Hannón se emocionó con las palabras de su hermano y quiso creer que estaba en lo cierto. En ese caso, el espíritu de Amílcar protegería la ciudad si Baal aceptaba su sacrificio. La hora de la prueba estaba cerca, solo el tiempo y el curso de los acontecimientos diría si la heroica acción de su padre había sido efectiva. Estaba seguro de que, tanto él como su hermano, emplearían todas sus fuerzas en defender la prosperidad de Cartago y sabía que Amílcar los hubiera abrazado sonriente diciendo: «Mis muchachos, estos son mis muchachos».

Su esfuerzo era la mejor ofrenda para Amílcar, más que los holocaustos, más que cualquier sacrificio de corderos.

Para distraer a su hermano, agotado por la tensión, le relató lo sucedido en Salamina y el extraño encuentro con Aristodemo. No era una historia muy consoladora por cuanto suponía una nueva derrota,

pero así los hermanos pudieron compartir sus desdichas como mucho antes habían compartido sus alegrías y sus glorias. Aquella tarde pudieron comprobar ambos que un hermano es el amigo que te regalan los dioses.

Hannón se había esforzado en mostrar entereza, incluso cuando al anochecer se había acostado con Dido y había compartido con ella las confidencias propias de los que se aman de veras. Ahora ella dormía plácidamente, pero la mente de Hannón seguía activa recordando todas las emociones del día. Intentaba dominarse, pero no podía, y cuando cerraba los ojos veía imágenes inconexas de la jornada unidas a las ensoñaciones nocturnas: su padre envuelto en llamas y convertido en ceniza, el barco de la gran travesía, el rostro de Himilcón bañado en lágrimas. Había aguantado lo más posible, había luchado contra el dolor, pero estaba agotado por el esfuerzo y en la debilidad es cuando aparecen los espíritus inmundos y los pensamientos torcidos. No podía permanecer en el lecho, deseaba huir, salir de casa, vivir otra vida que no fuera la suya, trasladarse a un lugar de felicidad perpetua en el que no hubiera sufrimiento. Toda su audacia y valentía se mudaron en una tristeza y desesperación infinitas. Hannón ponía todo su ser en cada empresa y en cada situación, y ahora se veía arrebatado por la angustia con la misma fuerza que en otros momentos le hacía subir hasta los cielos en valor y atrevimiento.

Salió a la terraza buscando el fresco de la noche, pero encontró el calor húmedo y pegajoso de Cartago. Contempló a sus pies la ciudad y el puerto, como pálidos fantasmas. La luna estaba cubierta de nubes y el único punto de luz en la negra noche eran las tabernas de los marineros, que deseaban olvidar también las penas de la derrota y el dolor por sus compañeros y familiares desaparecidos. Eran el único latido de una ciudad muerta.

Hannón dejó su casa cubierto con un sucio manto con capucha, que disimulaba su nobleza y escondía su identidad. Si tenía que huir de su noche interna, ¿por qué no buscar aquella única luz de la fantasmal Cartago? No eran lugares de su agrado aquellas tabernas del puerto, pero las había frecuentado alguna vez en busca de buenos remeros o pilotos con experiencia. Bajó de la falda de la colina de Byrsa, de la altura al llano, de lo elevado a lo humilde. En las callejas del puerto eligió un lugar que le llamó la atención por su enseña: Las tres Gracias. Era una tosca pintura de las tres divinidades griegas danzando en corro desnudas.

Al entrar, tuvo que llevarse instintivamente la mano a la nariz por la fetidez del lugar, donde se mezclaba el olor a vino barato con el de los vómitos de los marineros que habían bebido demasiado. Pasaron unos instantes antes de que se acostumbrara y pudiera respirar con

tranquilidad. Continuó con la capucha calada y se sentó en un banco un poco más alejado del bullicio. Las risas y las palabras malsonantes de los jugadores caldeaban el ambiente de la sala, no demasiado iluminada.

Tras un mostrador, una mujer servía de mala gana a los clientes, ayudada por un hombre que bien podría ser su marido. Hannón lo observaba todo y se preguntaba por qué había descendido a lo más bajo para calmar su angustia. Quizá porque aquello era el único indicio de que Cartago seguía viva, el único signo de vitalidad de una ciudad agonizante. Él era de los de la colina, de los mercaderes más ricos y de noble familia, que ahora estarían llorando su desgracia en privado o quizá en una oculta fiesta para salvaguardar las formas. En cambio, lo que él veía era la gente vulgar, los nervios y el corazón de los caballos del mar. Sin ellos no habrían existido los jinetes del mar, sin las callosas manos de aquellos hombres que ahora las usaban para lanzar los dados o alzar las copas rebosantes de vino barato, que calentaba el cuerpo y nublaba la mente. Aquí no había disimulo. Esta gente no pensaba en el futuro o en las convenciones sociales: se alegraba cuando había que alegrarse y se emborrachaba cuando estaba triste o cuando se le cerraban los caminos del agua.

¿Por qué no ser también como ellos? ¿Por qué no vivir el momento y entrar en un lugar sin tiempo ni responsabilidades, un sueño placentero que le hiciera ser otro, o mejor, no ser nadie?

—¿Qué va a tomar, señor?

Una voz infantil quebró sus pensamientos. Ante él un niño de unos doce años le miraba con desgana, haciendo la rutinaria pregunta que había hecho mil veces a todo el que se había sentado en aquel lugar.

—¿Qué va a tomar, señor? —volvió a repetir nuevamente aquel niño, al que parecía que le habían arrebatado la infancia.

Hannón reparó en los ojos tristes y perdidos de la criatura. Parecía un fantasma en aquel lugar de adultos desquiciados. Pensó en su propia infancia en la colina, en la casa familiar, rodeado del cariño de sus padres y su hermano, con sus educadores griegos, con el constante cuidado de los esclavos. Recordaba las risas despreocupadas y los juegos en el jardín.

El niño no estaba dispuesto a perder tiempo y, como Hannón no le contestaba, hizo ademán de retirarse. Él lo retuvo tomándolo del brazo, un brazo asombrosamente delgado.

—Espera, tráeme un poco de vino.

El niño asintió con la cabeza y se dirigió al mostrador con andar mecánico, pasando milagrosamente entre los grupos de marineros, como seguro timonel que evita los escollos. Parecía una frágil criatura que en cualquier momento pudiera ser golpeada por algún movimiento inesperado de aquellos hombretones. Volvió con el vino y

Hannón bebió de la copa con avidez; trago amargo para quien estaba acostumbrado a los exquisitos caldos de Sicilia. Luego miró al niño y pensó que bien podría ser el hijo que nunca había tenido.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Aníbal, señor. Mis padres son los dueños de Las tres Gracias, Bomílcar y Arishat.

—¿Cómo te tratan? —preguntó bruscamente Hannón, al ver que en el brazo del niño se advertían numerosos moratones.

—Muy bien, señor. Ah, si lo decís por esto —dijo señalándose los brazos—, es que tropiezo a menudo con los bancos y con algunos marineros borrachos.

Hannón no le creyó, a pesar de que la voz del niño no había temblado. No había temblor en su voz, pero tampoco vida. Seguía siendo la voz mecánica y ausente del principio de la conversación, como si Aníbal tuviera todas sus respuestas preparadas de antemano, como si ya le hubieran hecho repetidas veces esas mismas preguntas.

—¿Os molesta el niño? —dijo Bomílcar, que se había acercado al ver que Aníbal se demoraba con el cliente encapuchado.

—No, en absoluto —respondió Hannón.

—Oh, perdonad, señor, no me había dado cuenta de que sois de noble cuna. ¿No deseáis un sitio mejor? Tengo algunos departamentos privados.

La voz de Hannón le había delatado. Su acento de la colina no había pasado desapercibido para el avispado tabernero del puerto.

—Estoy bien aquí. Dejadme un momento al niño.

—Si es vuestro deseo, el niño puede satisfaceros por un módico precio. Y es más, por ser vos, incluso estaría dispuesto a desprenderme de él por una suma no muy elevada.

Hannón contuvo el desprecio que sentía por Bomílcar al ser capaz de vender a su propio hijo. ¿Qué opinaría Arishat de todo esto? ¿Estaría también su madre dispuesta a renunciar a él? El niño no se movió. Lo había oído todo, pero no dijo nada. Sabía que no podía hacer otra cosa que obedecer a su padre. Como Hannón tardaba en responder a su ofrecimiento, el taimado Bomílcar cambió de estrategia.

—Oh, señor, perdonad mi torpeza. Al retener al niño pensé que... En fin, disculpad mis palabras. Si os he ofendido, perdonadme. Pero seguro que puedo compensaros. Trae vino, Aníbal. Invita la casa, y vos, señor, aguardad un poco y contemplad lo que retiene aquí a todos estos hombres. En breve aparecerá la «Estrella de la Mañana».

Bomílcar se dirigió al centro de la taberna y movió, incluso con golpes, a los marineros, cuyos cuerpos poseídos por el vino respondían torpemente a sus órdenes.

—Apartaos, dejad espacio. Vamos, inútiles, despejad vuestra mente

y contemplad a la gloria de Gadir, a Isthar, la Estrella de la Mañana, el lucero del alba.

Sonaron los instrumentos de los músicos contratados e Isthar ocupó el centro de la sala en medio de una frenética danza que, de inmediato, hechizó a todos los presentes. La chica hacía honor a su nombre, que era el de la diosa grande de Babilonia. Un nombre curioso para una muchacha que procedía de Gadir, más allá de las Columnas de Melqart, lugar famoso por la belleza y los bailes de sus mujeres. Sus sensuales movimientos impusieron el silencio en la alborotada taberna y solo se oía el sonido de la música y el tintineo de los crótalos, que la chica hacía sonar con sus dedos al ritmo de su cuerpo ondulante. No tenía más de dieciséis años y los marineros miraban con deseo su vientre plano y sus pechos desnudos, pequeños pero firmes. Su piel, untada con aceite, brillaba a la tenue luz de las antorchas y despertaba en todos los presentes el deseo de deslizar sus manos sobre ella. Consciente de su encanto, Isthar brillaba ente los marineros, rechazando con ingenuos movimientos los intentos de estos por tocarla o abrazarla. Parecía escurrirse entre sus brazos.

La danza de la muchacha de Gadir seguía imparable y aumentaba su velocidad e intensidad, adoptando posturas que levantaban el clamor lujurioso de los presentes, deseosos de olvidar la derrota y de perderse en los encantos de la joven. Hannón no pudo resistir su atractivo. En el fondo, él era como todos, y por más que se creyera distinto, las pulsiones más bajas afectaban por igual a los de la colina y a los del puerto.

La diferencia estaba en que los marineros las dejaban aflorar en público, mientras que los de la colina las confinaban a la intimidad de sus banquetes o alcobas. Algunas chicas de Gadir habían bailado en fiestas a las que él había asistido, pero ninguna tenía la elegancia y el encanto de Isthar. Las que él había visto ofrecían una danza sensual, pero vulgar, en cambio ella parecía como si flotara en el aire de la taberna, como si todo el mundo estuviera paralizado y solo ella fuera el origen de todo movimiento, como la danza de las estrellas, como la armonía de los astros. Lucero del alba, Estrella de la Mañana. Sí, Isthar despedía luz, al tiempo que su cuerpo, untado de aceite y rociado de fuerte perfume, brillaba en la oscuridad de Las tres Gracias. La muchacha alternaba el gesto serio con la amplia sonrisa, la cercanía con la distancia, el súbito interés con el desdén de quien sabe que no puede pertenecer a nadie para pertenecer a todos.

Cuando la diosa en su danza se acercó al encapuchado, Hannón sintió que ardía todo su ser. Isthar estaba muy cerca y la nariz de Hannón percibía el embriagador perfume, al tiempo que los pechos de la joven estaban casi al alcance de su mano. Y de repente, con un suave movimiento, Isthar se alejó girando sobre sí misma como un

planeta inalcanzable, dejando a Hannón con el deseo ardiente e insatisfecho.

—Hermosa esta chiquilla, ¿verdad?

La voz que oyó a su derecha lo hizo salir de la ensoñación en la que estaba. Iba a maldecir a quien había roto el encanto del momento, pero al girarse para poder tener la visión lateral que la capucha le impedía, se encontró con el curtido rostro de Sebub. Embriagado por el embrujo de Isthar, no se había dado cuenta de su presencia.

—No es este un lugar para un noble, señor —le reprochó el piloto con descaro.

Sebub tenía la audacia y el atrevimiento de un perfecto cartaginés y, además, la practicaba con quienes eran superiores a él. Sabía que podía permitírselo porque nadie estaría dispuesto a prescindir de sus servicios, vitales para la prosperidad de Cartago.

—No es aquí donde debéis buscar la luz —continuó Sebub, insolente, antes de que Hannón pudiera reprocharle su intromisión.

Isthar terminó su danza y los gritos de los marineros salieron de los estrechos límites de la taberna para invadir el solitario puerto. Hannón intentó replicar a Sebub, pero, antes de que pudiera indignarse con él, se encontró de frente con el pegajoso Bomílcar que le dijo:

—Hermosa, ¿no es así? Hermosa y muy complaciente. Hay muchos que pagarían bien por disfrutarla, pero estaría dispuesto a pasarlos por alto si a vos os interesa.

Hannón deseaba a la muchacha, ansiaba yacer con ella y olvidar por una noche quién era o qué debía hacer mañana y en el futuro. Isthar se acercó a la mesa a una señal de Bomílcar. Pudo oler de nuevo su embriagador perfume y contemplar de cerca su perfecto cuerpo. No le fue difícil imaginar qué placer sentiría al resbalar sobre él y penetrar en sus secretos más profundos. La muchacha se exhibió dando una vuelta sobre sí misma para mostrar sus encantos en todo su esplendor. La esperanza de complacer a un gran señor era mucho más atractiva que la de yacer con un tosco marinero.

Sebub no se había separado del lado de Hannón. Ahora no hablaba, solo esperaba la reacción de Hannón. Sería una prueba de su temple, sería la confirmación o no, de si debía llevar a aquel hombre más allá de las Columnas de Melqart. Para aquel viaje se necesitaba un guía que no sucumbiera a la primera tentación, alguien que fuera fiel a sus principios y promesas, pero sobre todo, alguien que buscara la luz más allá de lo terrestre. Había quienes huían de la vida haciéndose esclavos del oro y la ganancia, audaces en extremo, avariciosos en demasía, sin moderar la ambición con la sabia prudencia, confundiendo el medio con la meta.

Conocía a muchos mercaderes de Cartago que eran así. Gente a la que solo le importaba la riqueza personal y que abandonaba cuando se

trataba de defender a la comunidad. Gente que había instalado su corazón en la colina y jamás se había preocupado por los del llano. También había visto a muchos que huían de los problemas y del tedio buscando el placer momentáneo, buscando ser saciados por la belleza de una mujer distinta cada día porque en una noche la habían agotado, explorando su cuerpo y no su corazón, mucho más amplio, mágico e inabarcable. Y, además, conocía a muchos que ante las adversidades se habían quedado parados, inmóviles para siempre, incapaces de seguir adelante, contando solo con lo que el presente les trajera cada día, poniendo el límite de su dicha en la caída del sol.

Sebub tenía que saber si Hannón era de alguno de estos grupos. Debía probar su espíritu en la acción y no en las huecas declaraciones de principios que estaba harto de oír de la boca de los poderosos. Sabía que el oro no cegaba el corazón de Hannón, porque su generosidad era alabada por todos y su casa siempre estaba abierta al desvalido. Sabía que Hannón deseaba seguir adelante y lo había demostrado al volver de la derrota de Salamina dispuesto a ayudar de nuevo a su ciudad. Ahora, Sebub tenía que estar seguro de que su candidato era un hombre de principios que no buscaba la luz solo en el placer.

Mientras tanto, Hannón permanecía indeciso.

—Que no os asuste el precio, señor. Seguro que es asequible a vuestra bolsa —insistió Bomílcar, mientras ordenaba a Isthar dar otra vuelta sobre sí misma.

El cuerpo de la muchacha era mil veces más perfecto que el de Dido, y emanaba un frescor y una juventud que atraían sin remedio. Hannón lo contempló otra vez lleno de deseo. Sebub seguía mudo. No debía intervenir. La decisión de Hannón tenía que ser completamente libre. Hannón estaba a punto de aceptar, cuando reparó en los ojos de Isthar, unos ojos negros y profundos, de una belleza realzada por los cosméticos que hacían sus pestañas más largas y seductoras. Ella también lo miró, consciente de que ya casi lo tenía en sus manos y empleó la mejor de sus miradas, la que nunca le había fallado. Y eso la hizo fracasar. La belleza de su cuerpo había seducido a Hannón. El cuerpo no engaña al ser contemplado, pero en la mirada se expresa la verdad de la persona y Hannón pudo ver que fingía, pudo ver la oscuridad de sus ojos que reflejaban la escasa luz de un corazón triste y estrecho, donde la entrega era una obligación y no un don. Y entonces vio los ojos de Dido sobre los de Isthar. Los ojos son las puertas del alma. La puerta de Isthar, a pesar de ser la Luz de la mañana, lo llevaban a una habitación oscura y sombría, donde no cabía la alegría sincera, porque Isthar era la luz común, la luz vulgar, la luz para todos. En cambio, tras la puerta de Dido estaba un lugar amplio y luminoso, sin límites, un mar sin fin libre de escollos,

insondable, inmenso, pero en calma, donde las olas rompían dulcemente en la playa de Hannón. Dido era una luz mayor, porque era especial, porque había decidido ser la luz de Hannón y de nadie más. Dido era la Estrella de la Tarde, la que calma la tempestad, la que indica la llegada al puerto seguro. Una estrella personal, una estrella extraordinaria. ¿Para qué buscar otra luz?

Cuando Isthar, al ver que Hannón no se decidía, se acercó aún más para poder tocarle, Hannón retuvo su mano, una mano suave y delicada.

—Lo siento, Isthar. Eres ciertamente la más hermosa. La gente te llama Lucero del alba, pero he visto tu interior. Busca tu luz, hermosa mía, busca tu luz.

Isthar se sorprendió por el rechazo y se sobrecogió por las palabras del encapuchado. Bomílcar estaba furioso por el negocio perdido. Jamás le había sucedido que nadie rechazara a la diosa de su taberna. Que el hombre estaba casado, pero ¿desde cuándo eso era un impedimento? ¿No venían muchos nobles en el anonimato? Y nunca había pasado nada. Sus esposas lo sabían e incluso lo aceptaban como natural.

Retiró su delicada mano de la de Hannón, sin dejar de mirar la sombra que se escondía tras la capucha, sin que en sus oídos dejaran de sonar las extrañas palabras del desconocido que había visto su interior. ¡Ya! Tenía que ser un loco para decir aquello. Y, además, rechazarla a ella, que era deseada y venerada por todos. ¿Qué luz debía buscar si ella era la luz? Por primera vez las preguntas surgían en el corazón de la muchacha de Gadir, que desde muy niña había sido entrenada para ser lo que era. Su vida era ser hermosa, y cuando dejara de serlo o ya no complaciera a los hombres, su existencia ya no tendría sentido. Sepultó aquellas dulces palabras en la habitación oscura de su corazón y en la que, por temor, jamás se había atrevido a entrar.

El empujón de Bomílcar la hizo volver a la realidad. El tabernero la arrastró rápidamente a otra mesa donde varios marineros participaron en una reñida subasta por ella. Bomílcar no podía perder las ganancias de la noche por el extraño capricho de un noble excéntrico. Hannón la vio subir al piso superior acompañada de su dueño por una noche. Isthar subía con fingida alegría, como si aquel rudo marinero fuera el mejor de los príncipes. De esa mentira diaria dependía su vida, de hacer creer a los otros que ella era la única luz.

Sebub estaba plenamente satisfecho, aunque ocultó su alegría para hacer honor a su apodo. No deseaba que nadie lo viera sonreír en público. Había esperado mucho tiempo y casi pensaba que tendría que morir sin poder hacer el Gran Viaje, el viaje definitivo. Los dioses estaban preparando con cuidado los acontecimientos. Habían

permitido las derrotas, como cuando se poda un árbol para que aumente su vigor. Estaban preparando a Cartago para aumentar su gloria, pero la poda dolía, Cartago sangraba. Necesitaba de una fuerza que le diera vigor. Sabía que Himilcón sería parte de aquella regeneración, pero ahora estaba seguro de que Hannón era el elegido para el viaje al sur, al lugar al que nadie había llegado antes, de no ser algunos pocos pilotos como él mismo.

Sebub se levantó tan sigilosamente como había llegado y con un gesto se despidió de Hannón, que todavía estaba aturdido por la situación. Agradeció la ausencia de aquel hombre de tan pocas palabras que parecía obsesionado con él. No obstante, se dio cuenta de que lo había ayudado de algún modo y de que observaba con cuidado sus movimientos.

—Aquí está el vino de la casa, señor —dijo Aníbal de modo automático.

—Gracias, hijo, pero ya me voy. Agradece a tu padre el detalle y entrégale estas monedas como pago.

Aníbal no se inmutó ni siquiera al ver el brillo de las monedas, y se contentó con responder:

—Gracias, señor, que Baal y Tanit os sean propicios.

Hannón se conmovió por la suerte de aquel muchacho que parecía irremediablemente perdido. Algún día tenía que comprarlo. Era una noble decisión acorde con su espíritu, pero los rápidos acontecimientos y los problemas de Cartago en los que se vería inmerso le harían olvidar el triste rostro del niño de la taberna. Bomílcar no se dignó a acompañar a la puerta al encapuchado. Sabía que aquel extraño cliente no volvería más. Hannón subió la colina y entró en casa con sigilo acostándose junto a Dido, que dormía plácidamente ajena a todo. Deseó despertarla y perderse en aquellos ojos insondables, pero la dejó descansar y él mismo cerró los ojos mientras a su lado brillaba, aún en la oscuridad, su luz, la Estrella de la Tarde.

## Himilcón

Cartago tenía que despertar, recuperar su espíritu de audacia y reponerse de la derrota. Poco a poco la actividad del puerto y del comercio se fue normalizando y los mismos marineros que habían buscado consuelo en Las tres Gracias empleaban la fuerza de sus brazos en hacer galopar de nuevo a los caballos del mar.

El senado convocó una reunión de vital importancia para analizar la situación y tomar decisiones sobre el futuro de la ciudad. Allí estaban Himilcón y Hannón, sentados en las primeras filas, en un lugar de honor por respeto a la memoria de su padre. Uno de los sufetes presidió la sesión y expuso la situación con claridad.

—Senadores, así están las cosas. Los griegos del continente están a punto de librar una batalla terrestre decisiva contra los persas. Según nuestros informantes la moral de los atenienses y espartanos está muy alta y tienen sólidas posibilidades de victoria. De modo que no podemos esperar ayuda del Gran Rey. El comercio con Persia se mantendrá, pero sin los privilegios prometidos. No debemos olvidar que nosotros hemos sido los grandes perdedores de este conflicto. Si Jerjes es derrotado tendrá que renunciar a sus sueños de expansión en Occidente, pero tiene todo el Oriente para resarcirse. En cambio, nosotros hemos perdido posiciones en el mar Interior. Los siracusanos se han apoderado de la isla de Elba y de sus importantes yacimientos de hierro. Y aún hemos de agradecerles que a Gelón no le interese más que Sicilia. Por lo menos no piensa en atacarnos en nuestra propia casa. Todos sabemos que nuestras mayores ganancias están en el comercio de los metales, aunque también tengamos beneficios con la púrpura y los objetos de lujo. Acabamos de perder el control del hierro y está en serio peligro la ruta del estaño.

Las últimas palabras del sufete causaron una conmoción en los senadores, que empezaron a murmurar entre ellos. Algunos controlaban personalmente sus negocios, pero otros habían delegado

en sus agentes los aspectos prácticos del comercio y vivían de las rentas sin preocuparse de cómo eran obtenidas con tal de que afluyeran en abundancia.

—Silencio, calma, por favor —rogó el sufete presidente—. Todavía no he terminado. Cuando lo haga abriré un turno para que pueda intervenir quien lo desee. Ahora escuchad cuál es la situación. Sabéis que nuestros hermanos de Tiro abrieron con éxito la ruta del norte, más allá de las Columnas de Melqart, en el gran océano que todo lo rodea. Y nosotros hemos heredado esa ruta, en la que el sur de la isla de los britones y las islas Casitérides son los lugares productores por excelencia. Hemos venido disfrutando de un monopolio del estaño, pero las condiciones han cambiado y de seguro van a empeorar ahora que nuestra flota de guerra está diezmada. Conocéis de sobra a los griegos de Marsella, siempre han intentado disputarnos la costa este de Spania. Pues ahora están aprovechando unas rutas terrestres gestionadas por las tribus de los galos, que les llevan el estaño desde la misma costa de Bretaña. Ya no somos los únicos y las pérdidas no tardarán mucho en notarse. Es cierto que las rutas terrestres son más caras, pero los de Marsella persistirán, aunque solo sea para debilitar nuestro poder y aprovechar para dar el golpe definitivo en Spania.

—Pues acabemos con los de Marsella de una vez por todas. Démosles una lección —gritó el senador Belo, fuera de sí.

—Perdono tu insolencia, Belo, por lo apurado de nuestra situación, que tensa los nervios. Ya ves qué beneficios nos ha dado tu constante deseo de guerra. Pero, ¿no te das cuenta de que apenas tenemos poder militar en estos momentos y de que casi no podemos rechazar las incursiones de los de Marsella en Spania? Urge tomar medidas, claro, pero tendrán que ser diplomáticas y económicas. Es el tiempo de la prudencia y de la astucia, no de la audacia temeraria.

El senador Belo calló avergonzado. El sufete dio por terminada su intervención y cedió la palabra a quien estuviera dispuesto a tomarla. Entonces resonó en la sala la voz de Himilcón, tan parecida a la de su padre Amílcar que algunos creyeron que el viejo general aún seguía vivo. Hannón se dispuso a escuchar a su hermano. Él estaba preparado para lo que fuera, aunque no sabía todavía en qué podría ser útil a Cartago. Himilcón, a juzgar por sus certeras palabras, lo tenía más claro.

—Nuestro sufete ha olvidado un dato importante, quizá a causa de la interrupción del senador Belo. Se ha constatado que hay tribus de la costa al sur de Bretaña que son hostiles a las naves cartaginesas, puesto que viven de ese comercio terrestre con los de Marsella al que se ha referido nuestro sufete presidente. Es urgente enviar una expedición al mando de un representante oficial de Cartago que intente solucionar de algún modo esta situación, lógicamente por vía

diplomática y ofreciendo contrapartidas económicas. Estoy de acuerdo con el sufete presidente en que este es el único camino posible en estos momentos. Si dejamos de actuar ahora, peligra el equilibrio de todo nuestro comercio y la vida misma de Cartago. Es una empresa que requiere preparación y un sondeo previo de las intenciones de las tribus de la zona.

Hannón admiró la clarividencia de su hermano y apoyó su propuesta de inmediato, al igual que hicieron la mayoría de los senadores. Se acordó nombrar un grupo que preparara la expedición y se puso como cabeza del mismo a Himilcón, promotor de la idea. Hannón fue incluido también y ayudó a su hermano con todas sus fuerzas. El trabajar juntos por Cartago aliviaba la pena de la muerte de su padre a la vez que honraba su memoria.

Al año siguiente llegó la noticia de la derrota del ejército persa en la llanura de Platea. No por esperada, fue recibida con menos preocupación. Entre las muchas historias que trajeron los marineros de Tiro circulaba una bastante especial. Se decía que en lo más duro de la batalla, en un momento en que la falange griega estaba a punto de deshacerse por la enorme presión de los persas, había aparecido un guerrero que con gritos de acento espartano había animado a los griegos a volver a formar un cuerpo compacto y él mismo se había colocado en primera fila, alineando con sus compañeros su enorme escudo decorado con la cabeza de un fiero león. Tras la batalla, algunos espartanos reconocieron a aquel guerrero como a un tal Aristodemo, que había sido el único superviviente de las Termópilas. Decidieron aceptarlo de nuevo en la comunidad de Esparta, pero cuando fueron a proponérselo había desaparecido de forma misteriosa. Algunos hablaban ya del fantasma de Platea, atribuyendo la hazaña al espectro de Aristodemo, que se habría quitado la vida llevado por la vergüenza. Su espíritu encontraría por fin reposo, al realizar una gesta heroica a favor de los suyos.

Hannón estaba seguro de que no había sido ningún fantasma. Esa era la cuenta pendiente que tenía Aristodemo, más consigo mismo que con los suyos. Pensaba que el espartano, una vez probado su valor en el campo de batalla, había descubierto que no era un cobarde, pero que tampoco se sentía un verdadero hijo de Esparta, y por eso había desaparecido de nuevo. Confiaba en volver a verlo algún día, tal como él mismo le había prometido. De todos modos, no pudo distraerse mucho con la historia de Aristodemo, porque con el nuevo año se habían elegido dos nuevos sufetes y su hermano Himilcón era uno de ellos, en atención a su buena familia, pero sobre todo a sus méritos. La elección también dejaba claro quién sería el comandante de la expedición que partiría de inmediato en la próxima primavera. Con

Himilcón investido del máximo poder de Cartago, las negociaciones por él efectuadas tendrían carácter oficial. Hannón pidió acompañarlo, pero no le fue concedido.

La decisión entristeció a Hannón y lo dejó inactivo por un tiempo. Fue entonces cuando recibió la visita de Sebub, al que no había vuelto a ver desde aquella noche en Las tres Gracias. Hannón lo recibió con cortesía, aunque experimentaba un cierto temor ante el piloto, porque nunca sabía a qué atenerse cuando escuchaba sus a menudo enigmáticas palabras. Solo agradecía que a Sebub no le gustara hablar demasiado y preveía que la visita sería por ello muy breve.

—Himilcón está preparando la expedición al norte —dijo Hannón, sabiendo que Sebub no sería el primero en tomar la palabra. El astuto piloto prefería siempre que los demás llevaran la iniciativa de la conversación, para de este modo estudiarlos y actuar a la defensiva.

—Sí, ya me he enterado. Es más, voy a ir con él.

Hannón lo miró con sorpresa. No era normal que un piloto del mar Interior fuera también experto en la ruta del norte; solían especializarse porque debían retener muchos datos de la travesía y conocer los detalles de la costa.

—Iré con él y lo cuidaré. No os preocupéis. Volverá a casa y podrá contaros en persona todo lo vivido. Himilcón no es un gran navegante, pero sí un hábil negociador.

Hannón envidiaba la suerte de su hermano. Aunque tenía cierta experiencia como navegante y comerciante, su mente se inclinaba más por la fantasía y la aventura. Quizá por eso, aparte de por la mayor edad de su hermano, el senado había escogido a Himilcón para guiar la expedición. Hannón había heredado el encanto de su madre y el gusto por los mitos, y su espíritu se había forjado mezclando al aventurero Ulises con la sobria pragmática púnica, o por decirlo de forma más cartaginesa, tenía el espíritu emprendedor de Melqart y al mismo tiempo la estabilidad de Baal. Él se conmovía con los relatos de la Odisea o de los Argonautas, mientras que Himilcón prefería los datos seguros de las transacciones comerciales. Pero Hannón tampoco era un soñador inconsciente y conocía bien las leyes del mercado, inculcadas por su padre Amílcar con gran claridad.

Deseaba ir con su hermano. Aunque la ruta fuera conocida, siempre habría visto nuevos lugares e incluso arrostrado algún peligro imprevisto. Como Ulises, Hannón tenía el corazón dividido; una parte de él estaba anclada en Cartago, en su casa y en su esposa Dido, y otra le impulsaba a ir más lejos, a dejar aquella exigua tierra y a cabalgar por los caminos del mar. Por eso su riqueza, de la que por otro lado se sentía orgulloso, no le satisfacía del todo y, en medio de su prosperidad, se sentía en cierto modo pobre. A muchos cartagineses les pasaba esto y por eso en ellos combatían cada día la audacia y la

prudencia y, como jinetes del mar, a veces deseaban el galope de las naves, y otras veces retenían las bridas de los corceles marinos para refugiarse, siquiera un poco, en el seguro puerto de Cartago.

Sebub pareció leer los pensamientos de Hannón porque dijo:

—Sé que os quedáis de mala gana. Pero esta frustración no debe hundiros. Será incluso provechosa, porque templará vuestra impaciencia. Cuando tengáis que pasar las Columnas de Melqart, yo estaré a vuestro lado, pero todavía no es el momento. Caerá del árbol a su tiempo, como la fruta madura. Mientras tanto debéis seguir sirviendo a la ciudad sin hacer nada extraordinario. Solo cuando aprendáis a actuar con astucia y prudencia en los problemas cotidianos, podrán los dioses, si mantienen sus designios, confiaros una empresa mayor. El conductor de hombres primero debe conducirse a sí mismo. ¿Cómo podría un ciego guiar a otro ciego? ¿Cómo podría un cojo sostener a otro cojo? ¿Cómo podrá alguien que vive en la oscuridad mostrar a otros la luz? Paciencia, mi señor Hannón, paciencia. Llegará vuestra hora si sabéis esperarla.

Sebub se había alargado en exceso. No eran habituales en él tantas palabras, pero necesitaba consolar a Hannón, necesitaba fortalecerlo para cuando fuera necesario. La tarea sería inmensa y se necesitaría un buen gestor, pero también un hombre audaz con el espíritu de Ulises y el poder de Melqart, que en el momento adecuado fuera capaz de ir más allá de la prudencia o la razón.

—Cuida de él —fue la respuesta de Hannón—. Tráelo de vuelta a salvo.

Sebub asintió y abandonó la estancia. Hannón se quedó pensativo, meditando en las palabras del piloto. No sabía si estaba en lo cierto, pero empezaba a confiar en un hombre tan seguro de sí mismo y del futuro.

La primavera fue la fecha para el comienzo de la expedición. La flotilla de Himilcón iría cargada de productos púnicos que cambiaría por cobre en la zona norte de Spania. Lo que hicieran luego era todavía un secreto. Himilcón había mandado emisarios por delante para que anunciaran su llegada y facilitaran el contacto con los oestrimnios, la tribu bajo cuyo dominio estaban las islas Casitérides. La primera escala sería Gadir, y desde allí le quedaban unos cuatro meses hasta su destino. Así lo había anunciado Sebub, que era el responsable de los pilotos de la flotilla.

Hannón había acudido al puerto para despedir a su hermano. Después de que Himilcón dijera adiós a su esposa e hijos, le tocó el turno a Hannón.

—¡Qué tengas una buena travesía! Por favor, no cometas imprudencias y regresa sano y salvo.

—Pero, ¿no me conoces, hermano? Si soy la prudencia

personificada. Además, no creo que corramos peligro alguno.

—No te fíes. Dicen que algunas tribus galas de la costa tienen embarcaciones que no dudarían en atacaros. Sois unos incómodos rivales para los que comercian con Marsella.

—He oído hablar de eso, pero Sebub me ha asegurado que estaremos fuera de su alcance. Parece muy seguro de ello. Tú que le conoces algo más, ¿qué opinas de él?

—Es un hombre singular, sin duda, pero creo que sabe lo que hace. Si en algo aprecias la opinión de tu hermano pequeño, confía en ese piloto. Tiene una sabiduría especial. Él te llevará a tu destino, luego la negociación es cosa tuya.

—En eso sí que me siento seguro. Ya sabes que he heredado la mente pragmática de nuestro padre. Y algo de su valor, espero.

—Claro que sí, Himilcón. Siempre has sido el mejor de los dos.

—No digas eso, Hannón. Tú todavía no has podido demostrar lo que vales. No te apenes por no acompañarme. Este no es más que un monótono viaje de comercio. Seguro que te aburrirías.

Hannón sabía que su hermano lo decía para consolarlo. ¿Cómo iba a ser aburrido contemplar el mar Océano o esas míticas islas Casitérides, que parecían ser el fin del mundo conocido?

Cuando las velas cuadradas de los caballos del mar se perdieron en el horizonte, Hannón sintió su corazón triste por no poder acompañarlos. Subió con paso cansado a la falda de la colina de Byrsa, acercándose a su hogar mientras la mitad de su ser deseaba estar a bordo del barco de su hermano. Pero al entrar en el patio de su casa, Dido salió a recibirlo con su mejor sonrisa y el esforzado Ulises, ávido de aventuras, abrió sus brazos para escoger a su dulce Penélope, su puerto seguro, su posesión más preciada. Y en los goces del amor olvidó su deseo de aventura y no deseó estar en ninguna otra parte, sino en los brazos de Dido, la Estrella de la Tarde.

Un año después, la expedición de Himilcón llegó de vuelta. Se habían recibido algunas noticias confusas sobre su éxito y los logros en forma de ventajosos acuerdos comerciales, que contribuirían a que Cartago se recuperara de la guerra de Sicilia. Y aún había alguna sorpresa, que según se decía, el propio jefe de la expedición desvelaría en persona al senado.

Toda la ciudad se congregó en el puerto para recibir a los jinetes del mar como si volvieran de una victoria bélica. Los acuerdos iban a ser más útiles que cualquier batalla y, además, se habían logrado de forma incruenta, sin lamentar pérdidas de vidas humanas ni tener que pagar los costosos gastos de tropas mercenarias. Hannón bajó al puerto, orgulloso de su hermano, deseando verlo y oír los detalles del viaje. Lo esperaba al pie de la pasarela, junto con otros representantes

del senado. Tuvo que aguardar a que su hermano desembarcara y saludara a los senadores de más rango, antes de poder estrecharlo entre sus brazos.

—Ven, Hannón —le dijo—, acompáñame al senado. Lo primero es informar sobre la expedición. No te impacientes, que luego podrás escuchar la versión no oficial. Dido y tú podéis venir esta noche a casa.

La comitiva avanzó desde el puerto a la plaza y al senado en medio de vítores y alabanzas a Himilcón y a sus jinetes del mar. Hannón recordaba el contraste entre aquella mañana llena de júbilo y la tristísima noche de Las tres Gracias, en la que parecía que Cartago había muerto para siempre. Aún tardarían en verse los efectos de los acuerdos de Himilcón, pero el pueblo había recuperado su orgullo de mercader y su esperanza. Sacaban incluso a la calle las estatuas de Baal y Tanit y los vivos colores de los dioses parecían reflejar la alegría de los cartagineses. Al ser llevados en andas, Baal y Tanit bailaban junto con su pueblo en una danza de dicha sin fin. Hannón envidió secretamente la gloria de Himilcón, aunque se alegraba en lo profundo del éxito de su hermano.

Himilcón deseó que la procesión no tuviera fin y se sintió como un dios. Solo le faltaba ser transportado en andas. Y como si sus marineros hubieran leído su pensamiento, dos de los más fornidos lo subieron sobre sus hombros y empezaron a dar vueltas para enseñárselo a todo el mundo. El hermano de Hannón bailaba como los dioses y aquel día Cartago adoraba a una tercera divinidad. Aquella efusión del pueblo no gustó al otro sufete ni a muchos senadores. El secreto del gobierno de Cartago era la igualdad relativa entre las familias nobles y el acuerdo tácito de que ningún hombre podía superar a los demás en prestigio ni honor. Era peligroso que el pueblo ensalzara a uno solo. Hannón, lleno de gozo por su hermano, no se dio cuenta de ello, pero sí alguien que estaba siempre atento a todo.

Desde el barco, el timonel Sebub observaba a lo lejos la danza de los tres dioses y frunció el ceño con preocupación. Confiaba en que Himilcón no cometiera el error de creerse un dios, cayendo en lo que los griegos llamaban hybris: el deseo de los hombres de ser alabados y ensalzados como dioses por encima de los límites humanos. El pueblo, se decía Sebub, olvida pronto; esa es la ventaja. Si Himilcón sabía resistir la tentación del poder excesivo, no había nada que temer. Después de todo no era para tanto, aunque comprendía que, en su crítica situación, Cartago magnificaba el pequeño logro de la expedición. Lo necesitaban. Necesitaban sentirse de nuevo los jinetes del mar. Sebub lo sabía bien. Él venía eufórico después de la travesía, después de su soberbia cabalgada por la llanura de plata, con la piel tostada por el sol y el sabor a sal en sus labios.

Himilcón ordenó a los marineros que lo bajaran. No podía entrar así en el senado y se daba cuenta de que el pueblo había expresado su alegría de modo sencillo, pero peligroso para el Estado. Al bajar al suelo, los rostros del otro sufete y de algunos senadores no podían disimular su secreta envidia, mezclada con cierto temor. Enseguida los miembros de la cámara ocuparon sus puestos, Hannón se sentó en el suyo e Himilcón pasó al centro de la sala para tomar la palabra.

—Nobles senadores, amigos todos, disculpad al pueblo de Cartago esta muestra excesiva de amor a un humilde sufete. Debéis comprenderles, no todos los días vienen buenas noticias, ni se empieza de nuevo a tener confianza en uno mismo.

Hannón salió por fin del ensueño de la procesión y comprendió de inmediato el posible peligro y la exquisita habilidad de su hermano para controlar la situación. Himilcón había realizado una pequeña y estratégica pausa, para que sus palabras hicieran el efecto adecuado y pudo ver más relajadas las facciones de su colega y de los otros senadores.

—Vengo a dar cuenta oficial de los logros obtenidos —siguió diciendo—. Éxito que no debe serme atribuido en exclusiva, sino que es obra de todo el senado y del pueblo de Cartago, porque todos hemos contribuido con nuestro dinero y nuestros esfuerzos al buen término de esta expedición. Agradezco que me otorgaseis vuestra confianza y las manos libres para negociar a mi manera, siempre que el resultado fuera positivo para nuestra ciudad. No voy a aburriros con detalles náuticos, que solo interesan a los pilotos. No obstante, os diré que esos datos han sido cuidadosamente anotados y ahora mismo están siendo colocados a buen recaudo, a salvo de curiosos no autorizados. Me ceñiré a los hechos más sobresalientes y sobre todo a las ventajas obtenidas. En primer lugar, tras la escala en Gadir, recorrimos la costa oeste de Spania por el mar Océano y llegamos al norte, donde intercambiamos nuestros productos púnicos por el cobre local. Luego os comunicaré el porqué de esta escala, porque ahí está el motivo del éxito de nuestra expedición. El mayor peligro a partir de aquel punto era seguir la costa de la Galia y vernos atacados por las tribus nativas que comercian con Marsella, pero nuestro piloto mayor, hábil como ninguno y al que deberíamos ensalzar tanto como a mí, nos llevó hasta el interior del océano, lejos de la costa, dando un rodeo hasta el litoral sur de la isla de los britones, donde también solemos aprovisionarnos de estaño. Allí llegamos sin incidentes y fuimos bien acogidos, pero mi objetivo era entrar en contacto directo con los oestrimnios, en la costa de Bretaña. Así que pronto partimos rumbo a ella. Los oestrimnios controlan las islas Casitérides, que están frente a su litoral y a las que pueden llegar en embarcaciones de cuero o de fondo plano. Esas islas son muy peligrosas para barcos de mayor

calado. De ese modo mantienen la exclusividad y transportan el estaño de las islas al continente. Ni siquiera he puesto un pie en las Casitérides, porque no era necesario. Ofrecí a los oestrimnios, en nombre de Cartago, un acuerdo comercial en exclusiva. Abandonaríamos las compras en el sur de la isla de los britones y solo comerciaríamos con ellos. La moneda de cambio era el cobre que traíamos en nuestros barcos y de ese modo se convertirían en los primeros productores de bronce de toda la Galia, al mezclar su estaño con nuestro cobre. En el intercambio ellos nos darían más estaño por menos cobre, de forma que nosotros saldríamos también ganando. Además, al concentrar toda nuestra compra con ellos, nos ahorrábamos la ruta al sur de la isla de los britones. Pronto se verán claramente los beneficios de este acuerdo.

»Por otro lado, continué la ruta hacia el País del Ámbar, donde también hice buenos negocios asegurando nuestra posición en esos lugares. Y ahora os desvelaré una gran noticia relacionada con esta expedición que aliviará la presión a la que estamos sometidos. Si los marselleses quieren estaño tendrán que pagar más por él. Puede que los oestrimnios se lo vendan al mismo precio que a nosotros, pero ellos tendrán que transportarlo por tierra con un gasto superior. Si hacemos el esfuerzo de pagar nuestro estaño un poco más caro, subirá también el precio para los marselleses y podremos incluso, si no arruinarlos, al menos hacer bastante daño a su economía. No está lejos el día en que los marselleses firmarán con nosotros un tratado de paz y no presionarán a nuestras colonias de Spania. Es más, puede que incluso extendamos nuestra influencia a sus establecimientos de Ampurias y Rosas. La ruta es segura, los oestrimnios nos acogen amablemente y están esperando iniciar el negocio. Yo mismo redactaré un informe oficial de la expedición para que se haga público. Si alguno de nuestros comerciantes tiene alguna duda, la palabra de un sufete de Cartago es garantía segura y suficiente, siendo los riesgos mínimos.

Himilcón terminó su intervención y todo el senado se levantó para aplaudirle. A algunos el aplauso les pareció excesivamente largo, pero a Hannón le dolían las manos de orgullo y alegría.

Después de que el senado promulgara un decreto de reconocimiento oficial al mérito de Himilcón, se levantó la sesión. Aunque los ánimos de los que temían la excesiva popularidad de Himilcón se habían ido calmando, algunos corrillos se hacían eco de las consecuencias que podría traer que un hombre o una familia sobresalieran sobre las demás en exceso.

Himilcón se retiró, no sin antes invitar a gran número de los presentes al banquete que daría en su casa aquella misma noche para festejar su regreso. Hannón se disgustó ante la perspectiva de un

banquete multitudinario en el que tendría pocas posibilidades de hablar en privado con su hermano. No obstante, acudió junto con Dido y esperó pacientemente a que el vino hiciera su trabajo con los invitados a medida que lo iban sirviendo, mezclado cada vez con una menor cantidad de agua. Himilcón permaneció más o menos sobrio, aunque se le notaba la alegría que produce el alcohol y que hace locuaces a los hombres. Los dos hermanos siempre habían estado muy unidos y, tras los meses de separación, ambos ardían en deseos de compartir sus vivencias con el otro. Esta vez las de Himilcón iban a ser más interesantes.

La paciencia de Hannón tuvo su recompensa cuando, ya entrada la noche, se retiraron los dos a una habitación apartada. Himilcón soltaba de vez en cuando alguna risita producto de su estado, pero se serenó al ver que su hermano esperaba un relato serio de su hazaña.

—Perdona, hermano. No he podido evitar beber para compartir la alegría de mis invitados. Además, en el vino está a veces la verdad y desata la lengua y la mente hasta límites insospechados. Pero no temas, estoy lo bastante sobrio como para no perder el hilo. He de confesarte que estoy abrumado ante tanta gloria como se me ha otorgado hoy. Me he sentido casi cercano a los dioses. Pero para que veas qué lejos estoy de ellos, te contaré mis miedos e inseguridades en esta expedición. En público debo aparecer fuerte e impasible, pero tú sabes que un guía también sufre, aunque su arte consiste precisamente en ocultarlo a los demás, en reservarse sus temores y parecer seguro ante los que confían en él, como si no tuviera dudas, como si sus acciones y decisiones fueran lo más natural y sencillo del mundo. Así me he comportado ante mis hombres y espero haberlo conseguido. Otra cosa es la lucha que ha habido dentro de mí todos estos meses entre el miedo y el valor, entre la claridad y la oscuridad en el momento de tomar decisiones de las que solo yo era responsable.

»Lo primero, como sabes, fue llegar a Gadir. La ciudad ha crecido y es muy próspera. Formalmente no depende de nosotros, pero en la práctica se toma muy en serio nuestras sugerencias. Sus gobernantes saben que son la llave del camino al norte y que la necesitamos como base de operaciones para guardar nuestras mercancías en depósito. No obstante, son orgullosos y no desean que les controlemos en exceso. De hecho, una de las razones de esta expedición era consolidar nuestra supremacía y que supieran que dependían de nosotros. Como es lógico, tuve que actuar con mucha cautela para no ofenderles. Luego remontamos la costa occidental de Spania y llegamos al norte, donde hicimos el intercambio de nuestros productos por cobre. Quedaba entonces lo más peligroso: seguir por el litoral de la Galia, en el que encontraríamos tribus hostiles. Sebub decía que debíamos alejarnos de la costa lo antes posible, pero yo le ordené que mantuviera el rumbo,

era la ruta más corta y quizá tendríamos suerte y no nos descubrirían. Como puedes imaginar, fue un error. Utilicé la audacia cuando debía haber usado la prudencia. No tardamos en avistar pequeñas embarcaciones de cuero que venían hacia nosotros para abordarnos. Eran muy numerosas y avanzaban a gran velocidad. La severa mirada de Sebub cayó sobre mí, pero en lugar de hacerme el tópico reproche, viró rápidamente y dio, por medio de señales, las mismas instrucciones al resto de los pilotos de la flotilla. En pocos instantes y gracias a un viento favorable, seguro que enviado por Baal, nuestros caballos del mar galoparon hacia el interior de la llanura de agua. Notamos el bamboleo de la nave como si estuvieran encabritados a causa del oleaje. Sebub sabía que los barcos de cuero de los galos no podrían resistir por mucho tiempo el vaivén de alta mar.

»Finalmente vimos con alivio cómo daban la vuelta a su pesar. El peligro había estado cerca por mi imprudencia. A partir de entonces, dejé la navegación en manos de Sebub, aunque he de confesarte que temí internarme en el mar Océano y me llené de zozobra cuando perdimos de vista la costa. Afortunadamente, los cálculos de Sebub resultaron acertados y llegamos a la costa sur de la isla de los britones, por los que fuimos bien recibidos. Mi misión era convencerles de que no comerciaríamos con ellos con la misma intensidad que antes, pero que sí necesitábamos su colaboración para recibir nuestras naves, porque habíamos aprendido que el litoral de la Galia no era seguro. A solo dos días de navegación estaba la costa de los oestrimnios. Nos recibieron con cordialidad porque yo ya había enviado emisarios con nuestras condiciones y ellos estaban a la espera de la llegada de un sufete de Cartago como confirmación oficial del tratado que ya conocían. Ya sabes que no soy como tú y que no me gustan los imprevistos. Prefiero llevarlo todo bien atado para improvisar lo menos posible. Los jefes de los oestrimnios me llevaron a su puerto principal, en el que recibían todo el estaño procedente de las Casitérides. No tardé en ver una hilera de embarcaciones de cuero que traían el estaño. A bordo se divisaban los habitantes de las islas, cubiertos por su característico manto negro. En comparación con ellos, los oestrimnios parecían el colmo de la civilización. Nuestros barcos no podían acercarse a las islas, pero el abastecimiento estaba asegurado por medido de las embarcaciones de los nativos, cuyos gastos de transporte iban incluidos en el tratado. Ya conoces los detalles y las consecuencias de lo que les ofrecí. Aceptaron con gusto y luego tomamos la ruta del País del Ámbar, donde también consolidé las relaciones que teníamos con esa parte del mundo.

—¿Y eso es todo, hermano? ¿No corriste algún peligro extraordinario? ¿No te encontraste con ningún enemigo frente a frente?

—Pues no. Siento desilusionarte. Mi periplo ha sido fundamentalmente comercial y la ruta establecida era bastante segura. Ya te dije que no me gusta el riesgo.

Hannón estaba decepcionado. Su espíritu de Ulises le había hecho imaginar un mundo de seres fantásticos en una ruta plagada de peligros. De acuerdo, había sido un éxito, pero prácticamente sabido de antemano y con todo a su favor. No quería admitir que así hacían las cosas los cartagineses, sobre seguro, o al menos con el menor riesgo, sobre todo en aquella situación tan delicada que estaban sufriendo.

Himilcón vio la desilusión pintada en el rostro de su hermano.

—No te preocupes, Hannón. Los dioses no te han dado ese espíritu de Ulises o de Melqart para nada. Ahora te revelaré algo que muy pocos saben, porque todavía falta un poco para realizarse. Entonces Cartago necesitará de tus servicios. Sebub me ha hablado de ti de modo muy favorable.

«Otra vez ese insolente piloto», pensó Hannón.

—Parece saberlo todo. Y hablando de él, ¿no sabrás tú dónde está? Algunos marineros dicen que lo han visto embarcar en una nave con destino a Egipto.

Sebub, una vez más, iba por delante y parecía que cada uno de sus movimientos contribuía a la ejecución de un inexorable destino. El piloto era como el viento. Sopla cuando quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va.

—Pero, dime —siguió Hannón—, ¿de qué querías hablarme? ¿En qué puedo ser útil a Cartago? Me muero de impaciencia por colaborar y alcanzar una gloria como la tuya.

—Pues lo primero —respondió su hermano— es dominar esa impaciencia, y lo segundo huir de la búsqueda de la gloria. Ella vendrá sola si te encuentra digno, pero huirá cuanto más la busques. Solo acude al encuentro de quienes son elegidos por Baal y no están ciegos por su deseo.

—¡Ya hablas como Sebub! —dijo Hannón bromeando y quitándole importancia a las palabras de su hermano.

—Será por haber viajado con él estos meses. Pero recuerda esto que te he dicho y no lo tomes como unas palabras vacías de sentido. El éxito depende del dominio de sí mismo, del control por la razón de los caballos del deseo y la imprudencia. Tienes que gobernar el caballo del mar de tu existencia y convertirte en un experto jinete. Y yo voy a empezar a ayudarte. Todavía tendrás que esperar un tiempo para que pueda decirte qué estamos planeando. Sigue con tu vida como hasta ahora, prospera en tus negocios y ten calma. Conociéndote sé que cada día te harás la pregunta de cuál será tu misión, y tendrás que reprimir tu impaciencia hasta que volvamos a hablar de ello. Este será

el primer paso para convertirte en un buen líder: dominar tu deseo y someterlo al destino. Saber esperar al momento adecuado para cada empresa.

Hannón recibió con desilusión las palabras de su hermano, sabiendo sin embargo que tenía razón. Ya se había puesto en evidencia con el asunto del embajador persa y debía moderar sus impulsos. No iba a ser tarea fácil para alguien que estaba deseando realizar algo extraordinario. Al principio los días de espera le pesaron como una losa, pero poco a poco se dio cuenta de que podía soportarlo. Descubrió que su viaje no debía ser una huida de su hastío ni de su propio ser, sino un servicio a la ciudad que debía hacerse en el momento más conveniente para ella. Aprendió a adecuar su deseo a los designios de los dioses, que todavía no habían dado la señal propicia para una empresa sin parangón.

Cuando, transcurridos tres años, Himilcón lo invitó a una cena privada, se sorprendió al notar que recibía la noticia como algo normal, sin la ansiedad que le había torturado en los primeros meses. Podía haber llegado el momento y tenía que poner en tensión todos sus sentidos, pero una tensión que debía ser dominada por la calma de quien sabe que el destino está de su parte. Y entonces Himilcón le reveló por fin el anhelado secreto de la que iba a ser la aventura de su vida.

—Urge abrir la ruta del sur, la del oro que necesitamos para hacer frente a la prosperidad que estamos recuperando con el comercio del estaño y las buenas posibilidades del mercado persa, a pesar de no contar con las ventajas prometidas por el Gran Rey. Y hablando de persas, no sé si sabes que ya lo han intentado. Sí, este mismo año enviaron en secreto una expedición al sur, porque la ambición de Jerjes no tiene límites. Sin embargo, hemos estado al tanto de su salida...y de su fracaso. Sataspes, un noble persa, fue condenado por Jerjes a ser empalado a causa de haber violado a una joven, pero resultó que era sobrino del anterior rey Darío y con esa influencia vio conmutada su pena: en lugar de morir, debería realizar una expedición a la costa de África bañada por el mar Océano. Se atrevió a armar una sola nave en la costa norte de Egipto. Ese fue su primer error. No puede confiarse una expedición de tal calibre a una embarcación en solitario y además calculó mal la fecha de partida y los vientos dejaron de soplar de modo favorable impidiéndole avanzar y obligándole a regresar. No obstante, pudo realizar una observación que desconocíamos: cuenta que vio hombres de piel oscura y de pequeña estatura que le llamaron poderosamente la atención. Pero, en fin, el infeliz debió pensar que era mejor eso que morir con una terrible agonía. Aunque lo cierto es que su viaje no estuvo exento de sufrimientos y en muchas ocasiones pensaría que había tomado la

decisión equivocada y que mejor estaría muerto que en las malsanas aguas de África.

—¿Sabíais que iba a partir y se lo permitisteis? —interrumpió Hannón.

—Hermano, ¿es que has olvidado nuestra proverbial prudencia? ¿Qué podíamos hacer contra el deseo del Gran Rey, con el que precisamente estamos aliados? ¿No crees, además, que el barco no tendría tripulantes fenicios a los que luego pudiéramos sonsacar? ¿Qué me dirías si te confesara que un conocido tuyo ha viajado con él?

—¿Sebub? ¡No es posible! —dijo Hannón asombrado.

—Sabía que lo adivinarías. Pues sí, Sebub, que ha viajado con Sataspes con un doble objetivo: observarlo todo, aprovechar esta travesía para no repetir sus errores y sobre todo contribuir a su fracaso. Aunque no tuvo que esforzarse mucho. Una expedición de un solo barco solo tiene sentido en tus queridos mitos. La Argo de Jasón es cosa del pasado, estamos en la época de la lógica y la previsión.

A Hannón le dolió la puya de su hermano, pero no protestó y se dispuso a seguir escuchando.

—Necesitaremos la ayuda de Gadir, pero sobre todo será fundamental la participación de Liks, la ciudad fenicia más importante de la costa africana, más allá de las Columnas de Melqart. Ellos mismos han solicitado nuestro apoyo y han prometido enviar un embajador que nos asesore y nos acompañe, al menos en la primera parte del viaje. Tienen mucho que ganar y los necesitamos para la operación logística de abrir el mercado del sur. Será preciso crear nuevas ciudades y reforzar las ya existentes. Una de las causas del fracaso de Sataspes ha sido la existencia de una costa desierta en la que faltan lugares de aprovisionamiento. El hombre de Liks no tardará en llegar y nos proporcionará información de primera mano.

Himilcón se había lanzado a hablar y en su mente se iba gestando el extraordinario plan. Hannón dudaba cada día más de ser el más indicado para llevar a cabo todo aquello. Veía tal ilusión en Himilcón y unas dotes organizativas tan grandes, que a su lado se sentía pequeño e inseguro. Deseaba un nuevo viaje de los Argonautas, plagado de aventuras y peligros, y aquello parecía una mera sucesión de datos y estimaciones. A pesar de los vaticinios de Sebub, no conseguía saber cuál era la razón profunda de su elección. Pero al mismo tiempo meditaba sobre lo que le había dicho su hermano en relación con sus cualidades de arrojo y valentía y su afán de aventura. Sí, aquella expedición tendría su parte más previsible, pero en cualquier momento podría acechar lo imprevisto, sobre todo cuando avanzaran más allá de Liks hacia los lugares a los que había llegado Sataspes, poblados por esos extraños hombres de pequeña estatura. Lo

que más le atraía de la futura expedición era la posibilidad de encontrarse con un mundo totalmente ajeno, para el que no tendría ni palabras ni ideas previas. Sabía por las escuetas informaciones de que disponía que por allí estaban los etíopes, seres casi míticos de los que había hablado el mismo Homero, que en Occidente se situaba el Jardín de las Hespérides, al que Heracles había viajado en busca de las míticas manzanas de oro que daban la inmortalidad. También había oído hablar de una isla remota habitada solo por mujeres a las que llamaban Gorgonas. ¿Existiría realmente todo aquello? ¿O sería una realidad tan distinta que los que decían que la habían visto habían tenido que acudir a esas historias para intentar contarla a los demás?

Ese afán por lo desconocido era lo que le llevaría más allá de la prudencia, en busca del peligro y quizá de la muerte. Himilcón tenía que ir con él. Juntos lo lograrían. Pero ya había visto el rechazo de su hermano a esa idea. En el tiempo que le quedaba tendría que apartar un poco a su Ulises y sacar a la luz su carácter práctico, que tan buen resultado le había dado en sus negocios. Pero estaba seguro de que no iban a satisfacerle el oro o las mercancías preciosas, sino el servicio a Cartago y sobre todo su particular manzana del Jardín de las Hespérides: la deslumbrante luz del conocimiento. Todavía no sabía que antes tendría que convertirse en un líder fuerte ante la adversidad y los peligros.

## Antes de la partida

La espera de Hannón estaba llegando a su fin, pero no todo iba a ser tan sencillo como él ingenuamente había pensado. El senado le eligió sufete de forma oficial y pasó a ser uno de los representantes de la ciudad allá por donde fuera. El cargo le llenó de orgullo, pero también de responsabilidad y de inquietud, porque la partida de la expedición debía ser ese mismo año en primavera. Recibió con disgusto la noticia de que el senado había decretado que él sería el único responsable de la empresa y que su hermano Himilcón se quedaría en Cartago. Aunque ya lo habían hablado y Hannón se temía que esto debía ser así, no pudo menos que entristecerse ante la perspectiva de enfrentarse en solitario a los peligros.

—No estarás solo, Hannón, Sebub irá contigo —le decía su hermano, intentando infundirle valor—. Y, además, ya es hora de que empieces a tomar tus propias decisiones. Hoy mismo tendrás que recibir al embajador de Liks, que ha venido una vez que has sido elegido sufete.

—¿Sabemos algo de él?

—No tenemos información disponible. Parece que es la primera vez que ejerce las labores de embajada. Solo sé que debe ser astuto, al menos eso es lo que significa en nuestra lengua su nombre: Hasis.

—Está bien, vayamos a uno de los locales oficiales y veamos qué carácter tiene.

Hannón e Himilcón se sentaron tras una mesa e hicieron pasar al embajador. Ante ellos apareció una gruesa figura que se movía con dificultad por razón de su peso, aunque no obstante disimulaba su esfuerzo con maestría. El secreto de un buen embajador consistía en no demostrar nunca una debilidad y permanecer impasible.

—Hasis os presenta sus respetos, mis señores Hannón e Himilcón, y pone su humilde persona a vuestro servicio.

—Sed bienvenido a Cartago —respondió Hannón.

—Agradezco vuestra hospitalidad y espero poder corresponder a ella cuando en nuestro futuro viaje lleguemos a Liks —dijo Hasis.

—Nada me agradaría más que visitar vuestra ciudad, que tan buenos servicios se ha ofrecido a prestarnos —replicó el sufete.

—Estoy autorizado para deciros que todos los recursos disponibles de Liks estarán para serviros en el momento oportuno y cuando vos deseéis. Y añado que personalmente estoy dispuesto a acompañaros en vuestro viaje hasta Liks.

La última frase sorprendió al sufete y a su hermano, que intentaron disimular su efecto sin éxito. No estaba previsto que el embajador viajara con Hannón y menos cuando el sufete tenía previsto evitar en un primer momento la ciudad de Liks para asegurar la superioridad de Cartago en aquella empresa.

—Seréis bienvenido a bordo —respondió Hannón, con agilidad de reflejos.

—No esperaba menos de vos, señor Hannón, y me alegro de que los rumores sobre vuestra recién ganada prudencia se hayan mostrado ciertos.

El sufete no replicó a la impertinente respuesta de Hasis. Todavía no habían partido de Cartago y el embajador de Liks se presentaba como primer problema a resolver.

Hasis se retiró, feliz de su victoria moral, dejando a Himilcón y a Hannón preocupados.

—Tendré que llevarlo conmigo, Himilcón, pero no pienso darle la menor oportunidad de estropear nuestros planes.

—No hay otra opción, si no queremos incomodar a Liks. Además, ahora tenemos otro asunto más urgente: hay que reclutar a la tripulación y a los colonos.

—Como cuando Jasón convocó a los mejores héroes de Grecia para tripular la Argo —dijo Hannón.

—Venga, hermano, deja ya de soñar y demuestra que puedes moverte en la realidad con igual soltura que en tu mundo mítico.

Himilcón estaba en lo cierto. Su hermano tendría que afrontar peligros mayores que los de los héroes, porque serían hombres de carne y hueso y la propia naturaleza de África la que se opondría a ser mancillada en su corazón por los caballos de los jinetes del mar.

A partir de entonces, Hannón dedicaba las mañanas a reclutar personalmente a los miembros de la expedición. Era una tarea pesada, pero Himilcón le había recomendado encarecidamente que no la delegara en nadie. Sabía perfectamente que los hombres desean ver en persona al líder y que un simple gesto afectuoso del mismo valía más que mil proclamas. Hannón debía transmitir carisma a cada uno de los miembros de aquella colonización. Tenían que darse cuenta de que él

tenía el poder absoluto, dominando la situación sin dudas ni titubeos. El jefe no podía dejar ver las inquietudes de su interior. Sí, eran necesarios gestos de humanidad, pero el equilibrio entre la cercanía y el respeto era algo que solo podían conseguir los elegidos.

Por eso Hannón aguantaba imperturbable el sofocante calor del almacén del puerto, donde se había instalado la mesa de contratación con todos los documentos que debían suscribir los aspirantes a colonos y marineros. La sala estaba iluminada por altos ventanales que permitían observar bien a la gente mientras que la mesa permanecía en penumbra. Podían ver a su jefe y reconocer sus rasgos, pero él estaba en clara ventaja para escrutar los suyos. Himilcón no acudió a ayudarle para no estorbar con su prestigio la labor de su hermano y no dar la sensación de que Hannón no podía valerse por sí mismo. Sin embargo, para paliar la relativa juventud del líder y acallar las objeciones de los más veteranos, al lado de Hannón se sentaba Sebub, respetado por todos los hombres de mar. Había aceptado estar allí con agrado porque le gustaba saber con quién viajaba a pesar de ser un solitario. Como era de esperar, sus intervenciones eran pocas y puntuales, no discutiendo nunca las decisiones del jefe de la expedición. Su presencia aportaba seguridad a Hannón, que conforme iban pasando los días se acostumbraba a la tarea de evaluar a los futuros integrantes de la que iba ser su primera empresa.

Casi siempre unas pocas palabras eran suficientes para admitir o no a los aspirantes y, si tenía alguna duda, miraba de reojo a Sebub, con el que ya tenía convenidas ciertas señales de aprobación o rechazo. Desfilaban familias enteras deseosas de cambiar una suerte incierta en una Cartago en crisis por la promesa de un nuevo comienzo en las colonias. Muchos tenían depositada sus esperanzas en aquel viaje, sin saber muy bien cuál iba a ser el resultado. Pero también había personas que huían de una vida de oscuro pasado y Hannón los admitía igualmente, no sin antes sondear sus intenciones, sabedor de que no hay nadie más osado que el que no tiene nada que perder, ni nadie más valiente que quien desea demostrar a todos que su pasado ya no existe. De todos modos era imposible controlarlo todo y en la expedición viajarían gentes de mala fe que buscaban seguir con sus negocios en nuevos territorios.

Hannón no perdía la calma, su espíritu fogoso se amansaba en el esfuerzo de escrutar a los hombres y mujeres que lo acompañarían, a la vez que con cada aceptación sentía una carga mayor en su espíritu. Él, que no había tenido hijos, se estaba convirtiendo en una suerte de padre protector para todos llevando sobre sus hombros una pesada responsabilidad. Sebub lo observaba con satisfacción, viendo cómo el joven se iba convirtiendo en adulto a pasos agigantados y vislumbrando en sus gestos la mesura de su hermano Himilcón, sin

perder en sus ojos el brillo de la ilusión y la audacia de su padre Amílcar. Hannón había comprendido que la arrogancia debía quedar fuera de su carácter, sustituida por la firmeza unida a la piedad hábilmente dosificada.

Cuando Hannón se retiraba agotado, encontraba a Dido dispuesta a acogerlo y a comentar la jornada. Ella hubiera deseado acompañarle, como si ambos fueran la reencarnación de Baal y Tanit que garantizara el éxito de la empresa. Mil veces pensó Dido en suplicar a su esposo que la dejara acompañarlo, mil veces pensó Hannón en enrolarla en la empresa de su vida, pero ninguno abrió los labios para comunicar su deseo y cada uno lo guardaba dentro con el temor de una negativa que rompiera su perfecta comunión.

El reclutamiento seguía y a veces se hacía monótono, pero un día Hannón tuvo que salir del letargo y agudizar sus sentidos. Cuando en el espacio iluminado de los aspirantes apareció un nuevo grupo, se echó atrás instintivamente buscando la penumbra.

—Nombre y profesión —preguntó, de forma mecánica, el secretario que le asistía.

—Bomílcar y Arishat, taberneros del puerto. Deseamos embarcar en vuestra expedición para abrir un nuevo negocio en alguna de las colonias.

Hannón escuchaba sin articular palabra y aún puso mayor atención cuando oyó:

—Este es nuestro hijo Aníbal. Deseamos que nos acompañe también para ayudarnos en nuestro negocio.

La luz iluminó la cara del chico, que aún conservaba los rasgos que Hannón recordaba aquella noche en Las tres Gracias. Había crecido, pero su rostro mantenía el desencanto del niño. Seguía siendo un autómata en manos de los suyos, resignado a su destino, ligado a unos seres a los que nunca hubiera elegido como padres. Su cuerpo era ya el de un muchacho, pero sus movimientos seguían siendo los de un niño obediente a las órdenes ajenas. Hannón miró con tristeza al chico y le pareció que el tiempo no había pasado por él. Casi podía oír su voz infantil en la oscura taberna inquiriendo con monotonía los deseos de los huéspedes.

—Habla, estúpido —le gritó Bomílcar—, ¿acaso no tienes lengua para decir por ti mismo tu nombre?

—Como ha dicho mi padre me llamo Aníbal y deseo participar en esta expedición —exclamó con voz neutra, impropia de la fogosidad y el atrevimiento de un muchacho de su edad.

Hannón decidió rechazarlos a todos, tanto por el desprecio que sentía por Bomílcar y Arishat, como por la tristeza que le inspiraba Aníbal. Los padres, de dudosa reputación, seguro que traerían problemas y el hijo sería más una carga que una ayuda. Iba a

comunicarle su decisión cuando sintió en el brazo la ligera presión de la mano de Sebub. El piloto le indicó con gestos que deseaba hablar, aún a riesgo de mermar la autoridad del sufete. Hannón le concedió el permiso sabiendo que sus palabras siempre eran justas.

—Estáis admitidos en la expedición con dos condiciones —sentenció Sebub, poco amigo de las palabras superfluas—. Primera: os estableceréis en la primera colonia que fundemos. Segunda y más importante: el chico debe quedar bajo mi protección. Será mi ayudante y acatará solo mis órdenes. No desembarcará con vosotros, sino que seguirá conmigo hasta donde los dioses nos lleven.

—Pero, señor —suplicó Bomílcar con voz fingidamente lastimera—, ¿qué haremos sin él? No podemos prescindir de una ayuda tan valiosa, por no hablar del sufrimiento que nos causaría separarnos de él.

—¿Qué precio ponéis a vuestros sufrimientos? —cortó Sebub conociendo cuál era la verdadera intención de Bomílcar.

La pregunta cogió por sorpresa al tabernero y también a Hannón y a los asistentes que contemplaban atónitos la escena. Aníbal permanecía ajeno, como si aquello no fuera con él, como si no fuera consciente de que en aquellos instantes se estaba decidiendo su futuro.

—Por Baal, piloto, estáis siendo cruel.

—No menos de lo que habéis sido vosotros con el chico. Si apenas parece un ser humano.

—Siempre lo hemos tratado bien —terció Arishat con lágrimas en los ojos.

—Permitidme que lo dude a juzgar por su aspecto. Y en el caso de que lo hubierais hecho, no ha debido ser suficiente. Vamos, poned un precio. Estoy dispuesto a pagarlo. Sed por una vez sinceros con vosotros mismos.

La humillación pública hacía arder de rabia a Bomílcar, que tuvo que dominarse para no saltar sobre Sebub. La presencia de Hannón se lo impedía. Un cargo político como el sufete podía testificar contra él con dramáticas consecuencias. Por eso no tuvo más remedio que agachar la cabeza.

—Nos ofendéis, piloto, con vuestras insinuaciones. Jamás aceptaríamos dinero por el muchacho —dijo Bomílcar intentado salvar su inexistente dignidad.

Los presentes ya habían calado a la pareja y estaban expectantes para saber cómo se resolvía la situación tras afirmar que no deseaba dinero. Entonces Hannón comenzó a dar muestras de una sabiduría que Sebub había intuido hacía tiempo.

—Basta. Como sufete y jefe de la expedición tengo la última palabra. Apoyo lo que ha dicho Sebub y añado algo más, por si influye en vuestra aceptación de las condiciones. No recibiréis dinero por la cesión del chico, pero sí una concesión especial con importantes

exenciones tributarias en la primera colonia que fundemos. No podemos perder más tiempo. Decid si estáis conformes con esto.

El sufete había actuado con prudencia. De esta forma quedaba a salvo la supuesta dignidad de los taberneros y Sebub conseguía al muchacho, aunque Hannón ignoraba si el piloto obtendría algún éxito con él.

Tras unos instantes de vacilación y conversación privada, Bomílcar y Arishat aceptaron la propuesta y añadieron una sorpresa para Hannón.

—Aceptamos, pero deseamos someter a vuestra consideración una condición propia. No lo habíamos mencionado todavía, pero queremos que viaje con nosotros una persona que está a nuestro servicio.

Entonces Hannón sintió un vuelco en su corazón, se abrió un pasillo entre la gente y por el medio avanzó Isthar, la Estrella de la Mañana. Iba cubierta con un manto que solo dejaba ver su rostro, pero que resaltaba sus formas. La joven de incipiente belleza se había convertido en una hermosa mujer sobre la que todos fijaban la mirada con admiración y deseo.

—Os rogamos que aceptéis a Isthar en el viaje. Como veis animará a los marineros en los momentos de calma.

Isthar avanzó majestuosa, segura de sí misma y de su belleza. Estaba tan cerca que Hannón temió ser reconocido y, en efecto, una leve sorpresa bien disimulada se pintó en el rostro de la Estrella de la Mañana, que sin duda recordaba al extraño que no la había aceptado y que le había dicho unas enigmáticas palabras que había ocultado en lo más profundo de su corazón. Ahora resonaban de nuevo en su interior, que todavía no conocía la luz.

—¿Qué relación tiene la muchacha con vosotros? —preguntó Hannón, esforzándose en permanecer impasible y a salvo de la seducción de Isthar, que ya había cautivado a los presentes. Sintió también los ojos de Sebub clavados sobre él como la noche de Las Tres Gracias, atento a su decisión.

—Es nuestra esclava, señor. Tiene un contrato de por vida que la obliga a servirnos. Y tenemos los documentos que lo acreditan. No temáis, en todos estos años no ha dado ningún problema y todos sus clientes han quedado satisfechos. Seguro que ya habréis aceptado a otras como ella.

Era cierto. Las colonias tenían necesidad de tabernas y diversión que aliviara a los marineros. Siempre había sido así y no se entendería que fuera de otra manera, aunque Hannón no lo aprobara.

El sufete no se atrevió esta vez a consultar a Sebub y, sin levantar los ojos de los documentos, aceptó también a la mujer. Los marineros suspiraron aliviados. Conocían la fama de la Estrella de la Mañana y no les hubiese gustado prescindir de sus encantos. Ella, consciente de

su poder, musitó unas palabras de agradecimiento y se retiró con parsimonia dejando tras de sí su agradable fragancia.

—Necesito un descanso —dijo Hannón a Sebub.

—No lo creo oportuno —respondió él—. Has sabido dominarte, pero no creas que no te han notado algo azorado. Debes continuar. No será la primera vez que tengas que sobreponerte a la fatiga y a la tensión.

—Está bien, que pase el siguiente.

Entonces avanzó un hombre fornido de barba poblada y largos cabellos. Iba vestido con una túnica y transportaba en sus manos un pesado objeto cubierto con un paño. Sin mediar palabra hizo espacio en la mesa y descubrió lo que llevaba. A la luz brilló un escudo con el dibujo de la cabeza de un fiero león. Se trataba del arma defensiva de los hoplitas, hecha de madera y protegida con una fina capa de bronce. Hannón elevó la vista y reconoció de inmediato al portador.

—Aristodemo, sé bienvenido.

—Hannón, ¡cómo has cambiado! Y nada menos que sufete.

Sebub observaba extrañado a aquel hombre al que jamás había visto y del que nunca había oído hablar a Hannón. Él, que creía conocerlo todo de su protegido, estaba por una vez sorprendido.

— ¿Recuerdas lo que me dijo el León de Esparta? Siempre estaré dispuesto a obedecer sus órdenes. Necesitas un comandante experimentado para formar una pequeña tropa de defensa o ataque, sobre todo cuando la expedición se interne en territorio desconocido. Yo los entrenaría antes del viaje y formaría un pequeño batallón al estilo espartano. Dame hombres capaces y los convertiré en hoplitas en muy poco tiempo. Nuestra muralla de bronce te protegerá del peligro y el enemigo verá el rostro del León y enmudecerá de miedo al escuchar nuestro grito de batalla.

—No sabes cuánto me alegro de que estés aquí, Aristodemo. Tu ayuda nos será sin duda muy útil. Quedas admitido, ¿no es así, Sebub?

El piloto asintió con un gesto por no dejar en evidencia al sufete. Era cierto que necesitaban guerreros, aunque a él no le parecía que una infantería pesada fuera lo más oportuno. Sin embargo, calló e intentó analizar a aquel hombre, que podía influir en su pupilo hasta límites insospechados. Advirtió que el rostro pétreo del espartano no dejaba traslucir más que la dureza de un guerrero. Sebub estaba lejos de saber la historia de Aristodemo y no sospechaba que el hilo de la vida del espartano estaba íntimamente ligado a aquella expedición.

El guerrero golpeó su escudo para hacerlo resonar en señal de alegría, de forma que el sonido retumbó en toda la sala como un buen presagio y todos se sintieron protegidos por el León. Luego salió del lugar ante la admiración de todos. Estaba orgulloso de ser por fin

apreciado y de encontrar un sentido a sus sufrimientos. No se dio cuenta de que los ojos de Isthar lo miraban con asombro y deseo.

## Baal, Tanit y Melqart

Hannón había completado ya el número de colonos y tripulantes. Eran cinco mil pasajeros que serían distribuidos en sesenta naves. Los barcos tendrían cincuenta remeros, veinticinco en cada flanco dispuestos en dos niveles, cerca de treinta metros de largo y una vela central. Cada nave llevaría alrededor de ciento cuarenta personas incluyendo a la tripulación. Una cifra elevada y que no sería muy cómoda, pero la travesía inicial no pasaría de quince días y bien podrían viajar algo apretados.

Revisó los datos de las provisiones con sus secretarios bajo la atenta mirada de Sebub y comprobó una y otra vez que todo estaba en orden. Era preciso que las previsiones se cumplieran escrupulosamente, al menos en la primera parte de su viaje. Ahora quedaba suplicar a los dioses una travesía favorable. No se trataba de un mero trámite, porque en muchas ocasiones unos malos augurios habían impedido la salida de otros viajes. Nadie en su sano juicio estaría dispuesto a hacerse a la mar sin el beneplácito de Baal, Tanit y Melqart.

El primero que debía aprobar la expedición era Baal, el dios tutelar de la ciudad. Un sacrificio desfavorable arruinaría todos los preparativos y Hannón sintió por primera vez angustia en su corazón. Se había esforzado al máximo, lo había dado todo por aquella empresa, incluso había moldeado su carácter, pero ahora se encontraba con algo que no podía controlar y eso le inquietaba. Sebub le dijo que aprovechara ese sentimiento para conocerlo y dominarlo. Serían múltiples las pruebas y peligros que escaparían a su arbitrio en aquel fabuloso viaje.

—Abandónate a los dioses, Hannón. No quieras hacer tú también su trabajo. Ellos son los que al fin decretan el destino, aunque nos empeñemos en lo contrario.

—Entonces, ¿de qué sirve tanto sufrimiento si estamos sujetos a su capricho?

—Te equivocas. Baal no es caprichoso, sino justo. Ve tu corazón y sabe de tus luchas y de tus rectos deseos. Ten por seguro que apoyará a su ciudad.

—Pero ¿y si algún día no lo hace, y si mi sueño del fin de Cartago se cumpliera en el futuro?

—Esta ciudad no es inmortal, ninguna lo es. La reina Dido la creó de la nada y en cualquier momento puede volver a ella. O quizá transformarse. Todo lo que ves no es sino apariencia y fugacidad. La vida es como un río incesante e irrepetible. Cartago será llevada por la corriente algún día y solo quedarán restos de todo este esplendor que ahora contemplas. ¿No has visto cómo han caído numerosos pueblos de Oriente que se creían eternos y a salvo de todo?

—Según eso, Sebub, no debemos siquiera actuar, sino dejarnos llevar por esa corriente de la que hablas.

—De nuevo estás confundido. Cartago ha de vivir lo que los dioses decreten y nuestro deber es mantenerla a salvo hasta ese día. Si lo hacemos, nos encontraremos navegando por el océano Celeste de la eternidad. Si no lo hacemos, habremos vivido en vano. El comercio, el afán de riquezas, el poder que muchos de los nuestros aman por encima de todo, está condenado a desaparecer. Quedarán nuestras acciones honrosas, nuestra contribución al bien común. Eso jamás se perderá. Tenlo en cuenta cuando sientas deseos de abandonar esta empresa. Tu nombre, y los nuestros en el tuyo, surcarán los siglos y permanecerán cuando Cartago ya no exista.

Las palabras de Sebub reconfortaron a Hannón. Jamás se hubiera atrevido a nada sin los sabios consejos del viejo marino y a veces se preguntaba qué veía Sebub en él para llamarlo el elegido. No sabía que el secreto de ser elegido es precisamente no creérselo demasiado, para que no caer en la soberbia y el orgullo.

En algunos momentos afloraba en Hannon su espíritu de niño y en su mente identificaba a Sebub con el sabio centauro Quirón, maestro de Jasón. Sebub era un verdadero jinete del mar y en cuanto a él, tenía en común con Jasón toda su inexperiencia y juventud y la cabeza llena de sueños imposibles. El vellocino de oro era la meta, como él buscaba el brillo de crear y descubrir un nuevo mundo y el oro del corazón de África.

Se fijó el día para la ceremonia de propiciación en el templo de Baal. Las dimensiones de la nave central no eran excesivas, por lo que se dio preferencia a los más notables de la ciudad y a los integrantes de la expedición que el sufete designara. La enorme estatua del dios presidía la nave sentada con las manos abiertas delante de él, preparadas para depositar la ofrenda en ellas. Un ingenioso sistema permitía accionarlas y que se doblaran hacia abajo, para dejar caer la

víctima del sacrificio en un brasero situado a los pies de la estatua del dios, donde las llamas la consumirían.

En primera fila aguardaban Hannón y Dido junto con Himilcón y su esposa, acompañados de otros notables del senado. Un poco más atrás Sebub apoyaba su mano en el hombro de Aníbal. El muchacho permanecía inmutable y sin ningún cambio aparente, pero el marino confiaba en que pronto conseguiría algún fruto. Quizá ese momento fuera una buena oportunidad. Junto a ellos estaba Aristodemo, que se había puesto para la ocasión su coraza de lino, en cuyo centro figuraba la cabeza de su emblema, el león. Sus largos cabellos caían sobre sus hombros asemejándolo a una fiera y su corpulencia destacaba sobre el resto. Se había negado a entrar sin su espada y, al invocar el nombre de su amigo el sufete, había podido conservarla. Hannón reparó en él enseguida y le hizo un gesto de reconocimiento. También Isthar había conseguido un buen sitio, casi en primera fila, gracias a sus encantos. A su paso la gente se había apartado para poder contemplar su belleza de modo adecuado.

A una señal del Gran Sacerdote todos enmudecieron.

—Recordad que estáis en lugar sagrado y respetad la voluntad de Baal, el imparcial, esté o no de acuerdo con la vuestra. Siento vibrar en vosotros el deseo de la partida, pero todo depende del dios. Estad atentos a su voz.

A la luz de las antorchas Baal parecía más espectral que sereno, a pesar de que estaba representado con rasgos amables, como convenía al dios de la tranquilidad y el equilibrio. Un dios que, sin embargo, estaba hambriento de víctimas del sacrificio. Varios sacerdotes hicieron su entrada solemne desde una nave lateral en medio del profundo silencio de los asistentes, turbado solamente por el inquietante llanto de un niño de pocos meses; el niño que traían en andas casi desnudo y que, al sentir el frío húmedo del templo, expresaba su malestar con vagidos y lágrimas. Estas hubieran ablandado el corazón de los más sensibles, pero nadie se movía para ayudarlo y ni siquiera se sentían extrañados por aquel espectáculo.

Solo tres personas contemplaban la escena con aprensión. El llanto de la criatura había llegado a un lugar de su interior que Isthar ignoraba que existiera y la había llenado de inquietud. Sebub sintió que Aníbal se estremecía e intentaba escabullirse para alcanzar la primera fila. Aristodemo movió su leonina cabellera sacudido por un temblor involuntario, al tiempo que a su mente acudía la fría noche del Taigeto y el insoportable grito de su hermano al ser lanzado al vacío. Apartó bruscamente a los que le rodeaban y, atento a todo, adivinó las intenciones de Aníbal de forma que ambos se apoyaron para abrirse paso. Eso provocó cierto revuelo en la zona y turbó el silencio de la nave.

—¿Qué sucede ahí? —gritó el Gran Sacerdote con ira—. ¿Acaso deseáis interrumpir el sacrificio y que Baal se encolerice vetando vuestra expedición? Insensatos, permaneced en silencio y no os mováis más. Dejad que Baal sostenga en sus manos al hijo menor de nuestro ilustre Himilcón y que sea una ofrenda agradable al dios.

Con el alboroto Aníbal y Aristodemo se habían colocado por fin en primera fila. El espartano miró a Himilcón y a su esposa y vio impávido que no expresaban la menor sensación de temor. Estaban pálidos pero insensibles. Igual que su padre, igual que los rudos espartanos, ajenos al dolor y a la llamada de sus entrañas. Escrutó luego a Hannón y vio que este le hacía señas con las manos para que se tranquilizase. Aníbal ahogó su llanto al ver que el niño era colocado en las enormes manos de Baal y en su imaginación ya lo veía caer al brasero que lo reduciría a cenizas. También Aristodemo presentía la inminente caída del infante, que en su mente se confundía con su pequeño hermano deforme. Entonces echó mano a la espada y comenzó a sacarla lentamente de la vaina cubriéndose con el cuerpo de Aníbal. Una poderosa mano atenazó su muñeca y le susurró al oído:

—Espera, espartano, espera. Guarda tu valor para cuando convenga.

Aristodemo se volvió y se encontró con el rostro de Sebub pegado a su cara sin que la presión sobre su muñeca disminuyera. Estuvo a punto de derribarlo y de saltar hacia la estatua de Baal, pero algo en los ojos del viejo marino le infundió confianza e introdujo de nuevo la espada en la vaina al tiempo que sujetaba a Aníbal para que tampoco él interviniera. Vio también que Hannón dejaba de hacerle señas y respiraba aliviado.

El Gran sacerdote levantó el cuchillo sobre el niño recostado en las manos de Baal. Desde su posición, Aristodemo y Aníbal, no tenían una visión clara, solo oyeron un grito indescriptible y extraño y cuando el sacerdote se dio la vuelta vieron que la sangre salpicaba sus inmaculados vestidos. A continuación oyeron otra vez el llanto del niño, que de las manos de Baal era entregado a su madre, que lo acogió con cariño arropándolo con una gruesa tela para protegerlo del frío. Luego, a una orden del Gran Sacerdote, un ayudante accionó el mecanismo de la estatua y un cuerpo cayó de las manos del dios al brasero humeante ante la aclamación de todos los presentes. Una vez que cesó el griterío el oficiante declaró solemnemente:

—Baal ha aceptado el sacrificio de la vida naciente y con él se aplaca su deseo de sangre y os garantiza una feliz travesía.

Hannón estaba satisfecho. Sus temores habían sido infundados. Sebub tenía razón: Baal apoyaba a Cartago. Vio al viejo marino hablar con Aristodemo y Aníbal, aunque no pudo oír sus palabras.

—Espartano, disculpa mi rudeza. No había tiempo para explicaciones y una actuación vuestra hubiera incomodado a Baal haciendo nulo el sacrificio. Me extraña que te haya afectado la posibilidad del sacrificio de un niño cuando para vosotros la vida de un infante no es gran cosa.

El rostro de Aristodemo se contrajo de dolor y el perspicaz Sebub, astuto como ninguno, cambió rápidamente su discurso:

—Bueno, la verdad es que es una costumbre practicada hace siglos. El sacrificio de un niño pequeño a Baal. Hace ya tiempo que el sacrificio infantil no existe entre nosotros, aunque las malas lenguas vayan pregonando que somos unos asesinos. La envidia provoca estas fabulaciones. Ahora sustituimos al infante en el último momento por un jovencísimo cordero que es sacrificado en su lugar.

Aristodemo y Aníbal se tranquilizaron y se marcharon a sus alojamientos provisionales, en los que se había concentrado a todos los miembros de la expedición para obligarlos a convivir estrechamente. Isthar también se retiró, guardando en su memoria la actuación de aquel hombre de aspecto leonino al que no había perdido de vista durante la ceremonia.

Baal había sido aplacado y sin duda favorecería la empresa. Sin embargo, era un dios tranquilo, remiso a los peligros y a la aventura del viaje, garantizaba la estabilidad final, pero no los momentos de lucha e incertidumbre de toda expedición. Para eso necesitaban el favor de Melqart, al que el pueblo adoraba con fervor y sin cuya protección los marineros jamás hubieran empuñado los remos hacia lo desconocido. Melqart, además, significaba el triunfo de la vida sobre la muerte, de la primavera sobre el rigor del invierno, de la alegría sobre la tristeza.

Los corazones de todos ardían porque aparecían ya los primeros brotes, la tierra deseaba explotar de forma exultante para conjurar el dolor invernal. Se acercaban las fiestas del «despertar» de Melqart, que suponían un feliz augurio por su cercanía a la inminente salida de la expedición. Hannón fue designado para presidir los rituales en su calidad de sufete y actuaría como la representación del dios en la tierra, mientras que Dido, su esposa, estaría en lugar de Tanit, diosa también de la fecundidad.

La primera noche de las fiestas todo el pueblo se concentró en el ágora para ver cómo se quemaba la estatua del dios sobre una pira de fuego liberador. Al son de flautas y danzas, las llamas consumían el simulacro de Melqart que se reducía lentamente a cenizas mientras los sacerdotes gritaban: «Dejando la vejez en el fuego, toma a cambio, oh dios, la eterna juventud». Hannón asistía a la ceremonia junto a Dido, y su esposa pudo ver lágrimas en sus ojos. Ella, que lo conocía bien,

sabía que por la mente del sufete pasaban en ese momento las imágenes nunca vistas pero mil veces evocadas de la pira de su padre Amílcar. El reflejo del fuego en los ojos humedecidos de Hannón simbolizaba fielmente el ardor del recuerdo consolado por el agua purificadora de las lágrimas.

Cuando el dios quedó reducido a cenizas, estas se recogieron cuidadosamente en una urna a la espera del entierro ritual que tendría lugar al día siguiente. Hannón permaneció en vela gran parte de la noche, triste por el recuerdo de su padre y preocupado por la cercana partida. ¿Estaría a la altura de lo que se le pedía? ¿Tendría éxito? ¿Estaban siempre seguros los conductores de pueblos? Nunca había visto señales de preocupación en el rostro de Amílcar o Himilcón. ¿Es que eran mejores que él? Empezó a comprender lo que Sebub le decía muchas veces, que la lucha del jefe está en su corazón más que en su mano, que el combate se libra en el espíritu. Pensó que los dioses le ayudarían. Sería fuerte con ellos. Baal, Tanit y Melqart no podían abandonar a Cartago, ni siquiera cuando el destino de la ciudad estaba en manos de una persona débil como él.

Esa noche Dido no se atrevió a acercarse. Hay batallas que uno debe librar solo, como las del destino y la muerte.

Al día siguiente se hizo una solemne procesión al aire libre en presencia de los sacerdotes del culto, que pronunciaron elocuentes súplicas y quemaron abundante incienso en una gran copa ritual. El humo ascendió al cielo como una oración agradable al dios. Mientras sucedía todo esto, gran parte del pueblo vestido de luto lloraba amargamente la muerte de Melqart con grandes gemidos y golpes de pecho, rasgándose las vestiduras y echándose ceniza sobre sus cabezas.

Al alba del tercer día tuvo lugar la ceremonia del «despertar». Hannón, ataviado con ricas vestiduras, penetró junto con Dido en una cámara del templo que el dios tenía en Cartago. Allí estaba dispuesto un gran lecho adornado con hermosos cobertores y rodeado de otros muebles dorados. La unión del sufete con la encarnación de la diosa Tanit haría resucitar al dios. Cumpliendo estrictamente el ritual, ambos entraron de forma solemne en la cámara y tras ellos se cerró la puerta con cerrojos de oro. Fuera los sacerdotes entonaban los sagrados cánticos del despertar:

—Levántate, Melqart, fuego del cielo. Levántate y ayúdanos.

Empezaron esta jaculatoria como un murmullo y fueron diciéndola cada vez más fuerte, hasta que sus gritos pudieron oírse alrededor del templo e incluso en la cámara sellada. Dentro Hannón desnudaba a Dido de forma ritual y los dos se entregaban a los goces del amor, sabiendo que en su disfrute estaba la salvación de su pueblo y el despertar del dios. Era la primera vez que Hannón, como sufete,

llevaba a cabo la ceremonia que a muchos les parecía que iba a ser infructuosa. ¿Cómo una pareja estéril podía representar el renacimiento del dios y de la vida? A ellos también les pesaba esta idea en el corazón, pero se consolaban diciéndose que en esos momentos ellos no eran dueños de sus cuerpos, sino los dioses que se servían de sus inútiles miembros.

Poco tiempo después salieron de la cámara con el rostro enrojecido, señal inequívoca de que habían cumplido la ceremonia. Los sacerdotes entonaron entonces un himno de acción de gracias a Melqart, que estaba vivo de nuevo entre los púnicos y cubrieron a los esposos con una lluvia de flores de loto, la flor de la esperanza, la flor solar, que se cierra al caer la noche y vuelve a abrirse en cada amanecer.

## La partida

La noche anterior a la partida, Hannón no podía dormir y se asomó a la terraza desde la que contemplaba las sesenta naves preparadas para el viaje. Le asustó la multitud de barcos y de personas que estarían bajo su mando, pero se tranquilizó al pensar que iría disminuyendo su número conforme se fundaran y repoblaran las colonias de la costa africana. Se sentía más cómodo con una cantidad reducida de hombres que con una multitud. De todos modos había establecido responsables en cada navío que le darían cuenta de los problemas que fueran surgiendo. Himilcón había estado trabajando con él de forma intensa en los últimos días

A pesar de que estos pensamientos ocupaban su mente, pudo sentir la mano de Dido sobre su hombro, delicada como siempre, y oyó lo que había esperado oír aunque se resistiera a ello.

—Déjame ir contigo, te lo ruego. No tengo siquiera el consuelo de unos hijos si te vas y te sucede algo malo. Por favor, déjame compartir tu destino.

Hannón posó su dedo en los labios de Dido para exigirle silencio y la abrazó con ternura. La Estrella de la Tarde estaba a la altura de su nombre y su prestigio.

—Sabes que no puedo hacerlo —musitó a modo de excusa.

— Y sabes mejor que yo que en realidad no quieres hacerlo. Muchos se llevan a sus familias a las colonias y no faltan mujeres.

—Lo sé, pero desembarcarán pronto y el viaje será relativamente corto. No así lo que vendrá a continuación. Sebub afirma que él conoce muchos lugares más allá de Liks, pero no puedo estar seguro de ello.

—¿Por qué quieres apartarme de tu lado? Te prometo que permaneceré en la sombra y solo acudiré si me lo pides.

—No insistas, Dido. Es un viaje peligroso.

—Permíteme al menos que te acompañe un trecho. Por lo menos

hasta Liks. Esa parte del viaje no ofrece dificultades. El mar siempre es incierto, pero esa ruta lleva mucho tiempo establecida. No puedes negarte a eso.

Hannón se sabía acorralado. Dido estaba en lo cierto. Deseaba alejarla de sí para no sufrir por ella, pero en realidad no se había detenido a preguntarle su parecer. No quería tener más preocupaciones que las necesarias, pero Dido tenía razón. Su discreción estaba garantizada. Además, su esposa tenía una salud robusta y bajo su dulce apariencia escondía un fuerte carácter que todavía no se había revelado. Las cartaginesas sabían a veces más que sus maridos de muchas cosas, precisamente porque nadie reparaba en ellas ni las consideraba capaces. Desde ese lugar de la no existencia habían llegado a realizar grandes hazañas y en el momento preciso su valor había salido a la luz. No había más que recordar a la valerosa reina Dido.

—Está bien —cedió Hannón—, puedes acompañarme hasta Liks, pero no más allá, aunque me temo que no tendrás tiempo para preparar tus cosas.

—Te equivocas, esposo. Hace ya unos días que mis esclavas lo tienen todo dispuesto y ahora mismo mi equipaje está junto al tuyo en la nave capitana. Me he permitido la libertad de compartir camarote contigo —dijo burlona ante el asombro de Hannón.

El cartaginés rio la broma para sus adentros y volvió al lecho, orgulloso de su amada. Se entregaron el uno al otro para fundirse en un solo cuerpo del mismo modo en que lo estaban sus almas.

Al día siguiente al amanecer, Hannón estaba radiante y confiado y todas sus angustias parecían haberse esfumado. Llegaba el momento de la acción y, como sucede a menudo, los nervios se disipan una vez comienza la tarea por la que previamente se ha sufrido. Se subió a una tribuna y se dispuso a dar un breve discurso en presencia de Himilcón, los notables del senado y algunos miembros principales de la expedición con la idea de que fuera trascrito y leído en cada nave por sus encargados hasta que cada una de las cinco mil personas a su cargo lo llevara impreso en su corazón.

—A vosotros me dirijo y os llamo compañeros. En nuestras manos está el futuro de Cartago y todos somos importantes, desde el más humilde remero hasta el responsable de cada nave. Cualquiera de vuestras profesiones y oficios es vital para esta ciudad y del mismo modo que el cuerpo necesita de ojos, pies, manos y orejas y cada miembro es importante para el equilibrio total, cada uno de nosotros es esencial para el perfecto ensamblaje de nuestra comunidad. Ahora una parte de Cartago se desgaja de sí misma y es enviada a otros lugares, algunos conocidos y otros no tanto. Más allá de las Columnas

de Melqart nos espera el océano y la costa a menudo ignota. Nuestras colonias serán la savia que alimente el árbol casi seco de Cartago y con ese alimento florecerá de nuevo con un vigor mayor del que hemos conocido nunca. Brillará una vez más el oro en nuestras manos y, lo que es más importante, saldrá el sol del orgullo en nuestros corazones para no conocer jamás el ocaso.

»Amigos, cada uno de nosotros es el Cartago total y mientras resista uno solo en esta empresa la victoria estará asegurada. Que Baal, Tanit y Melqart guíen nuestros pasos por el camino del mar.

Las palabras de Hannón enardecieron a los más humildes y llenaron de escepticismo a los notables. Un discurso hermoso, sí, pero ellos eran Cartago. Su dinero y su esfuerzo lo hacían posible y era su propio futuro lo que estaban dejando en manos de un hombre en el que no confiaban del todo. Muchos hubieran preferido que dirigiera la expedición Himilcón, cuya capacidad ya había sido probada. Sebub, en cambio, aprobaba las palabras de su protegido. Veía en ellas el nervio del que carecía Himilcón y los rasgos inequívocos de un incipiente líder. Cuando estuvieran en el mar y frente a los peligros reales, de nada valdrían los mercaderes de Cartago.

La nave capitana estaba amarrada en el puerto, luciendo en la proa su cabeza de caballo recién pintada. Para distinguirla de las otras se había pintado también en la vela la silueta de un caballo, que al soplo del viento parecía galopar. Sebub y Aníbal ya estaban en sus puestos en el doble timón, que consistía en dos gigantescos remos a cada uno de los costados de la nave. El viejo marino no veía la hora de hacer galopar su barco. En los últimos días no se había separado de él, mimándolo hasta el extremo y dando a Aníbal las indicaciones oportunas para que su ayuda resultara efectiva. El muchacho obedecía mecánicamente, como cuando servía en la taberna, pero Sebub estaba seguro de que la estancia en el mar cambiaría su espíritu. La luz, el viento, la sal, la alegría de saltar sobre las olas y los peligros de las tormentas pondrían a prueba al chico, apartándolo de la rutina y lo previsible.

Hannón y Dido subieron a la nave siendo recibidos por Aristodemo, que viajaría con ellos para protegerlos junto con unos pocos hombres. El resto de los soldados se había repartido por la flota. La mayoría desembarcaría en las sucesivas colonias para defenderlas hasta que pudieran valerse por sí mismas, solo un grupo escogido seguiría hasta el final. Una vez a bordo, saludaron cortésmente a los que se hallaban en el muelle. Cabía la posibilidad de que nunca regresaran.

A una orden de Hannón, el jefe de los remeros puso a trabajar a los marineros y la nave se fue alejando del puerto pasando entre las demás, que formaban un pasillo de honor. Desde las otras embarcaciones se lanzaban vítores en honor del sufete y de Cartago y

se hacían votos por el éxito de la expedición. Hannón saboreaba el momento, que le recordaba al baile de su hermano sobre los hombros del pueblo. Sin embargo, sabía que era mucho más importante volver con la misión cumplida. Como un caballo recién aseado y alimentado sale ufano a la luz para su primer paseo, así la nave capitana discurría entre el resto de la manada marina, que se mecía al compás de las olas ejecutando un baile que parecía voluntario.

Sebub ordenó a Aníbal que hiciera sonar el cuerno para que todo Cartago supiera que estaban en marcha. Ese sonido despertó a los demás jinetes del mar y desde las diversas naves se elevó un mismo clamor, como si se tratara de un único relincho.

Algunos remeros de otros barcos, demasiado ansiosos, habían empezado a bogar y sus pilotos tuvieron que retenerlos como cuando un caballo se impacienta y desea salir antes de lo impuesto por la voluntad de su amo.

Dido, al lado de Hannón, notaba ya los primeros vaivenes a los que no estaba acostumbrada y se esforzaba en permanecer en equilibrio y con serenidad para estar a la altura.

—Mira, allí está nuestra casa —le señaló Hannón, para distraerla.

—Quizá no volvamos a verla —dijo ella con lástima, sabiendo que una mujer sentía mucho más que un hombre la partida de su hogar, ya que entre aquellas paredes había estado todo su mundo.

—No digas eso. Volveremos, te lo aseguro, y cuando nos asomemos de nuevo a nuestra terraza para contemplar el mar, sabremos que lo hemos recorrido hasta el final y que el horizonte ha dejado de ser un misterio para nosotros.

—Ojalá tengas razón —respondió ella, más animada, apoyándose sobre el hombro de su esposo.

Los hombres siempre deseaban ir más allá, buscar el confín del mundo conocido, y a veces por ese afán se perdían lo más cercano. Dido, aun cuando sentía alejarse de su hogar, seguía estando en casa si estaba junto a Hannón, que era su patria y su universo. Y si le había acompañado no era por deseo de aventuras o libertad, lo hacía para asegurarse de que volviera el mismo Hannón que ahora partía. Sin embargo, sabía en lo más hondo que eso no era posible, que todo viaje hace mudar el corazón de los hombres y que el de su marido había empezado ya a cambiar. Al menos deseaba la aventura de verlo transformase de cerca y, al pensar en todo eso, se olvidaba de sí misma hasta tal punto que su inteligencia se nublaba y no era consciente de que el viaje también la afectaría a ella.

Los remos batían el mar con fuerza, con ese ímpetu de los caballos en la salida de una larga carrera, que poco a poco van perdiendo empuje hasta encontrar su ritmo natural, más pausado pero firme, menos vital pero más poderoso.

Aníbal sujetaba con fuerza su timón, con un ojo mirando al frente y el otro pendiente de la menor señal de Sebub. El rostro del muchacho había palidecido por el mareo en los primeros momentos, pero no era tan débil como los demás suponían y se había sobrepuesto con prontitud. El viento en la cara había despertado sus facciones y sus pulmones, al respirar el aire del mar, respiraban también libertad. ¡Qué distinta era aquella luz, por momentos cegadora, de la lúgubre taberna de Las tres Gracias! ¡Qué distinto era asir su remo, que ya le quemaba en las manos, a coger las vasijas y cacharros de la cocina! ¡Qué diferente sentir que alguien le corrigiera con severidad, pero con aprecio, a ser rechazado por los suyos! Libre de la oscuridad, libre de Bomílcar y Arishat, libre de un futuro monótono y opresor en el que mil veces se había imaginado como una reencarnación de su padre, avaricioso, cruel y oscuro.

Aníbal no deseaba volver jamás y esbozó por primera vez en muchos años una sonrisa cuando miró atrás y vio que el puerto de Cartago no era más que un punto lejano que parecía no haber existido nunca. Entró de lleno en la magia del viaje, en partir sin saber si es posible el regreso, en despojarse de todo lo que uno ha amado u odiado, el caminar ligero de equipaje a lomos de un caballo salvaje, que cortaba las olas y le llevaba al galope al lugar desconocido que es todo futuro.

Sebub parecía otro sujetando el timón. En tierra el viejo marino se encogía y se volvía más torpe, aunque conservaba toda su sagacidad e inteligencia. Pero en cuanto empuñaba el gobernalle, en cuanto sentía el viento, la sal, la vela hinchada o el chapoteo de los acompasados remos, volvía a su elemento y se hacía más fuerte y ágil, como si su cuerpo necesitara de todo eso para su perfecto funcionamiento. Y, además, su espíritu se expandía mirando hacia el futuro. Los pilotos tenían fama de adivinos y Sebub era considerado por muchos como un oráculo. Nadie podía adivinar lo que veían sus ojos en esos momentos. Si ante ellos pasaba todo lo que estaba por venir o si ignoraba, como cualquiera, lo que habría de suceder, si conocía el resultado cierto de aquel viaje o si estaba como todos a merced del destino. Lo cierto era que su mirada azul se fundía con el mar y traspasaba sus límites volando hacia el océano exterior. Hombre entre divino y humano, último representante de un tiempo ya pasado, con la sabiduría acumulada del hombre y el don de la clarividencia de los dioses. Y sin embargo, se sometía a Hannón. Obedecía a un hombre sin experiencia que podía aceptar o rechazar su consejo. Sabía que el sufete no siempre estaría de acuerdo con él y que se equivocaría si no le hacía caso, pero estaba escrito que solo Hannón guiaría la expedición hacia el éxito o hacia el fracaso, que solamente perduraría en la memoria el nombre de Hannón, mientras que el suyo se extinguiría en los diversos

y retorcidos meandros del recuerdo. Pero a él no le importaban la fama o el prestigio, su único deseo era pasar la mayor parte de su tiempo cabalgando sobre las olas hasta que los dioses lo llamaran para la travesía definitiva.

—Bien, Aníbal, bien. Sujétalo fuerte y no te confíes. Tienes nuestras vidas en tus manos.

—Sebub —dijo el chico—, gracias. Gracias por todo.

Sus escasas palabras eran suficientes para el viejo marino, al que le disgustaban las alabanzas y sabía leer la sinceridad en los labios de los hombres.

—Oye, muchacho, esto no es más que el principio. Hoy te acostarás con las manos en carne viva, pero resiste. Las serpientes mudan de piel y adoptan una nueva apariencia. También tú deberás hacer lo mismo y sobre todo mudará tu corazón.

Sebub tenía razón. El chico empezaba con ganas, pero sus manos eran delicadas comparadas con las suyas, que se fundían con el timón como si fueran también de madera.

—Los dioses nos apoyan, Aníbal. Tenlo presente. Mira, ¿ves por tu lado a los delfines que nos acompañan? Es el animal de Tanit, que nos hace presente la bendición de la diosa. Cuando los delfines rodean un barco no hacen más que recordarnos que Tanit nos acompaña.

El muchacho contempló el gozoso baile de los enviados de la diosa y le vino a la mente una historia oída en Las tres Gracias sobre la secreta identidad de aquellos animales. Algunos marineros contaban que eran piratas arrepentidos de sus malas acciones que intentaban así congraciarse de nuevo con los hombres. Sea como fuere, su presencia le alegró el corazón y sus saltos y cabriolas le recordaron que él, como ellos, era también libre.

Aristodemo descansaba apoyado en la baranda. No le gustaba el mar como a todo buen espartano. Se sentía fuera de su elemento. Toda su vida había estado en tierra firme. Su autodisciplina, aprendida en los duros años de entrenamiento, era una herencia espartana que al principio había rechazado, pero que ahora se revelaba útil. Cuando le asaltaban las dudas no tenía más que mirar al león de su coraza de lino o a su escudo para oír de nuevo en su interior las palabras de su rey. Estaba en el lugar destinado para él y que daría sentido a los sufrimientos pasados. Cada uno de ellos empezaba a cobrar sentido. Poco a poco se fue adaptando a la inestabilidad del barco y a moverse por la cubierta con soltura. Tuvo que recogerse con una cinta sus largos cabellos, que el viento no cesaba de desordenar impidiéndole ver. Se sentía un tanto inútil por el momento, aunque confiaba en que pronto se necesitarían sus servicios. Hannón le había dicho que al final de cada jornada debía estar presente en las reuniones del sufete

con sus colaboradores más íntimos. Eso animó al espartano. Para él abandonar Cartago no significaba demasiado. No tenía ningún lugar al que volver. Su vida se proyectaba hacia delante unida a la imperiosa orden de Leónidas.

Hannón había hecho que Bomílcar, Arishat, e Isthar viajaran en otra nave. No quería tener cerca a los despreciables taberneros y temía que el encanto de Isthar turbara sus pensamientos. Aníbal se benefició de esta decisión. De todos modos ya no estaba ligado a sus padres, ahora solo Sebub era el responsable de su persona. Ellos también estaban contentos de haberse librado del chico y aguardaban ansiosos el momento en que se fundase la primera colonia, en la que recibirían los privilegios prometidos. Después de todo, el muchacho había sido más útil de lo que pensaban. En cuanto a Isthar, les reportaría buenos beneficios con sus servicios. Ella no era libre todavía y el viento del mar no le decía nada. Navegaba aún encadenada a su pasado y a su condición. ¡Qué más daba ofrecerse en la inhóspita taberna del puerto, en la panza de una nave atestada de gente o en un cuartucho de rápida construcción en un lugar del que no se sabía ni siquiera el nombre! Ella seguiría en la oscuridad. Era transportada de un lado a otro como una vulgar mercancía o un ánfora de buen vino exhibiendo su calidad, que en cualquier momento podía ser catada por un precio. Últimamente su corazón estaba turbado por la presencia de aquel hombre de largos cabellos y mirada de león. Algo nuevo se había despertado dentro de ella. Nuevo y desconocido. No era la belleza de Aristodemo, que ciertamente era corpulento pero no hermoso, debido a sus cicatrices y a su rostro curtido en el combate. No sabía explicar por qué su mirada se detenía en él y no en otros. Muchos la habían poseído sin amarla y ella nunca había amado a ninguno. Por eso desconocía el sentimiento al que jamás había tenido acceso. Su único orgullo era su encanto y la pasión que desataba en la mayoría, excepto en aquel extraño sufete. Por otro lado, desconocía cómo reaccionaría el rudo espartano si alguna vez ella se atrevía a acercársele. Lamentaba no estar en la nave capitana y sentía aún más tener que quedarse en la primera colonia, atada a aquella pareja de indeseables y a su destino inmutable. También había visto los delfines de Tanit, pero se sentía más identificada con una paloma enjaulada que le había regalado un amante rico y que ella conservaba con cariño al verse reflejada en aquel bello animal. Sabía muy bien que la paloma también era el símbolo de Tanit y tenía la esperanza de que algún día las dos serían libres.

A Hasis no le había gustado nada que Hannón le hubiera prohibido viajar en su nave, a él que era el embajador de Liks. El sufete le había prometido que podría asistir a las reuniones de su consejo privado, aceptándolo en la nave capitana durante el tiempo que estas durasen.

No le gustaba Hasis y no deseaba darle importancia, ya que Cartago debía ser la señora de África occidental y Liks tan solo una minúscula aliada. El embajador hizo gala de su diplomacia aceptando la decisión de Hannón sin protestar, aunque mostrando levemente su disconformidad. Parte de su enfado se disipó al comprobar que, en la nave que le había asignado, podía contemplar de cerca a una hermosísima joven a la que todos llamaban la Estrella de la Mañana. Sudaba para desplazarse de un lugar a otro de la nave, siguiendo de modo discreto los desplazamientos de la muchacha más hermosa jamás vista. Nada que ver con las aficionadas de Liks. Esta sí que prometía goces inimaginables con sus perfectas formas. En un momento pudo acercarse lo suficiente y quedó tan embriagado por su perfume que ya no pudo pensar más que en poseerla. Que esperaran un poco los senadores de Liks. Él bien se merecía alguna distracción en ese odioso viaje en el que era ninguneado por el jefe de la expedición.

## La luz y las tinieblas

La navegación hasta las Columnas de Melqart iba a durar trece días. Puntualmente, al final de cada jornada, Hannón pensaba reunir a su consejo privado y discutir los incidentes del día y comenzó la primera noche para acostumbrarse a esa rutina. Hizo las presentaciones oportunas y departió largo rato, animando a cada uno a perseverar en su tarea. Una vez que se disolvió la reunión y que el embajador Hasis hubo dejado la nave, rogó a Sebub que se quedara, sacó un papiro y se puso a escribir el diario de a bordo:

«Los cartagineses han decidido que Hannón navegue más allá de las Columnas de Melqart y que funde colonias. Zarpó con sesenta naves y cinco mil hombres así como con provisiones y demás útiles...».

El sufete anotaría la información que le pareciera oportuna y el viejo marino le suministraría los datos náuticos precisos. Hannón pidió a Aristodemo que también se quedara con ellos; sería el encargado de guardar el diario en un arca y llevar con él la llave en todo momento. El sufete guardaría otra copia, ya que el espartano estaría expuesto a múltiples peligros. Por ahora no había datos de importancia, pero aquellos papiros se convertirían en secreto de Estado a medida que avanzara la expedición. Hannón había dicho que era preciso dar la vida por ellos si llegaba la ocasión. Luego los tres charlaron un rato entre ellos. Sebub fue tomando aprecio a Aristodemo, que resultó ser muy distinto de los espartanos que había conocido anteriormente.

Los siguientes días se desarrollaron con plena normalidad. Hannón recibía los datos de sus colaboradores, pero no existía nada que no hubiera previsto: quejas por el hacinamiento de pasajeros, alguna riña que otra entre marineros y colonos, mareos, quemaduras por una larga exposición al sol y al viento, aburrimiento de las tropas...

La ruta era de sobra conocida y Sebub aprovechaba para instruir a Aníbal, que en ese tiempo resultó un ayudante eficaz, cada vez más

entregado a su nueva labor, hasta el punto de que parecía haber olvidado su pasado. Pronto sus manos se acostumbraron a la aspereza del timón, aunque pasaba noches de agudo dolor que sufría en silencio. La libertad tenía un precio y él estaba dispuesto a pagarlo.

Dido aguantaba con paciencia las incomodidades y en ningún momento profirió queja alguna, a pesar de que a su mente acudían las imágenes de la tranquilidad y seguridad de su hogar de Cartago. Se fue acostumbrando a la estrechez del camarote que compartía con Hannón y agradecía que su esposo hiciera todo lo posible por estar con ella en algún momento del día.

Hasis no dejaba de seguir a Isthar y, cuando averiguó que pertenecía a Bomílcar y Arishat, enseguida se puso en contacto con ellos para que le dejaran disfrutar de la muchacha cuanto antes. El sufete había prohibido las relaciones de marineros o viajeros con prostitutas durante la travesía. Aseguró que, una vez fundada la primera colonia, podrían resarcirse de la espera. Temía que se relajaran antes de tiempo y por eso había ordenado que los soldados de cada nave hicieran respetar su decreto.

—Ya veis que el sufete lo ha prohibido, señor —se excusó Bomílcar.

—El sufete, el sufete..., pero es que vas a decirme que no es posible pasar por alto sus órdenes —dijo Hasis haciendo sonar una bolsa de monedas.

—Pero está el asunto de los soldados y de lo apretados que estamos. No habría un lugar apropiado para vuestra excelencia.

—¿Olvidas, miserable, que soy el embajador de Liks, con derecho a dormir bajo techo, y que mi dinero puede comprar también a los soldados?

—Deberíamos ser prudentes, señor. ¿No podéis esperar a que lleguemos a puerto? Estaré gustoso de arreglarlo todo en las mejores condiciones.

Hasis no podía esperar. El deseo se había apoderado de él y era incapaz de ver el riesgo de su acción. Bomílcar, por su parte, temía ser descubierto y perder los privilegios prometidos, pero tampoco quería incomodar a un personaje tan importante como el embajador, que podría ser útil más adelante.

—Será bajo vuestra total responsabilidad. Que quede claro. Si somos descubiertos, negaré el trato.

—Está bien, estúpido cobarde. Toma tu dinero y prepáralo todo para esta misma noche. Cuando regrese del barco del sufete quiero a la muchacha en mi camarote y tú te encargarás también de sobornar a los soldados. Luego me dirás qué te ha costado.

—No os arrepentiréis. Será una noche inolvidable. Nadie ha quedado insatisfecho de yacer con la Estrella de la Mañana.

Esa misma noche Hasis acudió al consejo de Hannón y todos le notaron algo nervioso. El sufete se quedó intranquilo y encargó a Aristodemo que acompañara al embajador de vuelta a su nave. Hasis se dio cuenta demasiado tarde de que su pasión había trastornado su sentido de la diplomacia y vio con preocupación cómo el espartano subía con él en la barca de transporte.

—No es necesario que vengáis —dijo educadamente—. No me ocurre nada. Quizá es el hastío de la travesía.

—No es por vuestra causa, embajador —mintió Aristodemo—. Tenía que realizar una inspección rutinaria a vuestro barco y he aprovechado el viaje. Será cosa de muy poco tiempo.

Hasis palideció. Una inspección. Confiaba en que Bomílcar hubiera sido discreto con los soldados.

Aristodemo había mentido astutamente, cuando un buen espartano debía decir siempre la verdad y defenderla con su vida, pero había aprendido de Hannón a usar no solo su brazo sino también su mente. Estaba alerta, aunque no excesivamente. ¿Qué podía hacer un sujeto como Hasis? En todo caso, él cumplía órdenes y el sufete se sentiría más tranquilo. Subió a bordo tras el embajador y le siguió unos instantes.

—Oh, por favor, no os molestéis en acompañarme —dijo Hasis.

Aristodemo en realidad iba a reunirse con sus soldados, pero la excusa del hombre de Liks le intrigó y se empeñó en seguirle. A Hasis le habían reservado el escaso espacio techado en cubierta con un pequeño catre, que era más de lo que cualquiera de los pasajeros tenía. No pudiendo quitarse de encima al espartano, corrió la cortina con disgusto. En la penumbra a la luz de las lámparas de aceite intuyó el cuerpo de Isthar que aguardaba su llegada.

—Te ruego que me excuses, espartano —dijo Hasis, intentando ocultar con su orondo cuerpo a Isthar.

Ella, a través del escaso espacio, reconoció fuera la silueta de Aristodemo y sus largos cabellos atados con una cinta. Él no se dio cuenta de nada y se despidió del embajador.

—Salud, excelencia y que paséis buena noche. Lamento haberos importunado.

—Adiós, adiós. Volved a vuestro barco antes de que Hannón os eche de menos —dijo Hasis apresuradamente, para ver si el espartano olvidaba pasar revista a sus hombres.

Pero Aristodemo, educado en la disciplina de Esparta, seguía siempre a rajatabla sus propósitos y se encaminó hacia la proa, donde suponía que descansaban los soldados.

Hasis cerró la cortina y contempló la piel brillante de Isthar, que se había ungido con aceite perfumado. Bomílcar había insistido en ello e incluso le había proporcionado uno de los ungüentos más caros. Le

había advertido que el embajador debía quedar satisfecho. El hombre avanzó con dificultad debido a su peso y al reducido espacio del lugar. Acarició con lujuria el cuerpo de la muchacha y sintió arder el deseo dentro de él. Se apresuró a despojarse de la túnica para ponerse sobre Isthar. Ella contempló las mórbidas carnes del hombre de Liks. No era la primera vez que veía semejante espectáculo. Es más, se había acostumbrado a ello y no experimentaba la menor repugnancia. Pero aquella noche se sintió distinta. No podía dejar de recordar la fugaz visión de Aristodemo y la sola presencia de Hasis le daba asco. Creía que, incluso aunque fuera el hombre más bello del mundo, en aquel momento no podía dejarse poseer ni por todo el oro de Cartago. El embajador notó su vacilación:

—¿Qué te pasa, muchacha? ¿Por qué no empiezas ya? Me han dicho de ti maravillas y he pagado tu peso en oro. Vamos, muévete.

Isthar vio venir hacia ella la mole del hombre de Liks y se dio cuenta de que jamás podría volver a ser para todos la Estrella de la Mañana. Había soportado golpes, insultos y vejaciones de muchos clientes y nunca había proferido un solo grito de dolor o auxilio. Y ahora aquel hombre aún no la había casi tocado y todo su ser deseaba salir de la estancia y gritar un «no» que cortara la noche. Echó una mirada a su paloma enjaulada, que se había llevado para que le hiciera compañía, y se vio atrapada como ella, incapaz de salir de aquel mugriento camarote, lista para ser sacrificada y renacer para volver a vivir entre barrotes.

La luna, Tanit, iluminó por un instante el lugar a través del estrecho hueco de ventilación e Isthar notó que salía de su cuerpo y veía la escena desde fuera. Una muchacha desnuda tumbada a merced de un hombre que no tardaría en forzarla e incluso golpearla si oponía resistencia. Entonces el barco viró de improviso y el camarote se movió bruscamente. La jaula de la paloma se quebró y el ave salió por el hueco a la libertad de la noche volando hacia la diosa. Hasis había caído sobre ella con fuerza e Isthar gritó. Gritó como nunca lo había hecho, no por el dolor del golpe, sino porque se había quebrado la dureza de su corazón. El embajador la golpeó repetidas veces en el rostro para hacerla callar y sintió sus labios húmedos de sangre. Se corrió la cortina de repente y la luz de Tanit inundó la estancia. Entre lágrimas pudo ver a un fiero león que se abalanzaba sobre el embajador empujándolo a un lado con violencia.

Parecía soñar cuando Aristodemo la tapó con el cobertor y secó sus lágrimas con sus largos cabellos, que aparecían esparcidos sobre sus hombros como los de una fiera salvaje. Le pareció una eternidad el fugaz momento en el que el espartano la levantó en sus brazos como si no pesara nada y la sacó del camarote. La luz de la luna brilló intensamente perfilando sus siluetas de plata. Ella se agarró como

pudo al cuello de Aristodemo, dejando descansar su libertad en sus brazos y, al mirar al cielo, vio sobre el mástil de la nave a su paloma y estuvo segura de que no era otra cosa que la encarnación de la misma diosa.

Hasis, aún aturdido, se cubrió torpemente con su túnica y salió tambaleando del camarote sin darse apenas cuenta de que el alboroto había despertado a los pasajeros y tripulantes, que ahora le miraban con curiosidad y asombro.

—¿A dónde te la llevas, espartano? —chilló—. Es mía, mía. Y he pagado por ella. Bomílcar, Bomílcar. Dime si no es cierto lo que digo.

Aristodemo se había detenido al oír la voz del embajador. Con la premura no se había dado cuenta de que Hasis era el responsable. Solo había oído el grito de Isthar y había corrido en su auxilio.

—Excelencia, debo comprobar si es cierto lo que decís —dijo secamente, con Isthar todavía en brazos temblando de miedo.

—Jamás he hablado con ese hombre —gritó Bomílcar, que se había acercado junto con los demás viajeros—. Y no sé cómo ha ido a parar la muchacha a su aposento. Él la habrá forzado, o ella se habrá prestado. Yo jamás me atrevería a desobedecer las órdenes del sufete. Tengo mucho que perder, bien lo sabéis.

—Miserable mentecato —gritó Hasis, fuera de sí—. ¿Cómo te atreves a mentir?

Aristodemo no sabía a ciencia cierta quién tenía razón, aunque sospechaba que ambos habían hecho un trato. Miró a Isthar y sus ojos le dijeron que ella era solo la víctima. No alcanzaba a comprender por qué había gritado. Isthar debía conocer bien su oficio y sus riesgos. Pero eso ahora no importaba. El hecho era que Hasis, y probablemente Bomílcar, habían desobedecido las órdenes de Hannón y él debía dar parte.

—Dejadme a la muchacha —terció Arishat, con voz zalamera— , yo cuidaré de ella y de que esto no se vuelva a repetir.

Aristodemo se dirigió hacia la tabernera, pero sintió la presión de la mano de Isthar en su cuello y cómo sus ojos le decían que no la dejara allí. El espartano había reparado en la Estrella de la Mañana y en su belleza, pero no le gustaban su presunción ni la seguridad que emanaba de su encanto. Y ahora la tenía en sus brazos, con una hermosura distinta, desvalida, con el orgullo perdido y pendiente de su decisión. No podía concebir que fueran la misma persona y pensó que podría estar fingiendo. Tenía noticia de los múltiples trucos de las cortesanas. Si lo hacía, se dijo, era una verdadera maestra. Sin embargo, algo en su interior le decía que la Isthar que tenía en sus brazos era distinta de la Estrella de la Mañana.

—No —dijo finalmente—. Estos sucesos es preciso aclararlos. Además, no encuentro explicación para el hecho de que mis soldados

no hayan evitado esta situación. Aunque no me extraña, porque he visto que algunos estaban bebidos. Eso fue lo que me puso en alerta. De momento, la joven viene conmigo a la nave capitana. En cuanto a vos, señor embajador, mañana daréis cuenta al sufete de lo sucedido. Soldados, vigiladlo bien y no perdáis de vista a Bomílcar ni a su esposa, puede que necesitemos su testimonio.

Hasis se retiró cabizbajo, lleno de vergüenza y con el corazón ardiendo de rabia. Su pasión por Ishtar se había transformado en un odio que hacía extensivo al entrometido espartano. Como buen diplomático aguardaría el momento de su venganza.

La Estrella de la Mañana respiró aliviada al escuchar las palabras de Aristodemo. Se dejó llevar en sus brazos hasta la barca y esta vez sí fingió un poco para disfrutar del placer de sentirse por primera vez abrazada sin tener que dar nada a cambio.

—Gracias —musitó, con el rostro aún amoratado por los golpes de Hasis.

—No comprendo lo que has hecho, muchacha, pero me alegro de ello. No creo que te merezcas ese trato.

Isthar agradeció aquellas palabras que para ella eran como una caricia suave. Entonces vio volar su paloma desde la nave hasta que se posó en el borde de la barca junto a ella. Era libre, pero había elegido seguir con su antigua dueña. La Estrella de la Mañana comenzaba a experimentar algo de todo aquello, pero aún estaba ligada a los odiosos taberneros. Quizá al día siguiente el sufete no fuera tan magnánimo como el espartano y la devolviera a sus legítimos propietarios como si nada hubiera ocurrido. Pero eso sería mañana. Ahora debía disfrutar de la noche más hermosa que jamás había vivido y en la que la diosa le había sonreído. Miró disimuladamente a Aristodemo, que se había refugiado en el mutismo y parecía una estatua, con sus cabellos ondeando al viento. Imaginó que tenía el porte de un rey, y aunque no fuera más que un soldado, aquella noche sus acciones habían sido dignas de un soberano.

Al día siguiente, Aristodemo refirió a Hannón todo lo que él había averiguado sobre el caso de Isthar, a la que había dejado en manos de Dido para que la curara. Sebub también estaba presente, tal como había querido el sufete, para contar con una opinión más. Se habían desobedecido sus órdenes y había muchos testigos del hecho, pero el implicado era el embajador de Liks. Hannón se enfrentaba al dilema de impartir justicia o actuar según la conveniencia. A menudo la utilidad compite con la honestidad. No era conveniente condenar y castigar a Hasis. La expedición dependía de Liks para el aprovisionamiento de madera de la primera fundación que, además, competiría con esa ciudad. El maltrato de su embajador sería una

excusa perfecta para retirar su apoyo, a pesar de que la misma Liks se había visto obligada a pedir ayuda a Cartago. Hannón lo sabía y también Sebub. Por otro lado estaba la claridad del caso, que señalaba a Hasis como culpable, y la amistad entre el sufete y el espartano. Desautorizar a Aristodemo tampoco era algo que Hannón deseara. La decisión no era fácil y el sufete les pidió consejo a ambos.

—¿Qué haríais vosotros? —les preguntó poniéndolos a prueba.

—El embajador debe ser castigado de forma ejemplar —se apresuró a declarar Aristodemo—. Ha contravenido las órdenes a sabiendas.

—¿No será que te ciega esa hermosa muchacha? —le respondió Sebub—. Ten en cuenta que no es más que una prostituta que ahora se las da de inocente.

Hannón intentó detener al espartano, que se había abalanzado contra el viejo marino, pero su intervención no fue necesaria. Sebub sostenía con firmeza el brazo extendido de Aristodemo, que había subestimado la fuerza del anciano.

—Basta —gritó el sufete—. Quietos los dos. No quiero peleas entre vosotros. Hablad con calma y que cada uno exponga su parecer con decoro. Sebub, te lo ruego, no hagas provocaciones innecesarias.

—Hannón, no es a nosotros a quiénes tienes que interrogar. Decide tú que eres el jefe. Será una primera prueba para tu autoridad. Deja correr el incidente. La gente lo comprenderá —dijo Sebub más calmado.

— No, lo que entenderán es que haces acepción de personas y que tus órdenes no son iguales para todos —replicó Aristodemo.

—Tenéis razón en una cosa: la decisión debe ser mía. Salid fuera. Esta noche conoceréis mi veredicto. Y recordad el secreto que protege a todo lo que aquí se diga.

Sebub y Aristodemo se retiraron sin despedirse entre ellos. Su incipiente amistad parecía truncada a raíz de este incidente. Hannón, a su vez, acudió a ver a Dido y a Isthar, a la que habían acomodado en un lugar resguardado del viento, pero al aire libre, ya que dada su condición no podía entrar en el camarote del sufete. Por fin pudo contemplar juntas a la Estrella de la Mañana y a la de la Tarde y no se arrepintió de la decisión tomada tiempo atrás. Dido cuidaba con amorosa disposición las heridas del rostro de Isthar. Hasis no se había quitado los anillos al golpearla.

El sufete dijo a su esposa que se alejara un poco para hablar a solas con la muchacha y ella obedeció al instante.

—¿Confirmas todo lo que dice Aristodemo? —le preguntó.

—Sí, señor. Bomílcar y Hasis me obligaron a ello. Yo no podía hacer otra cosa.

—Y sin embargo, te negaste. ¿Cómo es posible?

—¿Y vos me preguntáis eso? —respondió ella—. ¿Acaso habéis

olvidado vuestras palabras en Las tres Gracias?

No, Hannón no las había olvidado, pero debía saber si ella fingía. Era ya extraordinario que las recordara.

—Entonces, ¿has encontrado tu luz?

—No lo sé, señor, pero desde luego la diosa me ha iluminado de algún modo que no conseguiría explicaros.

Hannón inclinó la cabeza ocultando su rostro para no dejar ver sus emociones. Era cierto el cambio de la Estrella de la Mañana y por eso las palabras que dijo a continuación le pesaron en el corazón.

—Lo que voy a decirte no va a gustarte, Isthar. Te juro que si pudiera ayudarte como entonces no dudaría un instante. Espero que comprendas la situación. Tendré que devolverte a Bomílcar y Arishat, tus legítimos dueños, y Hasis quedará impune. Lo exigen las circunstancias, y es lo último que desearía hacer. Comprende, por favor, mi decisión.

La luz se esfumó del rostro de Isthar, que mudó su semblante y dijo con su antiguo orgullo:

—Sabía que erais como todos. No sé cómo pude imaginaros distinto. Me dijisteis que buscase mi luz y ahora que me encuentro en camino me confináis a las tinieblas. Sabéis qué destino me aguarda y no os importa. No soy más que una cualquiera de la que un día tuvisteis el capricho de apiadaros. Sí que lo comprendo, entiendo que os importa más vuestra expedición y vuestro oro que cualquier persona y que fingís bondad cuando tenéis el mismo corazón de piedra de todos los sufetes de Cartago. Devolvedme, sí. Fui libre por una noche y eso jamás podréis arrebatármelo. No os merecéis a vuestra esposa, no os merecéis ser el jefe de nada.

Isthar empezó a golpear a Hannón y Dido acudió preocupada a sujetarla, pero la Estrella de la Mañana la rechazó igualmente y se encerró de nuevo en las tinieblas, sabiendo que, como antes, solo le quedaba sacar provecho de su belleza. Buscó a su paloma y vio que alguien la había enjaulado de nuevo, como para hacerle un favor temiendo que se escapara.

Dido miró a Hannón con vergüenza y se retiró dejando al sufete sumido en sus pensamientos y empezando a experimentar en su carne la soledad del líder.

Esa noche, en el consejo privado, Hannón comunicó su decisión. Hasis, que estaba presente y ya intuía su absolución, agradeció cortésmente la deferencia y prometió que Liks enviaría sus barcos con madera de forma puntual. No quiso disfrutar en exceso de su victoria, porque a su lado estaba Aristodemo con el rostro desencajado, todavía sin dar crédito al veredicto del sufete.

Al disolverse la reunión, el espartano salió sin decir palabra, sin esperar siquiera a una explicación de Hannón, que quiso detenerle con

un gesto. Fuera el viento alborotó sus cabellos de león enfurecido y vio cómo Isthar era conducida a la barca de transporte junto con Hasis. El embajador la asía fuertemente por la muñeca y sus miradas revelaban sus oscuras intenciones. La luna estaba escondida tras opacas nubes. Aquella noche Tanit no favorecería a la Estrella de la Mañana. Mientras se alejaba, la joven vio la silueta de Aristodemo en cubierta. Sentía que él la miraba en medio de la oscuridad. Pronto tendría que soportar sobre ella al victorioso embajador y su luz desaparecería con la rapidez con la que había venido, dando lugar al odio al sufete y a la expedición. Pensó en saltar de la barca y hundirse en el negro mar para siempre antes que volver a las tinieblas, después de haber disfrutado de la luz, pero la imagen de Aristodemo la retenía de algún modo. Si había vivido así durante tantos años, ¿por qué no seguir un poco más? La caprichosa diosa podía cambiar de parecer y sonreírle de nuevo.

Hannón paseaba por cubierta con el corazón encogido. No deseaba cruzar su mirada con Dido, recordando su mudo reproche, y no se sentía con fuerzas para hacerle frente. Siempre había esperado su consuelo y comprensión, pero en esta ocasión parecía abrirse un abismo entre ellos.

La voz de Sebub lo sacó de sus pensamientos:

—Esa era la decisión adecuada. No esperaba otra cosa de ti. A veces es preciso mirar más allá o sacrificar lo más querido para alcanzar la meta.

—Ah, Sebub, ¿cómo estás siempre tan seguro? Tú no sabes lo que le hecho a esa muchacha.

—Lo sé mejor que tú, amigo. Recuerda que yo también estaba en Las tres Gracias. Isthar ha de sufrir un poco más. Si su luz repentina se ha apagado es que no brillaba lo suficiente. No te atormentes más. No podías echarlo todo a perder por una muchacha.

—No es una muchacha, Sebub, es la Estrella de la Mañana. Estaba dispuesta a cambiar y yo se lo he impedido.

—¿Y qué pensabas? ¿Creías que esto iba a ser un camino fácil, que llegaba con prepararlo todo, con hacer un viaje sin problemas? Vas a sufrir, Hannón, y esto solamente es el comienzo. Alcanzarás la meta, pero dejarás jirones de tu piel antes de eso. Ese es el destino de los héroes: morir lentamente por el éxito de la empresa. Y como has visto, te encontrarás solo, muy solo. Se acabó el descansar en tu padre, en tu hermano o en tu esposa. Tú, y solo tú, eres ahora el jefe. Tú eres el responsable del éxito o del fracaso de este viaje.

Sebub estaría en lo cierto, pero sus palabras aliviaron bien poco al sufete. Con el tiempo comprendería mejor lo sucedido. Ahora le preocupaba el distanciamiento de Aristodemo y de Dido. Sabía que su esposa pronto volvería a apoyarle. En cuanto al espartano, de todos

era conocida la testarudez de su raza, y si había algo entre él y la muchacha, el problema era más grave.

Para cuando cruzaron las Columnas de Melqart, el estrecho que separa Europa de África, flanqueado por dos enormes montañas, se dio cuenta de que así era la separación entre él y el espartano y deseó que las circunstancias volvieran pronto a reunirlos. Aníbal y Sebub, cada vez más compenetrados, afrontaron con pericia las corrientes del estrecho y con sus indicaciones toda la flota entró en el mar Océano, el mar sin límites que circunda toda la tierra.

## Kitheron

Tras las Columnas de Melqart se encontraba Gadir, pero Hannón no deseaba hacer escala en ella, ya que tenía que afirmar la supremacía de Cartago en Occidente. Los de Gadir contribuirían a la expedición con barcos de material y víveres, para que la primera colonia pudiera subsistir hasta que pudiera valerse por sí misma con las primeras cosechas locales.

Hacia el sur, en la costa de África, a una jornada de las Columnas, estaba Liks. Sebub se la señaló a Aníbal mientras pasaban a su altura. El muchacho vio la acrópolis de fácil defensa que dominaba la desembocadura de un ancho río. No era gran cosa comparada con Cartago, pero sería la población más importante que vería en mucho tiempo.

—¿Cómo es que no paramos en Liks? —inquirió, con esa curiosidad que se había despertado por fin en él.

—Ya lo haremos más tarde, Aníbal. Ahora lo urgente es fundar una nueva colonia que dependa únicamente de nosotros. A una jornada de navegación hacia el sur, se ha escogido un lugar que domina una amplia llanura junto a la desembocadura de un río tortuoso pero navegable para barcos de fondo plano. La futura colonia se fundará remontando brevemente el río al resguardo del mar abierto. Buena pesca, acceso a los territorios del interior… ¿Qué más se puede pedir?

—Pero, ¿qué sentido tiene fundar una colonia tan cerca de Liks?

—Servir a la utilidad y a la rapidez de esta ruta que estamos abriendo por primera vez en serio. El puerto de Liks, situado en el río, es inaccesible si los vientos soplan del noroeste; en cambio, en nuestra colonia a solamente una jornada será posible atracar en esas condiciones. Y a su vez, nuestro puerto no podrá utilizarse con viento del sudoeste, así que de esta forma los navíos de la ruta podrán escoger uno u otro según la conveniencia. Además, es una forma de afianzar nuestra presencia en la zona y de vigilar de cerca a los de

Liks.

Aníbal se admiró de la sagacidad de los preparativos. Algún día le gustaría ser como Sebub o Hannón, astuto e inteligente. De momento se conformaba con disfrutar de su recién adquirida libertad, abriendo bien los ojos y los oídos para no perderse nada de lo que acontecía a su alrededor. Las largas horas de permanencia en el timón le permitían observar cuidadosamente al pasaje y no tardó en darse cuenta de que Hannón y Aristodemo apenas se dirigían la palabra y solo se encontraban en el consejo privado del sufete. Algo debía andar mal entre ellos, aunque el chico estaba lejos de saberlo. Notó que Sebub también los observaba, y el gesto de preocupación del viejo marino no parecía presagiar nada bueno.

Cubrieron sin problemas el trecho hasta el lugar de fundación de la colonia y remontaron el río encontrando allí los barcos de Gadir y Liks, que ya habían empezado a desembarcar madera y otros materiales para la construcción de los edificios provisionales. Habían traído también algunos soldados, pero la vigilancia pronto quedó en manos de Aristodemo, que enseguida estableció las pertinentes guardias que protegerían a los obreros de algún ataque inesperado. Con lo aportado por los barcos de Cartago (metales, cerámica y vidrio) la colonia estaría lista para sobrevivir. Además, los de Liks habían hecho transportar por tierra abundante ganado para que no faltara carne en la dieta de los colonos.

Hannón pensaba dejar allí a tres mil de sus pasajeros de toda condición: sacerdotes, pescadores, artesanos, funcionarios de control y, ¿cómo no? Taberneros. Por eso Bomílcar y Arishat se llenaron de alegría al desembarcar en el lugar que iba ser su futura fuente de beneficios. Habían salido indemnes del incidente del embajador de Liks y sus prometidos privilegios no les serían arrebatados. Isthar también bajó del barco con desgana. En algunos lugares visibles de su cuerpo se apreciaban magulladuras, pero lo que más le dolía estaba dentro de ella. Tenía que seguir a sus dueños y servirles en la nueva taberna que sería la referencia de la colonia.

—Ánimo, muchacha —le decía Arishat—, cambia de cara. La Estrella de la Mañana debe brillar en Occidente tanto como en Cartago y atraer a los clientes a la nueva Las tres Gracias. Seguro que muy pronto tu nombre correrá de boca en boca entre los colonos y marineros.

Isthar no se dignó responder. Arrastró sus escasas pertenencias hacia el barracón de madera provisional que sería el núcleo del futuro establecimiento. Bomílcar le había dicho que tenía que empezar esa misma noche a ofrecer sus servicios. Tendría que resignarse a seguir como si nada hubiera ocurrido, aunque en lo secreto reprochaba a Tanit las falsas esperanzas que le había enviado para reírse de ella.

Hannón desplegó una actividad frenética queriendo controlarlo todo y Dido se sintió desplazada. La presencia del sufete era fundamental para los ritos de inauguración de la colonia, de hecho su máxima autoridad era la garantía de la soberanía de Cartago sobre aquel lugar. Había proyectado estar allí tres días, los necesarios para realizar los ritos y dar instrucciones a los que deberían sacar adelante la incipiente colonia. Les dejaría también treinta y cinco barcos, más de la mitad de su flota, para que pudieran subsistir y moverse en caso de peligro.

El segundo día, en una solemne ceremonia, Hannón, como pontífice de Cartago, consagró el emplazamiento a Baal y afirmó que aquel lugar era desde entonces parte del territorio de los cartagineses. En un calculado discurso desveló el nombre de la nueva colonia.

—... y todos vosotros sois ahora los responsables de que Kitheron, «el lugar elevado donde humea el holocausto», consiga prosperidad y su nombre se oiga en todos los mares como un enclave hospitalario donde merece la pena arribar. Yo debo dejaros y proseguir mi labor, pero os llevo dentro del corazón y suplicaré cada día a Baal por vosotros, para que vuestro fuego jamás se extinga. Mi éxito depende de vuestro éxito y mi fracaso también está en vuestras manos. Podría seguir más al sur y fundar nuevos lugares o repoblar otros, pero de nada serviría si esta simiente plantada en Kitheron no germina y crece convirtiéndose en una robusta planta. Para muchos se abre una nueva vida después de dejar otra de privaciones o desesperanza. Unid vuestros deseos, moderad vuestra ambición individual y convertidla en un afán común de grandeza. Cuando vuelva a vosotros espero que estos modestos barracones ya no existan y en su lugar me reciban sólidas edificaciones que hablen de vuestro triunfo. Guardaos de una excesiva rivalidad con Liks, sobre todo al principio, ya que dependéis en gran medida de ella. Si son inteligentes, os ayudarán para no contrariar a Cartago y, si vosotros los veis como hermanos y no como enemigos, ambas ciudades se verán beneficiadas. Confío en que sabréis ser dignos de la misión que os encomiendo, obedeciendo a los responsables de la colonia y procurando evitar en lo posible los altercados entre vosotros, inevitables en todo comienzo, pero controlables si existe buena voluntad de fondo. Vuestra recompensa será ver crecer a vuestros hijos y bienes de una forma tal que jamás habíais soñado. Que Baal os acompañe y os sea propicio del mismo modo que ha aceptado los sacrificios de este altar humeante, pero sobre todo que cada uno de vosotros sea el lugar donde humea el holocausto de vuestras acciones en honor a nuestro dios.

Sebub volvió a apreciar el buen hacer de Hannón, hábil con la palabra y con el gesto, conocedor del corazón de los hombres. Había aprendido mucho en tan poco tiempo y conseguía persuadir con suavidad y elegancia.

Dido también se sintió orgullosa de su esposo y se alegró de haberle acompañado y de poder contemplar cómo crecía su sombra protectora entre los hombres. Hasta los más recelosos a su liderazgo lanzaban ahora vítores en su honor, una vez que les había llevado a su primer destino sanos y salvos. Incluso Aristodemo, presente para controlar a la multitud durante la ceremonia, tuvo que admitir que el sufete sabía conmover a los hombres y por eso se le hacía más dura la separación que había surgido entre ellos. Comprendía la decisión de Hannón, pero los ojos suplicantes de Isthar no habían abandonado su mente, ni siquiera durante el sueño, exigiendo una respuesta. No se había atrevido a ir a verla temiendo el encuentro y su reproche.

Cuando pasaba cerca de la incipiente taberna ordenaba a sus pasos cambiar de rumbo y a sus oídos cerrarse cada vez que oía a los marineros o a sus propios hombres la noticia de que la Estrella de la Mañana ya estaba disponible.

Aquella misma noche Hannón había decretado que todo el mundo podría divertirse para celebrar la inauguración de la colonia y los negocios recién abiertos registraban un lleno absoluto. Por encima de todos brillaba la taberna de Las tres Gracias, que prometía el espectáculo de baile de Isthar. Todos abrieron paso a Aristodemo, enfundado en su coraza de lino con figura de león. Esta vez sus pasos no le habían obedecido y aprovechaba su rango para asegurarse un sitio en primera fila. El lugar estaba a rebosar y los clientes se impacientaban ante la espera para ver a la Estrella de la Mañana. Bomílcar, ayudado por algunos sirvientes, apenas tenía tiempo para respirar en un incesante ir y venir con las jarras de vino dulce, en su deseo de que todos quedaran satisfechos. En su ajetreo no reparó en el espartano.

—Venga, tabernero, enséñanos ya a la diosa que escondes. A ver si la realidad concuerda con lo que hemos oído. No todos hemos tenido la suerte de viajar en tu barco.

—Un poco de paciencia amigos, un poco de paciencia. La joven se está arreglando para la ocasión. Os aseguro que no quedaréis defraudados.

En la habitación contigua Arishat daba los últimos retoques a la Estrella de la Mañana.

—Pero, Isthar, no pareces la misma. Haz un esfuerzo y muéstrate como siempre. Tu público te espera y dependemos en gran medida de tu reclamo. El local está completamente lleno y no podemos desperdiciar esta oportunidad.

Isthar se había acicalado según su costumbre, con el cuerpo brillante por el ungüento perfumado, los senos al descubierto y abundantes colgantes que ella sabía hacer sonar al unísono a voluntad. Arishat, sin embargo, notaba que faltaba algo, que su encanto había

desaparecido, que su mirada de conquista segura de sí misma, sabedora de su poder, parecía estar ausente. La animaba esperando que una vez frente a los clientes afluyera de nuevo su irresistible poder de atracción. No se le escapaba que la muchacha se había visto afectada por lo sucedido e incluso sospechaba que aquel inusual cambio se debía a la libertad disfrutada y a aquel fiero león que la había defendido con sus poderosas garras. Arishat ya tenía años más que suficientes para conocer el corazón de las jóvenes y su mirada atenta había captado lo que incluso ellas mismas ignoraban.

—Vamos, Isthar, no podemos retrasar tu entrada ni un momento más —dijo Bomílcar entrando apresuradamente en la habitación—. Haz un buen papel esta noche y estarás más cerca de tu libertad, te lo prometo. Arishat y yo hemos pensado que a partir de ahora anotaremos un porcentaje de las ganancias a tu nombre, y cuando sea una cantidad apreciable, en lugar de cobrarla podrás utilizarla para comprar tu liberación.

Los ojos de la Estrella de la Mañana se llenaron de esperanza con aquellas palabras y sintió que volvían a ella el encanto y la seguridad. El deseo de ser por fin libre había nublado su inteligencia y no sabía ver que las palabras de Bomílcar eran un cebo y un engaño para conseguir provecho. Jamás alcanzaría una cantidad que ellos consideraran suficiente. Pero en aquel momento Isthar pareció despertar y Arishat agradeció que su esposo hubiera tenido más éxito que ella.

La aparición de la joven en la sala principal hizo furor entre los presentes, que la recibieron con gritos de admiración y deseo. Ella empezó su danza y a medida que sus oídos escuchaban la música impresa a fuego en su interior, sus miembros recobraban la agilidad y la destreza que la caracterizaban, borrando a la Isthar temerosa e insegura. Evolucionaba por toda la estancia consiguiendo, como solo ella sabía hacerlo, que cada uno se sintiera amado en exclusiva.

Bomílcar respiró aliviado al ver que la magia fluía de nuevo y que los clientes reclamaban más vino para apagar la sed que la diosa de la danza les provocaba. Arishat ayudaba ahora a su esposo, satisfecha de que la muchacha volviera a ser la misma. Había conocido a muchas, pero ninguna comparable con la Estrella de la Mañana. Paseó su mirada alrededor para disfrutar cómo el público se rendía ante Isthar y vio entre los asistentes la larga cabellera del león. Se le cayó la jarra de las manos y Bomílcar vino a ver qué había sucedido. Ella, sin poder hablar, señaló a Aristodemo con el dedo. Demasiado tarde. Isthar, completando su gira por toda la estancia, se encontraría con él en breves momentos.

El espartano contemplaba con incredulidad la sensual danza de Isthar y hubiera creído que se trataba de otra persona si no estuviera

seguro de que era ella. Al contrario que al resto, a él no le seducía en absoluto aquel baile. Estuvo a punto de levantarse y de olvidarla por completo, pensando que era una farsante y que le había utilizado la noche de su rescate, pero una fuerza superior le retenía en su asiento mientras sentía rugir de rabia al león que llevaba dentro. Entonces fue cuando Isthar, al dar una de sus vueltas, se topó con el rostro del espartano en primera fila. Se detuvo brevemente, el tiempo suficiente para sostener su mirada en la que intuyó estupor y desengaño. Intentó girar de nuevo y evitar a Aristodemo, pero sus pies tropezaron y cayó al suelo. La música enmudeció, los asistentes quedaron en silencio mientras la Estrella de la Mañana era incapaz de levantarse. No estaba herida, pero la vergüenza paralizaba sus miembros. Arishat se acercó a ella.

—Vamos, levántate. No ha sido nada. Continúa.

—No —se limitó a responder.

A una señal de Arishat, Bomílcar se acercó mientras entre los clientes el murmullo iba en aumento presagiando lo peor.

—Levántate, Isthar. Sé que puedes hacerlo. Acabarán con nosotros si no lo haces.

—Isthar, ¿qué sucede? Continúa —gritaba el público.

—¿Y esto era lo que veníamos a ver? Una joven que ni siquiera sabe bailar — chilló uno.

Bomílcar agarró a Isthar del brazo para obligarla a levantarse, pero ella se resistió.

—No te obedece, Bomílcar. Deja que nosotros te ayudemos. No nos andaremos con remilgos. Y si no sabe bailar al menos sabrá hacer otras cosas —dijeron dos marineros borrachos de la primera fila al tiempo que se levantaban.

—Dejadla en paz —gritó Aristodemo, plantándose en medio junto a Isthar y alejando con su espada a los borrachos.

—No tenéis derecho a entrometeros otra vez, espartano —dijo Bomílcar, envalentonado por la presencia del público.

—Pues acércate si te atreves, asquerosa sanguijuela.

—¿Vais a dejar que este espartano se lleve a vuestra diversión? —gritó Bomílcar a los clientes.

Lo más sensato hubiera sido huir de un espartano con espada, pero muchos estaban lo suficientemente borrachos como para tener nublado el juicio y se abalanzaron contra Aristodemo.

El León rugió con fuerza.

—Atrás, atrás.

Pero no le hicieron caso y un grupo acabó rodeándole. Aristodemo era el único armado. Si utilizaba su espada sería culpable de homicidio, él, que supuestamente era quien debía velar por el orden público. Su corazón de espartano le llamaba a derramar sangre en

abundancia, pero su respeto por Hannón le impedía causar un escándalo que arruinara la expedición. Dudó unos instantes y finalmente arrojó al suelo la espada que resonó con estrépito.

—Calma, calma. Nadie debe salir herido.

Una vez que lo vieron desarmado se arrojaron sobre él y, aunque se batió con furia y dejó a bastantes fuera de combate, lo redujeron y lo golpearon sin piedad hasta que un hombre les impidió hacerlo.

—Basta. Es suficiente. ¿No veis que se trata de un oficial? Vuestra borrachera os exculparía de una paliza, pero no de un asesinato. Sacadlo fuera de aquí y tomaos una ronda a mi cuenta. Bomílcar, el mejor vino para todos.

—Sí, señor embajador, como ordenéis.

—En cuanto a la muchacha —dijo Hasis—, que se vaya a la habitación contigua. Yo sabré qué hacer con ella. Y vosotros, mis queridos amigos, no os disgustéis. Mañana llega un barco de Gadir con excelentes bailarinas cuya fama conocéis de sobra. Y lo que es mejor, yo mismo me encargaré de que disfrutéis de ellas sin coste por vuestra parte.

En toda la taberna se oyeron vítores a Hasis que, buen conocedor de los hombres, sabía que el oro y el placer son más eficientes que la fuerza y la nobleza.

Con los ojos entrecerrados por la hinchazón, Aristodemo pudo contemplar la victoria del hombre de Liks mientras era arrastrado fuera del local sin que pudiera impedirlo. Intentó ver qué había sido de Isthar, pero la muchacha ya había desaparecido. Mordió el polvo de la calle y maldijo su impotencia. Y todo por la seguridad de la expedición. Con su espada hubiera podido dar buena cuenta de los que habían terminado humillándolo. Le había fallado a Isthar, pero ahora comprendía mejor a Hannón.

Se incorporó de inmediato sin que nadie se dignara a ayudarle y se dirigió a la futura sede del senado de la colonia, donde el sufete tenía su alojamiento. Pasó sin problemas la guardia que custodiaba a Hannón y fue admitido en la estancia donde este, todavía despierto, discutía con Sebub el siguiente paso de la expedición. Ambos, al verle entrar, levantaron la cabeza de los papiros esparcidos en la mesa.

—Pero, Aristodemo, ¿qué te ha pasado? —exclamó Hannón, visiblemente asombrado al ver los efectos de los golpes en el invencible León.

—No es nada —contestó indiferente., y acto seguido les contó la humillación recibida. —Hannón —dijo a modo de conclusión—, me dejé llevar por mis sentimientos sin sopesar sus consecuencias. Te ruego que me perdones y que todo vuelva a ser como antes, de forma que la armonía que hemos fingido últimamente sea esta vez sincera.

—Amigo, me entristecía tu alejamiento tanto o más que la suerte de

Isthar. Quiera Baal que no volvamos a separarnos pase lo que pase —le dijo el sufete acogiéndolo en sus brazos—. En ausencia de Himilcón, tú eres lo más parecido a un hermano, y como tal te he considerado siempre.

Sebub contemplaba la escena sin intervenir, quizá celoso de la influencia del espartano sobre su protegido, pero feliz del reencuentro. Fiel a su principio de pasar desapercibido se deslizó hacia la salida de la estancia.

—Espera, Sebub —suplicó Aristodemo—. A ti también te debo una disculpa. Acéptala, por favor.

Con un simple gesto Sebub acogió las palabras del espartano sin responder siquiera una palabra. Le costaba confiar en él, pero con cada momento que pasaba su reticencia se iba desvaneciendo. En sus profecías no había contado con el León, pero su humildad le decía que los dioses no tienen por qué revelarlo todo. Salió, pues, dejando a los dos amigos sellando su recuperada amistad y se fue hacia la nave capitana.

Allí encontró a Aníbal durmiendo en cubierta junto a su timón, como si hubiera sido siempre parte de aquella embarcación. El chico no había mostrado el menor interés por bajar a tierra, reduciendo su mundo a aquellas tablas, y el viejo marino no pudo evitar esbozar una leve sonrisa al ver en Aníbal al joven Sebub de hacía muchos, muchos años. Arregló un poco el cobertor con el que el chico se tapaba y susurró unas palabras entre dientes:

—Ojalá los dioses te concedan la dicha que un día me regalaron. Ojalá tengas algún día el don de ver el futuro. Pero por ahora duerme, descansa al compás de esta nave para sentirla como tuya, para unirte a ella de modo tan estrecho que jamás desees otra cosa que cabalgar con los jinetes del mar.

El chico se removió bajo el cobertor y su rostro esbozó una sonrisa, como si en sueños hubiera oído el buen augurio del hombre al que, desde hacía muy poco, apreciaba como a un verdadero padre.

Sebub se apoyó en la borda y contempló las escasas luces de Kitheron, que muy pronto crecería a la par que el comercio del sur si ellos perseveraban en su empresa. Al viejo marino le fascinaban más los comienzos que los resultados, el impreciso hacerse de las cosas que verlas completas y terminadas. Por un instante sus ojos vieron la colonia del futuro, grande y próspera, llena de barcos en los que extrañamente no había ninguno con la cabeza de caballo de Cartago. La visión le turbó unos instantes, pero pronto volvió en sí y se tranquilizó. Sus ojos habían ido demasiado lejos, más allá de los cercanos tiempos, tan lejos que lo que sucediera entonces ya no importaba con tal de que el nombre de Hannón perdurara por los siglos. Dirigió su mirada a la sede del senado y vio que las luces del

interior se habían apagado. La fiesta de reconciliación había terminado, la renacida unidad entre la inteligencia y la espada aseguraba el éxito de la empresa.

Al día siguiente, el último que el sufete y el resto de sus barcos permanecerían en Kitheron, Hannón y Aristodemo se ocuparon de dar las últimas indicaciones a los responsables de la colonia y a preparar la continuación de la ruta. Aquello no había sido más que la primera parada y tenían prisa por recorrer sin demora el resto de su viaje. Aunque algunos de sus hombres preguntaron al espartano qué le había pasado, él bromeó con ellos diciéndoles que el vino es un mal compañero bebido en exceso. Ninguno se atrevió a pedir más explicaciones y los implicados en la paliza no deseaban alardear de ella para pasar desapercibidos.

Sebub y Aníbal pasaron revista a los barcos que partirían, dándoles instrucciones de cuál sería la siguiente escala prevista y animando a los colonos que no se quedaban en Kitheron diciéndoles que pronto desembarcarían en otro lugar que exigiría menos esfuerzo para ser puesto en funcionamiento. Animados por la promesa, se despidieron de los conocidos y amigos que habían hecho en la travesía y que permanecerían en la recién inaugurada colonia. Ellos prometieron que se verían de nuevo gracias a los barcos que dejaba el sufete. Hannón había establecido que algunas familias se distribuyeran a su conveniencia entre esta colonia y la siguiente que repoblarían, para que ambos lugares tuvieran a partir de entonces lazos de parentesco, además de comerciales, sintiéndose miembros de un mismo proyecto.

Esa noche la reunión habitual de su consejo se hizo en la sede del senado de la colonia y discurrió con normalidad y sin tensiones, dando instrucciones precisas de cómo debía procederse hasta la siguiente parada. Hannón pudo por fin descansar un poco mientras Aristodemo conversó con los soldados que se quedarían a defender la colonia, aconsejándoles qué debían hacer en caso de ataque y animándoles a que consolidaran las defensas del lugar, sobre todo de cara al interior, por si alguna tribu daba problemas.

Por su parte, el orondo Hasis se encaminó a la nueva Las tres Gracias, donde había establecido su residencia extraoficial. Después del alboroto de la noche precedente, el local estaba animado con las bailarinas de Gadir costeadas por él mismo. Isthar no actuaría, tanto por su negativa como por los evidentes cardenales que le había inflingido el violento hombre de Liks. Bomílcar y Arishat estaban satisfechos y corrieron a agradecer a Hasis sus gestiones. Llamaron con temor reverencial a la puerta de la habitación del embajador, que les permitió pasar a regañadientes. Hasis se cubrió con la túnica torpemente ocultando con su mole el cuerpo tendido de Isthar.

—Sí, sí, ya sé que estáis muy agradecidos, pero sabed que nunca hago nada sin esperar beneficio, así que os informo de que mañana me llevaré a la chica conmigo.

La noticia no cogió desprevenidos a los taberneros. La Estrella de la Mañana ya no les servía para nada. Sin embargo, deseaban sacar el mayor provecho posible de su desgracia.

—Pero, señor, no podéis privarnos de su compañía. Es casi una hija para nosotros —mintió Arishat, con voz angustiada.

—Ya veo que tenéis mucho afecto a los que viven con vosotros. No olvido que ese muchachito que va con el piloto mayor es hijo vuestro. En otras circunstancias os diría que pusierais un precio a la muchacha, pero no estáis en condiciones de pedir nada. Me la llevaré sin añadir una sola moneda. A cambio os prometo que tendréis preferencia en el trato comercial por vía terrestre con Liks.

—Oh, excelencia, eso es mucho más de lo que merecemos —balbuceó Bomílcar, intentando besar la mano de Hasis, que la retiró para que el rastrero tabernero ni siquiera la rozase.

—Bueno, pues estamos de acuerdo. Como no tiene muchas pertenencias haced que las lleven a mi barco por la mañana temprano. Y ahora, si no os importa, tengo cosas que hacer.

Bomílcar y Arishat se retiraron susurrando mil gracias al embajador que se había mostrado en extremo generoso, pero la bondad de Hasis era como siempre interesada. Necesitaba fuentes de información válidas y dispuestas a todo en aquella colonia cartaginesa en tierras que deberían haber sido de Liks. No, no era mala idea tenerlos contentos para estar informado de los progresos y fracasos de Kitheron.

Isthar había oído la conversación. Ahora era la esclava de Hasis. El cambio no mejoraba su situación, pero al menos la haría salir de aquel lugar y continuaría en la expedición. Mientras el embajador dormía exhausto de sus trabajos, se asomó al ventanuco de la estancia y vio brillar la luz de Tanit en la noche oscura. Quizá la juguetona diosa volviera a sonreírle, quizá pudiera ver de nuevo al León y descansar algún día entre sus fuertes brazos. Volvió al lecho con cuidado de no despertar el embajador y se situó en el extremo más alejado de aquel odioso cuerpo. Se durmió con el arrullo de su paloma que, aún en su jaula, tenía deseos de cantar por su libertad.

## El Cabo de las Rocas

La siguiente escala estaba a dos días de navegación que transcurrieron sin incidentes. Al tercero pudieron ver un enorme macizo de roca de unos sesenta metros de altura que se adentraba en el mar como una espada que ataca de punta.

—Ahí está, Aníbal, el cabo de las Rocas. Fíjate en la cumbre llena de árboles, ¿no ves un pequeño claro cerca del acantilado?

—Lo veo, Sebub. Parece que hay movimiento.

—Y que lo digas, chico. Ahí debe estar construyéndose el templo de Baal Ras, Señor de los Cabos. Hay árboles y piedra suficiente en la cumbre y Hannón, a sugerencia mía, ya había encargado a hombres de Liks que comenzaran su construcción antes de que partiéramos. Si los cálculos son exactos deben estar terminando, ya que nuestra tarea es inaugurarlo con las familias de sacerdotes y sus servidores que traemos de Cartago.

—Pero ¿por qué precisamente aquí?

—Ah, Aníbal, siempre tan curioso. Sigue así. Pregunta siempre que quieras. No hay mayor ignorante que el que desea seguir siéndolo. Baal en su advocación de «Señor de los Cabos» protege a los marineros en sus travesías y las luces de sus templos pueden guiarnos en la noche o en la distancia. Supongo también que no ignoras que nuestros templos no son solo un lugar donde adorar e invocar la protección de los dioses, sino que también están en ellos nuestros archivos, incluidos los náuticos, y funcionan como bancos para los negocios. Además, este lugar elevado va a tener una función especial para nuestra ruta: aquí se efectuarán las observaciones meteorológicas necesarias para determinar si los vientos van a ser constantemente favorables para continuar hacia el sur. En caso de que no lo fueran y dejaran de soplar, las naves quedarían casi inmóviles en una costa inabordable e inhóspita. Este lugar es más importante de lo que crees, chico, es ni más ni menos que la Puerta del Sur. Estaremos aquí un día para

desembarcar a los sacerdotes y realizar la dedicación oficial del templo.

—¡Es impresionante! —exclamó Aníbal al tiempo que se acercaba a la mole de piedra.

—E inabordable. Tendremos que rodearlo y fondear un poco más al sur en un lugar apropiado. Allí nos esperan con carros para subir hasta la cumbre las pertenencias y los útiles de los sacerdotes.

Rodearon el enorme cabo sin dificultades, con la nave capitana a la cabeza guiando la manada hacia el seguro redil. En el puerto se habían habilitado barracones provisionales como almacenes. Hannón, ante el disgusto del resto, ordenó que solo debían desembarcar las familias destinadas a aquel lugar para el servicio del culto y las necesarias observaciones meteorológicas. Sebub debía acompañar al sufete y le rogó, además, que permitiera que Aníbal fuera con ellos.

—Pero, Sebub —protestó el chico—, si estoy aquí muy a gusto. No me gusta la tierra, ya he permanecido demasiado tiempo en ella.

—Te entiendo perfectamente. A mí tampoco me entusiasma pisarla, pero en este caso creo que te conviene. Hazme caso. Por una vez no te lo ordeno, puedes elegir, aunque si dices que no, te habrás perdido un espectáculo único.

Aníbal se resistía. Tenía miedo a desembarcar porque pensaba irracionalmente que en cualquier momento aparecerían Bomilcar y Arishat para llevárselo de nuevo a una oscura taberna. Jamás podría resistir volver a su vida de antes, una vez que había disfrutado de la libertad. Al final, sin embargo, la mirada cómplice de Sebub y la firme mano de este extendida, expulsaron su miedo y dejó su timón. No se arrepentiría de ello. Ambos estarían muy cerca del sufete y podrían ver todo desde una posición privilegiada.

Hannón, acompañado de Hasis, Sebub y Aníbal, fue el primero en poner el pie en tierra, siendo recibido por los responsables de la construcción. Un carro esperaba listo para llevarlos sin dilación a la cumbre. Al sufete le hubiera gustado que Aníbal se sentara junto a él, pero Sebub se llevó al chico a la parte delantera del carro, desde donde podía verse todo mejor. El cochero tuvo que apretarse un poco, pero resultó ser un antiguo conocido de Sebub que se alegró de ver de nuevo al viejo marino. Hannón no tuvo otro remedio que sentarse detrás en compañía de Hasis y del responsable máximo de la construcción del templo.

—Espero que el trabajo realizado por los hombres de Liks sea de vuestro agrado —dijo, humildemente, el encargado de las obras.

—Estoy seguro de que quedaré satisfecho, a juzgar por lo que he visto hasta ahora en el puerto y desde mi barco —respondió el sufete.

—Bueno —intervino Hasis, groseramente—, entonces no habrá inconveniente en que los de Liks nos encarguemos de abastecer y

mantener este santuario sirviendo, como es natural, a los sacerdotes de Cartago y sus familias.

—En ningún momento prometí nada de eso a tu gente, Hasis. Recuérdalo bien —cortó Hannón—, Cartago solo os ha pedido que construyerais el templo, nada más.

—Claro, claro, pero lo lógico sería que también nos ocupáramos de su mantenimiento.

—Ni yo ni el senado cartaginés lo vemos tan lógico, querido embajador —sonrió Hannón contento de quedar por encima de Hasis, al que temía y odiaba al mismo tiempo.

—Entonces, ¿a quién vais a encargarle esa tarea? ¿Acaso a esa incipiente colonia de futuro incierto que es Kitheron? Bastante tendrá con sobrevivir si lo consigue.

Hasis había perdido el control de su diplomacia y hablaba con el corazón, vomitando el rencor que tenían algunos de Liks contra la injerencia de Cartago en su zona de influencia.

—No, por supuesto, en eso tienes razón —respondió el sufete fingiendo que estaba de acuerdo con su adversario—, pero tengo otros planes que conocerás muy pronto.

—Estoy ya bastante harto de vuestro secretismo cartaginés. Creo que ya habéis abusado bastante de la debilidad de Liks. Hemos hecho todo lo que habéis querido, incluso a ciegas, sin que hayáis compartido en realidad vuestras intenciones o algunas de las escalas intermedias del viaje. ¿Qué más deseáis para destruirnos?

—Fingiré, querido Hasis, que no he oído nada de lo que has dicho. Tus palabras bastarían para rechazarte como embajador. Sin embargo, te equivocas en algo. Nuestro deseo no es destruiros, sino dominaros de forma que colaboréis en la ruta del sur. Eso os traerá prosperidad si sois sumisos a Cartago, de lo contrario no duraréis mucho tiempo.

—No me creo nada de eso, Hannón. Lo que queréis es anular nuestra influencia en la zona. Por eso habéis fundado Kitheron tan cerca de nosotros, por eso no nos daréis el control de la Puerta del Sur.

—Si te soy sincero ahora has hablado con sabiduría. Haceos a la idea de que el control es nuestro, de que nosotros somos ahora los amos.

—Algún día dejaréis de serlo, no lo dudes. Algún día pereceréis y Liks seguirá existiendo.

—Es posible, pero mientras tanto debéis agachar la cabeza. Y en cuanto al futuro me temo que, si os libráis de nosotros, será para caer en manos de otros dueños quizá menos benévolos. La pequeña Liks ya no puede ser autónoma. El comercio del sur superará con mucho sus fuerzas. Seréis parte de una cadena, para nosotros necesaria, pero si no queréis entrar a formar parte de ella quedaréis aislados como un

inútil eslabón que se desecha. Créeme, Hasis, no eres de mi agrado y, sin embargo, si te soporto, si no te he expulsado o no he acabado ya contigo es porque no deseo la enemistad de Liks.

El responsable de la obra asistía atónito a aquel duelo dialéctico. Él se limitaba a ser un eficaz constructor que hacía su trabajo lo mejor posible para gloria de su ciudad y de Baal. Lejos de las intrigas políticas, su único interés era que el sufete diera el visto bueno a la obra para cobrar su paga y de paso sentirse orgullo de una labor bien hecha. Esperaba que Baal Ras bendijera su casa y fuera más generoso que el senado de Liks.

Sebub, entre tanto, había estado charlando de manera animada con su amigo el cochero, recordando viejos tiempos y divertidas anécdotas que hicieron las delicias de Aníbal. El chico reía de forma sana, como solo saben hacerlo los inocentes e inmaculados, y con cada carcajada sus recuerdos del pasado se hundían un poco más en la niebla de la memoria, arrinconados y perdidos para que jamás volvieran a encontrar el camino de vuelta. Pero el viejo marino, hábil con la palabra, también tenía la capacidad de desdoblar su espíritu y mientras reía de veras con ellos, sus oídos atendían también a las palabras de Hannón y Hasis. Hubo un momento en que fue capaz de unir sus dos espíritus en una risa unánime que fue provocada por uno de sus chistes y por la alegría inmensa de ver que Hannón se crecía ante el embajador, mostrando lo mucho que había aprendido. Por unos instantes le pareció ver la sagacidad de Amílcar flotando en el aire y susurrando a su hijo las palabras más certeras.

Hasis no siguió hablando. Las cosas estaban claras de momento. Los dos habían puesto sus ideas al descubierto con franqueza olvidando la sinuosidad de los buenos políticos. Bastante bien sabía el embajador que Hannón estaba en lo cierto, pero él era un hombre de Liks y, a pesar de su carácter egoísta y cruel, aún latía en su corazón el amor por el honor de su ciudad. No en vano había sido elegido por el senado para esa misión. Todos conocían de sobra cómo era y también sabían que sería el único que podría lograr algo si existía alguna posibilidad.

El resto del camino los dos permanecieron callados mientras delante se oían las constantes risas de Sebub, el cochero y Aníbal. Estaban llegando al bosque de la cumbre y la sombra les proporcionó un agradable frescor que les hizo redoblar su dicha. Hannón, en silencio, disfrutaba de su victoria ante el embajador mientras este, contrariado, decidió evocar en su mente a la bella muchacha recién adquirida.

Isthar se había quedado a bordo del barco en el que viajaba Hasis, aliviada de no tener que soportar su odiosa compañía. El hombre de

Liks se había mostrado cruel y dominante, como si ella fuera solo una mercancía. ¿Acaso no lo era? ¿No lo había sido durante toda su vida? ¿No se había engañado a sí misma creyendo que su belleza y su encanto la hacían distinta a las otras por ser más deseada? Únicamente variaba el envoltorio, porque para sus clientes la Estrella de la Mañana no era sino un objeto de placer, hermosísimo sí, pero un objeto que se usa y se olvida hasta que vuelve a necesitarse. Hasis le había dicho que estaba loco por ella y que la amaba, pero la forma de expresar su amor resultaba violenta y poco creíble. Quizá no sabía hacer otra cosa. Quizá el hombre de Liks nunca se había sentido amado y por eso no podía amar. Así había sido ella hasta la noche en que Tanit le había sonreído, hasta que se sintió distinta en los brazos del León.

Sus pensamientos se quebraron al oír una voz familiar que preguntaba por ella a uno de los marineros. Poco después vio acercarse a Dido con su sencillez habitual, como si avanzara flotando en el aire entre los cuerpos de la gente echada en cubierta que intentaba descansar y aplacar el disgusto por no poder bajar a tierra.

—¿Cómo te encuentras? —le dijo con voz suave.

Isthar la contempló de cerca y se admiró de la serena belleza que emanaba. En aquel momento se hubiera cambiado por ella, hubiera deseado estar en la piel de la mujer del sufete, unida a un hombre que la amaba por encima de todo. Comprendió entonces la extraña negativa de Hannón aquella noche en Las tres Gracias que parecía lejana, como de otro tiempo u otra vida.

—Podría haber sido peor —dijo, en respuesta a la pregunta de Dido —. Como veis, Hasis no es muy delicado, pero al menos me ha sacado de esa sucia taberna. Mejor satisfacer a un solo hombre que a todos, al menos te acostumbras a él.

—Y mejor aún no someterse a ninguno sino al amado con toda el alma —respondió Dido.

—Para vos es fácil decirlo. Sois libre.

—No pierdas la esperanza, Isthar. Te ayudaré en lo posible, aunque como has visto es poco lo que puedo hacer. El éxito de la expedición está por encima de todos nosotros.

—Ya lo he comprobado, mi señora —dijo ella con resentimiento—. Agradezco vuestras atenciones, pero no me gustaría que lavarais vuestra conciencia o la de vuestro marido con esta visita.

Dido se sorprendió del cambio de actitud de Isthar. Parecía que había llegado a su corazón, pero de repente la oscuridad se apoderaba de la Estrella de la Mañana. Su débil luz intentaba superar las tinieblas demasiado oscuras. En lugar de ofenderse, la mujer de Hannón continuó como si no hubiera oído nada.

—Mira quién ha venido acompañándome. Le he rogado que lo

hiciera para velar por mi seguridad.

Dido se retiró un poco e Isthar pudo ver cómo el León se inclinaba hacia ella con sus largos cabellos en un gesto de cortesía. La mujer del sufete era una hábil observadora en la sombra y había advertido que Aristodemo no era el mismo desde la noche en que tuvo a la Estrella de la Mañana en sus brazos.

—¿Estás bien? Lamento no haberte podido ser útil en la taberna. Comprende que no podía hacer nada.

—Para ti no tengo reproche alguno —respondió Isthar de forma sincera.

—Tengo que visitar a algunas damas de este barco, Aristodemo. Te ruego que aguardes aquí un momento —dijo Dido, con calculada habilidad.

Isthar no pudo menos que agradecer su acción, pero una vez a solas con el León apenas sabía qué decirle, ella que había seducido a los hombres con asombrosa facilidad. Con el espartano no valían los movimientos sensuales ni las conversaciones picantes, ni siquiera alguna insinuante caricia, es más, apenas se atrevía a tocarlo. Aristodemo tampoco sabía cómo comportarse. Aquello no era algo que se enseñase en la ruda Esparta, donde a menudo las mujeres tomaban la iniciativa. Podía ofrecer su fuerza, pero sospechaba que lo que realmente le había gustado a Isthar era su ternura.

—Por el momento no puedo librarte de Hasis. Hannón no desea incidentes con él, pero te aseguro que, si continúa así, no tendré más remedio que ajustarle las cuentas diga lo que diga el sufete.

—No te preocupes por mí. Con saber que puedo contar contigo me siento más animada.

Aristodemo sintió deseos de tomarla en sus brazos como aquella noche y vio en los ojos de la muchacha idéntico afán, pero no estaban solos y había muchos pasajeros dispuestos a contarle al embajador cualquier escena poco habitual. No pudieron tomarse siquiera de la mano.

El espartano se despojó de su anillo y se lo entregó a la muchacha.

—Si alguna vez me necesitas, haz que llegue a mí este anillo y sabré que me has llamado.

Ella lo tomó en sus manos y lo acarició con delicadeza como si estuviera tocando al mismo Aristodemo. El espartano notó que la mirada de Isthar era idéntica a la de aquella noche y supo que algo distinto brillaba en la Estrella de la Mañana.

Dido acudió enseguida. No era cuestión de dar que hablar, sino de aparentar que la visita había sido casual. Isthar sonrió al verlos alejarse en el bote que los llevaba a su nave. En un espacio tan reducido de tiempo había dos personas que realmente se interesaban por ella de un modo que nunca había experimentado. Y sin embargo,

en su corazón todavía luchaba el odio hacia Hannón, que la había condenado a sufrir a Hasis. Aunque comprendiera las razones del sufete, su mente deseaba culpar a alguien de su infortunio. Se acurrucó en cubierta intentando apartar esos negros pensamientos de su agitada mente mientras acariciaba con sus dedos el anillo de Aristodemo. Era la primera vez que alguien le daba algo a cambio de nada.

Dido se dirigió a su camarote pensando en la lucha interior de la muchacha y en sus palabras. Ciertamente era afortunada por gozar de la compañía de un hombre como Hannón. Lo sabía, pero el ser envidiada hacía ese conocimiento todavía más gozoso. Antes de ponerse a cubierto del sol dirigió su mirada hacia la cumbre del cabo. Allí estaría su esposo en estos momentos cumpliendo con su deber puntualmente, transformándose cada día en el hombre que los guiaría a la victoria.

El carro de Hannón había llegado a la cima y, una vez que los pasajeros bajaron, fueron acomodados en una tienda a la sombra de los árboles. Era mediodía y el sol calentaba fuerte. Los obreros se habían refugiado también para descansar un rato. Desde allí podían verse las cercanas construcciones. Se había delimitado un espacio sagrado en medio del cual había un altar al aire libre junto al templo propiamente dicho. La edificación, de planta cuadrada, no era demasiado alta y tenía una gran puerta central flanqueada por dos enormes columnas. La decoración estaba simplemente esbozada y se esperaba que pronto pudieran montarse puertas de bronce y decorar el interior con materiales nobles. Dentro estaba el lugar destinado a la estatua del dios. Todavía no era más que una tosca representación en madera, pero ya se había encargado una estatua de piedra a Cartago. Con el tiempo todo el que visitara el templo debía quedar asombrado de encontrar esa riqueza en un lugar tan apartado de la civilización. Tenía que quedar persuadido de que el poder de Cartago llegaba a los confines de la tierra.

En el área sagrada se habían levantado también pequeñas edificaciones para las viviendas de los sacerdotes y los archivos.

—Todo tiene muy buen aspecto —exclamó Hannón felicitando al responsable.

—Cuando baje el sol, si lo deseáis, podremos verlo todo con detalle. Ahora disfrutad de mi humilde hospitalidad.

El responsable de las obras, por encargo de Hasis, había preparado una buena mesa con bebida abundante para agasajar a Hannón. Ahora que sabía que el sufete no les concedería el mantenimiento del templo, el embajador se arrepentía de cada moneda invertida en aquel banquete.

Hannón se sentó a la mesa y agradeció la calidad de los alimentos y de la bebida, máxime estando en un lugar tan remoto. Rompiendo el protocolo invitó a Sebub y a Aníbal a compartir la comida con él. Hasis se sintió disgustado por la deferencia. No le agradaba comer con un piloto por muy afamado que fuera y menos con un muchacho sin mérito alguno. A Sebub no le hacían mucha gracia las florituras culinarias de Liks, pero aceptó por Aníbal que, acostumbrado a la infame comida de Las tres Gracias, supo por primera vez en su vida que comer podía resultar un placer inesperado. Para desgracia de Hasis, Sebub se achispó con el vino, algo raro en él, y se pasó toda la sobremesa contando divertidas anécdotas y chismes que hicieron las delicias de Hannón y Aníbal. Incluso el responsable de las obras reía a mandíbula batiente. El embajador tuvo que utilizar toda su diplomacia y estar atento al momento en que debía soltar su fingida carcajada. Tras la abundante comida, un reparador sueño los preparó para la inspección de las obras. Guiados por su responsable, se les enseñaron todas las dependencias dando cuenta de su modo de construcción y utilidad. Para entonces se había hecho subir a los principales sacerdotes para que dieran su aprobación y realizaran las ceremonias de consagración. El altar de Baal Ras humeó por primera vez con el sacrificio de los corderos cuyas entrañas resultaron favorables. Desde abajo los barcos anclados en el fondeadero aplaudieron al ver el humo sobre los árboles como una oración de súplica al dios de las rocas. Con ello se sentían más seguros para reemprender el viaje al día siguiente.

Todo estaba como Hannón lo había deseado y hasta el momento no habían tenido más incidentes que el provocado por Hasis, que parecía ya solucionado. Sebub, después del sacrificio y antes de regresar a la nave, hizo que Aníbal lo acompañara al borde del acantilado al tiempo que la tarde se teñía de rojo a medida que el sol se ponía en el océano. El chico abrió la boca con admiración ante la belleza del espectáculo. Había visto puestas de sol desde la nave, pero nunca desde un lugar tan alto.

—Esto es lo que quería que vieras —le susurró el viejo marino para no romper el hechizo—. La inmensidad de la llanura de agua por la que cabalgan los jinetes del mar. Siente su grandeza y tu pequeñez y trae esta imagen a tu mente cuando te asalte la soberbia tras un viaje favorable.

Aníbal no respondió. No podía hacerlo. Sus ojos no eran suficientes para abarcar el mar y el cielo rojo como la sangre. Intentaba abrazarlo todo, pero era imposible. Renunció a ello y dejó entrar la belleza en su interior para que se hiciera más amplio y más vasto, como la llanura del mar, mientras oía galopar a su corazón.

Sebub se mantuvo también en silencio. Aunque había visto mil veces aquello, otras mil le hubieran parecido nuevas. La sensación era

la misma que había experimentado cuando a una edad similar a Aníbal su padre le había llevado a otro cabo a contemplar el que sería a partir de entonces su reino. Puso su mano en el hombro del muchacho, como él había sentido la de su padre, y agradeció al Señor de los Cabos haber vivido hasta aquel momento.

—Vamos, abajo, no hay tiempo que perder o el camino de vuelta se hará demasiado oscuro —les gritó Hannón.

Sebub y Aníbal se volvieron muy despacio, como para atrapar el instante de comunión entre el mar, el cielo y sus propios cuerpos. El chico supo desde entonces cuál sería su lugar en el mundo y quién le había llevado de la mano hasta él.

—Bah, Aníbal, vaya prisas. Las prisas son para los políticos y para quienes no saben que el tiempo puede ganarse mientras se pierde. No te enfades con Hannón, la misión del líder es distinta a la nuestra. Su gloria será sin duda mayor, pero nadie podrá imaginar nuestro gozo y mucho menos arrebatárnoslo.

—Sebub....

—¿Qué quieres, muchacho?

—Nada. No es nada.

El viejo marino sabía que Aníbal estaba desbordado y que lo apreciaba con locura sin saber cómo agradecerle aquel momento disfrutado. Lo sabía porque él había sentido lo mismo junto a su padre.

Se reunieron con Hannón y Hasis y bajaron en el carro hacia el puerto. Los sacerdotes ya se habían establecido allí y dijeron a Hannón que las observaciones meteorológicas ya efectuadas eran correctas y que ellos las completarían. No tardaría en recibir noticias suyas. Con la satisfacción de la misión cumplida, el sufete bajó deseando que el carro fuera más deprisa para reunirse con Dido. Al llegar, Hasis volvió a su barco para disfrutar de Isthar, a la que encontró distinta e incluso más receptiva. Esa noche no tuvo que golpearla demasiado. Aníbal, acurrucado en su puesto, cerró los ojos para dormir y en lugar de la oscuridad vio la intensa luz roja de la tarde reflejándose en la vasta llanura del mar. Por los ojos de Sebub corrió una lágrima. Había transmitido algo de su experiencia al chico y eso significaba que empezaba la cuenta atrás para que él desapareciera. Siempre había sido así entre los grandes pilotos adivinos: uno menguaba al tiempo que otro comenzaba a despuntar.

## La laguna de los juncos

—¿Al norte otra vez? ¿Cómo es posible, Sebub, no te habrás equivocado?

—Vira muchacho, vira. Obedece. ¿No te he enseñado a no discutir una orden? Sí, al norte. Si el sufete lo manda, debes hacerlo aunque no lo entiendas.

Aníbal cambió de rumbo al unísono con Sebub y la nave capitana se dirigió hacia el norte, otra vez camino de Kitheron y Liks. Las demás naves, con pilotos fieles al viejo marino y a su sufete, siguieron el ejemplo de la nave de Hannón y la manada cabalgó tras su líder hacia el norte. Algunos colonos protestaron preocupados por no saber dónde se asentarían. Habían pensado que sería más al sur. El sufete distribuyó un mensaje de tranquilidad a todos cuando los responsables de cada barco leyeron el contenido de una breve carta que Hannón les había entregado la noche antes de la partida del cabo de las Rocas.

> De Hannón, el sufete guía de la expedición, a los integrantes de la misma:
>
> Antes de nada quiero que disculpéis el secretismo de todas mis decisiones. Recordad que cuando os enrolasteis solo sabíais que seríais colonos de los lugares que fundáramos, sin que en ningún momento os dijéramos cuáles eran. La prudencia ha guiado mi comportamiento para que otros no se nos adelanten. Hay gente de Gadir, de Liks e incluso de la lejana Grecia que no ve con buenos ojos nuestra expansión por el Occidente africano. Solamente unos pocos conocemos la ruta de este viaje, y eso hasta cierto punto.
>
> Os agradezco la confianza que habéis depositado en mí y la paciencia que habéis tenido vosotros, los que no os quedasteis en Kitheron, afrontando lo inseguro en lugar de lo cierto. Para los que habéis dejado amigos o parientes en esa colonia, tengo una buena noticia: no viviréis muy lejos de ellos. Volvemos hacia el norte a un lugar casi intermedio entre el cabo de las Rocas y Kitheron. Seguid confiando en mí y esperad a que lleguemos a él. Os garantizo que será de vuestro agrado y que estaréis bien acompañados.
>
> Que Baal nos guarde y proteja nuestra empresa. Salud.

Las amables y lisonjeras palabras del sufete entraron en los oídos de

los descontentos como un bálsamo tranquilizador. Hasis, sin embargo, no las recibió con agrado. A él no se le había entregado la carta, a pesar de estar presente en la reunión del consejo privado de la noche anterior. Una vez más Hannón no le tenía en cuenta y el embajador sospechaba por qué.

Después de media jornada de navegación, el sufete hizo detener su nave cerca de la costa y el resto permaneció anclado muy cerca. En las órdenes dadas a los responsables de cada nave constaba aquella parada y advertía de que harían noche en el lugar, sin permitir el desembarco más que a personas autorizadas.

—Aristodemo, Aníbal, tengo un encargo para vosotros —dijo el sufete—. Tengo interés en que exploréis una laguna cercana al mar de cuya existencia sabe Sebub. Él os guiará.

—Será conveniente que lleve algunos hombres armados. No sabemos qué podemos encontrar.

—Lo dejo a tu criterio, amigo mío.

—Entonces me llevo a diez hoplitas.

—No creo que la armadura completa y el pesado escudo sean necesarios —dijo Sebub.

—Amigo, sin duda conoces el mar, pero déjame a mí los asuntos militares —contestó Aristodemo, con cortesía—. Bien, lo prepararé todo y a media tarde iremos a tierra en una barca.

No fue necesario convencer a Aníbal de que fuera con ellos. Desde que había visto la caída del sol en el cabo de las Rocas, se dio cuenta de que también en tierra podían existir hermosas maravillas. Además, el hecho de ir con Aristodemo y los soldados le llenaba de nerviosismo. Jamás había tenido un arma entre las manos y cuando el espartano le pasó una lanza ligera la miró largo tiempo dudando si aceptarla.

—Tómala, muchacho. Nunca se sabe. Es arrojadiza, pero si no sabes lanzarla, al menos pincha.

Los demás pasajeros y tripulantes de la nave vieron con envidia cómo se alejaba la embarcación. Aristodemo se había puesto en la proa con su casco de roja cimera calado por lo que pudiera pasar y embrazaba su escudo. Los otros hoplitas ocupaban los costados con sus escudos a modo de parapeto, con lo que la barca quedaba protegida como por un caparazón de bronce. A Sebub le parecían excesivas aquellas precauciones, ya que según sus informaciones no había pobladores en aquella laguna. Los exploradores llevaban también un cuerno para hacer señales a las naves si era preciso.

Aristodemo saltó el primero a la larga playa de arena que se encontraba desierta. Después de asegurar la posición hizo desembarcar a los hoplitas y a Aníbal. A pocos pasos de la orilla se encontraba una alta muralla de apretados juncos, tras la cual se

suponía que encontrarían la laguna. Avanzaron con cautela y el espartano dejó a dos hombres en la playa antes de internarse con cuidado entre la vegetación. Era una maniobra peligrosa, pero no había otra manera de averiguar qué había tras ellos. Notaron que el peso de sus armas les impedía caminar con rapidez en un suelo húmedo y enfangado. Sin embargo, la barrera de juncos era muy estrecha y pronto alcanzaron el otro lado con el agua hasta las rodillas. Aníbal, que se había colocado detrás de Aristodemo buscando protección, se adelantó para contemplar el espectáculo apoyado en la jabalina para tantear el fondo. No pudo evitar dar muestras de su asombro al tiempo que el espartano le indicaba con un gesto que no hablara tan alto.

—Es asombroso —acertó a decir, abriendo los ojos, como para poder abarcar lo que veía.

Delante de él se extendía una laguna de considerable longitud poblada por cientos de aves y peces, en cuyas orillas pastaba tranquila una manada de elefantes. Aníbal había visto alguno en Cartago con ocasión de un desfile triunfal, pero siempre los había asociado a la guerra y en su imaginación había vivido la destructora fuerza de los paquidermos en las gloriosas batallas que los clientes de Las tres Gracias contaban utilizando las jarras como sustituto de las bestias. Le resultaba novedoso verlos en gran cantidad y en un entorno de libertad y paz en compañía de sus crías.

—Tranquilo, muchacho, si no les molestamos no sucederá nada —le dijo Aristodemo, aparentando una tranquilidad que él mismo no tenía.

—Es un lugar maravilloso —le dijo Aníbal en voz baja a la vez que, apoyado en su jabalina, se deleitaba con el espectáculo.

—Y una buena fuente de víveres y elefantes para la guerra —respondió Aristodemo, al que Hannón le había encargado hacer un informe lo más objetivo posible.

—¿Significa eso que vamos a destruirlo? —preguntó Aníbal, preocupado.

—No, de momento las órdenes son simplemente observar y volver a las naves para informar, aunque te conviene disfrutar de esta visión porque el deseo de Cartago es el comercio y la explotación y no se parará a pensar en la belleza del lugar. De hecho casi ninguno de nosotros está preparado para apreciarla. Son tus ojos los que construyen ese paisaje que te subyuga, los de un comerciante solo ven una fuente de riqueza y los míos se contentan con suponer que no hay peligro y que hace mucho tiempo que nadie ha turbado la paz de este lugar. Debemos retirarnos antes de que los animales detecten nuestra presencia. Hannón ha dicho que no cacemos nada porque pronto llegaremos a puerto.

Los hoplitas comenzaron la retirada poco a poco, impedidos por sus pesados escudos. Aristodemo tuvo que dar la razón a Sebub, pero ¿quién hubiera asegurado que no encontrarían enemigos? Aníbal quiso quedarse un momento más para que su mente recordara la hermosura de aquel lugar. Acostumbrado a lo sórdido, el espíritu del chico disfrutaba con la belleza. De improviso notó un movimiento entre los juncos de la orilla muy cerca de él y vio surgir una cría de elefante que le llegaba a la altura del pecho. Dejó escapar un grito de asombro que asustó a la criatura e hizo que resbalara en el fondo y cayera de costado al agua. El ruido del agua alertó a los elefantes que levantaron la cabeza y repararon en la presencia del chico junto al pequeño elefante. Entonces uno de ellos empezó a caminar hacia Aníbal.

—¡Socorro! ¡Aristodemo!

En su ignorancia no se daba cuenta de que sus gritos asustaron aún más al animal que se le acercaba y que apretó el paso para proteger a su cría. Aníbal vio brillar los blancos colmillos y en su imaginación se vio ensartado en ellos como tantos soldados de los que había oído hablar en los relatos de Las tres Gracias. La fiera cargaba hacia él, que paralizado no acertaba a tomar dirección alguna.

—¡Falange! —oyó gritar tras él, al tiempo que veía que los hoplitas, con Aristodemo a la cabeza, pasaban a su lado con rapidez y creaban una muralla de bronce que se interponía entre él y el elefante.

—Rápido, chico —le dijo uno de ellos—. Corre hacia la playa atravesando los juncos. Es una orden de Aristodemo.

Aníbal no lo pensó dos veces y echó a correr mientras los juncos le golpeaban en la cara. Tras él alcanzó a oír los gritos de los hoplitas que intentaban asustar al elefante. Al llegar a la playa se tiró exhausto y temblando en la arena donde fue atendido por los remeros de la barca.

Aristodemo, al ver que el animal se dirigía hacia ellos y no se asustaba por los gritos, ordenó a sus hombres que orientaran su muralla de bronce para que el sol reflejado en los escudos cegara al elefante. La luz lo hizo vacilar y moverse de un lado a otro intentando librarse de ella, pero al cabo de un momento se decidió a cargar a ciegas. El espartano vio que la trayectoria del animal era correcta y gritó fuertemente a sus hombres para que pudieran oírlo a través de sus cascos, a la vez que les hacía una señal convenida para asegurarse de que todos habían comprendido.

Tal como se solía hacer en un combate cuando los elefantes del enemigo cargaban contra la falange, los hoplitas, adiestrados por Aristodemo, abrieron su muro de bronce en un estudiado movimiento para dejar pasar a la fiera. Sin embargo, una cosa era maniobrar en el campo de batalla y otra en un lugar pantanoso. Uno de ellos tropezó

en el movimiento clave y cayó al suelo. El elefante al verse burlado, enloquecido por la furia y casi ciego se movía rabioso de un lado a otro de forma imprevisible y en uno de esos movimientos aplastó con una de sus patas el pecho del hoplita caído que se hundió en el fango. Aristodemo maldijo la suerte de su hombre mientras los demás clavaban sus lanzas en la piel del paquidermo.

—¡A los juncos, llevadlo a los juncos!

Acosado por los pinchazos de las lanzas de los hoplitas, el elefante se desplazó hacia la zona de juncos, donde sus movimientos se hicieron pesados y más lentos. Aristodemo aprovechó para asestarle un lanzazo en el ojo al tiempo que sus hombres clavaban sus lanzas con fuerza en el vientre del animal.

—¡Cuidado, va a caer!

El elefante cayó doblando las rodillas y ya no pudo levantarse, impedido por la vegetación y el fango. Allí lo remataron los hoplitas con saña vengando así la muerte de su compañero con gritos de rabia y dolor.

—¡Deprisa, fuera de aquí! —gritó Aristodemo, al ver que la manada, que estaba más alejada, daba muestras de desplazarse hacia ellos.

—Debemos recoger el cuerpo de nuestro compañero —avisó uno.

—De acuerdo, pero rápido.

Dos hoplitas levantaron al infeliz. Tuvieron que dejar allí el escudo decorado con la cabeza de Medusa, en una horrible mueca que rivalizaba con el rostro contraído del muerto.

Mientras los hoplitas levantaban el cuerpo, el espartano extrajo los colmillos del elefante como trofeo. Servirían para honrar al hoplita muerto y se los entregaría como pobre consuelo a su familia si algún día volvían a Cartago.

Aníbal y los remeros habían oído el alboroto y los gritos sin atreverse a moverse del lado de la barca. De repente vieron salir de los juncos corriendo a los hoplitas con Aristodemo cerrando la retaguardia. El chico vio que traían a un hombre entre varios. Cuando estuvo más cerca se dio cuenta de que estaba muerto y las lágrimas afloraron a sus ojos aunque no lo conocía.

—Los elefantes no han querido atravesar los juncos, pero vayámonos de todas formas —dijo un Aristodemo jadeante.

El espartano miró a Aníbal, cuyo llanto no cesaba. Sin duda se culpaba por la muerte del hoplita debida a su imprudencia. Aristodemo dejó que llorara sin consolarlo siquiera. El muchacho debía endurecerse y afrontar el dolor, y sobre todo, asumir su culpa. Sabía por experiencia que no sería fácil, a él le había costado asumir la muerte de un ilota que tuvo que matar para demostrar su valor. Ya había olvidado aquello y ahora parecía emerger de nuevo, pero un

hombre de Esparta estaba educado para dominar su voluntad y arrinconar sus sentimientos en lo profundo. El pensar en ello demostraba que no sería nunca un espartano ejemplar.

Aníbal quiso acercarse a él para buscar una palabra de aliento y se topó con la indiferencia del hombre cuyo valor admiraba.

—Hemos tenido suerte. Solo una baja. Podría haber sido peor —sentenció lacónicamente.

Cuando subieron de nuevo a la nave capitana, Aristodemo le contó a Hannón lo sucedido. El sufete acogió con pesar la noticia del primer muerto de la expedición. ¿No le había advertido Sebub de todo ello? El guía, sin embargo, sufre y sufre en silencio. En cambio Aníbal exteriorizaba claramente sus sentimientos. El muchacho todavía no había dejado de llorar.

Dido se enterneció al verlo e intentó acercarse a él deseando abrazarlo como al hijo que nunca tendría, pero el brazo de Hannón la retuvo. No era el momento. Entonces Sebub se llevó al chico a su puesto sin decir nada.

Los pasajeros y los otros soldados recibieron con consternación la noticia de la muerte del hoplita. Aunque para muchos no tenía nombre, sí le habían visto montar guardia y hablar de modo afable con cualquiera que requiriese su ayuda. No obstante lo que más les dolía era la conciencia de su propia mortalidad. Habían esperado una expedición libre de peligros y así había sido hasta entonces, pero ahora era distinto. Hannón tuvo que difundir un mensaje oficial entre los barcos antes de que corriesen las habladurías y se pensase que los dioses desaprobaban la empresa con aquel aviso.

> De Hannón a cada uno de los integrantes de esta expedición:
>
> No tengáis miedo. Esto solo ha sido un accidente fortuito. Recordad que he sido prudente enviando a mi guardia y no dejando desembarcar a nadie hasta saber las características del lugar. Podéis estar seguros de que procederé así siempre. Para muchos la espera está tocando a su fin, tras una jornada de navegación llegaremos al lugar donde desembarcará la mayoría de vosotros.

Estas palabras tranquilizaron a los colonos y confirmaron a Hasis sus temores: el sufete se proponía repoblar unas colonias de origen tirio en decadencia, situadas entre Kitheron y el cabo de las Rocas. Seguramente ellas serían las encargadas de mantener el santuario por su proximidad y porque estarían bajo el absoluto control de Cartago.

Aquella noche permanecieron cerca de la costa, a la altura de la laguna, para partir al día siguiente, al final del cual avistarían las colonias tirias. En la habitual reunión nocturna del consejo privado, Hannón reveló por fin el objetivo de la siguiente escala.

—A un día de navegación de aquí existen cuatro colonias tirias de

estrecha relación entre sí: Rus Bus, Cabo Blanco, situada en la altura dominándolo todo y de fácil defensa; la playa de desembarco a sus pies que ha dado lugar a una población denominada Melitta, el Refugio; y dos poblaciones en los extremos del promontorio: una llamada Karak, el Fuerte, y otra Gattat, la Unión, ya que ambas colonias están unidas por un muro que defiende el lugar de las incursiones de los belicosos autololes que pueblan la región. Nuestros hermanos de Tiro siempre han sabido salvaguardar sus colonias, bien situándolas en una isla cercana a la costa, bien asegurándolas contra los nativos. Hay, además, otra población cercana a estas más al norte llamada Harambys, cerca de la desembocadura de un río abundante en peces y que corre a través de un valle donde se cría buen ganado. Nuestra misión es repoblar estos lugares para que vuelvan a florecer. Tenemos el permiso de Tiro, conseguido ahora que nuestra ciudad madre no atraviesa sus mejores momentos, para que la repoblación suponga a todos los efectos una refundación, de forma que los actuales habitantes y nuestros colonos se fundan en uno solo pasando a depender de Cartago. A ellos precisamente les competerá mantener el santuario, pero sobre todo proveer de víveres y demás necesidades a los barcos que desde Liks sigan la ruta del sur. Es el lugar ideal para esperar las predicciones favorables del templo de Baal Ras que den el visto bueno a proseguir la ruta. Aquí podrán aguardar a que se abra la Puerta del Sur sin necesidad de agotar sus propios víveres, imprescindibles para continuar viaje. ¿Alguna pregunta?

Los asistentes guardaron silencio para asimilar el plan del senado de Cartago confiado a Hannón y sugerido por el mismísimo Sebub, que no abrió la boca fiel a su idea de no adquirir protagonismo.

—Protesto en nombre de Liks —dijo Hasis.

—Se acepta la protesta, señor embajador, pero no se le da curso. La decisión es firme y no compete a vuestra ciudad inmiscuirse en las decisiones soberanas del senado de Cartago. Creedme, esto es lo más conveniente para la ruta del sur —contestó Hannón con aplomo.

—Y también lo más conveniente para Cartago —rebatió el hombre de Liks.

—Efectivamente —confirmó Hannón, ante la sorpresa de algunos —. ¿Acaso olvidáis quién está al mando y quién financia la expedición? ¿No iréis a decirme que vuestra ciudad hubiera podido hacer algo sin nuestro empuje decisivo? Mejor será que lo aceptéis de una vez y no malgastéis vuestras palabras ni nuestro tiempo.

Hasis no volvió a tomar la palabra y se retiró con cortesía aunque malhumorado. Su misión de sacar el mayor provecho para Liks estaba fracasando. Afortunadamente no todo era negativo: aquel viaje le había permitido hacerse con su posesión más preciada hasta el momento: la Estrella de la Mañana.

—¿Crees que intentará algo? —preguntó el sufete a Sebub una vez que todos se habían retirado.

—Hasis es astuto y obstinado, pero sabe cuándo debe retirarse. Por ahora no hará nada que nos perjudique. Esperará la ocasión más propicia. Es necesario que no embarque con nosotros una vez que partamos de Liks hacia el territorio desconocido.

—Haré todo lo posible para que así sea, pero no te prometo nada. No podemos permitirnos el lujo de contrariar a Liks. Por más que deseemos arrinconarla, de momento es la ciudad más poderosa de la zona.

Cuando Sebub regresó a la popa comprobó que Aníbal estaba ya echado y cubierto, pero no podía dormir. Se negaba a cerrar los ojos porque en la oscuridad veía la muerte del hoplita con todo detalle, a pesar de que ni siquiera la había presenciado. La imaginación es a menudo la peor de las virtudes, porque inventa cosas que no existen hasta darles consistencia real. El viejo marino sintió deseos de apiadarse del muchacho, de decirle que no había sido culpa suya, que esas cosas pasaban y muchas veces eran inevitables, pero se retuvo. Sabía que Aníbal era inteligente y ya había agotado esos mismos argumentos en diálogo consigo mismo. Había muerto parte de su inocencia y eso que no había matado personalmente a nadie. Sin embargo, el chico pensaba que era como si el hoplita hubiera muerto por su propia mano. Aníbal debía enfrentarse a sus propios fantasmas si quería seguir adelante. La primera prueba no es casi nunca la más difícil, pero es la primera, el espíritu no tiene todavía aguante y se hace duro soportarla. Después de la primera herida, las siguientes duelen menos, algunas por conocidas, otras por esperadas y la mayoría por la costumbre.

—Descansa, Aníbal, descansa —fueron las únicas palabras de Sebub.

Aníbal se sintió solo y no comprendió entonces por qué la persona a la que más apreciaba no le consolaba. Como no había disfrutado nunca del cariño de un verdadero padre, ignoraba que el silencio podía ser también una medicina y que a Sebub le dolía más estar callado que acariciar con palabras de alivio los oídos de su pupilo.

El viejo marino pasó una mala noche. Se dijo que debía tener cuidado: se estaba encariñando con el chico y eso le hacía ser menos objetivo. Los otros aprendices que había tenido se perdían ya en el tiempo y la mayoría surcaban los mares con acierto olvidándose de su maestro. Pero aquel chico era distinto, o al menos eso le parecía, o quizá no quería reconocer que se estaba volviendo demasiado viejo.

## Las cinco ciudades

A la mañana siguiente emprendieron la navegación y al caer de la tarde ya habían llegado a la altura de Rus Bus.

—Allí, Aníbal, Cabo Blanco.

El chico había tenido toda la jornada para rumiar su pena y no había abierto apenas la boca en todo el recorrido.

—Lo veo, Sebub, y secundo tu maniobra para buscar el puerto de Melitta —respondió sin rencor.

Los rojizos rayos iluminaban las casas de la escarpada acrópolis de Rus Bus que, blanqueadas con cal, habían dado nombre al lugar. Aníbal imaginaba el destello que emitirían a pleno sol, siendo visibles desde muy lejos. Efectivamente, el cabo ofrecía una costa escarpada en todo su perímetro y debían girar para encontrar el refugio. Allí les esperaban representantes de las cinco ciudades: Rus Bus, Melitta, Karak, Gattat y Harambys, que no habían visto una concentración de naves tan grande en mucho tiempo. La nave capitana fue acogida en el puerto por la delegación al son de instrumentos y cánticos de alabanza y agradecimiento. Sebub había reparado en que las casas de Rus Bus no lucían tan blancas como la última vez que había pasado por allí. Las colonias tirias habían sufrido sequías y escasez de visitas regeneradoras, con lo que el número de sus habitantes había ido menguando de forma progresiva. La llegada de los cartagineses era una oportunidad magnífica para levantarse de nuevo y cobrar su importante papel en una ruta del sur muy debilitaba.

Hannón vistió sus mejores galas y bajó del barco acompañado por Dido, que se había enjoyado para la ocasión como correspondía a la esposa de un sufete de Cartago. Sus ricos ornamentos brillaron con las últimas luces de la tarde y despertaron la envidia de las mujeres de los representantes también presentes. Ambos parecían dioses bajando de su nave, llenos de esplendor frente a los colores pardos y grises de las

ropas de los colonos tirios, gastadas por los sucesivos remiendos. El sufete notó la vergüenza y el complejo de inferioridad en los rostros de los ancianos representantes de las cinco ciudades. Sintió lástima de su estado y notó que se habían esforzado en presentarse lo más dignamente posible dadas sus circunstancias, pero no dejó que sus pensamientos turbaran su misión. Cuanta más admiración despertase en ellos, mayor sería la sumisión al omnímodo poder de Cartago. Él era la encarnación de la ciudad y, aunque no estaba en su mejor momento, podía presumir de ser todavía la señora de los jinetes del mar.

Junto a ellos bajaba Aristodemo ataviado con su brillante escudo, cuyo león parecía querer saltar sobre los asombrados colonos. Tras él su guardia de elegidos con sus corazas de lino, sus escudos y los broncíneos cascos de roja cimera. Quizá no serían útiles en lugares de combate pantanosos, como acababa de comprobar en el episodio con los elefantes, pero conseguían un efecto aterrador en el enemigo. Con los cascos corintios bajados por orden de su jefe, los soldados parecían máquinas de guerra sin alma, en los que apenas se vislumbraba la humanidad de sus ojos.

Orgulloso de causar una honda impresión en aquellos infelices, Aristodemo seguía a su amigo como una prolongación del poder de Cartago, listo para la paz, pero también para la guerra. Los colonos comprendían sin duda el mensaje: ahora debían olvidarse de Tiro y someterse al imperio de los jinetes del mar. Y ciertamente era una decisión fácil. Su nueva ciudad madre les enviaba a uno de sus más altos dignatarios como una muestra de honor a la que solo cabía responder aceptando su dominio sin condiciones. Por otro lado, la presencia de hombres tan bien armados eliminaba cualquier intento de rebelión, aunque en aquel caso era altamente improbable. Es más, en los hombres del espartano veían la salvación para su angustiosa situación en las colonias de Karak y Gattat, encargadas de defender el muro hacia el interior. La debilidad y la indisciplina hacían que fueran lugares muy vulnerables. Cuando recibieron mensajeros de Cartago diciendo que se repoblarían con soldados y sus familias, no tardaron ni un momento en agradecer el amoroso cuidado de su nueva ciudad madre.

La mayoría de las negociaciones ya se habían realizado con anterioridad a la partida, durante los años de preparación en los que Himilcón había ayudado de forma inestimable a su hermano. Ahora el sufete venía simplemente a recoger los frutos y a cumplir con lo acordado, dando fe con su presencia de que los pactos eran firmes y estables. El precio que tenían que pagar las cinco ciudades era mantener el santuario del cabo de las Rocas y someter su política exterior a Cartago en todo lo relacionado con la ruta del sur. No les

había parecido excesivo y, de todos modos, no podían rechazar el ofrecimiento. La nueva sangre cartaginesa estaba facultada para mezclarse con facilidad con la tiria, por algo eran de la misma raza, y no se esperaba que los colonos aportados por Hannón dieran problemas.

El sufete esperaba distribuir unos mil quinientos colonos entre las cinco poblaciones. La mayoría eran pescadores y mariscadores que se encargarían de revitalizar la mano de obra de las ciudades y de producir incluso un excedente para aprovisionar a los barcos de la ruta. También dejaría una buena cantidad de soldados entrenados y elegidos por Aristodemo. El espartano había permitido que las familias de bastantes de sus hombres formaran parte de la expedición con la intención de establecerlos en Karak y Gattat, las dos poblaciones de frontera que aseguraban la supervivencia del lugar. Eran los únicos que sabían cuál era su destino y habían hecho juramento de guardar silencio bajo pena de muerte.

La delegación de las cinco ciudades rindió pleitesía al sufete y a su esposa y les condujo a una de sus mejores viviendas para agasajarlos con un banquete. Como ya era de noche, Hannón ordenó que se esperara al día siguiente para desembarcar a los colonos y conducirlos a sus asentamientos.

Los que tenían Harambys como destino permanecerían a bordo y serían dejados en el lugar en la ruta hacia Liks. Aristodemo asistió al banquete junto con su guardia de honor, dejando al resto de sus hombres en el puerto vigilando la nave capitana. También Hasis tuvo que acudir con la ira ardiendo dentro de su corazón y la humillación infinita reflejada en sus ojos. Hannón se había equivocado permitiendo su desembarco; con ello solo avivaba el odio del hombre de Liks. Sebub prefirió quedarse a bordo y también Aníbal. En cuanto a Isthar, permaneció en la nave del embajador aliviada por su ausencia.

Hannón tuvo que esforzarse en dar muestras de satisfacción ante lo que no era sino una pobre cena. La pena se pintaba en el rostro de los delegados que temían el desagrado del sufete. No se atrevían a expresarse abiertamente y el ambiente estaba tenso. Hasis estaba totalmente enfurecido. ¿Con estos pobretones pretendía el sufete hacer negocios y darles el mantenimiento del templo de Baal Ras? Pero si no eran más que unos tirios mal vestidos que vivían en míseras casas en las que apenas quedaba rastro del blanco de la cal. ¿Y prefería aquello a Liks?

Hannón consiguió llevar una conversación agradable y los colonos, más tranquilos, suplieron sus modestos alimentos con una exquisita amabilidad mostrándose en todo momento serviciales. Eso agradaría al representante de Cartago. Y estaban en lo cierto. El sufete prefería

la sencillez y sinceridad de aquellos hombres, que no tenían nada que perder y sí todo por ganar con la ayuda de Cartago, a la arrogancia y doblez de los de Liks. Dido consiguió con su buen hacer que las damas locales se sintieran a gusto y no solamente impresionadas por la riqueza de sus visitantes. Enseguida supo halagar las virtudes de las tirias, y su sencillez congenió rápidamente con la simplicidad de aquellas mujeres alejadas de los lujos desde hacía tiempo.

—¿Y cuánto pensáis quedaros entre nosotros? —se atrevió a preguntar el delegado de Melitta, la colonia que hacía cabeza.

—No mucho, querido amigo. Unos tres días como máximo. El tiempo suficiente para visitar vuestras ciudades y elaborar un informe para el senado de Cartago. Cuento con que baste para que nuestros colonos desembarquen y se instalen en los lugares convenidos.

—Creo que será suficiente, aunque sentimos que no permanezcáis más días con nosotros —mintió cortésmente el delegado, que había hecho la pregunta temiendo que no pudieran satisfacer las expectativas de todo un sufete si la estancia se alargaba demasiado.

—Mañana mismo estáis invitado a visitar Rus Bus —se apresuró a decir el delegado de Cabo Blanco, que de ser el primer asentamiento había pasado a un lugar secundario, aunque importante desde el punto de vista estratégico.

Su ciudad era la que más había sufrido la recesión por la incomodidad de su emplazamiento. Deseaba que el sufete la viera primero y enviara abundantes hombres para repoblarla.

—Y cuando lo juzguéis oportuno visitaréis Karak y Gattat —dijeron al unísono sus representantes, como si el muro que unía ambas poblaciones uniera también a sus hombres haciendo que los dos lugares se sintieran uno.

—Calma, amigos, todo a su tiempo —dijo Hannón, tranquilizándolos—. Os prometo que os visitaré a todos puntualmente. Y ahora, si nos disculpáis, desearíamos descansar de esta jornada de viaje.

—Como gustéis. Hemos preparado un alojamiento especial para vos y vuestra esposa si os dignáis aceptarlo.

Hannón pensaba dormir en el barco, como siempre, después de su habitual reunión del consejo, pero no deseaba contrariar a los tirios ni avergonzarlos. Además, seguro que a Dido le gustaría el cambio.

—De acuerdo. Dejadme despedir a mis hombres y enseguida estaré con vosotros.

El sufete habló con Aristodemo y le recomendó encarecidamente que pusiera a un hombre de confianza cerca de Hasis. Le advirtió que de ninguna manera se acercara él al embajador. Lo más probable es que volviera a la nave con Isthar y no diera problemas aquella noche, pero mejor era prevenir cualquier eventualidad.

Dido y Hannón entraron en la estancia reservada para ellos y cerraron tras de sí la puerta. Allí gozarían de una intimidad y tranquilidad mayor que en su camarote. Los tirios habían tenido cuidado de elegir un lugar silencioso para que nada molestase a tan ilustre huésped. La habitación estaba limpia y bien arreglada, con una cama de madera torneada que debía haber pertenecido al fundador de la colonia o alguno de sus personajes más importantes en sus tiempos de esplendor. Se acostaron con alegría, contentos de poder descansar el uno junto al otro en medio de todo aquello que les superaba. Abrazados y con los ojos cerrados casi podían sentir que estaban en su alcoba y que, en cualquier momento, después de los ardores del amor, podrían salir a refrescarse en la terraza con Cartago a sus pies iluminada por la luz de la luna.

—¿Ves como no soy un estorbo? —le dijo ella suavemente al oído.

—Lo veo, lo veo —respondió Hannón, perezoso, al tiempo que se colocaba sobre ella.

Se unieron con amor, como siempre, despacio, dejando que cada uno sintiera que lo era todo para el otro y entregando el alma con cada jadeo.

Luego ella volvió a decir:

—Me alegro de haberte acompañado. Por ahora todo va bien y no me negarás que te he sido útil.

—¿Quieres que el sufete de Cartago lo reconozca en persona? Pues sí, pues claro que sí. —dijo, abrazándola con fuerza de nuevo—. Todo va bastante bien y según lo planeado, pero no deja de haber ciertas tensiones que tú también habrás notado.

—Hasis y Aristodemo, ¿no es así?

—En efecto, y no dejo de reprocharme haber permitido embarcar a Isthar.

—Tú le dijiste que buscara su luz, ¿no? Así que la próxima vez mide tus palabras y no te metas a ser Sebub —le dijo ella bromeando.

Así era Dido, capaz de hacer reír a Hannón en el momento adecuado, capaz de amarle hasta negarse a sí misma, capaz de vivir por él, porque él era su vida.

—Venga acércate otra vez, cierra los ojos y abrázame como si por una noche estuviéramos en Cartago.

Hannón se entregó de nuevo olvidando su condición y su gloria, olvidando sus temores, disfrutando del momento presente sin pensar en el mañana. Sin Dido no podría haberlo hecho, estaría dando vueltas sin cesar a cómo sería el recibimiento en Liks y el resto del viaje más allá de lo plenamente conocido, sabiendo que no contaría con la presencia de la Estrella de la Tarde cuando más lo necesitara. Nunca permitiría que Dido se pusiera en peligro, aunque a veces dudaba si no sería más arriesgado dejarla en Liks que permitir que lo acompañara

hasta el final de la expedición.

Descansaron tan profundamente que les sorprendió el toque en la puerta de Aristodemo para avisarles de que había que ponerse a trabajar e inspeccionar aquellas decrépitas colonias. Hannón se desperezó con desgana. Volvía a ser el sufete. Vistiéndose con una ropa más práctica y menos ostentosa que la noche anterior, rogó a Dido que permaneciera en la habitación y se encargara luego de seguir convenciendo a las tirias de las ventajas de pertenecer al imperio de la ciudad más avanzada del mar Interior.

Junto a Aristodemo estaba Aníbal. Sebub le había convencido de que sería interesante visitar las colonias y el chico seguía ávido de conocimiento. Sin embargo, temía no ser aceptado por culpa de su actuación en la laguna de los elefantes e incluso tenía miedo de desembarcar. Su primera reacción había sido negarse, pero la mirada de Sebub era irresistible cuando daba una orden. Sus temores se desvanecieron cuando al pie de la nave Aristodemo lo había llamado, como si no hubiera pasado nada, llevándolo a la casa donde dormía el sufete. Aníbal esperaba insultos y reproches, pero el espartano no hizo referencia alguna al suceso. Sebub y Aristodemo le estaban enseñando que el pasado no podía cambiarse y que era inútil traerlo a la mente una y otra vez como si fuera posible modificarlo. Por más veces que lo imaginara, lo hecho hecho estaba, y aunque quedara la cicatriz, la herida debía cerrarse para estar preparado para la siguiente. Todas las heridas hieren, le había dicho Sebub, solo la última mata.

Hannón tampoco le hizo ningún reproche. Se limitó a saludarlo de pasada y a seguir a Aristodemo hasta donde le esperaban los delegados. Habían preparado un carro para conducirlos a la acrópolis, pero el sufete prefería subir andando. Hannón deseaba dar sensación de fortaleza y también de familiaridad, para que los colonos lo considerasen de rango superior, pero no demasiado lejano como para no atreverse a hablar con sinceridad. Los delegados comprendieron el gesto y se mostraron dispuestos a acompañarle a pie, aunque para algunos, ya ancianos, iba a ser un esfuerzo considerable.

—Por favor, no es necesario que vengáis todos conmigo —les rogó, como si fuera inferior a ellos—. No soportaría veros sufrir sin necesidad.

Su actitud cautivó el corazón de los tirios, que sonrieron satisfechos y se congratularon de aquel sufete con poder absoluto, pero comprensivo. Algunos subieron al carro excusándose, pero agradeciendo en el fondo la deferencia de Hannón.

Aristodemo y Aníbal contemplaron la escena sorprendidos de la habilidad de su amigo y comprendiendo por qué Sebub siempre hablaba de él como el elegido. El viejo marino hubiera deseado estar allí, pero fiel a su papel de sombra permanecía en el barco, sabiendo

que no le quedaban muchos años de travesía. A veces, le asaltaba la visión de un hombre delgado y macilento pidiendo limosna por las calles de Cartago. Cuando él llegaba a su altura, el anciano abría los ojos y Sebub se encontraba con su propio rostro. Temía aquella visión porque sabía que podía ser su futuro, una vez que sus piernas y sus brazos estuvieran fatigados para cabalgar en los caballos del mar. En un supremo esfuerzo la apartaba y se concentraba en el presente, en aquella ruta del sur que sería probablemente su última oportunidad.

Aníbal disfrutó de la subida a Rus Bus viendo cómo Melitta se hacía cada vez más pequeña. En la acrópolis el blanco de la cal había decaído, pero algunas casas todavía conservaban el orgullo de su nombre. Los habitantes salieron a recibirles alborozados, como náufragos a quienes un barco rescata de sus penurias. Aristodemo estaba atento y apartaba a los que se abalanzaban hacia el sufete. Los delegados pedían calma. El de Rus Bus le entregó a Hannón solemnemente un papiro con las necesidades de la ciudad. Se excusó por su atrevimiento, pero el sufete comprendió que se había arriesgado noblemente por su pueblo y que la necesidad era real.

—Amigos —dijo, mientras le rodeaban expectantes—, atenderé a vuestras peticiones. Traigo conmigo a muchos colonos de Cartago a los que les gustaría convivir con vosotros en este hermoso lugar, atalaya de la ruta del sur. Son personas excelentes y conocedoras de sus oficios. Os ruego que los acojáis como lo que son, vuestros hermanos.

Los presentes prorrumpieron en vivas a Cartago y a Hannón, y él se sintió como un dios con poder para aliviar el sufrimiento de los otros. Disfrutó del momento de gloria sabiendo que serían los momentos más dulces de su viaje. Pronto tendría que hacer frente a lo que no podía controlar.

Aníbal vio la gloria del sufete y se sintió parte de algo grande, él que siempre había sido considerado solo útil para ir de un lado a otro llevando jarras de vino. En un momento en el que los de Rus Bus rodeaban a Hannón, se escapó brevemente para llegar a la cima más alta del pueblo y contemplar desde allí la inmensidad del mar. La visión desde el cabo de las Rocas le había fascinado y quería repetir la experiencia. No quedó defraudado. De nuevo se vio pequeño ante la inmensidad de la llanura de agua y permaneció unos instantes hasta que la imagen quedó grabada en su mente. ¡Qué dicha sería vivir en aquella cumbre contemplando aquel espectáculo de por vida! Pero debía bajar. Quizá algún día se quedaría quieto y elegiría aquel lugar para establecerse, pero ahora necesitaba moverse. Volvió junto a Aristodemo, que estaba a punto de salir en su busca, y emprendieron el descenso. Muchos habitantes vestidos de blanco acompañaron al séquito del sufete en su bajada al puerto de Melitta y formaron una

cinta blanca desde la cumbre, como si Rus Bus se hubiera desbordado.

Aquella tarde el sufete se dedicó a la visita de Melitta dejando para el día siguiente la inspección de Karak y Gattat. Aristodemo empleó ese tiempo para asentar a sus hombres en aquellas dos poblaciones y revisar el estado del muro, preparando la llegada oficial del sufete. Tras el agotador día, Hannón relató brevemente a Dido lo sucedido y ella le puso al corriente de los chismes de las poblaciones. Decía que las mujeres habían llevado, como siempre, la peor parte y esperaban salir pronto de su miseria. A Dido le había encantado su sencillez y su resistencia y a veces se sentía incómoda con su cuidada piel y sus ropas suntuosas, a pesar de que había elegido sus galas más modestas. El lugar pronto crecería gracias a las ganas que tenían sus habitantes de cambiar de vida. Buena señal para Cartago y de seguro un firme aliado para sus intereses en la zona.

Aníbal también contó a Sebub con emoción la visita a Rus Bus, que era lo que más le había gustado de la jornada. El viejo marino disfrutaba con las alocadas palabras del muchacho y ese nuevo brillo que notaba en sus ojos. Estaba despertando al conocimiento y a la vida y para Sebub ese era un espectáculo mayor que todas las riquezas del mundo.

La visita de las ciudades unidas por el muro fue rápida. De ellas apenas quedaban un puñado de casas habitadas por soldados ya entrados en años. Era un milagro que los indígenas del interior no se hubieran atrevido a atacarlas, aunque su ruinoso estado les sugeriría que no merecían el esfuerzo de un combate. El muro estaba derruido en alguno de sus tramos y Aristodemo y sus hombres ya habían comenzado a repararlo; pronto las ciudades prosperarían y entonces sí que supondrían una suculenta tentación para los indígenas de tierra adentro.

Hannón, con Aníbal a su lado, que no había querido perderse la visita, pasó acompañado por los delegados junto a un lugar del muro en reparación. Allí se detuvo un momento a saludar a Aristodemo que, desprovisto de coraza y casco, acarreaba él mismo enormes piedras asistido por los mejores de sus hombres. Aníbal admiró la musculatura de aquel León y la tensión en su rostro cuando debía levantar el pesado material. Se notaba que no era la primera vez que reparaba un muro. El espartano se secó el sudor de la frente, que casi le impedía ver, y retiró de su rostro los empapados cabellos para responder al saludo oficial del sufete.

—Puede arreglarse —dijo secamente.

—Confío en ti —respondió Hannón.

El séquito continuó su camino hacia Karak en el otro extremo del muro, ya que había empezado por Gattat, la más cercana a Melitta.

Aristodemo los vio alejarse bajo el implacable sol de la mañana y volvió al trabajo. Su mente no cesaba de recordar otro muro en el que había trabajado con empeño: el muro foceo que defendía las Termópilas y a cuya sombra se había peinado los cabellos antes de entrar en combate con los persas.

El recuerdo se le hizo doloroso y tuvo que afanarse en buscar otra piedra descomunal para que el extremo esfuerzo obligara a su mente a emplearse a fondo, arrinconando las sombras del pasado. El León de Esparta y sus hombres habían sido el verdadero muro de bronce que había cerrado las Termópilas ante el invasor, al menos por unos días. Occidente se había salvado y ahora él, un espartano un tanto peculiar, levantaba nuevos muros más allá de las Columnas de Melqart para expandir el comercio y la civilización. De ningún modo se sentía traidor a los griegos por ayudar a sus rivales cartagineses. Él obedecía las órdenes de su rey y eso era precisamente lo que le había ordenado Leónidas.

Los hombres de Aristodemo redoblaron sus esfuerzos al ver la entrega de su jefe. En muy poco tiempo había conseguido que pensaran como uno solo. Ese era el secreto de la falange: su unidad y su camaradería. Les había dicho que se olvidaran de lo que habían sido y de su ciudad de origen, que si deseaban oro podrían conseguirlo tan fácilmente como la muerte, que lucharían no por una idea sino por ellos mismos cuando quedaran a su suerte en un territorio incierto. Los había convertido en hombres de frontera, en hombres-muro, en piedras vivas, más poderosas que los enormes bloques que ahora movían.

Y ellos, que al principio se había visto sorprendidos por un espartano y la fama de aspereza que estos tenían, se habían dado cuenta de que su jefe sufría con ellos, vivía por ellos, moriría por ellos si era preciso. Habían practicado tantas veces la posición del muro de bronce, en el que cada uno dependía de su compañero para la supervivencia, que una vez que dejaban el escudo, no podían evitar estar cerca unos de otros, apoyándose. La muerte del hoplita a causa del elefante de la laguna los había sumido en una pena momentánea, pero habían aprendido que otro podría remplazarlo, que lo importante era el conjunto, a pesar de que cada uno de ellos debía dar lo mejor de sí mismo individualmente. Se habían acostumbrado a separarse de sus camaradas en Kitheron y ahora aquí en Karak y Gattat se quedarían muchos de ellos, pero Aristodemo había tenido cuidado de dejar a los hombres por batallones, sabiendo que la unidad en la acción también era útil para la unidad en la paz.

Allí, bajo el sol que les quemaba la piel por momentos, sudaban unidos, trabajaban unidos. Se quedaría una mezcla de hombres veteranos con otros más jóvenes para compensar la audacia de los

últimos con la experiencia y saber hacer de los primeros. Aristodemo seguiría con los que él había elegido como guardia personal. En contraste con su rey Leónidas, que había elegido a los trescientos entre los hombres que tuvieran descendencia, él elegía ahora a cien hoplitas que no tuvieran familia ni compromisos de ningún tipo, deseosos de ir siempre hacia delante, sin el menor deseo de volver a ningún lugar, porque solo se debían a su jefe y a sí mismos. Así lo había acordado con Hannón: una cosa era la colonización y en ella sí debían usarse soldados con sus familias, hecho que ayudaría a la protección del lugar, sabiendo que luchaban no únicamente por ellos sino por sus mujeres e hijos, y otra muy distinta la exploración, incierta e insegura y con altas posibilidades de fracasar o de no regresar jamás. Para eso se necesitaban hombres que renunciaran a su pasado, interesados exclusivamente en su presente y su futuro. Aristodemo, buen conocedor de los soldados y de sus miedos, los había escogido cuidadosamente después de haberlos observado en los entrenamientos y en la travesía.

En medio de todo el ajetreo también encontraba algún momento de reposo en el que venía a su mente la imagen de Isthar acompañada de la rabia de no poder hacer nada para ayudarla. La orden del sufete era que no se acercase a ella ni a Hasis. La estabilidad de la expedición estaba por encima de todo. Lo comprendía y lo asumía, no sin esfuerzo, acudiendo a su entrenada voluntad espartana.

La Estrella de la Mañana disfrutó en aquellos dos días de una relativa tranquilidad, puesto que Hasis no se separaba del sufete y, al caer la tarde, venía tan rendido que apenas la tocaba durmiéndose enseguida. Ella se encargaba de que nada le faltara al embajador, como una esclava personal, pero aprovechaba cualquier momento para acudir junto a Dido, que la recibía con agrado e intentaba ayudar a la muchacha a sufrir con paciencia su desdicha. Se habían hecho amigas en un tiempo muy breve y se dieron cuenta de que estaban más cerca una de la otra de lo que hubieran imaginado. Isthar envidiaba la dulzura de Dido y deseaba poder parecerse a ella algún día, mientras que la esposa del sufete disfrutaba con el encanto de la joven, un encanto personal que bien dirigido podía hacer de ella una mujer excepcional. Si Dido conseguía domesticar en cierto modo la belleza salvaje de la Estrella de la Mañana, estaba segura de que Isthar podría compararse a cualquier dama de Cartago e incluso superarlas. Y el arma era sencilla, pero de lento avance: quererla, hacer que se sintiera amada gratuitamente. Sin embargo, la perturbadora presencia de Hasis transformaba a la muchacha y la convertía de nuevo en su pasado. Era como una frágil nave que va de un lado a otro en la tormenta y en un momento parece que va a superar la ola, para ser arrollada por ella en el instante siguiente.

Terminadas las inspecciones, el sufete dedicó el tercer día a preparar la partida y a despedirse de los hombres, mujeres y niños que dejaría en aquella escala. Por la tarde se instaló una tribuna en el puerto y Hannón dirigió unas palabras a los nuevos colonos. Se sintió orgulloso de contribuir a la mejora de sus existencias y vio la sonrisa de esperanza pintada en sus rostros; una esperanza que parecía conjurar sus recurrentes pesadillas sobre el futuro de Cartago. Si algún día caía la ciudad madre, no le faltarían hijas para regenerarse de nuevo. Aquel era otro de los motivos de la empresa: no solo el oro y el comercio eran importantes, también extender el imperio y generar nuevos retoños, como un día Cartago había nacido de Tiro. Él, que nunca había sido padre, se sentía entonces padre de muchos y con pena se separaba de ellos deseándoles lo mejor, como cuando el progenitor se separa de sus hijos para que puedan vivir una nueva existencia.

Igual le pasaba a Dido, madre de nadie y madre de todos, consuelo de nadie y consuelo de muchos. Las mujeres, que habían experimentado sus cuidados y desvelos durante la travesía, miraban a la esposa del sufete como a una nueva Tanit, protectora y amorosa con sus hijos, mientras que los hombres veían en Hannón a Baal, todo equilibrio, que les había llevado sin incidentes a su nuevo hogar. Los esposos se dieron la mano levantándolas para saludar a los suyos, como en un intento de abrazarlos a todos. Era imposible y por eso algunos niños subieron al estrado como representantes y ellos sí que tuvieron el privilegio de ser abrazados por aquella pareja casi divina. Aníbal y Sebub contemplaban la escena desde la nave llenos de alegría. Ellos también se sentían abrazados y ahora, una vez que casi todos los hijos vivirían por sí mismos, se quedarían como los preferidos y los primogénitos, disfrutando del cariño especial de sus nuevos padres.

Con el corazón rebosante de gozo Hannón y Dido se retiraron a su habitación, sabiendo que aquel instante había sido único y que compensaba todas las incomodidades pasadas y las incertidumbres diarias. Habían cumplido con éxito la primera parte de la misión de sembrar el poder de Cartago en la costa occidental basado en hombres y prestigio. Durmieron plácidamente, apartando a un lado las dificultades que encontrarían al llegar a Liks.

Aristodemo terminó de dar órdenes y consejos a los soldados que guardarían las ciudades y se acostó en la cubierta de la nave capitana junto a Aníbal. El chico todavía estaba fascinado por el espectáculo multitudinario de la tarde y las aclamaciones recibidas por el sufete y su esposa. Sintió que era parte de algo grande que no podía hacerse sin él y ese sentimiento le colmó el corazón borrando para siempre el más mínimo rastro del niño de Las tres Gracias.

Sebub permaneció un rato despierto. No faltaba mucho para que empezaran los problemas cuando llegaran a Liks y luego, al emprender la ruta menos transitada del sur. Estaba inquieto y eso le preocupó, porque siempre había estado en calma en sus anteriores viajes, aunque ninguno tenía la trascendencia de este. Se preguntó si sería la edad que le pasaba factura o que estaba perdiendo su visión profética. No sería la primera vez que un viejo piloto empezaba a perder facultades sobrenaturales cuando encontraba al que iba a ser su sustituto en la cadena de la vida. Sebub ansiaba ser timonel en el océano Celeste, pero antes alguien debía ocupar su puesto en el mundo de los vivos, para mantener la armonía del universo y que su partida no fuera otra cosa que una sustitución, como había sucedido el día que había muerto su padre y maestro.

Hasis, por su parte, retenía su rabia. De momento no podía hacer nada y el espectáculo de aquella tarde le había confirmado el magnetismo del sufete y el poder de Cartago. Pero pronto llegarían a Liks, la ciudad que habían evitado deliberadamente y que solo estaba a una jornada tras las Columnas de Melqart, la ciudad a la que le hubiera correspondido controlar estas cinco poblaciones y el templo de Baal Ras. Esperaba que el senado de Liks expresara a Hannón su repulsa por sus actividades sin contar con ellos y que pusiera en su sitio al arrogante sufete. Se durmió saboreando la venganza y el futuro sufrimiento de Hannón. Su recibimiento en Liks iba a ser muy diferente del de estos pobretones dispuestos a rendirse ante cualquiera que vaciara su bolsa. Sí, pronto podría resarcirse y disfrutar por fin de la Estrella de la Mañana sin tener que temer las represalias o las intromisiones de aquel belicoso espartano. Liks, Liks, ¿por qué tardaban tanto en llegar?

## Liks

La flota reanudó la ruta hacia el norte con destino a Liks, pero a muy poca distancia de las cuatro ciudades la nave capitana ordenó una parada y ella en solitario se internó por el río que llevaba a Harambys. Fue una visita breve para desembarcar a los colonos que debían contribuir a la misión del lugar, que era fundamentalmente abastecer de pesca y ganado a las demás poblaciones y en el futuro a los barcos de la ruta del sur. Hannón debía hacer acto de presencia para no suscitar rivalidades innecesarias y los humildes pescadores y pastores recibieron al sufete con alegría y asombro. Nunca nadie de tanta importancia les había visitado y no sabían muy bien cómo agasajarlo. Para el sufete bastaba con el gesto amistoso y unos cuantos peces de gran tamaño que disfrutaría esa misma noche invitando a su consejo privado.

En dos jornadas de navegación estarían en Liks y durante ese tiempo la ansiedad de Hannón y Sebub aumentó a la par que el gozo de Hasis. Aníbal, siempre atento a todo, podía percibir la preocupación del sufete y del viejo marino, pero confiaba en su saber hacer. Hannón sabía que debía entrar en Liks como dueño y no como visitante, pero ¿cómo hacerlo sin ofender al senado y a su autonomía? No había modo posible. Las instrucciones de Cartago habían sido claras: la ciudad debía someterse a los dictados de los jinetes del mar, le gustase o no. Sebub aconsejaba una entrada discreta, mientras que Aristodemo apostaba por una exhibición de fuerza con sus cien hoplitas desfilando en armas. Hasis astutamente permanecía en silencio y aguardaba la decisión final, que comunicaría de inmediato a los suyos para que estuvieran preparados. Desde luego no iba a repetirse un recibimiento como el de Melitta, ya que los de Liks eran gente cultivada que presumía de remontar su fundación incluso a un tiempo anterior al del establecimiento de Gadir. Por lo que había

podido averiguar Hannón, estaban orgullosos de su pasado y avergonzados de su decadencia presente y de tener que depender de Cartago para sobrevivir. No esperaba de ellos gran sinceridad ni una información fiable de lo que hubiera más allá del cabo de las Rocas. Recordaba las alabanzas de Hasis a las riquezas que encontrarían cuando se internaran más al sur, pero podía tratarse de exageraciones inventadas para atraer a los inversores de Cartago. Por eso estaba él allí, para certificar la veracidad de todo ello personalmente, sabiendo que su palabra sería garantía de verdad en el senado de los jinetes del mar.

Los imaginativos griegos, que todavía conocían poco la zona, decían que Liks era el Jardín de las Hespérides, un lugar ideal donde las tres hijas de Atlante vigilaban un hermoso vergel de manzanas doradas con la ayuda de un terrible dragón. Hannón había oído la historia de niño y había forjado su deseo por conocer el mundo más allá de las Columnas de Melqart, pero ahora sabía que no eran más que fantasías y que, aunque él fuera un nuevo Jasón, sus peligros eran más reales que imaginarios y temía más a Hasis y al senado de Liks que a las arpías. No obstante, muchos decían que el mito podía reflejar la existencia de oro en el interior del territorio de la ciudad, dato que los habitantes no habían revelado, quizá porque no deseaban que los cartagineses lo supieran o porque no era cierto. Hannón tendría que averiguarlo por sí mismo y penetrar por primera vez en el interior de África buscando su dorado corazón, como cuando el cirujano hurga con el escalpelo para extraer la punta de la lanza del costado de un herido.

Cuando llegaron de mañana a Liks, pudieron ver de lejos el promontorio en el que se asentaba situado en la orilla derecha de un caudaloso río. Las casas, dispuestas en terraza, recordaban a Cartago y a la colina de Byrsa, pero aquella ciudad era mucho menos imponente. Con todo no tenía comparación con las empobrecidas colonias tirias que habían visitado. Podían estar en crisis, pero mantenían el orgullo bien alto con sus edificios perfectamente encalados y sus templos de vivos colores.

En el puerto aguardaba una delegación del senado dispuesta a recibir a la nave capitana, en la que había permanecido Hasis después del consejo de la noche precedente. El embajador sería el primero en desembarcar y en presentar al sufete y a su esposa a los delegados de la ciudad. Estaba tranquilo porque Hannón no había seguido el consejo de Aristodemo y los soberbios hoplitas estaban distribuidos en las naves con órdenes de no intervenir a no ser en un caso extremo. Los consejos de Himilcón a su hermano sobre la prudencia y la diplomacia y la opinión de Sebub habían influido en la decisión del sufete. El espartano había exigido acompañarle al menos con una

pequeña escolta de honor que, además, le proporcionara una relativa seguridad.

Hannón y Dido desembarcaron tras Hasis en actitud solemne y con sus mejores galas, tal como lo habían hecho en Melitta, pero el resultado no iba a ser el mismo. Enseguida apreciaron que los senadores de Liks vestían también de modo suntuoso y que no les impresionaban los ropajes de los representantes de Cartago. Aquel truco no valía con ellos. El saludo fue amable, aunque frío, lleno de una diplomacia que ocultaba un innegable descontento. Solo la presencia de los relucientes hoplitas impuso un poco de respeto que Hannón notó, casi arrepentido de no haber seguido la sugerencia de Aristodemo. Sin embargo, prefería actuar por la palabra antes que por la fuerza, sabiendo que si empezaba con violencia tendría que seguir usándola en el futuro y cada vez con mayor intensidad, mientras que si conseguía un triunfo con la palabra no necesitaría dejar una guardia permanente en Liks, que tendría pocas posibilidades de ser duradera.

Avanzaron por las calles de la ciudad hacia la acrópolis, en la que el senado tenía su sede. Los habitantes se apretujaban en las estrechas callejuelas para ver pasar al sufete, pero no había entusiasmo en sus rostros ni gritaban vivas a Cartago. El silencio era más aterrador que la hostilidad declarada y Aristodemo había rodeado a Hannón y Dido con su guardia personal con los escudos al costado y las lanzas preparadas. Las instrucciones eran no hacer nada si él no daba la orden, pero temía que, debido a la presión, alguno de los hoplitas actuara por su cuenta. Hasis y los senadores avanzaban tranquilos diciendo que no pasaba nada, que la estrechez se debía a la sinuosidad del recorrido. Sin embargo, todo estaba perfectamente orquestado para infundir inquietud e incluso miedo en el sufete, dando a entender la oposición de Liks a Cartago. Hannón cogió a Dido de la mano para transmitirle seguridad, aunque fue ella la que con su mirada logró tranquilizar el agitado corazón del sufete, que debía meditar su discurso ante la cámara de aquella ciudad descontenta. Invocó en su interior al espíritu de Amílcar para que le inspirase palabras oportunas, combinando la prudencia con la audacia contenida, para transmitir que no tenía miedo ni actuaba de modo arrogante o a la desesperada.

Hannón y Dido sintieron alivio al entrar en el edificio cuadrangular del senado, que estaba techado y rodeado en tres de sus partes por gradas de piedra cubiertas de senadores. Preferían estar allí dentro que a merced del pueblo, aunque parecían un par de corderos rodeados de lobos a juzgar por los severos rostros de los asistentes. Aristodemo puso guardias dentro y fuera de la sala. Sus hombres se apostaron junto a los soldados de la ciudad, peligrosamente cerca unos de otros. El espartano confiaba en que, en caso de lucha, sus hoplitas,

mejor entrenados, superarían a los locales. El sufete y su esposa tomaron asiento en la presidencia en el lado libre de gradas y donde se sentaban también los dos magistrados supremos de Liks que presidían la asamblea.

Una vez que finalizaron los sacrificios propiciatorios, Hasis tomó la palabra.

—Ilustres senadores, tenemos el honor de acoger hoy entre nosotros a uno de los sufetes de Cartago. No se trata de un mero embajador, sino que la reina del mar Interior nos envía a uno de sus dos gobernantes en un hecho sin precedentes que debemos apreciar en su justa medida. Lo que él nos diga tiene mucho más valor que el de cualquier otro representante. Y ¿a qué ha venido? Según dice, a favorecer a nuestra ciudad y contribuir a su crecimiento gracias a la apertura a gran escala de la ruta del sur. Eso dice, pero parece que sus hechos lo desmienten. Yo mismo he sido testigo de cómo, pasando por alto nuestra ciudad, se ha dirigido más al sur a fundar una nueva que ha llamado Kitheron y que no tardará en ser nuestra rival, a pesar de que nosotros mismos hemos ayudado a su fundación. Y, lo que es más, ha abierto un importantísimo templo en el cabo de las Rocas negándonos su custodia y mantenimiento y dándoselo a esas poblaciones tirias de poca importancia, casi ya olvidadas por todos. Yo le pregunto, reflejando el sentir de todos vosotros, ¿es así como pensáis favorecernos? ¿Es así como Cartago premia a sus aliados? ¿O es que su intención no es otra que anularnos y que nos sometamos totalmente a los jinetes del mar?

El discurso de Hasis levantó voces de apoyo entre los senadores. Había sido directo e incisivo, impropio de un embajador y más cercano al estilo de un acusador. Hannón estaba preparado. Ya había discutido con Hasis al respecto privadamente y ahora debía hacer públicas las intenciones de Cartago, aun a costa de su seguridad personal.

—El embajador ha dicho solo parte de la verdad —comenzó—. Es cierto que hemos pasado de largo vuestra ciudad, sin embargo, ha sido para llegar cuanto antes al cabo de las Rocas y empezar las observaciones con tiempo suficiente para favorecer la ruta del sur. No hemos, pues, pretendido despreciar vuestra dignidad ni dejaros de lado. Por lo que se refiere a la fundación de Kitheron, el embajador ha ocultado, no sé si intencionadamente, que será un puerto alternativo al vuestro y que de ningún modo os suplantará. Todo dependerá de los vientos y no creo que podamos atribuirles preferencias políticas. Y queda el asunto del templo de Baal Ras y su mantenimiento. Nuestro deseo ha sido facilitar las cosas y actuar con la razón. Es más sencillo que se encarguen de ello las poblaciones más cercanas, con el consiguiente ahorro de gastos de transporte, que no os serían en

absoluto favorables. Estando así las cosas, tengo que decir que no hemos hecho más que apoyar vuestro desarrollo futuro porque sois una pieza clave en toda la ruta.

»Por todo ello, no tengo otra opción que advertiros de una cosa. Quizá, ojalá no fuera cierto, el discurso de Hasis esconde una pretensión vuestra de controlar lo más posible la ruta, extendiendo la influencia de Liks sobre un territorio más amplio. Si es así, y repito, ojalá me equivoque, no sigáis por ese camino. Cartago es ahora la señora de Occidente. Olvidaos de Gadir y de vosotros mismos. Es el tiempo de los jinetes del mar, con cuyo dinero podréis sobrevivir y crecer. Sin nosotros no seréis nada más que una ciudad de viejas glorias. Si nos ayudáis, os estaréis beneficiando vosotros mismos, pero insisto, no queráis salir de los límites que os acabamos de marcar. El deseo de Cartago, como es natural, es tener unas relaciones amistosas y fluidas, llenas de provecho para ambos, sin que lleguemos al extremo de hablar de amos y esclavos.

»He transmitido al senado de Cartago vuestras vacilaciones y no han ocultado su preocupación. Ahora tenéis la oportunidad de mostrar vuestra intención ayudándonos a abrir la ruta. Bastará de momento con que nos deis víveres suficientes y adoptéis un compromiso de colaboración estrecha y de aceptación del estado de cosas presente. Os recuerdo que la humildad es mejor compañera que la arrogancia. Además, es de sabios reconocer los propios límites y saber hasta dónde se puede tensar la cuerda del arco antes de que se rompa. Confío, senadores, en vuestro buen juicio.

La intervención de Hannón levantó un ligero murmullo entre los asistentes. Aristodemo admiró la destreza del sufete, que había manejado sus palabras como escudo y lanza, como defensa y ataque, razonando y al mismo tiempo amenazando veladamente. Había sido más eficaz que sus cien hoplitas juntos.

Hasis no daba crédito a lo que había oído. Confiaba en que Hannón se retractaría, dada su situación desfavorable y el posible peligro, pero el sufete estaba dispuesto a dar la vida por Cartago. El cartaginés agradeció en su interior al espíritu de Amílcar el don de la audacia unida a la prudencia. No cabía esperar un resultado inmediato. Su discurso estaba calculado para sembrar la duda sobre Hasis y evaluar la conveniencia de la resistencia o la sumisión. Habría partidarios de ambas facciones y el senado no se arriesgaría a una respuesta precipitada.

—Agradecemos profundamente tus palabras, sufete Hannón —dijo uno de los magistrados supremos—. Sobre todo que te hayas dignado a visitarnos y a hablar entre nosotros con franqueza. Te rogamos que aguardes nuestra decisión mientras descansas unos días entre nosotros. Serás alojado como conviene a tu rango y podrás disponer

también de todo lo que desees para tus hombres.

—Nos sentiremos muy honrados de aceptar la proverbial hospitalidad de Liks y aceptamos vuestra invitación, aunque desearíamos haceros una petición.

—Hacedla, pues, y veremos si puede concederse.

—Desearía enviar una expedición hacia el interior, siguiendo el curso del río, para enviar información a Cartago.

—Nosotros podemos decirte que es un lugar inhóspito y que los cuentos de las manzanas de oro no son más que eso, historias de imaginativos griegos.

—Aun así, me gustaría explorarlo. Concedednos el permiso, por favor.

—De acuerdo, pero os advertimos que es un lugar poco seguro y os rogamos encarecidamente que no vayáis en persona. Nunca nos perdonaríamos que le sucediera algo a un sufete de Cartago mientras goza de nuestra hospitalidad.

—Está bien —respondió Hannón pesaroso, puesto que le hubiera encantado dirigir él mismo la expedición. Se dijo que habría tiempo más delante de satisfacer su deseo de aventura y no debía desperdiciar la ocasión de asegurar su información.

—Entonces —sentenció el magistrado de Liks—, os rogamos que salgáis para que podamos deliberar sobre vuestra propuesta. Seréis rápidamente conducidos a vuestros aposentos o al lugar de Liks que deseéis.

Hannón y Dido se levantaron y se despidieron solemnemente de los senadores, que no dejaban de murmurar entre ellos. El sufete se iba satisfecho de haber desbaratado el ataque de Hasis y de haber sembrado el desconcierto entre un senado que parecía unido. Al salir, protegidos por Aristodemo, notaron de nuevo la hostilidad del pueblo, probablemente provocada por los bulos de sus gobernantes. Hannón pidió ser llevado primero al puerto para dar las instrucciones oportunas relacionadas con la breve expedición. Según sus cálculos no permanecería mucho tiempo en Liks, ya que Sebub le había dicho que pronto llegarían noticias del templo de Baal Ras diciendo que la Puerta del Sur se abría para ellos.

—Aristodemo, tú y algunos de tus hombres remontaréis el río hasta donde podáis para inspeccionar de primera mano el país. Llévate una de las pequeñas embarcaciones de la flota con remeros y vela. Puedes elegir un timonel.

—Así se hará, Hannón. Me llevaré a Sebub, es el más indicado para ello.

—De acuerdo, debéis partir de inmediato. Yo tengo que aceptar la hospitalidad de esta gente y permanecer en la ciudad. Bien sabes

cuánto me gustaría acompañaros. Procura regresar pronto. Espero noticias del cabo de las Rocas de un momento a otro y no deseo prescindir de vosotros.

El espartano organizó rápidamente un pequeño contingente de veinte hoplitas y veinte remeros, equipando la pequeña nave con todo tipo de provisiones. Había elegido la de fondo más plano por si el río dejaba de ser navegable.

—No vais a encontrar nada río arriba —dijo Sebub, cuando Aristodemo le contó su misión.

—Es posible, pero yo tengo que obedecer a Hannón y él a su vez debe contentar al senado de Cartago, aunque a veces no esté de acuerdo con sus decisiones.

—Alabo tu fidelidad. Así debería ser también nuestro senado. No será la primera vez que sus órdenes contradigan los planes de buenos estrategas. De todos modos, no pienso ir contigo.

—Pero Sebub, tú eres el más preparado.

—Llévate a Aníbal —le contestó, cortante, el viejo marino.

—¿Anibal? ¿Acaso no recuerdas qué sucedió en la laguna? Es un buen chico, pero demasiado curioso e impulsivo.

—¿Y no lo eras tú a su edad, Aristodemo? ¿Es que tu mente no desafiaba ya las imposiciones de Esparta?

—¿Crees que será capaz de guiar la barca él solo? Se trata de un timón doble, pero para una sola persona.

—Si no estuviera seguro de ello, no te hubiera dicho que fuera en mi lugar. Aníbal solo necesita que se le valore y se le guíe. Confía en ti y te aprecia, obedecerá tus órdenes y, además, desea rehabilitarse a tus ojos por lo sucedido con el elefante. Se esforzará por estar a la altura y te aseguro que lo conseguirá.

—Está bien, está bien —respondió Aristodemo, sabiendo que con Sebub no se podía discutir—. Pero si sucede algo tú serás el responsable.

—De acuerdo —respondió Sebub, riéndose entre dientes—. En fin, el muchacho se alegrará de hacer algo en solitario.

Cuando Aníbal oyó lo que le decía Aristodemo pensó que se trataba de un error.

—No es posible. Sebub es quien debe ir con vosotros.

—Pregúntale a él —dijo el espartano, molesto—, y estate en el puerto después de mediodía.

El chico corrió a ver al viejo marino.

—No seré capaz de hacerlo, Sebub, ¿por qué no vienes también?

—Va siendo hora de que te vayas independizando, muchacho. ¿Pensabas que siempre ibas a tener al viejo Sebub a tu lado dándote cómodas órdenes sobre qué debías hacer? Ahora te las apañarás tú solo. No es una empresa fácil, pero tampoco está fuera de tu alcance.

Y, si te equivocas, tú serás el responsable. Un piloto tiene que vivir con eso; sus decisiones son a veces la clave del éxito o el fracaso y de ambos es el artífice. No temas, no te enviaría si no considerara que puedes hacerlo. Toma, Baal te protegerá.

El viejo marino colocó en el cuello del muchacho la imagen de Baal que él siempre llevaba colgada.

—Pero tienes que devolvérmela. Es solo un préstamo. Algún día será tuya, pero aún no.

—Gracias, Sebub, intentaré no defraudarte.

—Y aunque lo hicieras, Aníbal, no podría dejar de quererte.

Aquellas palabras del viejo marino atravesaron el corazón del muchacho. Jamás las había oído de labios de nadie, porque nunca había conocido el verdadero amor de un padre.

Tampoco Sebub las había pronunciado nunca y se sorprendió de escucharlas de sus propios labios, él que siempre había sido hosco y huraño, él, «el torcido».

Después de mediodía todos los integrantes de la exploración se reunieron en el puerto y ocuparon sus puestos en el barco. Aníbal, nervioso, sujetaba los dos remos del timón esperando el momento en que Aristodemo diera la orden de partir. Los remeros estaban en sus puestos y los hoplitas depositaban sus escudos en los laterales de la embarcación para que sirvieran de protección ante algún posible ataque.

—¡Alto! —gritó Sebub, antes de que el espartano diera la orden de partir—. Os conviene llevaros a este hombre.

El viejo marino tiraba de una persona de aspecto tosco y desarreglado, con poblada barba y vestido con pieles de cabra.

—Os falta un guía —le dijo a Aristodemo, embarcando a la fuerza a su compañero—. Su nombre es Akbar y habla nuestra lengua. No tiene finos modales porque es pastor, pero os será muy útil ya que hace la ruta desde las montañas donde nace el río hasta la llanura. Conoce bien los parajes y afirma que no hay nada de valor en ellos.

Aristodemo iba a replicar, pero Sebub se le adelantó.

—Sí, ya sé, las órdenes son las órdenes. Venga, tratad bien a mi amigo Akbar que, además, conoce multitud de lenguas de los nativos de toda la costa. Si se porta bien, le he prometido que es posible que nos acompañe en la ruta del sur. Sus servicios pueden sernos muy provechosos.

—Ya sabía yo que algo andabas tramando, vejestorio —le dijo el espartano a modo de broma, dando la orden de partir a los remeros y a Aníbal.

—Hannón os desea suerte —gritó el viejo marino, al alejarse la nave—. Y especialmente a ti, Aníbal. Ve con cuidado, hijo mío.

El chico saludó con la mano rápidamente y enseguida manejó los remos guía con pericia, apartando la nave de la orilla y llevándola al centro del río. Los marineros se aplicaron a la boga con esfuerzo. No tenían mucho tiempo para su viaje y no deseaban que el sufete partiera sin ellos.

—Así que tú eres Akbar —inquirió el espartano, acercándose al pastor, al tiempo que sentía en sus narices un fuerte olor a queso de cabra rancio.

—Sí, soy Akbar, ¿y tú?

—Aristodemo, comandante de la expedición, y ese de ahí el joven Aníbal, nuestro piloto.

—Muy joven para una misión en solitario.

—Joven pero experto, y recomendado por Sebub, no lo olvides. Y ahora dime, ¿qué podemos encontrarnos en este viaje?

—Primero tendremos una navegación tranquila a través de una gran llanura, el río es ancho y navegable, con orillas fértiles y cultivadas por Liks. Habrá pastores amigos en los caminos, cabras, buen queso y buena carne.

—Estupendo, ¿entonces nada de oro ni peligro?

—El oro es un mito, pero el peligro es real. Los etíopes habitan la parte superior del río cerca de las montañas.

—Gracias, Akbar, puedes descansar. Te llamaré si te necesito.

Aníbal estaba atento a la conversación, que se desarrollaba muy cerca, y no se quedó con las ganas de preguntar a Aristodemo quiénes eran los etíopes.

—Ah, muchacho, ya sabía yo que no te conformarías con llevar el timón. Los etíopes son los «hombres de la cara quemada», así los hemos bautizado los griegos por el color oscuro de su piel, como si el sol les hubiera ennegrecido con sus rayos. Se cuentan muchas historias sobre ellos. Algunos hablan de una raza mítica cercana a los dioses y famosa por sus altas cualidades, que vive en el confín del mundo, pero los más realistas dicen que son hombres de extraordinaria estatura y muy belicosos. Yo no he visto nunca ninguno. Seguro que Sebub sí lo ha hecho, pero ese viejo zorro nos ha despachado sin información para que nos las apañemos como podamos.

—O quizá para que nos acostumbremos a la sorpresa y a lo desconocido —dijo Aníbal, defendiendo a su maestro.

—Me parece que conoces mucho mejor que yo a ese viejo marino —comentó, divertido, Aristodemo—. En todo caso es mejor que no nos topemos con ellos. A los espartanos nos gusta saber con quién combatimos y, aunque no tenemos miedo, no nos agradan las sorpresas.

Tal como había referido Akbar, la tarde transcurrió plácidamente e

incluso un viento favorable permitió descansar a los remeros y utilizar la vela. Al finalizar la jornada atracaron en la orilla, dispuestos a pasar allí la noche. Pronto tuvieron la compañía de pastores de la tribu de Akbar, que les agasajaron con carne de cabra y cordero y algunos quesos. Eran gente ruda y sin modales, pero muy hospitalaria, y la presencia de Akbar les tranquilizó con respecto a los hombres armados de Aristodemo.

Toda la mañana del día siguiente transcurrió igualmente tranquila y la corriente del río no era demasiado fuerte como para que no pudiera remontarse con la combinación de remo y vela. Sin embargo, en el horizonte se perfilaba ya una zona montañosa y notaron el nerviosismo de Akbar, que murmuraba entre dientes palabras incomprensibles para los púnicos. Atracaron para comer en la orilla más cómodamente, pero el pastor habló con Aristodemo y este apostó guardias armados que les protegieran. Aníbal no bajó en ningún momento del barco y los que lo hicieron tomaron la comida rápidamente e inquietos, con el secreto deseo de volver cuanto antes a la nave. Los hoplitas de guardia llevaban sus escudos y lanzas listos para ser utilizados en cualquier momento y formaban un cinturón alrededor de la nave situados unos a pocos pasos de los otros.

—No debimos haber desembarcado —dijo Aristodemo, pensando en voz alta.

—Pronto llegaremos a la tierra de los etíopes y por eso conviene ser prudentes. Harías bien si escucharas mis consejos. Los etíopes también son cautos y no atacarán si ven que el enemigo está preparado.

—Espero que tengas razón, Akbar. Vamos, muchachos, al barco. Los hoplitas los últimos en orden de retirada.

Aníbal se apresuró a llevar la barca al centro del río, donde se hallaban seguros y a salvo de jabalinas o flechas de los indígenas. Tenían suerte de que el cauce era amplio. La orilla estaba despejada y cubierta de matorrales pequeños que de todas formas dejarían ver a cualquiera que se acercara. Fue entonces, muy poco tiempo después de haberse puesto en marcha, cuando empezaron a ver movimiento en ambas orillas. De manera súbita estas se cubrieron de hombres de negra piel en la que resaltaban pinturas blancas con extraños dibujos. Iban a pie formando una larga fila en cada orilla.

—¡Los hombres de la cara quemada! —gritó Aníbal, entre el miedo y el asombro—. Y parecen tan altos como tú has dicho, Aristodemo. ¿Crees que nos atacarán?

El espartano no respondió a la estúpida pregunta del chico porque estaba ya dando órdenes a los hoplitas para que embrazaran los escudos y protegieran a los remeros y al propio Aníbal. Algunos de sus hombres se habían entrenado con el arco, a pesar de que no era un arma genuinamente espartana. Eran los ilotas los que los manejaban

en la batalla, siendo como era un arma sin honor, pero Aristodemo no había tenido reparo en enseñar su uso a algunos hoplitas para que pudieran actuar como infantería ligera si se daba la ocasión. Estos se colocaron tras los escudos con los arcos en tensión.

—No disparéis si yo no doy la orden. En el centro del río estamos seguros y tan lejos de sus flechas como ellos de las nuestras. Me temo que esperarán a que se estreche un poco y puedan alcanzarnos. Estad atentos. Akbar, ¿dónde estás, apestoso pastor?

Akbar acudió sin reparar en el insulto del espartano. Comprendía que la tensión del momento afectaba a la cortesía.

—Aquí, señor.

—Dime, ¿se estrecha el río muy pronto?

—Bueno, no estoy seguro, quizá a la vuelta de un par de recodos. Este río es muy sinuoso y mi cabeza poco despierta.

—¿Lo sabes o no? Nuestra vida depende de ello.

—No, no lo sé.

—Lo que faltaba —dijo Aristodemo.

Pero pronto recuperó la calma. Era preciso hacerlo y para eso le habían entrenado. Los hombres habían oído al pastor y murmuraban entre ellos mientras veían las largas hileras de etíopes que seguían la barca desde la orilla, despacio, pero sin abandonar su presa.

—Aníbal, procura mantener la barca alejada de ambas riberas. Vosotros, los de los remos, bogad con fuerza y evitad que la corriente nos arrastre a un lado o a otro. Hoplitas, me temo que tendréis que estar en posición de forma indefinida, así que sacad fuerzas de donde podáis. No sabemos el momento en que se estrechará el río, puede que en cualquier curva nos sorprenda un cauce menor y estos pieles quemadas se decidan a arrojar sus armas. Arqueros, podéis descansar un poco, pero tened las flechas a punto. Necesito un voluntario para que suba al mástil y vea si desde ahí puede adelantarnos alguna información.

—Subiré yo, comandante.

— Lo siento, Akbar, no puedo permitirlo, eres demasiado valioso. Te necesitamos.

Finalmente, uno de los marineros se ofreció a trepar y sus noticias fueron esperanzadoras.

—Los pieles quemadas forman una hilera continua hasta el siguiente recodo. El río permanece estable, pero me parece que la vegetación se hace más abundante en las orillas.

—Bien, hoplitas, descansad un poco. No creo que ataquen hasta la siguiente curva.

Los hombres se relajaron, pero nadie hizo broma alguna. Era un breve receso que retrasaba el ineludible combate. Durante un trecho oyeron solamente el rítmico batir de los remos en el agua. Se habían

quedado mudos y también los hombres de la piel quemada seguían el barco en silencio, como oscuros fantasmas que los acompañaban al encuentro de la muerte. Una vez que pasó el recodo del río, Aristodemo se extrañó de que el vigía no diera nuevas noticias. Hizo visera con las manos para mirar hacia arriba y pudo ver el cuerpo sin vida del marinero atravesado por una enorme flecha.

Aníbal también miró hacia arriba y lleno de terror se llevó instintivamente las manos a la cara dejando libres los remos guía. La barca quedó unos instantes sin rumbo y chocó con unas ramas flotantes. El fuerte golpe hizo que el cuerpo del marinero cayera ruidosamente en cubierta causando el desconcierto.

—Por Baal, Aníbal, domina la nave. Nos acercamos a la orilla derecha. Enderézala de inmediato. Hoplitas, acudid a estribor, escudos en alto; arqueros, tras ellos preparados para disparar a mi señal. ¡Ahora!

Los etíopes no habían querido esperar a un estrechamiento del río y alguno de sus arqueros debía tener mayor alcance y puntería de la que los púnicos habían calculado. Los de la orilla derecha comenzaron a lanzar sus jabalinas y flechas que rebotaban en el muro de escudos de los hoplitas al tiempo que los arqueros de la nave causaban algunas bajas entre los desprotegidos etíopes.

Aníbal había retomado los remos guía, pero las ramas atoradas en la popa impedían el movimiento del barco.

—Vosotros, venid con algunos remos a quitar esas ramas, rápido —gritó Aristodemo, confiando que mientras tanto resistirían.

Sin embargo, algunos etíopes de la orilla derecha se habían lanzado al agua para alcanzar la nave.

— Ahí vienen —avisó Aníbal—. Aristodemo, cuidado, los de la orilla izquierda también se han tirado al río.

—Lo veo, chico. Tendremos que luchar en dos frentes. Tú, sujeta bien los remos del timón.

Algunos etíopes de la orilla derecha alcanzaban ya el barco, pero el muro de bronce les impedía abordarlo y eran abatidos con facilidad por las lanzas de los hoplitas. Sin embargo, al hacerles frente se habían producido pequeños huecos en la defensa que aprovecharon las flechas enemigas para alcanzar a algunos guerreros. Hubo varios heridos, pero la coraza de lino, a pesar de su ligereza, resultó impenetrable para saetas venidas de muy lejos.

—Ánimo, soldados —se hizo oír Aristodemo entre el alboroto general—, los de la orilla izquierda están desistiendo de su empeño y vuelven a la ribera al ver que a muchos se los está llevando la corriente río abajo. No creo que nos alcancen por ese lado. ¿Cómo van esas ramas?

—Están casi fuera, comandante —chilló Akbar.

La cantidad de etíopes que se acercaban a la nave iba aumentando y lo peligroso era que intentaban rodear la embarcación para abordarla por algún lado vulnerable, pero Aristodemo había extendido el muro de escudos a todo el perímetro y de momento los mantenían a raya mientras el río se teñía de sangre. Algunos hoplitas cayeron al agua cuando varios etíopes les agarraron las lanzas arrastrándolos con ellas y, a pesar de que se batían con fiereza hasta la muerte, la noche cubrió sus ojos y perecieron acribillados por la rabia de los hombres de piel quemada.

La situación se hacía insostenible. Los etíopes, a causa de su número, inutilizarían a los hoplitas y abordarían la nave que había girado acercándose mucho a la orilla, impedida por las ramas de forma que el agua no cubría a los pieles quemadas. Entonces todos pudieron oír el terrible grito de guerra de Aristodemo, similar al rugido de un león, y vieron al espartano saltar por la borda enfundado en su armadura con el escudo presto y la espada desenvainada. Su acción causó una breve sorpresa entre los etíopes por el arrojo del combatiente y por la altura del guerrero, no tan alto como ellos pero casi un igual. Con rápidos y certeros movimientos cercenó brazos y gargantas dejando a su alrededor un círculo de cuerpos sin vida. Su acción motivó a sus hombres, que se llenaron de valor y, dejando su posición defensiva ya incómoda, saltaron tras él.

—Sigamos al León —gritaron al unísono, mientras se hundían hasta las rodillas en el agua buscando la roja cimera de Aristodemo.

—¡Falange! ¡Falange!

La orden fue de inmediato obedecida y cada hoplita buscó a través del enemigo la ruta para unirse con los suyos con el fin de formar la imbatible falange. Desde la nave se pasaron con rapidez nuevas lanzas y los sorprendidos etíopes se encontraron con un cuadro de hombres compacto, cuyas erizadas lanzas impedían cualquier acercamiento, al tiempo que con su avance arrollaban a quienes apenas tenían armas defensivas. Pero lo que les hizo huir momentáneamente fue la sorpresa de ver que unos hombres aparentemente vencidos, se enfrentaban a la muerte sin temor, avanzando con un fulgor resplandeciente que les cegaba.

—Aristodemo, el barco está libre. Venid rápido.

El León oyó la voz de Aníbal entre el fragor de la batalla y aprovechando la tímida retirada de los etíopes ordenó volver a la nave, en orden, pero con rapidez. La prudencia dictaba la maniobra, no podían llegar a la orilla y verse rodeados por multitud de etíopes que tarde o temprano les superarían. Si hubiera sido un verdadero espartano, hubiera luchado hasta la muerte, pero se había contagiado de la útil prudencia de Hannón y sabía que el sufete, si hubiera estado allí, habría hecho lo mismo.

Los etíopes permanecieron agrupados, sin muestras de querer reiniciar la embestida, mientras los púnicos embarcaban. Si les hubieran atacado entonces, habrían ganado, pero extrañamente no lo hicieron.

Aníbal llevó la embarcación a la seguridad del centro del río y todos respiraron tranquilos, aunque no sabían por cuánto tiempo. Habían dejado algunos compañeros muertos en la orilla, pero no podían volver a buscarlos por mucho que lo desearan. Acomodaron a los heridos como pudieron y Aristodemo maldijo para sus adentros la idea de aquella absurda exploración, que le había hecho perder hombres por nada.

—Los etíopes no atacan de noche —dijo Akbar, para consuelo de todos.

—De todos modos no nos acercaremos a la orilla. Echaremos el ancla en medio del río y pondremos una guardia reforzada con antorchas por si se deciden a venir a nado. Toda precaución es poca.

Cuando todo se hubo calmado un poco y llegó la noche, Aníbal fue al encuentro de Aristodemo.

—Lo siento. Ha sido otra vez culpa mía. Sebub y tú os equivocáis al confiar en mí.

—Aníbal, nadie hubiera podido saber lo que iba a suceder. En cualquier momento hubiéramos sido atacados. Demos gracias a que les hayamos sorprendido. Confío en que les sirva de escarmiento y no lo intenten otra vez. Si lo hicieran, estaríamos perdidos. Esperemos que nos dejen pasar de largo y que crean que hemos captado su advertencia. De todos modos, son abiertamente hostiles y dudo que saquemos provecho comercial de ellos ni que nos interese lo más mínimo conquistarlos. El corazón de África no desea que entremos en él en esta ocasión.

—Pero ¿nos damos la vuelta o seguimos adelante?

—No lo tengo muy claro. Será mejor esperar a mañana. Ojalá Sebub estuviera con nosotros.

En Liks Hannón había consumido la tarde anterior y todo el día siguiente en una angustiosa espera de la decisión del senado. No se había atrevido a salir de sus aposentos para que el público no notara su tensión. El establecimiento de la ruta dependía de la aprobación de Liks, que debía ser pacífica. Cartago no podría mantener una flota de vigilancia a lo largo de la ruta. Confiaba en que sus argumentos pesaran en el ánimo de los senadores y fueran superiores a la animadversión de Hasis. Además, estaba preocupado por el resultado de la expedición de Aristodemo.

Tampoco a él le gustaba demasiado y había obedecido a ciegas al senado de Cartago. Se sentiría responsable si algo salía mal y, por lo

que le había contado Sebub, el territorio era bastante inestable. Dido había respetado el silencio de su esposo y había consumido su tiempo intentando, sin éxito, intimar con las damas de Liks, demasiado orgullosas de sus antiguas raíces como para abrir su corazón a una extranjera. Solo quedaba esperar al día siguiente y el sufete se temía que aún debería esperar más tiempo la respuesta definitiva. Era la forma que tenía Liks de demostrar a Cartago que no le iba a ser fácil dominarla: hacer esperar a su sufete constituía una verdadera ofensa. Hannón ponía a prueba su paciencia y se decía que si finalmente la respuesta era afirmativa habría valido la pena aquella pequeña humillación. En el fondo Liks estaba herida de muerte y estos eran sus últimos momentos de rebeldía antes de admitir la realidad.

A la mañana siguiente un nuevo voluntario subió con temor al mástil del barco imaginando correr la misma suerte que su predecesor. Una vez arriba, sus palabras alegraron a la tripulación.

—Se han ido. No hay ni rastro de los pieles quemadas. Se han ido. Hasta donde alcanza mi vista no se ve a nadie.

—¿No estarán escondidos entre la vegetación de la ribera?

—No, señor, a partir de aquí no es muy abundante y se vería con claridad a hombres de su altura.

—Gracias a los dioses. No debemos confiarnos, puede ser un truco. Sigamos adelante con los ojos y los oídos bien abiertos.

—Aristodemo, ¿crees que volverán?

—No importa lo que yo crea, Aníbal. Probablemente ellos están tan desconcertados como nosotros. No tentemos a la suerte y pasemos cuanto antes su territorio sin hacer ningún movimiento hostil. Quiera Baal que a la vuelta no deseen poner de nuevo a prueba nuestra fuerza. ¿Qué hay río arriba, Akbar?

—Es una zona montañosa llena de fieras salvajes y de hombres que habitan en cuevas. Los llamamos trogloditas. Se cuentan de ellos maravillas, aunque yo no he visto nunca a ninguno. Dicen que corren más rápido que los caballos y a veces atacan de noche nuestros ganados como si fueran animales nocturnos.

—No vale la pena seguir —sentenció Aristodemo.

—¿Y vamos a perdernos conocer a esos trogloditas? — dijo Aníbal con interés.

—Muchacho, a veces tu ingenuidad me supera. Casi perdemos la vida con los etíopes y todavía tienes ganas de meterte en líos otra vez. Vamos a dar la vuelta, pero antes avanzaremos un poco más hasta encontrar una orilla despejada y de fácil defensa. Debemos parar para cuidar a los heridos y arreglar los desperfectos de la nave. Vigía, avísanos en cuanto avistes un lugar apropiado.

El espartano y los suyos pasaron lo que quedaba del día

descansando y preparando el regreso. No bajaron la guardia, pero los etíopes parecían todavía sorprendidos y quizá, al ver que los intrusos daban la vuelta, juzgaron que habían tenido suficiente.

Hannón esperó pacientemente todo aquel día y al anochecer su paciencia obtuvo al fin recompensa. Un mensajero del templo de Baal Ras le comunicó que la Puerta del Sur estaba abierta y, además, recibió la visita de un heraldo del senado de la ciudad.

—Señor, me envían a deciros que mañana al despuntar el día, el honorable senado de Liks está dispuesto a recibiros y a daros una respuesta. Se ruega que acudáis puntualmente.

—Así lo haré. Puedes comunicarlo a tus superiores.

El sufete pasó una mala noche adelantando los acontecimientos del futuro. La falta de noticias de Aristodemo y los suyos también le llenaba de preocupación. Tendría que aprender a confiar más en Baal, pero deseaba hacerlo todo con sus propias manos.

Al día siguiente Dido y Hannón fueron recibidos con aplausos en el senado de la ciudad y ninguno de los dos se aventuraba a decir si eso era buena señal o un gesto habitual de cortesía. Tomaron asiento en la presidencia como en la sesión precedente e intentaron buscar a Hasis con la mirada. El embajador estaba en primera fila con el rostro visiblemente enfadado. Aquello les animó. Si Hasis no estaba contento, eso significaba que aún había esperanzas.

—Estimado sufete de Cartago, alabo vuestra paciencia y espero que hayáis disfrutado de nuestra hospitalidad —comenzó el magistrado supremo que presidía la sesión—. Lamentamos mucho haberos hecho perder un tiempo precioso, pero deseábamos responder de forma unánime a vuestras palabras de hace unos días. Liks se siente ofendida por el hecho de que Cartago no le haya confiado el templo de Baal Ras e intente menguar nuestra influencia en la zona...

El magistrado hizo una estudiada pausa para observar la reacción de Hannón, que se esforzaba por permanecer inalterable, como si estuviera por encima de todo aquello y la decisión de Liks no tuviera la menor importancia.

— ... sin embargo —continuó el presidente—, también somos conscientes de que nuestra situación es delicada y que no tenemos el poder de antaño. Por ello aceptamos el papel que Cartago amablemente nos invita a desempeñar, con la esperanza de que la futura prosperidad nos haga justicia. Accedemos a participar en la ruta del sur en las condiciones que establezca el senado de Cartago y os rogamos que sean factibles y tengan en cuenta nuestra dignidad.

Ahora le tocaba a Hannón la réplica. No había movido un músculo de la cara y ahora iba a hablar con indiferencia, con el tono que emplean los amos con los siervos, pero lo haría sin rencores y con

mucha delicadeza para no herir a los hombres de Liks. Por dentro Hannón respiraba tranquilo con la sumisión de la ciudad, que era la opción más conveniente para todos.

—Cartago agradece vuestra disponibilidad y no va a olvidarla en ningún momento, sabiendo que algunos de vosotros os oponíais frontalmente a esta situación. Que no teman los que opinaban distinto, serán tratados con ecuanimidad. En cuanto a la decisión conjunta, os felicito por ella y personalmente me llena de alegría. Es nuestro deseo que tengáis relaciones cordiales con Kitheron y con las otras cinco ciudades. La colaboración será la base del éxito de la empresa. Os juro que no os arrepentiréis y pronto veréis vuestro puerto lleno de las riquezas del sur, que os alegrarán el corazón. Por mi parte mañana mismo continuaré mi viaje con seis barcos llenos de colonos y soldados para dirigirme más allá del cabo de las Rocas. Parto con la confianza de que dejo tras de mí una ciudad amiga.

Todos los senadores, incluido Hasis, aplaudieron el breve discurso de Hannón. El astuto embajador disimulaba su descontento y tenía una leve sonrisa en la cara que inquietó al sufete.

—Gracias por vuestra presencia, sufete de Cartago —dijo el presidente, para concluir la sesión—. Nos agrada vuestra buena disposición y para cimentar la confianza mutua os rogamos que permitáis que un representante de Liks os acompañe en vuestro viaje.

Hannón no había contado con esa posibilidad, al tener toda la mente ocupada en la cuestión de la sumisión de la ciudad. No podía rechazar la propuesta a riesgo de que la situación volviera atrás. Era peligroso partir al sur dejando una retaguardia descontenta que no tuviera prisa en prestar un rápido socorro si se hacía preciso.

—De acuerdo —sentenció, ocultando su descontento.

—Entonces que se levante el honorable Hasis para que este senado le confirme en su nueva misión, dada la responsabilidad y pericia con la que ha desempeñado la anterior.

El embajador se levantó alzando su voluminosa mole y saludando con cortesía a la cámara. No deseaba de ningún modo seguir a Hannón y menos a lugares imprevisibles, pero tampoco quería perder el prestigio del que gozaba en Liks. A pesar de su egoísmo, Hasis era un patriota dispuesto a servir a su ciudad. También sabía que si volvía con éxito tendría muchas posibilidades de aspirar a la magistratura suprema, cumbre de la carrera de cualquier político de Liks y que aseguraba la inclusión en los anales de la ciudad y la inmortalidad.

—Doy las gracias al senado por este encargo del que soy totalmente indigno. Yo solo he cumplido con mi deber y estoy dispuesto a seguir haciéndolo. Estimado sufete, confío en que seré bien acogido en vuestra expedición.

—Desde luego, noble Hasis —mintió Hannón con elegancia.

—Entonces, no me negaréis que viaje a bordo de la nave capitana para que pueda decirse que Cartago y Liks trabajan unidas —dijo el embajador, aprovechando la presencia de los senadores y la incómoda posición del sufete.

—Desde luego que no —respondió Hannón, tragándose la rabia y el descontento—. Este nuevo viaje tiene reglas distintas al anterior. Recordad que, si no habéis viajado antes conmigo, se debe exclusivamente a que no hay más que un solo camarote cubierto, que lógicamente ocupamos mi esposa y yo —añadió, a modo de disculpa.

—Por supuesto, sufete, siempre habéis pensado en mi comodidad, pero ahora estoy dispuesto a pasar algunas privaciones por servir a mi ciudad y mandaré, con vuestro permiso, que se construya una modesta tienda en algún lugar que me indiquéis en cubierta.

—Seréis complacido, señor embajador —concluyó Hannón.

Hasis se sentó, seguro de su victoria, con una amplia sonrisa en los labios, mientras que el sufete empezó a preocuparse por los problemas que podría traer su presencia en la expedición. La sesión se levantó de inmediato y Hannón y Dido se retiraron rápidamente a sus aposentos para comer.

El sufete pasó la tarde preocupado por el futuro de le expedición y por la tardanza de Aristodemo, pero al menos una de sus angustias se disipó cuando fue avisado, casi a la puesta de sol, de que la barca de Aristodemo estaba atracando en el puerto. Habían regresado sin que los etíopes se mostraran de nuevo hostiles y se alegraban de estar de nuevo entre los suyos.

Hannón acudió recibirlos y cuando vio el rostro cansado del espartano y la mirada triste de los hoplitas heridos, supo que habían fracasado en su intento.

—No hemos encontrado oro, solo indígenas hostiles —fueron las palabras oficiales de Aristodemo, que no quiso decir delante de todos que Sebub tenía razón y que la exploración había sido inútil.

Hannón agradeció el esfuerzo de Aristodemo, le puso al día brevemente de los últimos acontecimientos y le rogó que él y sus hombres fueran a descansar.

Sebub, que también había acudido al puerto, se acercó a Aníbal y vio que el chico, a pesar del sufrimiento, había superado la prueba. Ambos se alegraron de abrazarse de nuevo y el viejo marino se sintió orgulloso de su discípulo cuando algunos hoplitas le contaron cómo había hecho frente a la situación apurada en el río.

El sufete volvió a sus aposentos más contento, aunque en su mente todavía estaba presente la sesión del senado de aquella mañana.

—Ese Hasis es realmente astuto. Me he confiado demasiado —se

lamentó ante Dido.

—No podías imaginarlo ni rechazar su petición —le respondió ella—. Lo vigilaremos mejor si está en nuestra propia nave.

—Sí, pero también podrá husmear en nuestros asuntos y, además, seguro que trae con él a Isthar, con lo que habrá que contener también a Aristodemo.

—Bueno, al menos tendré compañía femenina durante el viaje.

—De eso nada, Dido. Creo que dejamos bien claro que no pasarías de Liks.

—¿Pretendes dejarme aquí sola, en esta ciudad que es casi nuestra enemiga, aunque aparente lo contrario?

—Sí, pienso que estarás más segura aquí que en un viaje lleno de peligros imprevistos. Además, podrás coger un barco a Cartago en cuanto haya ocasión. Es mi última palabra.

Dido no respondió. Su corazón se entristeció de tal modo que no pudo articular palabra. Sabía que Hannón solo quería protegerla, pero ¿dónde estaría ella mejor que en su compañía? ¿Qué brazos, sino los de su esposo, la librarían de todos los peligros? Sí, era un viaje arriesgado e imprevisible, pero ella quería estar al lado de Hannón, al que veía cada día hacerse más grande por dentro y ese espectáculo la fascinaba y la llenaba de amor. Sin embargo, por ese mismo cariño se abstuvo de gritar o llorar, recurriendo a las armas de mujer que ablandan a los hombres. Respetaba la decisión de su marido, aunque no la compartía. Se hubiera dado la vuelta en el lecho como reproche o muestra de su enfado, pero no podía dejar partir a Hannón con la tristeza en el corazón porque quizá ya no volviera a verlo jamás. Se entregó a él con apasionamiento, abriendo su cuerpo y su alma como para acoger por última vez al que era parte de ella para siempre. Lo abrazó con fuerza, reteniendo su torso anclado al suyo, y aspiró su olor para intentar no olvidarlo. Él, consciente también de que aquella noche podía ser la última, depositó sus besos con delicadeza, deteniéndose en cada uno, como para apurarlos al máximo y llevarse en la memoria su suave contacto.

Hasis comunicó a Isthar que debía acompañarle en el viaje de la ruta hacia el sur y que viajarían en la nave capitana con pocas comodidades. La Estrella de la Mañana recibió con alegría interior la noticia; suponía dejar Liks y sobre todo poder seguir viendo al León. Solo con pensar en él, sus apagados ojos resplandecían de nuevo y su espíritu estaba dispuesto a soportar a Hasis cuanto fuera necesario. Además, se había acostumbrado a las travesías marinas, ella que siempre había vivido entre cuatro mugrientas paredes, y aunque siguiera siendo esclava y estuviera encerrada en su jaula igual que su inseparable paloma, al menos la visión de la inmensidad del mar y el aire fresco en la cara le hacían sentirse más libre. Por eso comenzó

enseguida a hacer los preparativos para partir a la mañana siguiente, con tanta sumisión que el propio embajador se sintió disgustado por no tener que gritarle ni pegarle. Para él, la Estrella de la Mañana, una vez usada cada noche, había perdido parte de su interés, que residía en su belleza inalcanzable. Sin embargo, todavía calmaba sus apetitos, que aumentaban con la tensión, e Isthar se ocupaba de sus cosas con competencia. Por nada del mundo hubiera dejado aquella belleza en Liks, expuesta a la codicia de los hombres. Era suya y nadie más debía poseerla. En la mente del embajador se fraguaba también un astuto plan, alentado por algunos senadores de la ciudad en el que la belleza y el atractivo de Isthar podían tener un papel determinante.

Sebub y Aníbal durmieron unas pocas horas y se levantaron antes de la salida del sol para tenerlo todo listo. Solo serían seis naves y eso había facilitado las cosas, pero, no por ser menos, había que descuidar nada.

—¿Y ahora qué, Sebub? ¿Cuál es nuestro próximo destino?

—Ahora, chico, es cuando empieza lo interesante. Estos colonos van a ser la avanzadilla de la ruta del sur y se establecerán donde nadie antes ha estado. No les va a ser fácil, pero Hannón y yo hemos escogido a los más duros para esta misión. Esta vez no tendremos barcos de Liks ni Gadir que nos lo den todo hecho.

—Bueno, pero ¿sabes a qué lugar nos dirigimos?

—Aníbal —dijo Sebub casi riendo—, tú crees que yo lo sé todo.

—¿Y no es así?

—Claro que no, aunque sí sé «casi todo». No es la primera vez que navego por estas aguas. Se trata de una isla al fondo de una bahía muy cercana a la costa, que sería el punto ideal para montar un puesto comercial. Está a doce días de navegación de Liks, si es cierto que los vientos nos ayudan como promete el templo de Baal Ras.

—¿Y después?

—Más allá de esta isla, muchacho, no se ha aventurado ningún púnico todavía.

—Pues nosotros seremos los primeros —dijo Aníbal lleno de entusiasmo e inconsciencia como solamente un joven puede estarlo.

—Y quiera Baal que no seamos los últimos, Aníbal. Ojalá podamos volver todos y contarlo.

—Los dioses están con nosotros, Sebub, ¿cómo no te has dado cuenta si tú conoces sus designios y puedes ver el futuro?

—¿De veras sientes que los dioses nos acompañan, Aníbal, o es tu deseo lo que te lleva a hacer esa afirmación?

—Perdona, Sebub —respondió el chico confundido—, he dicho lo que me ha salido en el momento. Supongo que quiero que tengamos éxito.

El viejo marino se desilusionó un poco. Creía que su discípulo comenzaba a tener el poder de profecía de los grandes pilotos de Cartago, pero únicamente se trataba de intuiciones juveniles y buenos deseos. En cuanto a él, si hubiera podido ver el futuro, quizá no se habría embarcado en aquella aventura, o quizá sí, ¿quién puede saberlo? Lo cierto es que solo los dioses o el destino sabían cómo terminaría aquello. A los hombres como Hannón y ellos mismos les correspondía surcar la senda de los mares, buscando ensanchar el mundo para hacerlo cada día más pequeño y diminuto.

## Karna

Al día siguiente el sufete mandó tocar el cuerno y su eco se extendió por el puerto de Liks, al tiempo que la nave capitana enfilaba la proa hacia mar abierto con la cabeza de caballo cortando la superficie de las olas. Hannón se sentía más a gusto con solo seis barcos, liberado de la excesiva responsabilidad de una gran flota. Se alegró de abandonar Liks y sus torcidos senadores, muchos de los cuales jamás habían navegado ni sufrido en absoluto, muy ocupados en conspirar y aumentar sus riquezas personales. Si tenía éxito, su pequeña manada cambiaría el curso de los años venideros. Se dirigió a la popa para contemplar la ciudad en lo alto de la colina e intentar reconocer la casa donde había dejado a Dido, protegida por algunos soldados de Aristodemo, con la orden de partir hacia Cartago en el primer barco disponible. Ella no había querido bajar al puerto a despedirle y le había dicho adiós en el mismo lecho entre las lágrimas que esta vez no pudo evitar. Él bajaría al embarcadero, pero antes debía entrevistarse brevemente con una delegación del senado que lo despediría en la cámara de modo oficial. Ahora, ya en el barco, veía alejarse la mitad de su mundo. No había sido fácil dejar a Dido. Lo había hecho por su seguridad y por el temor de que algo malo le sucediera en el viaje, cosa que jamás se hubiera perdonado. Apoyado en la popa dejó manar sus lágrimas sin reparo, aprovechando que solamente estaban junto a él Sebub y Aníbal, que con discreción habían apartado la mirada.

Pronto controló su dolor y se limpió el rostro. De repente sintió una mano posarse en su hombro, una mano cálida y ligera que no podía ser la de Sebub.

—Dido... pero ¿cómo es posible? —balbuceó, lleno de emoción.

—No podía abandonarte, Hannón. De veras, no podía. Y si tengo que morir, deseo que sea junto a ti.

—Pero... si estabas en la estancia cuando te dejé —dijo, señalando

vagamente la colina.

—Sí, y luego aproveché tu reunión en la cámara para bajar y subir a bordo.

—Tú, tú lo sabías, viejo zorro —dijo Hannón a Sebub.

El viejo marino se encogió de hombros y sonrió sin decir una palabra, mientras Aníbal, que no sabía nada, asistía a la escena conmovido.

—Disculpa a Sebub, esposo. A veces es un sentimental. No tuve que esforzarme en convencerle para que me ayudara. Si él lo aprueba, no debe ser algo tan malo ¿no?

Hannón la tomó en sus brazos besándola con cariño. Aquella era su Estrella de la Tarde, la compañera para toda una vida, fuera esta larga o breve, llena de paz o de peligros. Baal y Tanit, desde las alturas, estarían orgullosos de ver de nuevo unidos a sus espejos del mundo de los vivos.

Aristodemo había experimentado sentimientos contradictorios al enterarse de que Isthar viajaría con ellos. Primero se llenó de alegría por la posibilidad de volver a verla, pero pronto cayó en la cuenta de que viajaba como esclava de Hasis y pensó que eso haría insufrible su travesía. Su amigo el sufete le había advertido de todo ello la noche anterior y le había recomendado que mantuviera la calma y la cabeza ocupada en sus hombres y en la seguridad de la expedición. Él lo intentó y se afanó en los preparativos, pero aquella mañana su corazón esperaba con ansia el momento en que ella subiera a bordo. Cuando vio venir a Hasis por la pasarela notó cómo el embajador torcía el rostro para no cruzarse con el suyo y eso le alivió. La animadversión era mutua y ninguno de los dos deseaba que fuera de otra manera, aunque tampoco querían un enfrentamiento directo que no beneficiaría en nada a la expedición. Detrás del embajador subió Isthar, hermosa como siempre, pero cubierta con un manto que solo dejaba ver sus ojos. Hasis no quería que los demás disfrutaran de su posesión ni codiciaran el más precioso de sus tesoros.

La Estrella de la Mañana iba cargada con un pesado fardo y Aristodemo instintivamente quiso aliviarla, pero vio que Hasis lo estaba observando. Se conformó con coger la mano de Isthar para ayudarla a subir a bordo y se vio recompensado por la suavidad de su tacto y su mirada, que iba más allá del agradecimiento. Ella, astutamente, fingió caer y el espartano tuvo que socorrerla sosteniéndola en sus brazos. La Estrella de la Mañana sintió el mismo calor que la noche en que el León la había salvado y él notó la misma dulce fragilidad de la joven. Solo fue un instante, suficiente para saber que sus corazones habían latido al unísono. Para los demás no fue más que una atención del espartano para con una pasajera que había dado un mal pie. Sin embargo, nada se escapaba a la certera mirada de

Hasis, que se dio cuenta perfectamente de lo sucedido y extrañamente no acudió a impedirlo. Es más, rogó a Aristodemo que acompañara a la muchacha a la tienda que se había habilitado para ellos cerca de la proa, mientras él iba a hablar con Hannón.

Libres en apariencia y sorprendidos por el gesto de Hasis no tuvieron la prudencia de callar.

—He pensado mucho en ti —se atrevió a decir Aristodemo.

—Yo también he hecho lo mismo y creo que puedes llamarme por mi nombre sin ceremonias.

—Isthar, Isthar. Estaba deseando poder pronunciarlo en tu presencia.

—No hables más, Aristodemo —dijo ella, poniendo suavemente su dedo en los labios del espartano—. Los dos sabemos qué sucede entre nosotros y que nuestro amor no es posible.

—No es posible por ahora, pero cualquier cosa puede suceder en este viaje e incluso un golpe de mar puede barrer a Hasis de nuestras vidas.

—No pienses en eso ni le hagas daño. Deja que los dioses nos unan, si esa es su voluntad. No he olvidado que vi sonreír a Tanit la noche que nos conocimos.

—Isthar, a veces no te comprendo, pero confío en ti. Haré lo que me dices, pero intentemos estar en contacto cada día con un gesto o una mirada que nos alegre la jornada. Parece que Hasis no se ha dado cuenta de nada.

—Sí, lo he visto —dijo ella preocupada, porque en el fondo conocía bien la astucia del hombre de Liks—, pero no nos confiemos demasiado. Y ahora vete. Se te ha ordenado que me acompañes, no que te quedes todo el día conmigo.

Aristodemo acudió a sus quehaceres con el rostro de fiero león transformado por la alegría. Isthar le quería y eso era lo importante. Atrás quedaban sus días de lucha y sin sentido. El Léon de Esparta le había mandado más allá de las Columnas de Melqart para que se cubriera de gloria y también descubriera el amor, un amor como el que el rey había sentido por su esposa Gorgo, un amor espartano por fuera y dulce por dentro, hecho de pequeños gestos que ensanchaban el corazón.

Los jinetes del mar navegaron a lo largo de la costa hacia el sur. Su primera parada fue Kitheron, donde saludaron brevemente a los colonos y comprobaron que la nueva ciudad crecía poco a poco cada día. Aníbal no quiso desembarcar por si se encontraba con Bomílcar y Arishat, a los que casi había borrado de su atormentada memoria. Sebub lo comprendió y se quedó con él en el barco.

—Muchacho, ahora yo soy tu padre, lo quieras o no. Olvídate de lo

que has vivido y cabalga hacia delante con todos nosotros. Tu patria es ahora el mar y el mar es de Cartago. No vuelvas jamás a tierra durante mucho tiempo, ni eches raíces en ningún lugar si quieres ser libre como yo. Renuncias a mucho, lo sé, una esposa, una familia, pero puedes ganar la fama y la inmortalidad y sentir que realmente has vivido algo que merece la pena. Cada uno tiene tu destino, y yo, con el poco poder de profecía que aún me queda, te aseguro que el tuyo es ser uno de los jinetes del mar, quizá con el tiempo uno de los mejores.

—Sí, quiero que seas mi padre, Sebub —dijo el chico, emocionado —, y deseo ser como tú, o al menos parecerme un poco. Siento la llamada de la llanura de agua, la sentí de modo especial en el cabo de las Rocas y en Rus Bus, la siento cada mañana cuando me pongo al timón. Aunque me seduce la tierra y sus misterios, me quedo con el mar. Ayúdame a vivir así, padre.

El viejo marino abrazó al muchacho por primera vez y permanecieron así unos momentos. Sebub no era dado a las efusiones sentimentales, pero tampoco era un hombre insensible.

Partieron de Kitheron e hicieron breves paradas en Harambys y en el conjunto de Rus Bus, Melitta, Karak y Gattat. Hannón inspeccionó el estupendo trabajo que habían realizado en poquísimo tiempo los hombres de Aristodemo en el muro que protegía las ciudades de cara al interior; sólido y duradero, como deseaban ellos que fuera aquella nueva ruta.

Durante aquellos días Aristodemo e Isthar siguieron declarándose su amor con pequeños e imperceptibles gestos y este se iba haciendo más profundo. El deseo de ambos aumentaba con el tiempo y se acumulaba en su interior, temiendo que algún día aflorara en un momento inoportuno descubriéndolo todo. Cada vez que Hasis entraba en su tienda, Aristodemo tenía que morderse los labios y ponerse a hacer otra cosa para no pensar en Isthar poseída por aquella bestia.

El duodécimo día de navegación llegaron a una bahía al fondo de la cual estaba la isla de la que había hablado Sebub.

—Ahí está la isla —gritó Aníbal, emocionado—. Nunca he visto tantos peces en un mismo lugar, parece como si el fondo de estas aguas los hiciera multiplicarse.

—Ya te dije que era un buen lugar, no encontrarás otro que tenga tanta variedad en muchas millas a la redonda —respondió Sebub.

Hannón se acercó a ellos y felicitó a sus timoneles, satisfecho de que todo lo que le había dicho Sebub se correspondiera con la realidad.

—¡Eh! ¿Y qué son esos extraños animales que vemos a babor?

¡Jamás los había visto!

—Es que has visto poco, chico —bromeó Sebub—. Son focas, de carne muy sabrosa y que, además, proporcionan abundante grasa y buenas pieles.

—Es como si Tanit, la diosa de la fecundidad, hubiera bendecido esta bahía y nos la hubiera preparado para nosotros desde su creación —exclamó Hannón.

—Cierto, querido sufete, una joya en una costa inhóspita que nosotros vamos a aprovechar —se oyó decir a Hasis, que había acudido también a popa.

La presencia del embajador impidió continuar la distendida conversación y, aunque él notó que los incomodaba, no se movió de su lado hasta que Sebub le indicó que iban a comenzar unas maniobras de aproximación.

La nave capitana fue la primera en acercarse a la isla, guiada con pericia por el viejo marino y Aníbal. La abordaron por su parte norte y enseguida se dieron cuenta de que solo un pequeño canal de apenas una milla la separaba del continente, una distancia ideal para mantenerse a salvo de incursiones inesperadas.

—Así empezó Gadir —comentó Sebub a su discípulo, mientras efectuaban la maniobra—. Una isla cercana a la costa, pero con la suficiente distancia para no sufrir ataques indeseados y mira en lo que se ha convertido. De forma más modesta este lugar no hace otra cosa que perpetuar la forma de comercio de los fenicios. Su sabiduría para elegir un lugar adecuado como puesto comercial todavía no ha sido superada. Observa, además, esta parte arenosa de la isla a la que nos dirigimos; es un lugar excelente para varar los barcos y hacer las reparaciones necesarias.

—Ya veo, Sebub, pero lo más importante será si cuenta con agua dulce para abastecer a todos los colonos que traemos.

—Aprendes rápido, Aníbal, aprendes rápido. Claro que tiene agua potable, es más, es uno de los pocos puntos de estas costas que cuenta con manantial propio de buena calidad. Además, en la parte sur hay una gran salina natural. Servirá de gran ayuda para el comercio con los pueblos de más al sur, que necesitan conservar sus alimentos en medio de un calor sofocante y un clima húmedo.

Una vez que la nave capitana tocó tierra y fue varada, le tocó el turno a las cinco restantes. Los colonos, que ya se habían sorprendido desde el barco por la abundancia de peces y también de aves de aquella hermosa bahía, se encontraron con que más allá de la playa se extendía un espacio boscoso que indicaba la fertilidad del lugar. No tardarían mucho en dominar la naturaleza y cultivarla. La abundancia de algas prometía un buen combustible para calentarse y una fuente de abono para regenerar la tierra. Enseguida se pusieron manos a la

obra para instalarse de modo provisional en tiendas, a la espera de construcciones más sólidas. El sufete organizó rápidamente grupos de exploración hacia distintos puntos, para tener una idea cabal de los recursos con los que contaba la isla. Aristodemo hizo que cada grupo fuera acompañado por algunos de sus soldados, aunque la medida se reveló innecesaria. Al anochecer todos los exploradores habían vuelto con muy buenas noticias: la isla estaba deshabitada, había agua dulce, tenía, como había predicho Sebub, una inmensa salina natural el sur y los peces, focas y otros cetáceos estaban por doquier alrededor de sus costas.

Hannón comunicó todo esto a su consejo privado, que seguía reuniéndose cada noche y en el que debía admitir a Hasis a su pesar.

—El lugar es idóneo para un puesto comercial y también como escala de la ruta. Ahora nos falta saber si tenemos con quién hacer los trueques. Mañana enviaré una expedición a la costa para reconocerla y establecer contacto. Akbar, que nos ha acompañado desde Liks, intentará averiguar si conoce la lengua de los nativos. No tengo nada más que decir por hoy, podéis retiraros.

El sufete esperó a que Hasis se marchara y se quedó con Sebub y Aristodemo escribiendo los datos náuticos precisos de la ubicación del lugar. Ahora esta información comenzaba a ser preciosa, ya que nadie había llegado tan lejos. Después de anotar también las excelencias del prometedor lugar, decidieron darle un nombre.

—Confío en que encontremos gente con la que comerciar, ¿no es así, Sebub?

—Como te dije, no tuve oportunidad de ir a tierra firme la última vez que visité esta isla, pero me pareció ver a lo lejos, al otro lado del canal, una inmensa polvareda que podría ser un signo de movimiento de ganado.

—Esperemos que así sea, porque yo ya tenía un nombre pensado para este lugar. Lo llamaremos Karna que, como sabéis, significa en púnico «puesto comercial». Simple, pero efectivo y sonoro al mismo tiempo.

—Entonces, bebamos un poco de vino por Karna, y que Baal y Tanit le conserve la prosperidad de la que goza —dijo Aristodemo.

—Y también por los colonos, ellos serán los verdaderos artífices del éxito o el fracaso de este lugar —añadió Sebub.

—Bueno, lo tienen más fácil que los que hemos dejado en Kitheron o en las cinco ciudades. Aquí no les va a faltar de nada —comentó el espartano.

—Eso lo dices tú, Aristodemo, que no sabes lo que es una patria —dijo Hannón, casi ofendido—. Estos hombres serán los últimos jinetes del mar de Cartago, la manada más lejana de su ciudad madre. No podrán consolarse con la compañía de los de su raza, como los que

viven en Kitheron o en las otras colonias. Les esperan duros años de soledad, expuestos a las inclemencias de una naturaleza imprevisible que hoy es favorable, pero mañana puede ya no serlo. Hasta que la ruta se consolide y cabalguen numerosos caballos de Cartago sobre las olas, ellos se sentirán abandonados a su suerte. Por eso escogí a los más duros y resistentes, a los que sabían que jamás volverían a ver la colina de Byrsa. Y ellos aceptaron como orgullosos representantes de la audacia de nuestro pueblo. Elige de entre los tuyos a algunos que tengan este temple para ser soldados en un lugar en el que quizá no empuñen jamás las armas o en el que se vean atacados por un enemigo muy superior en número. Elige a los que no teman un futuro favorable o adverso. Solo los dioses pueden saber si Karna hará honor a su recién adquirido nombre. Y ahora toma los papiros y guárdalos en el arca bajo llave. Ahora, más que nunca, extrema la precaución y protégela con tu vida si es necesario. No te confíes en que yo tenga otra copia por seguridad. Actúa como si todo dependiera de tu valor.

—Así lo haré, amigo, y disculpa mis palabras fruto del desconocimiento. Ahora entiendo mejor tus planes. Ya sabes que solo soy un guerrero que cumple órdenes. Tienes mi total confianza.

Los tres se despidieron hasta el día siguiente. Hannón se dirigió a su tienda junto a Dido.

—Es un lugar muy hermoso —le dijo ella, en la intimidad del improvisado lecho.

—Sí que lo es, aunque no tanto como tú.

—No digas tonterías. Venga, descansa. Si no me equivoco, seguro que quieres ir tú también de expedición.

Hannón no dijo nada más, abrazó con fuerza a la que conocía su corazón casi mejor que él mismo. Sí, iría con la expedición y también si había más ocasiones. Ardía en él la audacia cartaginesa que ahora superaba a la prudencia. ¿No era esa la razón por la que le habían elegido a él en lugar de a su hermano Himilcón? Pasó la noche inquieto ante los hechos del día siguiente y sintió renacer en él su ilusión infantil por lo desconocido. Los comerciantes de Cartago estarían satisfechos cuando les hablara de Karna. Había cumplido con ellos, ahora tenía que cumplir con él mismo.

Aristodemo, antes de acostarse, ultimó los preparativos y escogió a los hombres que lo acompañarían. Temía encontrarse de nuevo con los belicosos etíopes y eligió a los más veteranos y a algunos que habían perdido a amigos en la batalla del río. Si se encontraban con los hombres de la piel quemada, la moral de sus hombres debía ser alta y sus deseos de venganza extremos. Él mismo se entretuvo afilando su espada y su lanza y limpiando su escudo, para que brillara con furia la cabeza del léon. Lo hacía sobre todo para no pensar en Isthar, cuya tienda no estaba muy lejos y en la que se veían sombras

que le encogían el corazón.

A la mañana siguiente, mientras los colonos se afanaban en levantar Karna y se enviaba a grupos para abastecerse de pescado y carne de foca, una barca cruzaba el estrecho canal que separaba la isla del continente. A bordo, Aristodemo con veinte hoplitas acompañaba a Hannón, ataviado con coraza de lino y casco de negra cimera. Akbar, el intérprete, ocupaba un sitio discreto en la proa, atento a cualquier movimiento en la orilla y Aníbal guiaba el timón mientras los remeros bogaban con fuerza para superar la corriente. Sebub no había querido acompañarles. No le gustaba dejar solo al sufete y menos al chico, pero no quería que su presencia anulase las decisiones de quienes tenían que crecer con la experiencia propia enfrentándose al peligro y acertando o equivocándose por ellos mismos. Los vio partir desde la isla y a su mente vinieron tranquilos pensamientos.

Hannón fue el primero en tocar tierra y a su alrededor se dispusieron Aristodemo y sus hoplitas en posición de defensa. Avanzaron desplegados y con prudencia, alejándose progresivamente de la playa. Los remeros esperarían su regreso, pero Aníbal había querido acompañarlos y el chico no aceptaría una negativa. Se colocó junto a Aristodemo, protegido tras su escudo. Akbar, a su vez, avanzaba en vanguardia, muy cerca de Hannón, que lo protegía también con un escudo en el que brillaba el emblema del caballo al galope de los jinetes del mar. Y, como si una imagen llamara a la otra, una vez que dejaron la playa y entraron en una llanura sin árboles, vieron aparecer una polvareda que se hizo cada vez más cercana.

Aníbal se sacudió el polvo de los ojos para poder ver el avance de varios jinetes hacia ellos. Eran hombres de tez cobriza vestidos con pieles de animales, que cabalgaban con soltura provistos de jabalinas y arcos con flechas. Los hoplitas, al ver que venían armados, formaron la falange, pero no se mostraron hostiles por orden de Hannón.

—Quietos. Quedaos en posición de defensa con las lanzas prestas, y los que estáis detrás tensad los arcos por si es necesario. Aguardad a mi señal. Tenemos que averiguar sus intenciones.

Aníbal, detrás de Aristodemo, pudo ver que los jinetes no aminoraban el paso a medida que se acercaban a ellos. Si seguían así los arrollarían con sus caballos. Hannón levantó la mano para dar la señal de ataque, pero Akbar le detuvo.

—Alto, señor, son peulhs, seguro. Pastores nómadas y excelentes jinetes. Ponen a prueba el temple del enemigo. Os lo ruego, no os mováis y ellos se pararán en el último momento. Desean mostrar su habilidad y comprobar vuestras intenciones.

Hannón tuvo que decidir en breves instantes si seguir el consejo del intérprete o dar la orden de ataque. Si Akbar se equivocaba, luego sería demasiado tarde para un contragolpe, una vez que la falange se

quebrara. Eran esos momentos en los que se forjaba un líder. Solo él debía decidir y solo él sería el responsable de las consecuencias.

Los jinetes no detenían la marcha y los hoplitas esperaban tensos la señal del sufete.

—Hannón, da ya la señal, rápido —gritó Aristodemo.

—Todos quietos —insistió el sufete—. Quietos he dicho.

El espartano se abstuvo de dar por su cuenta ninguna orden. Supo confiar en su amigo y en su buen juicio, aunque a él le pareciera que estaba equivocado. Apretó los dientes y se bajó el casco, afianzando los pies en el suelo para resistir la acometida de los caballos. Sabía que sus hombres le observaban y que imitarían sus actos.

Casí podían oler a los caballos, tan corta era la distancia, pero en el último momento el grupo de jinetes efectuó un magistral giro y cabalgó en paralelo al muro de escudos mientras agitaban sus lanzas en señal de desafío.

—No respondáis a la provocación —dijo Hannón, alzando su voz por encima del retumbar de los cascos—. Manteneos en posición. Arqueros, no disparéis.

La nube de polvo que dejaron los animales hizo toser a Aníbal y nubló momentáneamente la vista de los hoplitas que, no obstante, permanecieron firmes en su lugar. Cuando se hubo disipado, saliendo como de las tinieblas, avanzaron pausadamente dos jinetes peulhs, esta vez con la punta de las lanzas hacia el suelo.

—Escudos al suelo, vamos, abandonad la formación —se arriesgó a ordenar el sufete—. Que no interpreten que les atacamos ahora. No nos han agredido, solo ponían a prueba nuestra capacidad. Levantaos los cascos y que os vean la cara.

Los hombres de piel de cobre se acercaron con cautela, dominando el caracoleo de sus caballos. Probablemente era la primera vez que veían a aquellos hombres blancos barbudos de pelo largo y poderosas armas. Dos de ellos avanzaron valerosamente. El gesto de Hannón de deponer las armas les había tranquilizado. Akbar había estado en lo cierto y el sufete se alegró de haber tomado la decisión correcta que había impedido el derramamiento de sangre. Su alegría se hizo más profunda cuando, al desaparecer la nube de polvo, vio que detrás de aquellos dos jinetes se extendía una larga línea de unos cincuenta hombres a caballo. Si hubieran luchado, el resultado más probable hubiera sido la muerte o la pérdida de muchos hombres. Los hoplitas comprendieron ahora la decisión de su jefe y respiraron aliviados. También Aristodemo, que disfrutaba con el combate, pareció contento de no haber actuado por su cuenta.

El sufete, en un alarde de audacia, se adelantó con Akbar dejando su espada y su lanza junto a Aristodemo. Los dos jinetes no desmontaron. Quizá era una mala señal, pero Hannón había decidido

jugársela y se acercó a ellos con los brazos en alto. Aristodemo había dispuesto arqueros ocultos tras los hoplitas de la última fila por si se necesitaba una intervención rápida.

Hannón vio de cerca a los jinetes y quedó sorprendido por la belleza y elegancia de sus rasgos y por la disposición de su pelo como si fuera la cimera de un casco. Se cubrían con pieles de león, por lo que podía deducirse que eran buenos guerreros.

—Amigos, nosotros somos amigos — dijo pausadamente Hannón, mientras Akbar traducía sus palabras a la lengua de los peuhls.

—¿Quiénes sois? Nunca hemos visto a gente como vosotros — respondieron ellos, al tiempo que Akbar vertía sus palabras al púnico.

—Venimos de una ciudad grande muy lejana. Su nombre es Cartago. Queremos comerciar e instalar un puesto en la isla de la bahía, si vosotros nos dais permiso.

Hannón reconocía astutamente la titularidad del territorio a favor de los peuhls. Tiempo habría para decirles que pronto pertenecerían al imperio de Cartago. Pero convenía ser cautos.

—Comerciar es bueno si no traéis intenciones hostiles. Somos pastores nómadas y tenemos bueyes que producen leche y buenas pieles, además de buena carne. Somos cazadores valientes. Tenemos muchas pieles de leones, leopardos y animales salvajes y colmillos de elefantes. ¿Qué ofrecéis vosotros a cambio? Estamos acostumbrados al comercio con otros pueblos del interior.

—Tenemos hermosas vasijas, olorosos perfumes, objetos de vidrio y sobre todo armas, buenas armas de bronce para ahuyentar a los leones y a las fieras del ganado. Y sal, tenemos mucha sal que podemos transportar de la isla en grandes cantidades y que os servirá para conservar los alimentos en vuestros continuos desplazamientos.

—Parece un buen cambio. Podéis quedaros en la isla y venir a la costa cuando nosotros traigamos nuestro ganado a estos lugares. Os avisaremos de nuestra presencia mediante el fuego. No seremos hostiles si no lo sois vosotros. Mañana al amanecer haremos un primer intercambio.

Hannón se despidió de los jinetes y volvió hacia sus hombres con tan extraordinarias noticias. No solo no atacarían, sino que estaban dispuestos a comerciar. Era un comienzo modesto y un buen complemento para Karna, que, no obstante, se nutriría más de los barcos de la ruta, si esta llegaba a establecerse. Era un riesgo enorme dejar allí a todos esos colonos sin garantías de que la ruta tuviera éxito, pero las posibilidades eran reales y el éxito compensaría la audacia.

Todos regresaron a la isla y contaron lo sucedido a los principales jefes. Sebub oyó con agrado el apasionado relato de Aníbal, extasiado por la buena planta de aquellos jinetes de cobre y por el valor del

sufete que se había dirigido a ellos desarmado sin valorar el posible peligro. El viejo marino se alegró de que Hannón se ganara la confianza de los suyos no solo por sus cautivadoras palabras, sino también por la audacia de sus acciones. Aristodemo había vuelto menos contento, porque el sufete había eclipsado su figura tomando el mando de sus hombres, pero no permitió que la envidia le dominara rompiendo su férrea amistad. Era necesario que los hoplitas sintieran que Hannón era su comandante supremo y con aquella acción se había ganado su respeto. Su serenidad les había salvado y el espartano se dijo a sí mismo que, de estar él al mando, hubieran luchado hasta el último hombre en una batalla inútil.

Hasis recibió las noticias con una mezcla de fastidio y agrado. Fastidio porque veía crecer el prestigio de Hannón y agrado porque las buenas relaciones comerciales acabarían beneficiando a Liks, aunque él escondiera otro propósito.

Dido, por su parte, salió muy preocupada al encuentro de su esposo al oír las noticias del peligro que había corrido, que pronto corrieron de boca en boca entre colonos y soldados. Al llegar junto a él, lo abrazó en público sorprendiendo a todos de tal modo que el propio sufete tuvo que soltar sus brazos agradeciendo su gesto con una mirada cómplice cargada de amor.

—Tenía que hacerlo —le dijo en voz baja, al desembarazarse de ella con delicadeza.

—Lo sé, pero eso no aliviará nunca mi sufrimiento —respondió ella, dejándose apartar.

La noche transcurrió en calma y todos descansaron, después de haber hecho los preparativos para llevar en barcas los productos del intercambio. La mayoría de lo que obtuvieran de los peulhs se quedaría en Karna, bien para uso de los colonos, bien almacenado con cuidado para cuando los barcos recorrieran la ruta con regularidad. Hannón dejó claro que ningún peulh podía visitar la isla; no debían conocer ni el número de colonos ni el de soldados que había en ella, al menos hasta que se demostrara su buena fe.

El intercambio del día siguiente se produjo sin incidentes e incluso abundaron las risas al comparar cada uno el físico de la otra raza. Los púnicos se reían del curioso peinado de los nativos y a ellos, a su vez, les hacía gracia la barba de los visitantes. Tanto Hannón como los jefes peulhs habían acordado que ninguna de las dos partes llevaría armas y que, ante un desacuerdo en los intercambios puntuales, se acudiría a los jefes respectivos para solucionarlo de forma pacífica. Los indígenas resultaron ser tan nobles en su comportamiento como en su aspecto y la jornada terminó con una cena en la playa en la que corrió la leche y la carne de los bueyes peuhls, junto al pescado salado y el vino de los cartagineses. Sebub había acudido a la cita comercial

y gozaba con la armonía de ambas razas. Los hoplitas se relajaron por fin y empezaron a olvidar el incidente con los etíopes, pensando que no todos los pueblos de África tenían que ser hostiles y que en ellos también anidaba la nobleza de sentimientos. Y todo gracias a un humilde pastor de Liks llamado Akbar y a un extraordinario sufete que habían apostado por la paz en lugar de la guerra.

## Río de oro

Después del éxito del intercambio, Hannón envió a Akbar a averiguar si los peulhs sabían dónde podría encontrarse oro. El intérprete volvió con una vaga respuesta.

—Dicen que un poco más al sur, a una jornada y media de navegación, desemboca un gran río, el más caudaloso de la región. Han oído hablar de que, si se remonta en busca de sus fuentes, es posible hallar el camino al corazón dorado de África. Ellos nunca han llegado hasta allí, pero han tenido contacto con sus habitantes y han visto el oro que alguno ha traído para el intercambio. Parece una información fiable.

—Y aunque no lo fuera, Akbar, desgraciadamente no tenemos otra. Gracias por tus servicios. Me gustaría que nos acompañaras en la expedición para remontar ese río del que han hablado los peulhs.

—Haré lo que me ordenéis —respondió el solícito intérprete, que permanecía en actitud humilde a pesar de ser consciente de que gracias a él se habían salvado de un desastre.

Hannón reunió esa noche a su consejo privado y les comunicó su decisión de que dos barcos se adelantaran hacia el sur para intentar remontar el río. La propia nave capitana, con él a bordo, sería uno de ellos. No le disuadieron las palabras de prudencia de Sebub ni las de Hasis, que tampoco deseaba demasiados riesgos en la expedición.

—He tomado esta decisión y es irrevocable. Partiremos mañana mismo y tú, Sebub, tendrás que acompañarnos, lo quieras o no.

El viejo marino asintió con un gesto, sin dignarse a replicar al sufete. En el fondo aprobaba la decisión de Hannón y esta vez sí que iban a necesitar su pericia y experiencia, porque nadie conocía los lugares a los que iban.

—Aristodemo, elige a tus hombres. Veinticinco en cada nave. Tú, como siempre, a mi lado. Y en cuanto a vos, señor embajador, os

ruego que permanezcáis en Karna para mayor seguridad.

—Como gustéis —se apresuró a decir Hasis, feliz de no correr un riesgo innecesario.

Dido despidió al día siguiente a su esposo con el alma en vilo y temió que las naves jamás volvieran a Karna, perdidas en el mar o en las riberas del río. Al ir con dos naves la seguridad era mayor, ya que una podría auxiliar a la otra o, en todo caso, volver a la isla a buscar ayuda.

El sufete, en la proa, respiraba el aire del mar junto a la crin de madera del caballo, sintiendo que su sueño de aventura empezaba a cumplirse. Afloró en él el Jasón que llevaba dentro y que ya había demostrado, mucho antes que el héroe griego, que había madurado en su viaje y ya no era un joven inexperto. Su carisma se había afianzado entre los hombres, que veían que al prudente sufete se superponía el intrépido Hannón, capaz de conducirlos hasta el fin de la tierra. Habían contemplado su prudencia y su valor y cómo era secundado por el formidable espartano y estaban dispuestos a seguirlos a donde fuera necesario.

Aníbal estaba entusiasmado por el hecho de navegar por mares ignotos y por encontrar un río inexplorado. Sentía la pureza de la aventura y parecía haber olvidado por un momento el episodio del elefante o la batalla con los etíopes. Su empuje vital le hacía desear que la nave avanzara más rápido y que el caballo pintado en la vela galopara como nunca lo había hecho. Veía, además, el rostro de Sebub, surcado por las arrugas de la experiencia, sonriente por llegar por fin más allá de sus límites, por surcar un mar inexplorado y virgen, al que debía cortejar como a una mujer. La aparente desgana de los últimos días había desaparecido de su rostro y volvía a recuperar la juventud que bajo su piel de pergamino irradiaba un brillo especial. El azul de sus ojos se fundía con el azul del mar escrutándolo con detenimiento, memorizando cada accidente de la costa, cada variación en el color de la llanura de agua.

Después de jornada y media de navegación, divisaron a lo lejos la oscura corriente de barro que señalaba la desembocadura del gran río. Como si se tratara de una hidra de múltiples cabezas, así se multiplicaban las bocas del río y la cuestión era elegir una. Sebub tomó la determinación de remontar la primera con mucha prudencia. Las dos naves atravesaban un lugar pantanoso e insano con un fondo irregular que hacía peligrosa la navegación. Aquí y allá surgían islas de juncos que hacían difícil elegir la ruta, como si se hubieran introducido en un complejo laberinto. Hannón dejó hacer a Sebub, que guiaba la nave capitana con resolución fiándose de su instinto. Llegados a un punto, el río se bifurcaba claramente en dos brazos: uno era más estrecho y seguía de frente y otro más amplio que conducía a

un enorme lago que se adivinaba a lo lejos.

—Hannón, tienes que decidir tú el camino. Yo no conozco estos lugares y no puedo cargar con la responsabilidad de la elección. Lo siento, pero no puedo ayudarte.

—Sebub, te lo ruego, dime cuál escogerías tú.

—La decisión es tuya y me niego a decidir por ti. Tú eres el guía de esta expedición, no lo olvides. Bastante he hecho con guiar el barco hasta aquí sin pedirte ayuda.

De nuevo la incertidumbre y el peso de la duda aplastaron al sufete. Tenía que decidirse pronto.

—Está bien. Tomemos el brazo de mayor caudal que lleva al lago.

El viejo marino se limitó a indicar a Aníbal el rumbo ordenado por Hannón sin aprobar o rechazar la elección del sufete. Los dos barcos pronto llegaron al enorme lago rodeado de montañas, que resultó de unas dimensiones imprevisibles. Al recorrerlo se encontraron con tres islas mucho más grandes que Karna, pero inhóspitas e inabordables. Les llevó un día de navegación recorrer el lago hasta dar con su final. Hannón dio la orden de que desembarcara primero Aristodemo con los hoplitas de la nave capitana. Cargando sus pesados escudos y con el agua hasta la cintura eran una presa fácil para un posible enemigo, por eso algunos arqueros les cubrían desde las dos naves, que se habían acercado lo más posible a la orilla.

Entonces Aníbal lanzó un grito y se desplomó en cubierta con la cabeza ensangrentada. Sebub dejó el timón y acudió en su ayuda en medio de una lluvia de piedras que había sorprendido a los del barco y castigaba también a los hoplitas que estaban en el agua. En pocos instantes toda la orilla se había cubierto de hombres vestidos con pieles de animales que no cesaban de lanzar piedras contra los púnicos con certera puntería.

—Cubríos con los escudos —dijo Hannón a los que estaban en su nave—. Arqueros, responded al enemigo.

Aristodemo y sus hoplitas estaban inmovilizados en el fango cerca de la orilla e intentaron cubrirse con poco éxito. El sonido de las piedras de considerable tamaño resonaba en el escudo abollado por los golpes.

—Atrás —ordenó el espartano a voz en grito—, atrás.

Él mismo se quedó en su puesto de vanguardia junto a otros para cubrir la retirada, pero en realidad no podía hacer otra cosa que resistir los golpes que herían sin piedad la figura del león de su escudo. El pesado equipo se mostraba inservible e impedía la ligereza de movimientos necesaria para un ataque rápido. Los salvajes no cesaban de tirar piedras y se turnaban en ello, por lo que parecía que eran cientos de manos las que les atacaban.

Hannón, sin poder hacer nada, contemplaba con estupor la masacre

de hoplitas, que con múltiples heridas y agobiados por el peso de sus armas eran arrastrados por la corriente o se hundían en el fango incapaces ya de resistir. Su decisión había sido equivocaba y cada hombre que perdía era como una herida en su interior. Estuvo a punto de dar la orden de alejarse y dejar allí a los hoplitas y a Aristodemo a su suerte para salvaguardar la seguridad de los demás, pero no podía abandonar a su amigo ni a sus hombres en aquella situación. Vio con alegría que los de la otra nave habían conseguido alejarse sin pérdidas al estar, por la mayor distancia, a salvo de las piedras.

Aristodemo lloraba impotente bajo su casco la suerte de sus hombres mientras luchaba por resistir y retroceder poco a poco hacia la nave. Algunos habían conseguido subir al barco llenos de heridas sangrantes. De improviso la mortífera lluvia cesó y los hombres vestidos con pieles desaparecieron entre la vegetación. El espartano respiró aliviado y dio órdenes para recuperar los cadáveres que fuera posible y llevar a los heridos a la nave. El propio sufete tendió el brazo a su amigo para ayudarle a subir a bordo.

Las dos naves retrocedieron al centro del lago y anclaron allí, esperando que aquellos salvajes no tuvieran embarcaciones para atacar de noche. No parecía que así fuera por lo primitivo de sus vestimentas. Habían sido abiertamente hostiles sin posibilidad de diálogo. Los púnicos no fueron capaces de decir con seguridad si eran peulhs o etíopes u otra raza desconocida. Lo que era cierto es que debían retirarse de aquel lago de indígenas hostiles. ¿Serían los guardianes del oro del que hablaban los peulhs? Era imposible saberlo. Aristodemo evaluó las bajas con consternación: habían muerto diez de sus hoplitas y otros cinco estaban gravemente heridos, eso sin contar a Aníbal.

Hannón, el espartano y Sebub rodeaban al muchacho, que estaba muy pálido e inconsciente.

—La herida es grave —sentenció Sebub, muy preocupado—. Mis conocimientos no alcanzan para su curación. Debemos limpiarla y rogar a los dioses que despierte pronto; cuanto más tiempo pase así, menos esperanzas hay.

Hannón y Aristodemo se entristecieron y se marcharon a organizar la curación de los heridos y la preparación de los cadáveres. Solo el viejo marino permaneció junto al chico con los ojos llenos de lágrimas. Ahora que había encontrado a su sustituto, ahora que por fin tenía a alguien a quien transmitir sus conocimientos y su experiencia, los dioses querían arrebatárselo. ¿Sería aquello la concreción de sus negros pensamientos de los últimos días? ¿Por qué, cuando todo iba tan bien, los dioses se mostraban esquivos? ¿No le habían encomendado a él la misión de buscar a Hannón y de preparar aquel viaje? No por casualidad se había encontrado con aquel chico ni lo

había apartado de su triste destino en Las tres Gracias. Y todo para que ahora muriera a manos de unos salvajes, de forma fortuita y sin gloria, cuando le quedaba tanto por vivir, tanto por aprender, tanto por experimentar. Ahora que había gustado la libertad del mar querían arrebatársela con la prisión de la muerte. No había completado su vida, no había realizado la empresa a la que estaba llamado y por eso no podría embarcarse en la nave del océano Celeste.

Las dos naves regresaron a lo largo del lago hasta la bifurcación donde Hannón había tomado la decisión equivocada. Ahora podría enmendarse siguiendo el otro brazo, que debía ser el que realmente llevaba a las fuentes del gran río.

—Tenemos que volver a Karna —dijo el viejo marino al sufete, como si de una orden se tratara.

—No, Sebub, estamos aquí para explorar este río y un fracaso no me va a hacer desistir del empeño —respondió Hannón, ante el tono imperioso del viejo marino.

—Este viaje no es nada comparado con la vida de Aníbal. Si no regresamos ahora y reposa tranquilamente, estoy seguro de que no volverá a la vida. Yo no voy a acompañarte, me vuelvo a Karna.

El sufete comprendió ahora la determinación de Sebub. Se preguntó si realmente el chico era para él tan valioso como para el piloto.

—Sé prudente, Hannón, te lo ruego. Piensa en el muchacho, no te ofusques con la expedición —intentó aconsejar Sebub.

—Yo también aprecio a Aníbal, pero no olvides que soy el jefe y que tengo una misión que cumplir. Haremos lo siguiente, tú regresarás en la nave capitana con Aníbal y yo seguiré a bordo de la otra nave con Aristodemo y los mejores hoplitas.

—¿Para qué arriesgarse con una sola nave, Hannón? ¿No sabes reconocer la derrota cuando se te presenta? ¿O acaso es tu orgullo herido el que quiere desquitarse? Créeme, un buen líder también sabe reconocer cuándo ha perdido.

—¿No te basta con dejarme solo y quieres darme lecciones, piloto? —gritó Hannón faltando por primera vez al respeto a Sebub.

—Nada más lejos de mi intención, sufete —respondió el viejo marino, herido por el desprecio del elegido—. Seguiré tus órdenes y volveré a Karna con la esperanza de salvar al chico. Allí aguardaré tu regreso, porque sé que volverás, y pronto.

—¿Pretendes intimidarme con tus visiones de tres al cuarto? Si fracaso de nuevo, te echaré la culpa por tus malos agüeros.

Sebub no podía creer que el que le respondía fuera el mismo Hannón valeroso y prudente que él conocía. No quiso avivar más la disputa, sabiendo por experiencia que cuando la ira arde en los corazones de los hombres lo mejor es esperar a que se extinga su fuego.

Aristodemo aceptó sin discusión, pero algo confuso, las órdenes de cambiar de barco y de elegir a sus mejores hombres. Una mirada de Sebub le dijo que debía permanecer en silencio y esperar pacientemente. Afortunadamente solo el viejo marino había oído las duras palabras del sufete; el resto de los hombres comprendió que un barco volviera con el muchacho y los hoplitas heridos y muertos.

Mientras Sebub cabalgaba sobre el río ayudado por la corriente en una carrera contra la muerte de Aníbal, Hannón emprendía la exploración del curso principal impulsado por un deseo insaciable de penetrar en el corazón de África y sus tesoros. Al ver alejarse la nave del viejo marino, reconoció que no se había portado bien con él. Quizá, como siempre, Sebub tenía razón y el orgullo era la causa de su insensatez pero, por otro lado, sin esa audacia jamás hubiera salido de Cartago hacia lo desconocido.

El río se fue haciendo más ancho y caudaloso y comenzaron a ver numerosos hipopótamos que suscitaron la curiosidad de los hoplitas, que jamás los habían visto. La navegación se hacía más fácil por el caudal del río y Hannón comenzó a tomar confianza en que aquella ruta le llevaría al interior del país del oro. Sin embargo, muy poco después, al ver que el avance se hacía lento y trabajoso constató que la corriente estaba venciendo el empuje de la nave. Ni la vela hinchada ni los esfuerzos de los remeros contribuían a que el barco avanzara significativamente y, cuando los hombres debían descansar por el agotamiento, la nave perdía todo lo que había ganado en la batalla con el río. Antes había sido fácil, porque este perdía empuje al desplegarse por las marismas y los recodos, pero ahora se mostraba con toda su fuerza vedando la ruta a los exploradores. Empeñado en continuar, Hannón evaluó la posibilidad de que los hombres saltaran a la orilla y tiraran de la nave con cabos, pero la espesa vegetación y el fango hacían imposible esa solución, sin contar con los cocodrilos que podrían atacar a los marineros en su viaje a la orilla. Parecía como si una fuerza invisible les impidiera continuar más allá. Hannón, desesperado, había cogido el mazo que marcaba el ritmo de los remeros, golpeando sin cesar para marcar una marcha imposible. Los hombres se esforzaron durante un tiempo en seguir el ritmo del sufete gracias al respeto que había conseguido entre ellos.

—Ya basta, Hannón, ya basta —dijo afectuosamente Aristodemo, al tiempo que sujetaba el brazo del sufete que portaba el mazo y los hombres exhaustos soltaban los remos frenando la nave en seco.

—Tenemos que seguir, Aristodemo… —dijo, fuera de sí—. ¿Por qué te resistes, África?

El espartano lo sujetó más fuerte y Hannón intentó golpearle con el mazo, pero se desvaneció en brazos de su amigo con el rostro bañado por el sudor. Aristodemo le tocó la frente y la notó caliente. Los

hombres miraron al espartano esperando una orden. Con el sufete en aquel estado, él era el responsable.

—A Karna, volvemos a Karna.

La nave viró y la corriente la empujó con fuerza hacia la desembocadura. Aristodemo llevó a Hannón al camarote en brazos, mientras veía a lo lejos el ancho río de enorme longitud cuyas fuentes quedarían vedadas para los púnicos.

Comprendió la desilusión de su amigo, pero le preocupó más la calentura que había notado en su frente. El espartano no se separó del lecho de Hannón durante todo el viaje de vuelta a Karna, que duró tres días, uno para llegar a la desembocadura del gran río y dos para ir hacia el norte a alcanzar de nuevo el puesto comercial. En todo ese tiempo no dejó de aplicar paños fríos al sufete, que se pasó delirando todo el viaje. Tenía que haber cogido las fiebres justo al entrar en la zona pantanosa del río, si es que eran fiebres naturales y no algo sobrenatural que luchaba en su interior. A veces el ser humano puede perder el sentido y la razón a causa de una frustración, y Hannón había puesto todo su empeño en aquella empresa que ahora había visto fracasar. El rudo Aristodemo se sorprendió de la ternura con la que cuidó aquellos días al sufete y se alegró profundamente de que su rey le hubiera mandado ir más allá de las Columnas de Melqart. En realidad, era un viaje para descubrirse a sí mismo, para ir más allá de su faceta de guerrero imperturbable, para explorar los rincones más ocultos e imprevistos de su interior. Seguía siendo un espartano valeroso, pero estaba siendo capaz de ser un individuo más allá de la falange, alguien que estaba aprendiendo a amar, alguien que soportaba que unos extranjeros le ordenaran qué debía hacer, alguien capaz de dar la vida por un amigo que no era de su raza.

Por fin llegaron a Karna y los colonos recibieron con preocupación la noticia del estado de su jefe, que fue trasladado de inmediato a la tienda principal, en la que Dido aguardaba con angustia desde que Sebub le había contado lo sucedido en el gran río. Lo acomodó lo mejor posible y estuvo a su lado, relevando a Aristodemo de su tarea. El espartano aprovechó para visitar a Sebub.

—¿Cómo está el chico?

—No ha despertado todavía, pero tiene buen color. Creo que aún hay esperanzas. El regreso parece que le ha salvado la vida de momento. ¿Y el sufete?

—Vamos, Sebub, ¿cómo puedes guardarle rencor a Hannón? Es nuestro amigo, no hables de él como «el sufete».

El viejo marino aceptó la corrección de Aristodemo. En efecto, no debía guardar rencor a Hannón, y menos él, que se suponía que estaba por encima de todo. La diferencia estaba en que Sebub sabía reconocer rápidamente que era humano y podía equivocarse.

—Estás en lo cierto. Es nuestro amigo. ¿Cómo está?

—Supongo que irás enseguida a verlo, pero te informo de que tiene unas fiebres altísimas y delira casi constantemente. Como tú vaticinaste, la expedición ha sido un fracaso. La corriente del río era demasiado fuerte para nuestro barco y tampoco podíamos remolcarlo. Fue entonces cuando Hannón se vino abajo.

—Espero que haya aprendido una lección que no olvide nunca. Se había crecido demasiado y los dioses han querido ponerlo en su sitio. No es un castigo, es simplemente una ayuda para constatar nuestra humanidad.

—Todo eso está muy bien, Sebub, pero ¿no sería mejor que fueras a verlo ya?

—Y tú podrías ir a ver al chico ¿no? —dijo Sebub dándole la réplica al espartano.

El viejo marino acudió de inmediato a la tienda de Hannón y se colocó junto a su lecho al lado de Dido, que mostraba signos de agotamiento.

—Descansa un poco. Yo me quedaré un rato con él.

—Gracias, Sebub. No ha mejorado nada. ¿Crees que se pondrá bien?

—No lo dudes, Dido. Si algo sé, es que Hannón es el elegido y que este viaje todavía no ha terminado.

Dido se retiró agradeciendo las palabras del piloto y este se quedó a solas con el sufete. Cuando le tomó de la mano Hannón pareció reaccionar.

—Soy Sebub, Hannón. Estás en Karna —le dijo con voz suave, espaciando las palabras para asegurarse de ser entendido.

—Sebub… Karna… Sebub, lo siento… Tenías razón…

—No hables más, no te canses. Tú también estabas en lo cierto cuando sentiste el deber de seguir explorando en servicio de Cartago, a pesar de que en gran medida te empujaba tu orgullo.

—Sí, mi orgullo… mi error… Sebub, yo ya no puedo dirigir esta expedición.

—Al contrario, amigo, solo tú puedes hacerlo. Aprende del error, respeta el designio de los dioses. El gran río se ha resistido, quizá es que espera a otro que abra sus secretos y a ti te corresponde únicamente el llegar hasta aquí, mostrando el camino a los hombres del futuro. Has partido de Cartago pensando en que tú eras el único que descubriría el corazón de África, has partido con el orgullo y la seguridad de quien desea toda la gloria para sí mismo. Aprende la humildad; este viaje es muy importante, sí, porque es el primero, pero no es el único. Piensa que estás abriendo una senda que otros tendrán que terminar gracias a que tú has dado el primer paso. Quizá los comerciantes de Cartago te hagan reproches, pero es que ellos no ven

más allá de sus ganancias y de su presente. Nosotros estamos haciendo algo más, aunque les beneficiemos también a ellos y a nuestra ciudad. Estamos abriendo los caminos del mundo, unos quedarán abiertos para siempre y otros permanecerán cerrados o escondidos en espera de ser descubiertos. Nosotros solo debemos responder a la pregunta de si hemos vivido con honor como jinetes del mar, si hemos cabalgado sobre sus aguas abriendo nuevas rutas y esperanza donde antes la llanura permanecía sin hollar.

—Sebub —alcanzó a decir, débilmente, Hannón—, hablas demasiado. ¿Es que a ti también te ha cambiado este viaje?

El viejo marino rió con gusto. El sufete tenía sentido del humor y era un claro indicio de que se recuperaba. Se levantó y llamó a Dido, que estaba fuera luchando con su dolor.

—Pregunta por ti —le dijo Sebub, al tiempo que el rostro de la mujer se llenaba de nuevo de vida.

Desde la puerta de la tienda el piloto pudo oír el llanto y la risa mezclados sin sentido de quienes se encuentran de nuevo como esposo y esposa después de creer que jamás reirían y llorarían juntos. Fue música para los oídos de Sebub, que disfrutaba con la armonía de los seres tanto como con la de los astros, que aquella noche brillaban con intensidad en en el cielo de Karna.

Aristodemo había ido a ver cómo estaba Aníbal, sin sospechar que el astuto piloto sabía algo que él desconocía. Al entrar en la tienda del chico, el espartano se encontró con que Isthar, con toda su belleza y delicadeza, estaba junto al lecho de Aníbal cuidando de que no le faltara de nada. Sorprendido por el inesperado encuentro, Aristodemo se quedó sin palabras.

—La dama Dido ha convencido a Hasis para que me permitiera cuidar al muchacho y él no ha podido negarse —explicó Isthar con naturalidad, mientras su rostro se llenaba con una sonrisa de alegría por ver al León.

— ¿Ha mejorado algo? —preguntó el espartano, sin apartar sus ojos de la Estrella de la Mañana.

—Todavía está inconsciente, pero Sebub opina que podría abrir los ojos en cualquier momento. Confía en que el golpe no le haya afectado ningún sentido. —respondió ella, acariciando con suavidad el cabello de Aníbal.

Aristodemo se hubiera cambiado en ese instante por el chico solo por sentir el contacto de la mano de Isthar con su cabello. Ella, sabiendo lo que pasaba por su mente, le rogó:

—Siéntate a mi lado y podrás ver mejor al muchacho.

El espartano obedeció de inmediato y se sentó junto a la Estrella de la Mañana, disfrutando de su brillo y de su embriagador aroma. Isthar

le rodeó con sus brazos y ambos acercaron sus labios por primera vez, deseosos de probar el dulce sabor del amado. Aristodemo sintió que algo le quemaba por dentro al sentir en su pecho la mano de Isthar y los dos se fundieron en un beso, que fue como el envío de una paloma entre las dulces rocas de sus labios. Sus cuerpos sentían una llamada inaplazable, cuando junto a ellos oyeron la débil voz de Aníbal que los devolvió al mundo de los vivos.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —dijo fatigosamente.

—Calma, muchacho, todavía estás entre nosotros —le respondió la melodiosa voz de Isthar.

Aníbal concentró en ella su turbia mirada y pensó que gozaba ya de la presencia de los dioses. La Estrella de la Mañana tocó su frente con los labios para ver si despedía calor y Aníbal se sonrojó sintiendo un inmenso placer.

—Bueno —oyó decir a Aristodemo—, parece que hace falta más que una certera pedrada para acabar contigo, muchacho. Nos tenías preocupado.

Aníbal sonrió al rudo espartano e inquirió qué había sucedido mientras estaba inconsciente. Aristodemo le informó de todo y, cuando terminó, vieron que Sebub entraba en la tienda con buenas noticias.

—Hannón se recupera y por lo que veo, Aníbal, tú tienes la suerte de gozar de una buena compañía. No me extrañaría nada que los cuidados de Isthar hayan hecho milagros.

El viejo marino aparecía entre bromas, como quien no había sufrido por la suerte del chico, pero solo era apariencia. Aquellos breves días habían sido los más angustiosos de su ajetreada vida, porque había temido perder al que era su razón de ser y su verdadero hijo. Por una vez había dejado de ser el hombre que todo lo sabe, para sentir la humildad de dejarse en manos de los dioses y sus misteriosos caminos, que a veces no coinciden con los deseos de los mortales.

—Sebub —dijo Aníbal desde el lecho, indicándole que se acercara —, gracias, gracias por todo. Aristodemo me ha contado que te enfrentaste a Hannón por mi culpa.

—No ha sido para tanto, chico. Y ahora descansa. No vayas a creer que esta belleza no tiene otras cosas que hacer más que atenderte a ti. Además, partiremos en unos días y supongo que no querrás perdértelo.

—Por nada del mundo —exclamó Aníbal, incorporándose con dificultad y abrazando por sorpresa al viejo marino, que sintió vergüenza delante de Aristodemo e Isthar.

—Sebub tiene razón, Aníbal. Me marcho viendo que estás ya casi recuperado. No debo incomodar a Hasis —dijo la Estrella de la Mañana con delicadeza, como si su tarea hubiera sido insignificante.

—No te vayas todavía, quédate un poco más —suplicó Aníbal, reteniéndola por el brazo.

—Volveré en otro momento, te lo prometo —respondió ella, soltándose con delicado gesto.

Isthar se retiró con tanta gracia que los tres hombres suspiraron en su interior . El chico estaba agradecido por sus cuidados, Sebub se encontraba más que satisfecho por el cambio que había visto en ella, y Aristodemo sentía que la mitad de su ser se iba prendida en el cuerpo de la Estrella de la Mañana.

## Motín a bordo

Al cabo de un par de días, Hannón había recuperado la vitalidad de forma extraordinaria. La misma pasión que lo había hecho querer forzar el destino conseguía ahora mover sus entumecidos miembros y poner en marcha de nuevo la expedición. Parecía como si el fracaso, en lugar de hundirle, lo alentara a buscar el triunfo. Pocos sabían que la derrota había modificado el corazón del héroe, añadiendo la humildad a sus ya evidentes virtudes. La enfermedad le había hecho comprender su pequeñez, pero también su papel insustituible en aquella empresa. Tenía que seguir adelante y buscar otra puerta para el corazón de África y no tenía dudas de que su tenacidad sería algún día recompensada.

Decidió que solo viajarían más al sur dos navíos, para que la pérdida no fuera demasiada y los hombres de Karna tuvieran también apoyo en los cuatro restantes que permanecerían en el puesto comercial. En caso de necesitar ayuda, contaría con un lugar seguro al que volver y con algunos barcos que acudieran a auxiliarle, aunque en el fondo no confiaba demasiado en la eficacia de esta táctica. Podían perderse en la inmensidad de lo desconocido sin que nadie supiera jamás qué había sido de ellos. De nuevo oyó voces en contra de que él comandara la expedición, aduciendo que su persona era demasiado importante, pero Hannón sabía que se había ganado a sus hombres y que seguirían a su sufete hasta donde fuera necesario.

El joven Aníbal se había repuesto y estaba animado por la continuación de la aventura. En cuanto a Hasis, insistió en acompañarles a pesar de que Hannón le había sugerido que no lo hiciera. Esa insistencia preocupaba al sufete, porque sabía que el embajador no era un hombre de heroicidades gratuitas y que sopesaba con cuidado sus riesgos personales.

Sin embargo, hubo dos personas que se alegraron de la

incorporación de Hasis, ya que implicaba que Isthar también viajaría a bordo. En primer lugar, Aristodemo, que no podía olvidar el dulce sabor de sus labios disfrutado de forma tan efímera, y también Dido, que había conseguido que el embajador permitiera que Isthar la frecuentara. Se habían hecho amigas y la Estrella de la Mañana aprendía con rapidez las cualidades de la Estrella de la Tarde, al tiempo que la esposa del sufete se alegraba de tener una mujer con la que compartir sus desvelos.

Todos anhelaban continuar la ruta, aunque estuviera llena de peligros inesperados. Eran conscientes de que vivían algo irrepetible y de que cada uno estaba encontrando su lugar adecuado en aquella expedición, formando un solo cuerpo de múltiples y dispares miembros. A estas alturas habían cosechado éxitos y sinsabores a partes iguales y sus corazones se habían preparado con igual ánimo para afrontar unos y otros.

Se despidieron de Karna sabiendo que aquel era por el momento el último eslabón de Cartago en la ruta del sur. Hannón esperaba que todo lo que habían ido haciendo desde la fundación de Kitheron hubiera ido creciendo durante su ausencia, por eso había dejado en manos responsables cada uno de los lugares que tomaba en nombre de su ciudad.

Existía el peligro de que él fuera avanzando, mientras que lo que dejaba atrás se fuera desmoronando. En ese caso estaba haciendo un viaje sin retorno, pero confiaba en sus hombres y en la bendición de Baal y Tanit, que se habían mostrado propicios con la empresa. De todas formas, había hecho todo cuanto estaba en su mano y en ese sentido navegaba tranquilo y, aunque las dudas le asaltaran de vez en cuando, sabía alejarlas de su mente.

Surcaron durante doce días una costa monótona en la que se sucedían las playas de arena desiertas y cubiertas de maleza. Solo de vez en cuando la desembocadura de algún río rompía la monotonía y veían desde las naves pequeñas poblaciones compuestas de etíopes. No se atrevieron a atracar en las primeras por temor a que fueran hostiles y porque tenían todavía en la memoria las dos derrotas sufridas frente a los nativos. Pero como tenían que establecer algún tipo de contacto, en las siguientes poblaciones hacían lo siguiente: cuando estaban lo suficientemente cerca de la costa como para ser oídos, Akbar gritaba palabras amistosas que nunca eran respondidas, quizá porque aquellos etíopes no las comprendían. Al ver acercarse a los barcos y oír las palabras, los etíopes, lejos de mostrarse belicosos, huían. Aquella era la zona en la que el persa Sataspes había dicho que se encontraban los hombres de piel quemada de pequeña estatura, pero en las poblaciones que habían visto de lejos, los hombres parecían tener una talla normal e incluso por encima de la media de los púnicos.

Hannón reunía cada noche el consejo y, tras disolverlo, se quedaba, como era habitual, con Sebub y Aristodemo, consignándolo todo en sus papiros. El viejo piloto anotaba todas las señales de la costa, las poblaciones avistadas y no contactadas, cualquier detalle que pudiera ser útil para los siguientes que navegaran por aquellas aguas.

Durante aquellos días la sensación de fracaso volvía a la mente de los hombres, animada por el inhóspito paisaje. El mar se embravecía por momentos, el cielo aparecía generalmente cubierto, como si una plancha de plomo gris fuera a aplastar las embarcaciones. Acostumbrados a la luz del mar Interior, los púnicos ensombrecían sus almas ante aquella costa que no les estaba ofreciendo nada que mereciera la pena. Algunos remeros murmuraban entre sí y decían que los dioses se oponían a la expedición por medio de aquel fracaso continuo. No había nada de interés por aquellas latitudes, ni siquiera los curiosos hombrecillos de los que había dado noticia Sataspes.

Era mejor conformarse y dar la vuelta hacia Karna, un lugar exuberante y productivo que por sí solo hubiera merecido el viaje. Aquellas habladurías fueron alentadas también por Hasis que, aprovechando su inmunidad, se permitía criticar en público al sufete. Aristodemo estaba inquieto por aquel ambiente que se extendía a ambas naves y vigilaba con cuidado que no afectara a su grupo de hoplitas. Los marineros siempre murmuran en sus viajes, pero carecen de la fuerza necesaria para cambiar el rumbo de los acontecimientos, sin embargo, los soldados sí podían hacer uso de sus armas contra sus propios jefes. Hannón estaba al tanto de todo aquello y pidió al espartano que redoblara las guardias nocturnas, usando solo hombres de total confianza. A él también le estaba afectando aquel cielo plomizo, pero sabía que tras la derrota aguarda casi de inmediato la victoria y que los que se rinden antes de tiempo son incapaces de alcanzarla, a pesar de tenerla tan cerca de sus manos.

Sebub y Aníbal también estaban alerta y aseguraron a Hannón que contaba con la total fidelidad de los pilotos de la otra nave.

El duodécimo día sería recordado por el sufete como uno de los más sorprendentes del viaje. A mediodía y contra todo pronóstico, Hasis se colocó en el centro de la nave y se dispuso a hablar en voz alta para que todos pudieran oírlo. Hannón, que salía en ese momento de su camarote, fue detenido de improviso por dos hoplitas de Aristodemo.

—¿Qué hacéis? Dejadme pasar, estúpidos —dijo el sufete, apartando las lanzas de los soldados.

Estos, tras soltarlas, agarraron a Hannón por los brazos inmovilizándolo. Aristodemo estaba distraído en la popa hablando con Isthar. Sin duda el hábil Hasis había utilizado a la chica para despistar al espartano.

Cuando se dio cuenta de lo que sucedía, caminó hacia el embajador para pedirle explicaciones, pero fue interceptado por cuatro remeros que aferraron al León de tal modo que, por más que rugió no pudo moverse. Dido iba a salir alertada por el ruido, pero oyó a su esposo.

—Dido, quédate dentro y cierra la puerta, rápido.

Ella obedeció sin preguntar. Sebub y Aníbal, que habían querido intervenir, tenían sobre la garganta las puntas de dos afiladas lanzas que les impedían siquiera hablar.

—Vosotros a los remos del timón y a callar —oyeron que les decía un hoplita.

—Hasis, perro traidor —chilló Hannón.

—Ahorra tus fuerzas, sufete. Y disculpa esta violencia que detesto profundamente. Recuerda que no solo estamos aquí por los intereses de Cartago, sino también por los de Liks.

—Liks no sobrevivirá sin los jinetes del mar —replicó Hannón, revolviéndose sin éxito porque dos hoplitas más habían acudido a sujetarle.

—Sea como sea, querido amigo, yo estoy ahora al mando y digo que ya hemos hecho suficiente por la ruta del sur. Con Karna ya tenemos una avanzadilla. Es cuestión de tiempo que esos peulhs hagan correr la voz de que estamos aquí. En cuanto al oro, si es que existe, parece de momento inalcanzable. Te lo has tomado demasiado en serio. Esto es solo una operación comercial, no un descubrimiento de otros mundos.

—Eres un fracasado, Hasis, y un cobarde. No sé cómo has podido convencer a estos para que te apoyen.

—Y tú eres un iluso que vive en tiempos equivocados. No es la bravura del héroe ni su audacia lo que arrastra los corazones de los hombres, sino el oro, y he prometido mucho a todos estos. Oro de verdad y no la vana ilusión que les has hecho creer que persigues.

Hannón bajó la cabeza. Quizá Hasis estaba en lo cierto y él se había equivocado de época. Miró a los remeros que le habían acompañado desde la propia Cartago, a los que él mismo había elegido cuidadosamente y ellos no pudieron resistir sus ojos, pero tampoco hicieron nada.

—Rata asquerosa —bramó Aristodemo con toda la fuerza de sus pulmones, haciendo moverse a los cuatro hoplitas que lo aferraban—. Y vosotros —continuó, refiriéndose a sus soldados— no sois mejores que él. ¿Dónde está el valor que os he enseñado en este tiempo? ¿Dónde la unidad y el muro de bronce que formábamos, una fuerza insuperable basada en la comunión y la fidelidad? Por oro. No puedo creerlo. No puedo pensar en que el vil metal os haya hecho olvidar lo que hemos vivido juntos.

Algunos hoplitas hicieron ademán de moverse, pero resultaron tan

pocos que comprendieron que su resistencia no iba a ser muy útil.

—Pierdes el tiempo, Aristodemo. ¿No ves que estos no son verdaderos hombres de Esparta? Aunque eres un crédulo si no has visto que también entre los espartanos el oro ha hecho estragos en su reciente historia. Estoy bien informado y, si no me equivoco, no todos eran como tu amado rey. Hubo quienes aceptaron el oro persa.

—Deja a mi rey descansar en paz, miserable. Y vosotros, los que habéis intentado moveros, hacedlo y luchad a mi lado. Muramos juntos defendiendo nuestro honor —gritó el León enfurecido, que en un supremo esfuerzo se desembarazó de los que lo tenían preso y echó mano de una lanza corriendo hacia Hasis de un salto.

Parecía que nadie iba a detener a la fiera. Sin embargo, la lanza jamás traspasó el pecho del embajador de Liks. El espartano cayó de bruces sin que nadie pudiera impedirlo. El golpe contra la cubierta le atontó un poco, pero pudo ver quién le había derribado. A su lado, Sebub intentaba ayudar a su amigo haciendo gestos de calma a los demás hoplitas.

El viejo marino, con una agilidad y rapidez impensables, al presentir el salto del León, se había desembarazado del hoplita que le retenía junto al timón y había puesto hábilmente la zancadilla a Aristodemo.

—¿Por qué lo has hecho? —acertó a decir el espartano, con reproche y lleno de dolor por el golpe.

—Tu vida es preciosa para mí —respondió Sebub— y también la de Hasis —continuó sorprendentemente—. Ambos debéis cumplir vuestro destino y sé, al menos, que esta no es la forma.

—No comprendo tu acción, piloto —dijo el hombre de Liks, todavía impresionado por el salto del espartano, que le hubiera ocasionado la muerte segura—. Pero tampoco creo que sirva de mucho. Hoplitas, prended al piloto.

—Quietos —ordenó Sebub—. ¿Vais a hacer caso a un hombre que no respeta siquiera la vida de quien acaba de salvar la suya?

El carisma de Sebub entre los marineros se hizo sentir y no se movieron, sino que hicieron ademán de ayudarle. Los hoplitas dudaron unos instantes en cumplir la orden de Hasis, mientras veían al que había sido su comandante postrado en tierra y aturdido, una vez frustrada su heroica acción que había golpeado el corazón de todos.

—Amigos —dijo Sebub, elevando la voz y alzándose, cobrando ante todos un porte de gloria—, comprendo que os hayáis sentido abatidos y hayáis hecho caso a las vanas promesas de este ser despreciable. Yo también he estado triste estos días, pero os prometo que dentro de muy poco todo cambiará. El sol saldrá, aparecerán colinas llenas de bosques y dejaremos atrás esta costa inhóspita que invita a la

melancolía. Hacedme caso, abandonad esta idea insensata y reconoced de nuevo al sufete como vuestro guía.

—Hacedlo y seréis perdonados —gritó Hannón comprendiendo el plan de Sebub—, olvidaré lo que habéis hecho, lo prometo. El terrible castigo por rebelión queda abolido desde este momento, si reconocéis otra vez mi autoridad y os dejáis guiar por este excelente piloto que nos llevará a la inmortalidad.

Hasis no se amilanó y, al ver que las palabras del piloto y el sufete estaban haciendo mella en los hombres, gritó:

—¿Vais a hacer caso a estos hombres ahora que, estando en situación desfavorable, dicen que os perdonarán? No les creáis. Si alguna vez cedéis, no dudarán en castigaros duramente. Vamos, obligad al piloto a que nos devuelva a la tranquilidad y seguridad de Karna.

Las palabras del embajador afectaron a los indecisos y parecía que, de un momento a otro, Sebub sería apresado. Entonces un grito proveniente de la otra embarcación, que se había adelantado involuntariamente a causa del desgobierno de la nave capitana, vino a favorecer a los partidarios del sufete.

—Colinas, se ven colinas llenas de verde a lo lejos.

En efecto, los hombres se asomaron por la borda y vieron que el paisaje de la costa estaba cambiando y que a lo lejos se veían elevadas colinas cubiertas de espesa selva tropical. El aire seguía siendo húmedo, pero unos rayos de sol atravesaban el gris plomizo del cielo iluminando las verdosas cumbres. El viento les trajo un agradabilísimo olor que provenía de la selva y parecía desentumecer sus anquilosados espíritus.

—Sebub tenía razón —exclamó Hannón—. Su profecía era cierta, confiad en él.

—En mí y en nuestro sufete, que nos ha guiado hasta aquí con mano firme y os acaba de asegurar el perdón de vuestras faltas —confirmó el piloto.

—Es cierto —dijo uno de los marineros—, ¿qué estupidez estamos haciendo al apoyar a este miserable que solo busca el beneficio de Liks?

La voz del marinero se extendió rápidamente entre los remeros y les contagió de su arrepentimiento. Algunos se levantaron de los bancos y empuñaron los remos para hacer frente a los hoplitas, pero no fue necesario, ya que estos depusieron las armas y soltaron al sufete cayendo de rodillas e implorando clemencia por su temeridad.

Hasis no se atrevió siquiera a replicar y en su rostro se reflejó el miedo cuando vio venir hacia él a varios marineros con intención de atraparlo.

—Al agua, al agua con este traidor —chillaron unos cuantos que

levantaron al hombre de Liks en vilo a pesar de su peso.

—Deteneos —dijo Hannón con voz firme—. Os perdono de corazón y os exculpo de lo que habéis hecho, pero no toleraré que matéis a ese hombre.

Ellos se detuvieron sorprendidos.

—Pero si es culpable y nos ha llevado casi al sacrilegio de acabar con vuestra sagrada persona —protestó uno de los marineros.

— Estoy de acuerdo con vosotros y, sin embargo, no puedo castigarle sin deshonrar también a la ciudad de Liks a la que representa. Tiempo habrá de exponer lo sucedido ante su propia gente. Solo ellos podrán decidir su suerte. Dejadlo en el suelo y confinadlo en su tienda.

—Te arrepentirás de haberme dejado con vida, Hannón. Te lo prometo —dijo el desagradecido embajador, una vez en el suelo.

—Esperaba que fueras más considerado con quien te acaba de salvar la vida, pero veo que no conseguiré que cambies de actitud. No te daré una nueva oportunidad si vuelves a provocarme, aunque tenga que perder el mismísimo apoyo de Liks— le espetó el sufete, tomándolo por la túnica y soltándolo luego con desprecio.

Marineros y hoplitas contemplaron la escena con asombro, viendo una vez más la diferencia de carácter entre los dos hombres y preguntándose por qué habían seguido al embajador. El prestigio del sufete llegó a su máxima cota y todos prorrumpieron en vivas a Cartago y a su enviado oficial. Sebub fue rápidamene a su timón para dirigir las maniobras de acercamiento a la nueva y prometedora costa. Isthar, que había permanecido junto a la tienda del hombre de Liks sin intervenir en la situación, oyó la voz del sufete.

—Te lo ruego, atiende a Aristodemo. Puedes hacerlo en mi propio camarote. Dido te ayudará y varios hoplitas llevarán su cuerpo.

El espartano estaba todavía en el suelo, medio aturdido por la caída, cuando entre la niebla de sus ojos intuyó la reparadora presencia de la Estrella de la Mañana que lo iluminaba todo.

—En cuanto a todos vosotros —continuó Hannón con autoridad— declaro que aquí no ha sucedido nada y os ruego encarecidamente que jamás habléis de ello ni entre vosotros ni con los compañeros de la otra nave. Bastante hemos tenido ya. Y ahora a los remos, quiero veros bogar con tanto ardor como habéis puesto en amar el oro de Liks. No seáis necios y emplead vuestras fuerzas en alcanzar las riquezas que nos esperan cuando por fin lleguemos al esquivo corazón de África.

# El corazón de África

Poco a poco las dos naves se acercaron a la orilla y pudieron contemplar la majestuosidad de las colinas cubiertas de frondosos y enormes árboles de acceso imposible. Los hombres disfrutaron de aquel verdor inusitado y estaban atentos a que algún río proporcionara un buen punto de desembarco. No tardaron en encontrar una playa cercana a la boca de una corriente mediana que parecía navegable.

Con gran alegría echaron pie a tierra y la mayoría disfrutaron del descanso. No así el sufete, que dispuso que Aristodemo permaneciera en la nave capitana bajo el cuidado de Isthar, mientras que Hasis era llevado a tierra firme y fuertemente vigilado. Hannón no quería dejarlo en su nave y, además, a través de Dido, sabía lo que había entre el espartano y la chica. No podía arrebatársela legalmente al embajador, pero sí separarlo de ella cuanto pudiera.

Por otro lado, aconsejado por Sebub, envió a un grupo a cortar leña para hacer una hoguera. El objetivo era que a través de un gran fuego los habitantes de ese lugar supieran que había alguien allí. Era un procedimiento que utilizaban para atraer a los clientes, aunque aquí parecía muy arriesgado revelar su posición a un posible enemigo. Hannón había puesto esta objeción, pero la seguridad del piloto le había dado confianza. Cuando Sebub decía algo, generalmente era acertado y últimamente no se había prodigado en consejos. El viejo marino, del que todos desconocían qué sabía y qué no, había juzgado oportuno que la expedición tuviera algún éxito después del conato de botín y apostaba fuertemente por levantar la moral de los expedicionarios.

Cuando los hombres volvieron de cortar leña, dijeron que no habían podido con los grandes árboles y habían tenido que talar otros más pequeños que producían un agradabilísimo aroma al cortarlos.

Quizá eran parte de la fragancia que había apaciguado sus espíritus. El sufete ordenó que la hoguera ardiera toda la noche, mientras otro fuego no menor incendiaba el corazón de la nave capitana.

Aristodemo había recuperado completamente el conocimiento y, al contemplar frente a él el rostro de Isthar, los dos comprendieron que debían terminar lo que Aníbal había interrumpido. Dido estaba en tierra junto a Hannón y ambos imaginaban desde su tienda los goces del espartano y la Estrella de la Mañana. Hasis, desde su confinamiento, ardía de rabia, seguro de lo que estaba sucediendo, y maldecía al sufete y a Aristodemo. Sufría en su carne la ansiedad que había sentido el espartano cada vez que Isthar debía entregarse al hombre de Liks, con la diferencia de que, lo que Hasis consideraba como una posesión, para Aristodemo era una entrega que el embajador jamás comprendería.

Nunca lució tanto la Estrella de la Mañana, que experta en hacer gozar a los hombres, se veía ahora pequeña e ignorante, sabiendo que era mucho más difícil amar que complacer. Aristodemo había temido mostrarse rudo y poco delicado, acostumbrado a las mujeres que había frecuentado, que eran precisamente similares a lo que había sido Isthar, mientras que ella temía envolver a su amante en sus encantos, sin que este sintiera más que un placer físico y no vislumbrara el profundo amor que le tenía y que iba más allá de su hermoso cuerpo.

Hubo dudas, titubeos, desencuentros, pero pronto el amor se abrió camino y se encontraron el uno al otro con todo su ser. Reposaron abrazados tras los goces del amor, como queriendo no separarse nunca, como deseando que toda su vida fuera como aquella noche. Mecidos por el vaivén de la nave capitana, se asombraban de los intrincados y sinuosos caminos que habían recorrido hasta aquel momento sublime. Parecía que no habría nada más, que el mundo se terminaría entonces y navegarían abrazados para siempre por el océano Celeste de los púnicos, del que habían oído hablar a Sebub.

Pero todo termina y nada es inmutable en la tierra de los hombres, ya que así lo han dispuesto Baal y Tanit. Al día siguiente la hoguera de la playa era un montón de cenizas y el ardor de Isthar y Aristodemo se había atenuado, envolviéndolos en un dulce sueño. Cuando despertaran se darían cuenta de que debían seguir su curso y de que aquella noche no era un final sino un comienzo.

Hannón se estaba levantando en el momento en que dos hoplitas acudieron a su tienda alborotados.

—Señor, la hoguera ha dado resultado. Se acercan dos hombres que pueden ser etíopes.

—Rápido, llamad a Sebub y a Akbar.

—Ya están con ellos, sufete. Esperan tu llegada para hablar de modo oficial.

Hannón se apresuró y se puso una rica túnica con la esperanza de impresionar a los indígenas, pero rogó a Dido que se quedara en la tienda. Toda prudencia era poca.

Los dos etíopes aguardaban junto a la hoguera y, frente a ellos, Sebub y Akbar se esforzaban en comunicarse con aquellos hombres. Eran los etíopes más altos que habían visto hasta la fecha, lo que empequeñecía las figuras del piloto y el intérprete. Su cuerpo presentaba tatuajes en la piel, que llamaron la atención de todos, así como los ricos ornamentos de marfil que llevaban en el cuello y los antebrazos. Aunque llevaban lanzas no parecían interesados en usarlas.

Hannón se sumó al grupo causando asombro e incomprensibles comentarios entre los etíopes. Afortunadamente, después de varias tentativas, Akbar consiguió comprender rudimentariamente lo que decían.

—Dicen que son de una tribu río arriba y que han visto nuestra hoguera. Nos invitan cortésmente a acompañarlos hasta su poblado.

Los gestos de los indígenas confirmaban lo que Akbar había creído entender.

—¿Qué opinas, Sebub, debemos aceptar su invitación? Y, por favor, no me digas que eso lo tengo que decidir yo.

—Hannón, ya sabes que eres el jefe, pero esta vez te diré que será provechoso acompañarles. Con prudencia, claro, ¿recuerdas? Audacia y prudencia van de la mano —dijo el piloto en tono burlón.

—Esta bién, Sebub. Al verte tan jovial sospecho que sabes más de lo que dices, pero no cometeré el error de preguntarte. Yo mismo iré con ellos y con algunos hombres. Espero que Aristodemo se haya repuesto y te ruego que tú también me acompañes. Puedes traer a Aníbal, si lo deseas.

El piloto sonrió. Aníbal necesitaba algo de aventura. En cuanto a Aristodemo, ya se había recuperado y acudió con rapidez a la llamada de Hannón. Su rostro estaba iluminado por la luz de la Estrella de la Mañana y respiraba alegría a través de todo su ser. El sufete no fue el único en darse cuenta de ello, también Hasis comprobó con disgusto que Isthar venía sonriente a su encuentro. El embajador no podía acompañar al sufete en aquellas circunstancias y se alegró de ello. Empezaba a cansarse de aquella expedición y deseaba al menos volver a disfrutar de Isthar.

Pronto emprendieron la marcha por tierra, guiados por los dos etíopes, que parecían deslizarse por la selva sin esfuerzo. Aristodemo y sus hoplitas apenas podían avanzar con su pesado equipo a través de la intrincada vegetación. Akbar tenía que llamar casi constantemente

a los etíopes rogándoles que no fueran tan rápido. Ellos no tenían inconveniente en volver atrás con una sonrisa en el rostro, no se sabe si de amabilidad o de condescendencia con aquellos seres que no sabían andar por la selva. Hannón, que imprudentemente también se había armado, acusaba el esfuerzo, mientras que Sebub se movía casi tan rápido como los nativos a pesar de su edad, seguido por su fiel Aníbal, que a causa de su juventud derrochaba energía a raudales.

Siguieron una senda oculta entre los árboles pero paralela al río, que se veía en ocasiones a través de la espesura. A veces cerca de la orilla podían divisar manadas de elefantes que acudían a beber con gran tranquilidad. Aníbal no se separó esta vez de Sebub, para no repetir sus errores. Aquella abundancia de paquidermos explicaba los hermosos adornos de marfil de sus dos guías, que charlaban en su lengua mientras avanzaban señalándoles de vez en cuando y emitiendo sonoras carcajadas. Aristodemo se sentía molesto con esa jovialidad y herido en su honor. Bastante le estaba acostando cargar con el pesado escudo a través de aquella maldita selva, pero Sebub le advertía con gestos que no se enfadara. No sabían qué intenciones tenían los nativos y, al menos, era buena señal que se rieran.

También divisaron manadas de búfalos y antílopes que proporcionarían buena carne a los exploradores, un poco cansados ya de pescado salado. Hannón y Sebub tomaron buena nota de todo ello para consignarlo en los papiros, agradeciendo por fin haber llegado a un sitio fértil y rico que ofrecía buenos productos para el intercambio y una excelente fuente de aprovisionamiento en comparación con la escasez de las etapas anteriores. Sin duda podrían establecer allí un estupendo puesto comercial si los nativos consentían en ello. Por consejo del piloto transportaban, no sin dificultad, algunos sacos de sal, que sería muy apreciada por los indígenas del interior en caso de un contacto amistoso.

Akbar les dijo que los guías le habían indicado que abundaban en la zona palmas de las que extraían un vino de buena calidad. El sufete hizo correr la noticia entre los hombres para animar la marcha y aliviar sus penalidades. Esto, unido a la visión de la posibilidad de carne fresca, hizo que la expedición apresurara la marcha ante el regocijo de los dos etíopes.

Al atardecer llegaron a un claro no muy alejado del río, donde se concentraba un poblado de mediana extensión. Los exploradores fueron recibidos con curiosidad en medio de cantos y palmadas que les dejaron confusos. Hannón no sabía distinguir si era una manifestación de bienvenida o de hostilidad. Aristodemo y los hoplitas se calaron el casco y embrazaron los escudos atentos a la señal del sufete. Pero los indígenas hicieron un pasillo por el que dejaron avanzar a los púnicos sin tocarles en absoluto.

Aníbal estaba sobrecogido por la altura de los hombres y mujeres del poblado y por sus extraños atuendos. Los nativos, por su parte, se apartaban de los soldados y de las puntas de sus lanzas, hasta que uno de ellos se acercó al escudo de Aristodemo con la figura del león y se atrevió a tocarlo. El espartano permaneció inmóvil y Sebub le indicó con un gesto que siguiera así para ver qué sucedía. El etíope se limitó a acariciar el escudo con curiosidad y a mostrar a Aristodemo el símbolo de un leopardo tatuado en su vientre. Luego le hizo señas para que también él le tocara. El espartano se levantó el casco y con mucha prudencia pasó su mano por el tatuaje del guerrero que sonrió satisfecho. Ambos se habían reconocido como los jefes militares de sus pueblos en una camaradería que iba más allá de las razas. El nativo dio un grito escalofriante, al que respondieron sus guerreros como un eco y Aristodemo lanzó su alarido de guerra, secundado de igual modo por sus hoplitas. Los guerreros habían demostrado su poder, su honor quedaba a salvo y ahora podían actuar los diplomáticos.

En efecto, los etíopes armados se echaron a un lado y tras ellos apareció la choza principal con un sitial delante de ella. Allí estaba, sin duda, el jefe del poblado, cuya altura sobrepasaba a todos los de su raza. Incluso Aristodemo se sintió pequeño ante aquel gigante que, sin embargo, no portaba armas, ya que su sola presencia servía para intimidar a cualquiera. Era el turno de Hannón y de Akbar, que se acercaron al jefe despacio, siguiendo a los dos guías. Se detuvieron a pocos pasos de él, como era costumbre hacer ante los monarcas, y esperaron instrucciones.

Hannón pudo ver que el jefe hablaba con un hombre más bajo que estaba a su lado y llevaba una máscara de madera pintada de indescriptible aspecto. Para sorpresa del sufete fue precisamente ese individuo el que se acercó a ellos y dio una vuelta a su alrededor, observándolos detenidamente y pronunciando extrañas palabras en su lengua, al tiempo que agitaba una especie de sonajero en la mano. Hannón buscó con la mirada al grupo encabezado por Sebub y el piloto le recomendó calma, mucha calma. El sufete dedujo que se trataba del sacerdote del lugar, que velaba por la seguridad espiritual y material de su pueblo, comprobando si aquellos seres tan singulares traían algún tipo de maleficio desconocido. Akbar iba a disponerse a hablar pero Hannón se lo impidió. Era mucho mejor que los nativos llevaran la iniciativa.

Tras unos instantes, que se hicieron demasiado largos para los púnicos, el sacerdote volvió junto al jefe y le habló al oído. Si la presencia de los extranjeros no había agradado a aquel hombre, estaban seguros de que les quedaba poco tiempo de vida. Respiraron más tranquilos cuando el gigante se levantó pareciendo todavía más alto y, por medio de gestos, les rogó que se acercaran. Hannón avanzó

con paso firme para no dar sensación de temor ni tampoco de hostilidad. Tal como había sucedido con el guerrero, la esperanza de éxito residía en que los etíopes los consideraran iguales en dignidad y valor.

El jefe pidió a uno de sus hombres una lanza e hizo ademán de querer atravesar con ella al sufete ante el asombro de todos. Hannón no se movió ni un paso y su rostro permaneció impasible. Aristodemo, en la distancia, comprendió por qué su amigo era el guía de la expedición. Si a él le hubieran hecho eso, el agresor yacería en estos momentos en un charco de sangre con el brazo o la cabeza cercenados.

El gigante rio estrepitosamente y dio una palmada en la espalda del sufete, que tuvo que hacer esfuerzos para no doblarse y caer de bruces. Entonces rio también él y el encuentro se transformó en una fiesta. Púnicos y etíopes se fundieron en abrazos y se tocaban unos a otros para observar sus diferencias. Las mujeres tocaban los largos cabellos de Aristodemo sorprendidas por su longitud y tacto. Los hoplitas dejaban que los etíopes adultos y, sobre todo los niños, tocaran sus escudos, divirtiéndose con las extrañas figuras. Aníbal lo observaba todo pasando la mano por los tatuajes de los guerreros etíopes y tocando su cabello crespo.

Sebub solicitó acercarse al sitial del jefe y participar en la conversación con este y el sacerdote. El gigante había dispuesto varios bancos a la sombra de la entrada de su choza acogiendo al piloto, al intérprete y al valeroso jefe de aquellos hombres extraños, pero dignos de aprecio. Hannón se dio cuenta de que no todos los etíopes eran iguales y de que probablemente los púnicos y los griegos, a causa de su ignorancia. daban ese nombre general a pueblos muy distintos entre sí. África era inmensa y había tanto por saber y conocer, que se sentía como un niño cuando es consciente de que puede perderse si se interna por las callejuelas de la gran Cartago.

Hannón hizo traer la sal y ordenó que Akbar explicara sus ventajas al gigante y al sacerdote. Incluso la probaron con la lengua escupiéndola de inmediato, pero creyendo en el fondo que lo que aquellos extraños seres decían podía ser verdad. Luego el sufete presentó al jefe utensilios de metal, haciendo una demostración de su utilidad para cortar madera o cavar la tierra. Los etíopes se mantenían en círculo alrededor de los púnicos, asombrados por las maravillas que contemplaban y que les parecían venidas de otro mundo para socorrer sus necesidades. Pero el orgullo de los nativos se dejó sentir enseguida y, a una señal del gigante, procedieron a mostrar también sus productos con la esperanza de sorprender a los visitantes. Ante los hambrientos ojos de los exploradores desfilaron hermosos bueyes y cabras enanas, que proporcionarían carne y leche abundante,

preciosas pieles de antílope y leopardo cuidadosamente preparadas y extrañas frutas amarillas acompañadas de enormes tubérculos que auguraban un sabor desconocido. De nuevo las fuerzas de nativos y extranjeros quedaban equilibradas y el asombro era mutuo, sintiendo que sus diferencias no hacían otra cosa que completar las necesidades del otro.

Al terminar de exponer las excelencias de cada pueblo, ambos se fundieron en una fiesta en la que corrió el vino de palma que pronto desató la risa y la locuacidad entre púnicos y etíopes, que lograban entenderse a través de gestos y de palabras básicas que Akbar iba proporcionando a unos y otros. La carne de buey y cabra entró con abundancia en los hambrientos soldados, que recibieron la orden de no comer tan vorazmente para no parecer maleducados.

Aníbal estaba achispado por el vino de palma y secundaba los gritos de júbilo de sus compañeros y de los etíopes, que acompañaban a las danzas de las mujeres del poblado. El sufete disfrutaba de la fiesta y del espectáculo, pero estaba preocupado por el comportamiento de sus hombres, sobre todo de cara a las mujeres. Confió su temor a Sebub que enseguida hizo venir a Akbar para que averiguara de labios del jefe o del sacerdote cómo debían comportarse en aquella circunstancia. La consulta hizo estallar las carcajadas de los dirigentes del poblado. Podían disponer de las mujeres que voluntariamente se prestaran a ello. No había ningún problema en ese sentido. Es más, el jefe ofrecía alguna de las suyas a Hannón.

Aun a riesgo de incomodar al gigante, el sufete declinó el ofrecimiento ante la extrañeza de su anfitrión. No todo era lícito, aunque la situación pusiera en peligro las relaciones con los etíopes. Sebub aprobó la negativa del sufete y él mismo junto con Aristodemo y Aníbal se abstuvieron de participar cuando al final de la fiesta algunos soldados se internaron en las chozas con las nativas. Al menos, esto pareció alegrar al gigante y al sacerdote, que dieron por concluida la velada invitando al sufete y a sus amigos más cercanos a ocupar una choza de huéspedes no lejos de la cabaña del jefe. Agradeciendo la deferencia, iban a retirarse a ella cuando el sacerdote se acercó a Hannón y le hizo señas para que le siguiera. El sufete requirió la presencia de Akbar como intérprete.

—Habéis traído productos que nos eran necesarios y que contribuirán a nuestra prosperidad y os estamos agradecidos por ello —comenzó diciendo el sacerdote.

—También nosotros estamos contentos con vuestra hospitalidad y con la abundancia de vuestros animales y frutos que nos serán de gran ayuda. Parece que ambos pueblos vamos a salir beneficiados de este encuentro.

—Así es —respondió el sacerdote—. Hace tiempo que os

esperábamos. Entre los distintos hechiceros que ha tenido nuestra tribu iba pasándose la noticia de que algún día vendrían hombres brillantes como el sol que nos traerían la prosperidad. Por eso os hemos acogido con gozo y hemos comprobado que la profecía era cierta.

Hannón se sorprendió de las palabras del etíope, pero se alegró de que existiera aquel vaticinio sobre ellos. Los dioses, una vez más, aprobaban el camino, a pesar de que, ante las recientes dificultades, la sombra de la duda le había invadido.

—A veces —siguió el hechicero—, lo ajeno irrumpe en las vidas de un pueblo destruyéndolo con el tiempo. Espero que no sea así entre nosotros y que reine la armonía que hoy todos hemos disfrutado, por más que los comienzos siempre sean más gozosos que el momento final.

A medida que Akbar traducía las palabras del etíope, Hannón pensaba que la sabiduría de aquel hombre no era distinta de la que tenía Sebub y deseó que el piloto estuviera junto a él. Pero el hechicero le había llamado en solitario tolerando solo, y de mala gana, la inevitable presencia del intérprete.

—Ahora que habéis llegado —continuó el nativo—, me apresuraré a cumplir lo que mis antepasados me transmitieron que debía hacer cuando los hombres brillantes estuvieran entre nosotros. Se me dijo que su jefe sería un hombre valeroso y prudente a la vez, como ya he podido comprobar, y, sobre todo, digno de entrar en la Choza de los Iniciados.

—¿Qué es eso? —preguntó Hannón, intrigado.

—Es una oportunidad que se concede a muy pocos que no sean hechiceros. Son momentos en los que el iniciado puede contemplar escenas del pasado, del presente y del futuro, a veces indescifrables, a veces muy claras. Es el poder de ver el ciclo de la vida en movimiento. Te ruego que creas lo que digo.

—No temas. Respeto a los dioses y pienso que en ocasiones pueden desvelar el futuro a los mortales a través del sueño o de la visión. Yo mismo he tenido algunas que han turbado mi corazón.

—Si accedes a entrar en la Choza no te garantizo que salgas más confortado de ella. A cada uno le están destinadas distintas visiones y alguno se ha quitado la vida después de pasar por este trance. Otros, sin embargo, han salido con la sonrisa en los labios para toda su existencia. Sé que es precipitado, pero hoy es la noche propicia con la luna en plenitud.

Hannón alzó los ojos entre los árboles del poblado y contempló el rostro de Tanit. Quizá Baal y ella querían desvelarle algunos secretos, una vez que había entrado en el corazón de África y estaba preparado para soportarlos. Quizá no era más que una forma que tenía el

hechicero de embaucarlo y sacar ventaja de aquellos negocios fingiendo una profecía que, en todo caso, le congraciaba con los recién llegados. Solo lo sabría si aceptaba el reto y pensó que los dioses sabían de antemano que no se negaría, puesto que habían inculcado en su espíritu la audacia de un buen púnico.

—Llévame a la Choza, si lo deseas. Estoy dispuesto y no he tomado tanto vino de palma como para que mi mente esté turbia. Sé bien lo que hago.

—Está bien, pero no podrás revelar jamás a nadie lo que veas —le dijo seriamente el hechicero—. Esta es una gracia que solo conceden los dioses a los que deben afrontar grandes retos, con el objeto de confortar sus espíritus para que sean capaces de liderar a los suyos.

Luego el hechicero le indicó con un gesto que el intérprete ya no sería necesario y que debía seguir sus pasos y no perderse en la oscuridad. Hannón no tendría dificultades, porque el rostro radiante de Tanit iluminaba la noche. Caminaron por la selva durante una hora, hasta el punto de que el sufete perdió el sentido de la orientación y no podría asegurar si había estado dando vueltas alrededor de un mismo lugar. Sea como fuere, al final apareció en un claro una choza aislada que no se diferenciaba en nada de las otras, a no ser por unos extraños signos pintados en la puerta.

Traspasaron el umbral y, ya dentro, el hechicero por medio de gestos rogó a Hannón que se desnudara de cintura para arriba. El sufete obedeció dócilmente y luego permitió que el etíope dibujara en su pecho y en su espalda oscuros símbolos. A continuación, encendió un fuego en el hogar de la choza y arrojó a él diversas hierbas que llevaba en un saquito atado a su cintura. El humo se hizo más espeso e hizo toser a Hannón poniéndole nervioso. Notó la mano del hechicero en su brazo, que le pedía tranquilidad y mediante gestos le instaba a aspirar el humo con calma y sin temor. Así lo hizo y pronto notó que su mente se debilitaba y que una ligera niebla cubría su vista. Pasó a un estado en el que no se sentía dormido ni despierto y ante él, como dibujadas en el aire, comenzaron a aparecer imágenes que no tardó en acostumbrarse a discernir. Se vio en la colina de Byrsa junto a Dido, contemplando el mar desde la terraza de su hogar, como tantas veces había hecho.

A la paz de esta imagen sucedió otra que hizo aflorar las lágrimas a sus ojos: en el aire se vislumbraba una hoguera de vivo fuego en medio de la cual aparecía el rostro de su padre Amílcar en una mueca de horror, seguida de un inmediato gesto de serenidad. Sin transición alguna aparecieron ante él los lugares visitados: la naciente Kitheron, el templo de Baal Ras, las aglomeraciones de las cinco ciudades vistas desde lo alto como si fuera un pájaro; se vio nadando junto a los abundantes peces de la bahía de Karna, fracasar ante la corriente

infranqueable del gran río y sentir en su carne la pesadez que afectó a todos antes de llegar a la costa de los acogedores etíopes. El gigante le recibía con los brazos abiertos dispuesto a acogerle, pero de repente la visión saltó del pasado y del presente hacia el ignoto futuro: lenguas de fuego, extraños seres peludos en medio de un baño de sangre, dolor por la traición y la desesperanza, y luego las imágenes se desvanecieron dejándole exhausto y casi sin aire.

Abrió los ojos, si es que los había tenido cerrados alguna vez, y vio que el hechicero arrojaba nuevas hierbas al humo cegador. Volvió a aspirar con ansia para saber qué le deparaba el destino y sobrevoló Cartago sin reconocerla, a causa de su grandeza y los enormes puertos, uno de ellos circular, donde se estaban fabricando numerosos barcos para los jinetes del mar cuyos navíos veía multiplicarse por doquier. Solo cuando la visión le acercó a la colina de Byrsa pudo reconocer el emplazamiento, aunque no había rastro de su añorado hogar. Luego se sintió llevado muy lejos y vio a un cartaginés que con un parche en un ojo dirigía una larga hilera de hombres y elefantes a través de un país helado que él jamás había pisado. Batalla tras batalla, aquel hombre derrotaba a un enemigo que Hannón no conseguía identificar.

En otra imagen toda la llanura del mar se hallaba cubierta de jinetes de Cartago. Todo aquello le llenó de gozo viendo la prosperidad futura de la ciudad que tanto amaba. Entonces sus negros presagios no eran ciertos, Cartago sería poderosa y nadie podría con ella. Empezó a dejar de aspirar el humo, temiendo que tras el éxito surgiera la imagen de la derrota. Intentó con todas sus fuerzas abrir los ojos, pero los dioses no se lo permitieron hasta que apareció una imagen turbadora: Cartago era pasto de las llamas y un débil muchacho atravesaba aquel infierno de fuego en dirección al templo de Baal.

La vuelta a la vida fue brusca y Hannón empezó a toser sin pausa y a vomitar la cena, siendo socorrido por el hechicero, que se esforzaba en calmarle al tiempo que apagaba el turbador fuego de la choza.

Todavía jadeante y con los ojos enrojecidos, Hannón se levantó para salir a respirar el aire de la noche. El etíope le ayudó a levantarse, pero al traspasar el umbral, el peso fue demasiado para él y Hannón acabó en el suelo con el rostro vuelto hacia Tanit. La humedad de la selva y las picaduras de los mosquitos terminaron por devolverle completamente la conciencia. Tardó unos instantes en darse cuenta de dónde estaba y qué había sucedido, pero pronto su mente se volvió clara y aceptó que había vuelto de un futuro en el que él no podría intervenir.

Hannón supo en ese momento que Sebub ya le había advertido de que algún día Cartago dejaría de existir y de que era inevitable. Por eso, armado de su valor, prefirió guardar el recuerdo de la

prosperidad futura de Cartago y dejar a un lado la imagen de aquel misterioso muchacho que caminaba entre las llamas camino del templo de Baal.

Hannón regresó al poblado ayudado por el hechicero y misteriosamente la vuelta fue mucho más breve que la ida. Cuando entró en la choza de huéspedes, Sebub todavía estaba despierto. No le hicieron falta palabras para decir qué había sucedido y el viejo marino se acostó satisfecho de que su amigo hubiera vuelto con vida de la Choza de los Iniciados, sabiendo soportar con buen ánimo un futuro de gloria y destrucción. Solamente los elegidos eran capaces de anteponer lo bueno a lo malo y de luchar, aun conociendo que al final saldrían derrotados. Hannón supo desde aquella noche que su vida, igual que la del cartaginés tuerto y la del joven muchacho que corría entre el fuego, eran ya parte de la historia de la ciudad más grande de la tierra.

En el campamento de la costa, la tarde había transcurrido sin incidentes y había caído la noche. El sufete había dejado al mando a hombres de su confianza temiendo que se reprodujera el motín instigado por Hasis, pero el embajador tenía otros planes. Estaba confinado en una tienda en la que también se alojaba Isthar. El hombre de Liks había notado el cambio de la Estrella de la Mañana, que volvía a estar esquiva con él. Lejos de preocuparse por ello, Hasis se proponía utilizar el encanto de Isthar en su beneficio. Esta vez no se anduvo con mañas de diplomático y abordó la cuestión directamente.

—¿Lo has pasado bien con el espartano?

La pregunta sorprendió a Isthar que, totalmente enamorada, no se daba cuenta de que el embajador lo sabía todo. Y no era muy difícil averiguarlo. La Estrella de la Mañana había sido experta en fingir placer, pero no podía ocultar de ningún modo el amor verdadero.

—¿No me dirás que eres tan estúpida como para creer que no sé nada? ¡Si hasta el último marinero sabe que eres la amante de Aristodemo!

Ella se mantuvo callada, sabía por experiencia que cuando se había opuesto a Hasis había terminado con la cara y el cuerpo amoratados. Aunque en esta ocasión, llevada por el empuje de su amor por el espartano, estaba dispuesta a todo. Soportaría los golpes y las vejaciones en silencio, sabiendo que eso era lo que más irritaba al hombre de Liks. Instintivamente se alejó de él cuanto le permitía la estrechez de la tienda.

—No es necesario que huyas —dijo él en tono amistoso—. Escucha bien lo que voy a decirte, porque ese amor que sientes por el espartano puede darte la libertad que tanto ansías —concluyó Hasis, señalando con el dedo a la jaula con la paloma de Isthar.

La muchacha se estremeció al comprobar que el embajador había penetrado incluso en sus más ocultos pensamientos y temía lo peor. Cuando Hasis utilizaba trucos verbales era mucho más imprevisible que cuando eran sus manos las que hablaban por él.

—Acércate —repitió con serenidad—. No voy a hacerte daño. Es más, si lo prefieres, quédate donde estás y te diré desde aquí lo que pienso.

Isthar se puso a temblar. Tantas facilidades no conseguían apartar de su mente que en cualquier momento el inestable hombre de Liks podía estallar en cólera y golpearla sin descanso.

—Ya sé que no me he portado bien contigo, pero estoy dispuesto a arreglarlo y a darte la libertad. Solo tienes que hacerme un pequeño favor que no te será difícil dada tu familiaridad, llamémosle así, con Aristodemo.

Ella no conseguía entender las intenciones del embajador. Le ofrecía la libertad, que era lo que más deseaba en el mundo, pero había que pagar un precio que el astuto Hasis tardaba en desvelar.

Como golpe de efecto, el embajador se dirigió a la jaula de la paloma y la abrió con parsimonia para dejar huir al animal. Al comprobar que esta no abandonaba su prisión, metió la mano y la sacó a la fuerza, saliendo luego al exterior y lanzándola a la negrura de la noche. Al regresar, arrojó a los pies de la muchacha la jaula de madera que se hizo trizas con la violencia del golpe.

—¿Ves, Isthar? Así pueden romperse tus cadenas para poder disfrutar de lo que más ansías. Sírveme una última vez. Después de eso, no te pediré nada más. Lo juro por Baal y Tanit.

La chica se preocupó por la suerte de su paloma, que no estaba preparada para vivir en libertad. ¿Y ella? ¿Acaso ella lo estaba? Pero ¿qué deseaba aquel miserable? No debía ser fácil, dadas las vueltas que estaba dando para plantearlo de modo claro.

—¿De qué se trata? —musitó ella con voz tenue, sabiendo que con aquella pregunta Hasis avanzaba un paso en la consecución de sus propósitos.

—El espartano lleva colgada al cuello la llave de un arca donde se guardan los papiros del diario de la expedición con todos los datos náuticos y logísticos. Quiero esa información, por la que me convertiría en el hombre más deseado de Liks, e incluso podría vendérsela a los griegos, si mi ciudad me diera la espalda. En esos papiros está mi futuro… y también el tuyo. Tu libertad, Isthar. Consíguemelos y serás libre para siempre. Si no lo crees, lee este documento que he redactado expresamente donde se dice que te dejo ir. Lleva mi sello—, añadió recordando que la Estrella de la Mañana no sabía leer.

Isthar examinó el documento y vio el sello. No podía saber si lo que

le decía el hombre de Liks era cierto, pero estaba claro que él solo deseaba ya los papiros y las riquezas que estos le proporcionarían. Se imaginó que había olvidado su pasión por ella. La oferta era tentadora, bien lo sabía el embajador.

—No tienes que contestarme ahora —añadió, viendo que Isthar dudaba y no sabía qué responder—. Aún tenemos tiempo, pero necesito saber cuanto antes si puedo contar contigo. La decisión es sencilla, tu libertad por un puñado de papiros.

Aquella noche Hasis no tocó a la muchacha. Prefería que estuviera tranquila sopesando su decisión. Temía presionarla demasiado. Si se había enamorado de verdad, la decisión no era tan fácil como él la había presentado para intentar convencerla.

Isthar apenas pudo conciliar el sueño. En una balanza imaginaria pesaba su amor por Aristodemo y sus ansias de libertad. Amaba ciertamente al espartano, pero en aquella situación jamás conseguirían estar juntos. Por otro lado, sabía que, aunque consiguiera su libertad no podría disfrutarla con el espartano, que jamás perdonaría la traición que ella iba a cometer.

Hasis lo había pensado muy bien. Conocía el corazón de Isthar lo suficiente como para saber que era débil y que el deseo de libertad de alguien que siempre ha estado prisionero puede ser un feroz competidor de los sentimientos. La Estrella de la Mañana, en un deseo de posponer la difícil disyuntiva, se dijo que no tenía que decidirlo aquella noche, que aún había tiempo. Sabía también que, cada vez que pensaba en hacerlo, el platillo del amor perdía peso en la balanza de su corazón.

En vista del éxito obtenido, Hannón hizo venir al día siguiente un nuevo cargamento desde el campamento de la playa al poblado etíope. Su sorpresa fue grande cuando este llegó al atardecer y, al frente del mismo, vio venir a Dido, fatigada por la dura jornada, pero radiante como el sol.

—¿Cómo se te ha ocurrido venir hasta aquí? —le espetó el sufete en tono de reproche en lugar de acogerla con un abrazo.

—Me dijeron que no había peligro y la espera en solitario se me hacía insoportable. Perdóname si he obrado mal —respondió ella con un tono firme, acompañado de disculpa fingida.

—Está bien —aceptó Hannón—, pero no te separes ni un momento de mi lado.

—Haré lo que me digas —respondió ella sumisa, observando con preocupación el rostro de su amado, que parecía haber pasado una mala noche.

Deseaba preguntarle qué había sucedido, pero se retuvo con su acostumbrada delicadeza. Conocía a su marido y, si él juzgaba

oportuno contárselo, no tardaría mucho en hacerlo, aunque comprendía que, desde que había asumido su condición de líder, habría lugares de su corazón que permanecerían vedados incluso para quien era la mitad de su ser. Luego ella se echó a sus brazos con cariño fugazmente para luego ocuparse ambos de presentar al jefe la nueva mercancía.

El nuevo cargamento de sal y objetos de metal satisfizo al gigante, que quedó prendado también de las piedras preciosas que traían los púnicos: ágata, jaspe y calcedonia, cuya belleza asombró a los nativos. Pronto todos desearon tener una en su choza como hermoso talismán y signo de distinción, porque su precio era alto. Sin embargo, lo que llamó más poderosamente la atención del monarca etíope fue el tesoro del propio sufete: la elegante mujer de piel blanca que con porte majestuoso permanecía al lado de Hannón. Dido se sintió insignificante cuando el gigante se acercó a ella para verla más de cerca ante el asombro del sufete y de Sebub, que se encontraba también junto a él.

—Me habéis ocultado la mercancía más valiosa —oyeron decir al gigante en la traducción entrecortada de Akbar.

Sin que pudieran reaccionar, el jefe acarició con atrevimiento el rostro de Dido, que se apartó de inmediato. Hannón se interpuso entre ella y el gigante.

—No está en venta. Se trata de mi esposa.

—Oh, entonces será un honor mayor poseerla. Si no me la vendéis, al menos ofrecédmela durante una noche en señal de hospitalidad —dijo el jefe riendo con naturalidad.

Sebub estaba en tensión, aguardando la respuesta del sufete. Una reacción violenta podría significar el aniquilamiento inmediato de todos ellos. Pero Hannón conservó la calma, al menos de manera externa.

—No es nuestra costumbre ofrecer nuestras esposas, ni siquiera a nuestros más honorables dirigentes. Solo tenemos una y la apreciamos con todo nuestro corazón. Como tú has dicho, es nuestro mayor tesoro.

El gigante se sorprendió al oír la traducción de las palabras del sufete, comprendiendo que se trataba de una negativa y por consiguiente del menoscabo de su honor.

—Pero estás en «mi» territorio y tendrás que adoptar «mis» costumbres si quieres relacionarte conmigo. Esta negativa puede entorpecer nuestra incipiente amistad.

Hannón se debatía en su interior. El éxito de la expedición dependía de entregar a Dido a aquel hombre, aunque fuera por una noche. Sabía que, si accedía, la perdería para siempre, aunque temía que de un momento a otro ella se presentara de forma voluntaria para

sacrificarse por la seguridad de todos.

—Entrégamela, extranjero, o tendré que tomarla por la fuerza — bramó finalmente el gigante acercándose peligrosamente al sufete, que vio proyectarse su sombra sobre su rostro.

Entonces Dido se interpuso entre el jefe y su marido. Hannón intentó detenerla creyendo que se ofrecería a aquel salvaje.

—Señor —dijo ella, casi con un grito, mirando hacia arriba y haciendo que Akbar tradujese sus palabras con la mayor exactitud—, me avergonzáis con vuestra conducta, impropia de un ser civilizado. Puede que sea una costumbre vuestra entregar esposas, e incluso un signo de honor y rango, pero entre nosotros el verdadero valor es defenderlas con la vida, si fuera preciso, y jamás compartirlas con otro hombre de forma voluntaria. Entiendo que podéis haberos sentido insultado, pero sabed que, antes que yacer con vos, preferiría la muerte.

Con un rápido movimiento Dido desenvainó la espada que su esposo tenía todavía al cinto y con gesto resuelto llevó la punta a su pecho ante el asombro de todos. El gigante se quedó quieto como una estatua, admirando el valor de aquella pequeña mujer de piel blanca.

—No, Dido, no. Si hay que morir, lucharé por ti —gritó Hannón al tiempo que intentaba arrebatarle la espada.

Pero ella se zafó con habilidad y volviendo a poner la espada apuntando a su pecho dijo:

—Yo misma defenderé mi honor. No necesito a nadie que luche por mí.

Al oír el alboroto, Aristodemo había acudido con algunos hoplitas a punto para ver la dramática escena. Estaba dispuesto a intervenir con violencia, cuando Sebub le detuvo con un gesto.

En ese momento el hechicero, que había permanecido ajeno y sin intervenir en la disputa del jefe, se situó junto a Dido y danzó, danzó trazando un círculo sagrado a su alrededor mientras ella permanecía inmóvil apurando sus últimos momentos. Dijo adiós con la mirada a Hannón y aferró la empuñadura para asestar el golpe final.

—Detente —oyó decir a Akbar—, el hechicero te ha protegido con un círculo sagrado y el rey no podrá tocarte ni ahora ni nunca. Dice que es un homenaje a tu valor.

La espada cayó de las manos de Dido y Hannón acudió a sujetarla antes de que también ella se desplomara en el suelo. Sebub acudió a ayudarla, no sin antes agradecer al hechicero su intervención.

—Este hombre —declaró públicamente el sacerdote nativo— ha sido digno de la visión y debemos respetar su persona y lo que él diga como si fueran palabras de los mismos dioses.

Todos vieron entonces cómo el enorme rey etíope se inclinaba desde su altura, primero ante Dido y luego ante Hannón, en señal de

acatamiento y disculpa. No era un gesto forzado; al contrario, mostraba auténtica sinceridad, porque había reconocido el valor de la hermosa mujer de piel blanca.

—Os ruego que ambos perdonéis mi torpeza. No he aprendido hasta estos días que los pueblos tienen costumbres diferentes que hay que respetar y que el valor no es patrimonio exclusivo de los etíopes. Aceptad mis disculpas.

—Tus excusas son aceptadas, porque hemos visto que sabes reconocer rápidamente tus errores y eso es signo de que eres un gran rey. Ahora nosotros también nos inclinamos ante tu grandeza.

Al ver que Hannón y Dido se inclinaban ante él, el gigante se llenó de orgullo y alegría. La armonía estaba de nuevo establecida y aquella noche todos disfrutaron del banquete e incluso el rey pudo comprobar que la belleza de aquella mujer de piel blanca también estaba en su conversación. Se le hizo extraña la novedad de no poder poseer lo que deseaba, pero ese mismo sentimiento avivaba su admiración por Dido y envidiaba sanamente a aquel hombre que tenía la suerte de compartir su vida con una mujer tan extraordinaria.

El sufete había estado en lo cierto cuando afirmaba que una, si era como aquella, era suficiente. Desde entonces el etíope compararía a todas sus futuras esposas con la mujer púnica y, al final de su existencia, comprobaría que ninguna había estado a su altura ni en valor ni en belleza.

## El país del oro

Permanecieron algunos días gozando de la hospitalidad de los etíopes, pero la expedición debía continuar. El hechicero les había dicho que un poco más adelante vivían tribus que poseían grandes cantidades de oro que extraían de tierras del interior. Les recomendó que tuvieran cuidado con ellas, porque no sabía si resultarían hostiles. En todo caso les dijo que quizá se mostraran interesadas en el comercio con los púnicos, a juzgar por los valiosos objetos que podían ofrecerles: sal, piedras preciosas y útiles de metal. Hannón agradeció al jefe y al sacerdote la acogida dispensada y les garantizó que pronto habría una ruta regular en la que ellos podían implicarse, si lo consideraban oportuno.

Los púnicos volvieron al campamento de la playa y dejaron allí a algunos hombres como germen del futuro puesto comercial. Era una apuesta arriesgada, pero contaban con la benevolencia de los etíopes para abastecerles y auxiliarles si era necesario. Los que se quedaron allí fueron seleccionados por Aristodemo entre los más valientes y sufridos de sus hoplitas.

—Vamos, Aníbal, seguimos hacia el sur y con renovadas fuerzas.

—Y que lo digas, Sebub, de no ser por esta escala habríamos fracasado en nuestra empresa y ha sido tan extraordinario el conocer a un pueblo tan noble y amistoso…

Evidentemente el chico estaba admirado de la armonía que habían conseguido púnicos y etíopes, tan distinta de la batalla del gran río o de los huidizos habitantes de otros lugares.

Siguieron la costa durante dos días, divisando una sucesión de colinas coronadas de densos bosques tropicales que parecían querer invadir el mar en su exuberancia. Al tercer día, la costa se convirtió en una larga playa de arena tras la cual se extendía una vasta llanura de selva. Bordearon la playa, al final de la cual encontraron un pequeño

río navegable. Hannón decidió que una de las naves debía remontarlo hasta donde fuera posible y, ¿cómo no?, la capitana fue la encargada de hacerlo, entre otras cosas porque Sebub y Aníbal eran los pilotos más expertos. Desde el principio al viejo marino no le pareció buena idea.

—Es un río muy estrecho, Hannón, y se ve que enseguida se va a convertir en una zona de marismas infestada de mosquitos.

—Venga, Sebub, no me irás a decir que no puedes hacerlo. Seguro que has navegado por peores sitios —respondió el sufete, excesivamente confiado tras la positiva estancia con los etíopes.

—De acuerdo, probemos a ver qué pasa.

La nave capitana serpenteó entre las marismas durante seis millas ayudada por el esfuerzo de los remeros y la pericia de sus pilotos, pero llegó un momento en que la navegación se hizo impracticable y la noche se les vino encima. Tuvieron que anclar en medio del río, sin atreverse a desembarcar en la zona pantanosa. Aristodemo ordenó que se hicieran guardias durante toda la noche para evitar posibles problemas y él mismo hizo la primera de ellas.

Cuando el sueño empezaba a vencerle y se disponía a pedir el relevo, le pareció ver fuego entre los árboles de la orilla. Eran llamas, unas veces más intensas y otras menos, situadas en distintos lugares que parecían apagarse y encenderse como por ensalmo. El espartano corrió a avisar a Hannón y a Sebub, que se despertaron de inmediato y contemplaron también el misterioso espectáculo.

—¿Qué pueden ser esos fuegos, Sebub? —inquirió el sufete.

— Es extraño que se muevan de un sitio a otro y que sean a veces más intensos. Quizá son grupos de gente en movimiento o las hogueras de varios campamentos que se encienden y se apagan a voluntad. En todo caso son numerosos y creo que deberíamos volver a la playa lo antes posible.

—Así lo haremos en cuanto tengamos algo de luz. Aristodemo, yo te relevaré, ve a descansar un poco —sentenció Hannón.

Los fuegos continuaron durante gran parte de la noche, pero no se oía ningún tipo de ruido, por lo que el sufete dedujo que debían estar lejos. Pasó inquieto el resto de su guardia hasta que el joven Aníbal se encargó de ella, decepcionado porque, cuando le tocó a él, las llamas se habían extinguido por completo.

Con las primeras luces bajaron hacia la desembocadura con rapidez gracias a que Sebub y el chico habían memorizado cuidadosamente el tortuoso camino a través de la marisma. Una vez en la playa, el sufete no se resignó ante el nuevo fracaso. Había aprendido a aceptarlo gracias a su experiencia en el gran río, pero no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad de contactar con quienes poseían el oro que Cartago necesitaba.

—Tendremos que recurrir a los métodos tradicionales de intercambio —anunció a sus hombres.

Sus órdenes fueron obedecidas. Después de desembarcar una mercancía considerable en la playa, en la que brillaban desde lejos las piedras preciosas, las naves anclaron separadas de la costa. Uno de los arqueros más hábiles lanzó una flecha en llamas hacia la pila de leña que habían dejado en la orilla y que pronto se encendió, dando lugar a una formidable columna de humo negro. Si los indígenas eran curiosos, no podrían resistir la tentación de acudir para ver qué había sucedido. En efecto, no tuvieron que esperar mucho para observar que hombres de piel quemada salían de los arbustos y comenzaban a examinar los objetos con curiosidad. Sostenían en sus manos las brillantes piedras, comprobaban la solidez de los instrumentos de metal y probaban con la lengua la sal de los sacos.

Hannón confiaba en que no fueran una tribu aislada y tuvieran costumbre de intercambiar productos básicos con otros pueblos. Era un riesgo que había que correr, pero no habían llegado tan lejos para nada. Al cabo de poco tiempo vieron con alegría que los indígenas volvían con el reluciente oro en sus manos depositando una cantidad junto a las mercancías. Luego se retiraron sin llevarse ninguno de los productos púnicos. Entonces Hannón en persona, junto con Aristodemo y algunos hombres que le servirían de protección en caso de peligro, se acercaron a la orilla en una barca para examinar la oferta de los nativos. El sufete tocó por primera vez gran cantidad de oro, comprobando que la ruta del sur iba a tener éxito y sonrió satisfecho. Sin embargo, en su audacia quiso ir más allá y tensar la cuerda del arco al máximo. Sabiendo que los hombres de piel quemada observaban la escena ocultos en la maleza, tiró al suelo el oro y extendió los brazos como queriendo indicar que quería más, que aquello era demasiado poco para aceptar el intercambio.

Aristodemo asistía atónito al recital de gestos del sufete. Jamás hubiera creído en su habilidad como comerciante. Desde luego desconocía que estaba ante uno de los mejores de Cartago. Hannón hizo una seña a Aristodemo y los hoplitas para que volvieran a la barca y se dirigieron de nuevo a la nave. En la playa descansaban al sol las mercancías púnicas y el oro de África.

—Pero, Hannón, ahora se llevarán nuestras cosas y también su oro. Has hecho un negocio ruinoso —le reprochó Aristodemo.

—Se nota, querido amigo —dijo el sufete, sonriendo con complicidad—, que eres un espartano y no un púnico. Espera y verás. No todo se consigue con la fuerza de las armas.

Una vez a bordo, el espartano, Sebub, Aníbal, Hannón, Dido e incluso Hasis esperaron pacientemente sin apartar la vista de la playa. Pasó el tiempo lentamente y parecía que el sufete se había arriesgado

demasiado.

—Son duros de roer estos hombres de piel quemada —dijo Sebub con calma—, pero seguro que al final aceptan.

—¿Tú también estás con Hannón? —preguntó Aristodemo.

—Bah, espartanos —respondió el viejo marino, con desdén—, no saben nada de comercio.

Aníbal tenía la vista fija en la playa y sus juveniles ojos estaban atentos a cualquier movimiento.

—Allí, mirad. Vuelven. Se acercan otra vez.

Varios nativos avanzaban con mayor cantidad de oro ante el alborozo de los tripulantes de los barcos púnicos. Sus esperanzas se estaban convirtiendo por fin en realidad y de su mente se iban borrando las penalidades al contemplar la procesión dorada de los hombres de piel quemada. Aristodemo no salía de su asombro y soportó con resignación las burlas de Hannón y Sebub, que lo señalaban entre risas.

—Y ahora —dijo el sufete con resolución—, a cerrar el trato con prudencia, que audacia ya hemos tenido bastante.

Esta vez fueron dos las barcas cartaginesas que se dirigieron a la orilla a recoger el oro depositado por los indígenas. Su valor era infinitamente superior a las mercancías de los púnicos, pero la satisfacción de los hombres de piel quemada sería grande con el cambio. Aquellos productos bien valían el oro que a ellos les sobraba y que parecía contentar tanto a los extranjeros.

Cuando lo subieron a bordo de las dos naves, el brillo del preciado metal iluminó los cansados rostros de marineros y hoplitas, y entre todos hubo uno que no pudo ocultar su emoción al contemplarlo: Hasis había mudado su semblante y la codicia se había adueñado por completo de su interior. Sintió en su estómago el nudo que produce la sagrada hambre de oro.

Aquel éxito renovó la esperanza en la ruta del sur e hizo crecer el prestigio del sufete entre los suyos. Se había arriesgado y había ganado. La alegría reinaba en las dos naves, que llenaron sus bodegas del preciado metal como prueba de que habían conseguido su propósito. Hannón confiaba en que en futuros contactos los nativos se hicieran tan amigables como los etíopes que habían visitado. De momento no podía pedir más. En cuanto los hombres de piel quemada comprobaran los beneficios de la sal y de los instrumentos de metal y entre ellos se despertara la codicia por poseer más piedras de vivos colores, rivalizando en su cantidad como signo de distinción social, serían ellos mismos los que se acercaran a la playa para aguardar a nuevos extranjeros.

—Debemos seguir adelante cuanto antes —sugirió Sebub—, ahora

que tenemos bastantes provisiones, para avanzar un poco más hacia lo desconocido. Es una oportunidad que no conviene desechar. Aunque con esta escala hemos asegurado la ruta, quién sabe si aún nos aguardan sorpresas mayores en estos mares. Los vientos todavía son favorables.

—Has leído mi pensamiento como casi siempre, amigo mío —respondió el sufete, que ardía en deseos de adentrarse en otras tierras ahora que había cumplido con la principal misión de Cartago—. Solo un poco más de audacia y regresaremos triunfantes a nuestra ciudad con el orgullo de haber puesto los cimientos de la ruta. Sé que es arriesgado avanzar con la bodega repleta de oro, pero necesitamos las dos naves para apoyarnos unos a otros. Me he propuesto llegar hasta donde duren nuestros víveres actuales; cuando se agoten, regresaremos a la costa de los amistosos etíopes.

—Siempre tan atrevido y tan precavido a la vez, sufete —comentó Sebub, casi en broma.

—Y tú siempre tan mordaz, piloto —respondió Hannón, sin enfadarse.

El carisma del sufete sirvió para que los hombres aceptaran sus planes, a pesar de que muchos de ellos ya estaban satisfechos con lo conseguido y deseaban regresar cuanto antes. Con la promesa del regreso en una semana consiguió convencer a los más remisos y navegaron a lo largo de la costa durante cinco días, hasta que llegaron a una bahía en la que se encontraba una isla del tamaño de Karna. Hannón y Sebub consideraron que podría ser un buen lugar para un nuevo puesto comercial y desembarcaron junto con Aristodemo, Aníbal y algunos soldados.

Con gran riesgo se internaron en la isla abriéndose paso entre la selva. Aristodemo había aprendido la lección y no llevaba ni su coraza ni su escudo, solo una espada que le servía para abrir la marcha. Sus hombres iban armados también a la ligera e incluso Aníbal avanzaba apoyado en la lanza de Aristodemo, que había confiado su arma al chico. Al final de la jornada llegaron a un claro y frente a él se extendía un lago con una isla de considerable tamaño en medio de él. Sebub probó el agua y constató que estaba salada. No tenían tiempo de volver a las naves, porque la oscuridad les había sorprendido, y se dispusieron a pernoctar en el claro, no sin establecer las pertinentes guardias. No habían encontrado a nadie en todo el recorrido hasta aquel lugar, pero no podían descartar la presencia humana. A medianoche, mientras el joven Aníbal casi cerraba los ojos en su turno de guardia, un sonido les despertó a todos de improviso. De la isla del lago salado provenía un fuerte y rítmico sonido de tambores y flautas, al tiempo que se encendían numerosas luces de hogueras. Gritos estridentes y ensordecedores acompañaban a aquella música jamás

escuchada por oídos púnicos. Aníbal estaba muerto de miedo y también los hoplitas. Solo Sebub, Hannón y Aristodemo conservaban la calma para no tomar la decisión equivocada.

—La isla está lejos. Tendrían que montar en barcas para alcanzar nuestra posición —dijo el espartano, valorando el riesgo militar.

—Esos sonidos puede que no estén destinados a nosotros —afirmó Sebub—, quizá ni siquiera saben que estamos aquí.

—Tampoco podemos saber si se trata de una manifestación hostil o por el contrario se trata de una bienvenida. Lo que nos asusta es la incertidumbre y la presencia de la noche, que puede convertir lo cotidiano en extraño —dijo el sufete.

—Entonces esperemos alerta hasta que amanezca y no demos nosotros el primer paso —aconsejó el piloto.

—Es lo más sensato —sentenció Hannón—. Y vosotros, tranquilizaos. La luna da la suficiente luz para que veamos si se acercan a nosotros.

Aníbal se acurrucó junto a Sebub buscando su protección, mientras que los demás hoplitas montaron un dispositivo de vigilancia para el resto de la noche. Se encontraban desnudos sin sus escudos y cascos y temían no poder hacer nada ante un ataque masivo. También Aristodemo se notaba extraño y vulnerable sin sus armas, ya que en los combates precedentes habían sido su seguro de vida. Si les acometían los nativos en número superior, como era lo más probable, venderían caras sus vidas, pero resultarían fácilmente vencidos sin la posibilidad de formar el muro de bronce.

Ni el sufete ni el piloto conciliaron el sueño aquella noche, temiendo un inminente ataque de los indígenas.

—Si morimos esta noche, nadie hablará de nosotros y nuestra gesta habrá sido en vano —confesó Hannón a Sebub.

—Te equivocas al adelantar tus pensamientos a un futuro incierto. En el caso de que muramos, los nuestros podrán regresar a salvo y contar todo lo que hemos hecho por Cartago. Siempre quedará alguien para ensalzar nuestra hazaña. Si no lo pensara así, no me hubiera embarcado contigo. Los dioses me han asegurado que tu nombre vivirá por siempre.

—Y el tuyo, Sebub, el tuyo también.

—De eso no han dicho nada —dijo el piloto, encogiéndose de hombros—. Y ahora aparta tus negros pensamientos para que los hombres no intuyan que nosotros también tenemos miedo. El temor es natural y común a todos, pero es trabajo de los mejores espíritus el saber dominarlo y utilizarlo en beneficio propio. Si no tuviéramos miedo, si fuéramos insensibles al dolor y al sufrimiento, no tendríamos mérito alguno. Lo glorioso es temer y superar el temor con fortaleza de ánimo. Y, sobre todo, conseguir que los demás crean que no

tenemos miedo para que puedan apoyarse en nosotros.

Hannón agradeció a los dioses el poder contar con aquel hombre que siempre tenía las más apropiadas palabras de consuelo en los labios. Aníbal, que estaba junto al piloto, había escuchado toda la conversación fingiendo estar dormido. El chico grabó en su mente todo aquello, que le sería de gran utilidad en el futuro, e ingenuamente se felicitaba de su astucia. No sabía que Sebub había dicho todo aquello no solo para el sufete, sino también para aquel discípulo que pretendía haber engañado a su maestro. El viejo piloto de sobra había notado que el chico fingía, y había aprovechado para impartirle por adelantado esta lección necesaria para quienes van a gobernar a otros.

Los nativos no atacaron aquella noche ni a la mañana siguiente, que también transcurrió en una angustiosa espera. Con el calor húmedo del mediodía, Hannón tuvo que tomar la penosa decisión de volver a la costa sin haber contactado con ellos. No podían arriesgarse a un fracaso y poner en peligro lo conseguido. La audacia es más activa cuando uno tiene muy poco que perder, pero a medida que avanzaba la expedición había mucho más en juego y la prudencia tenía que moderar el fogoso carro del atrevimiento.

# El Trono de los Dioses

Durante los últimos días, Aristodemo había visto que Isthar estaba distante y que no respondía a las señales convenidas entre ellos, ni se colocaba junto a él con algún pretexto. Al espartano le preocupaba la nueva actitud de la Estrella de la Mañana, pero la achacó a que Hasis había ejercido mayor control sobre ella y la muchacha había considerado prudencial distanciarse un poco. Además, la tensión de los días precedentes hacía que Aristodemo tuviera que concentrar todas sus energías en apoyar las decisiones del sufete.

Hannón tenía la intención de permanecer en las inmediaciones durante unos días más, para ver si los nativos se decidían a dar un primer paso, pero se encontró con la tenaz oposición de Sebub.

—Te lo ruego, Hannón, vámonos de aquí cuanto antes. Tengo el extraño presentimiento de que algo va a suceder en muy poco tiempo y debemos estar lo suficientemente alejados de la orilla cuando suceda.

—¿De qué se trata? ¿No puedes darme una razón objetiva?

—Lo siento, no puedo. Sé que mi poder de predicción me pone en guardia sobre ello, pero no podría decirte con seguridad qué va a suceder. Tuya es la decisión, como siempre. Si piensas que no es más que una nueva locura del viejo Sebub, no te lo reprocharé.

—No, amigo, siempre que me he fiado de ti he salido bien parado de las situaciones de peligro. Respeto tu poder y reconozco que sin tu ayuda jamás habríamos llegado tan lejos. Disponlo todo para partir cuando juzgues oportuno.

El viejo marino agradeció con un gesto la confianza del sufete y se alegró de que hubiera aprendido la lección de la humildad durante aquel viaje. No siempre resultaba fácil que un jefe se doblegara ante las decisiones de un piloto, por más prestigio que este tuviera. Eran necesarias la confianza y la humildad para poder reconocer los límites

del mando y huir de la soberbia. Hannón había aprendido a hacerse pequeño cuando era preciso y a reconocer que no todo estaba en su mano. Sebub sabía que era el elegido precisamente por la condición de su corazón: lo suficientemente abierto para dar cabida a lo desconocido y lo bastante fuerte como para resistir las pruebas.

Ante la sorpresa general, partieron de inmediato dejando atrás la bahía con la gran isla en medio y, en pocas horas, pudieron ver cómo el paisaje se tornaba más seco. De repente sintieron un golpe de viento muy breve, pero extremadamente violento que a punto estuvo de destrozar las velas de las naves.

—Arriadlas de inmediato —gritó Sebub, a los de su nave y también a los pilotos de la otra.

Tras aquel golpe inesperado de viento, el cielo se volvió negro como la tinta con la que se escribe en los papiros y apreciaron con terror que se llenaba de continuas descargas eléctricas.

— Es la maldición de los dioses —exclamaron algunos marineros, soltando los remos—. No debemos ir más allá.

— Callaos —ordenó Hannón—. Volved a vuestro trabajo y haced caso de nuestro piloto.

—Allí —gritó Aníbal—. Mira, Sebub, el horizonte parece estar en llamas.

En efecto, el lugar donde se acababa la visión se había teñido de rojo y daba la sensación de arder.

—Calma —gritó el piloto, intentando que su fuerte voz se superpusiera a las de los aterrorizados tripulantes—. Calma, digo. He estado muchos años en el mar y ya he visto cosas como esta. Lo importante es permanecer tranquilos y alejados de la costa.

Hasis había salido de su tienda con el alboroto y participaba del temor común. Ensimismado por el espectáculo, no notó que Isthar también había salido y ahora se encontraba junto a Aristodemo, que la estrechó entre sus brazos intentando protegerla de cualquiera que fuese el peligro al que se enfrentaban. Dido, sin embargo, permanecía al lado de Hannón, firme como una roca, sin exteriorizar su miedo y expresando la calma propia de las diosas.

Los rayos se hicieron más frecuentes y, al estar las nubes muy bajas en el horizonte, parecían ríos de fuego. La lluvia, sin embargo, no hizo su aparición y eso tenía confundido al piloto y a los marineros más veteranos.

—No podemos hacer otra cosa que esperar a que cese y suplicar a los dioses que ninguno de estos rayos de fuego nos alcance —sentenció Sebub.

—Ya lo habéis oído —recalcó Hannón, dando autoridad a la afirmación de su piloto—. Calmaos y orad a Baal y Tanit para que nos protejan.

La mayoría permanecía en cubierta, en sus puestos, con los rostros periódicamente teñidos de luz por los frecuentes relámpagos, contemplando un espectáculo extraordinario, pero temerosos de que aquello fuera lo último que vieran en sus vidas. A pesar de los ánimos del sufete y del piloto, muchos estaban seguros de que allí se acababa el mundo y que perecerían en aquel lugar sin volver a ver jamás su amada Cartago.

Hannón tenía una extraña mezcla de sentimientos: asombro por lo que veía y temor por sus hombres. No le preocupaba morir, porque tenía a su lado a la que era su verdadero universo y veía orgulloso cómo la visión del horizonte en llamas y la luz cegadora de los rayos no alteraba la serenidad de Dido. Si aquel era el fin, sería sin duda glorioso, aunque nadie sobreviviera para contarlo. Isthar, por su parte, tenía mucho miedo y temblaba de tal modo que Aristodemo tenía que decirle al oído palabras de calma y consuelo, estrechándola fuertemente entre sus brazos y sintiendo que su cuerpo no era suficiente para abarcar a la Estrella de la Mañana.

Hasis lloraba como un niño sin importarle que todos le vieran. Era ciertamente muy duro morir allí para alguien que había soñado con el disfrute del oro y las riquezas y que se iría al fondo del océano con ellas. Aníbal tenía miedo también, pero su juventud le impedía creer que aquello podía ser el fin de la aventura. En su fe ciega en Sebub se aferraba a sus palabras como a la última tabla de salvación y se decía que, mientras no viera el temor en los ojos de su nuevo padre, él seguiría fuerte y sereno, como una roca embestida en vano por el oleaje.

A lo largo de tres interminables horas fue probado el temple de los exploradores y su actitud ante la muerte. Luego el sol brilló de nuevo con fuerza, haciendo que el calor húmedo fuera casi insoportable. Hannón ordenó que se volviera a tierra para retomar fuerzas y los pocos que bajaron volvieron rápidamente a las naves diciendo que la tierra parecía arder y que del suelo emergía un vapor que casi no les dejaba respirar. Era preferible permanecer en las embarcaciones, donde la acción del mar hacía el aire un poco más respirable.

El sufete comprendió que el temor aún seguía presente en los ánimos de los suyos y mandó a Sebub que partiera sin demora siempre más al sur. Muchos temían que aquellos extraños fenómenos volvieran a repetirse y nadie estaba seguro de lo que podía suceder a partir de ahora. Las palabras tranquilizadoras del piloto y de Hannón apenas podían contener el miedo y la superstición, que se resistían a abandonar los corazones de los hombres.

Hasis rogó al sufete que lo trasladara a la otra nave, alegando que no deseaba ser visto en aquel trance y que prefería el anonimato de la segunda embarcación. Sus persuasivas palabras ablandaron el ánimo

de Hannón que cedió a su propuesta, en parte por librarse un tiempo de su nefasta influencia, sin valorar adecuadamente el riesgo que conllevaría esa decisión. El embajador había aprovechado astutamente este momento de desconcierto, en el que el interés de Hannón estaba concentrado en dominar el miedo de sus hombres.

—Os agradezco el detalle, sufete —dijo, con humildad fingida—, y os ruego que os hagáis cargo de Isthar, porque deseo que permanezca aquí disfrutando de la compañía de vuestra esposa, en lugar de tener que soportar mis quejidos.

—Os aseguro que será tratada como corresponde —se limitó a contestar Hannón, sorprendido por la disposición de Hasis.

Dido y Aristodemo se alegraron de la decisión del hombre de Liks y miraron a Isthar buscando su reacción. La muchacha, sin embargo, bajó la cabeza y no exteriorizó sus sentimientos. Sabía que la maniobra de Hasis no era gratuita y que le estaba dando la señal convenida de que pronto debía actuar si quería conseguir su libertad. El embajador no había esperado a la respuesta de Isthar, seguro de que, si la ponía en la situación adecuada, ella escogería ser libre antes que seguir en aquellas condiciones.

Una vez que Hasis fue trasladado a la otra nave, se efectuó la partida con la nave capitana a la cabeza guiada por Sebub y Aníbal. El chico se mantenía firme y miraba de vez en cuando al piloto para espantar el miedo cuando este venía a rondarle. Contra todo pronóstico, siguieron cuatro días de apacible navegación, aunque sin divisar ningún lugar apropiado para el desembarco. No quedaban muchas provisiones y Hannón veía con tristeza que su viaje estaba tocando a su fin, al menos por esta vez.

La noche del cuarto día les reservó una visión que ninguno de ellos olvidaría en lo que les quedara de vida. La claridad de Tanit les concedió ver un monte de inmensas dimensiones que tenía un enorme fuego en la cumbre rodeado de otros fuegos menores en las laderas. Por momentos observaron que el fuego parecía avanzar hacia ellos en forma de lenguas abrasadoras que al poco tiempo se perdían en la oscuridad como si nada hubiera sucedido. Estaban llenos de miedo cuando oyeron la voz de Akbar, el intérprete, que les decía:

—Entre los etíopes circula una leyenda de que, en el límite del mundo, en el sur, reside el Trono de los Dioses, un lugar de fuego que marca la separación entre el mundo de los vivos y de los inmortales. Sin duda, hemos llegado a ese punto.

Las palabras del intérprete, lejos de crear la calma, aumentaron el terror de algunos, que solo se había adormecido desde el espectáculo de hacía cuatro días.

—No perdamos la calma —gritó Sebub—. Puede que Akbar esté en lo cierto, pero os aseguro que es una leyenda y que los dioses no

habitan en esta cumbre más que en otras. Ese fuego no puede hacernos daño mientras permanezcamos en el mar. Aguardemos a la luz del día y seguro que veremos una montaña, alta sí, pero como otras tantas que hayamos observado.

—Escuchad la voz del piloto, compañeros —prosiguió Hannón—, y recordad que sus predicciones han sido ciertas a lo largo de todo este viaje.

—Mirad —exclamó Aníbal entonces, atrayendo la atención de todos —, los fuegos empiezan a desaparecer.

En efecto, las nubes cubrieron con un manto espeso la visión de la cumbre y de la falda superior de la montaña, de forma que todo se sumió en una oscuridad que contrastaba con la luminosidad de los instantes previos.

—El Trono de los Dioses se ha cubierto de nubes y no tenemos nada que temer —dijo Sebub.

—Tampoco es para estar tranquilos, piloto —chilló, con voz estridente, uno de los marineros—, no vemos el fuego, pero sabemos que está ahí y alguna de esas lenguas puede devorarnos en cualquier momento.

—Jamás he oído que el fuego pueda con el agua, marinero, y aunque llegara a la costa se vería obligado a morir allí. Repito que no hay nada que temer. No nos acercaremos a la costa y esperaremos a que la luz del día me dé la razón.

—Ya habéis oído, vamos, cada uno a dormir a su lugar, salvo los encargados de las guardias. Yo me iré tranquilo al lecho para daros ejemplo de que no tengo miedo —sentenció el sufete.

Hannón agradeció que no hubiera esta vez un Hasis que le contradijera y comprobó que su carisma aún funcionaba entre los hombres, que poco a poco se tranquilizaron y fueron ocupando sus lugares habituales de descanso. Él mismo entró en su camarote y vio que Dido le esperaba sin temor en sus ojos. Ya lo habían hablado. Al no tener descendencia, solo se debían a ellos mismos y a aquellos hombres que estaban a su cargo. Si morían, lo harían juntos y nadie podría reprocharles nada. Además, no temían el paso al océano Celeste si iban a navegar por toda la eternidad en la misma nave.

Isthar fue al encuentro de Aristodemo con lágrimas en los ojos, que el espartano interpretó erróneamente como producto del miedo, al desconocer la terrible lucha interior que vivía la muchacha. Ella se había retirado a la tienda que ocupaba con Hasis y había visto que su paloma estaba de nuevo en ella. Entonces había tenido que salir e ir a buscar a Aristodemo, porque la balanza de su corazón se había roto a favor de la traición.

—¿Qué te sucede, Isthar? —le dijo el rudo espartano, con voz suave.

Ella se refugió en sus brazos y al principio no fue capaz de articular palabra ni de hacer caricia alguna. La Estrella de la Mañana, experta en el arte de la seducción, parecía haber olvidado todas sus artimañas de antaño, que ahora le hubieran sido muy útiles. Se dio cuenta de que le costaba mucho fingir, una vez que había abierto su corazón a la sinceridad y la transparencia. Ni siquiera tantos años de oscuridad hacían ahora sombra a la que había descubierto su luz y se veía abocada a volver a las tinieblas. Pero tenía que hacerlo, estaba en juego su libertad y creía que no podía conseguirla de otro modo. Iba a cometer a sabiendas el error de volver a ser oscura y ocultar lo que realmente anidaba en su corazón y, al cerrar la puerta al amor, sabía que, aunque fuera libre, jamás volvería a sentir lo que había sentido con Aristodemo. Sí, era consciente de todo aquello y, sin embargo, iba a traicionar al espartano a causa de una fuerza superior que la arrastraba a pensar primero en su seguridad. La que había descubierto que la libertad está en el dar, se cerraba ahora en sí misma negándose a caminar hacia la luz.

—¿Dime qué te pasa, Isthar? —insistió el espartano, compartiendo aquella tristeza—. ¿Acaso tienes miedo?

Se agarró a la pregunta de su amado para salir de su mutismo y aparentar un temor distinto al que realmente sentía.

—Sí, tengo miedo. Miedo de perderte, miedo de perderme, miedo de que todo esto acabe mal y Tanit nos abandone.

—Ya has oído a Hannón y a Sebub: no hay nada que temer. Yo confío plenamente en ellos y tú deberías hacer lo mismo.

Ella asintió mientras él secaba sus lágrimas con suaves caricias y luego depositaba un dulce beso en sus labios. Isthar le llevó de la mano por la cubierta del barco, sorteando a los marineros y soldados ya dormidos y encaminándose a la tienda de Hasis. Para ella era un gran consuelo ser poseída por la persona amada en el lugar en que había sido tantas veces mancillada por el miserable embajador. El espartano se dejaba llevar, sabiendo que el miedo huye ante el amor más sincero, y feliz también de yacer con ella en aquel lugar. Todo fue más rápido que la última vez y Aristodemo sintió que Isthar se apresuraba y no se daba como lo había hecho antes. El goce fue sencillamente perfecto, pero el espartano se dio cuenta de que aquella muchacha parecía más la antigua Estrella de la Mañana que la Isthar que él amaba.

Bañado en sudor, el cuerpo de Isthar resbalaba rítmicamente sobre el espartano, pero su alma estaba lejos de allí. Aristodemo se detuvo y la sujetó un momento para mirarle a los ojos y vio con disgusto que estaban llenos de lágrimas y que temían el encuentro con los suyos.

—¿Qué sucede, amor mío? ¿Qué te pasa? Dímelo, por favor.

—No es nada. Te lo aseguro, no es nada. Todo esto me sobrepasa.

No puedo siquiera amarte como debiera. Perdóname, perdóname —dijo ella, echándose sobre el cuerpo de Aristodemo.

Él la acarició con suavidad, comprendiendo sus temores y, con cada caricia, el corazón de Isthar se volvía más triste y oscuro. El espartano siguió dándole su cariño hasta que notó que estaba dormida y él mismo, más tranquilo y confiado, cerró los ojos agotado por la tensión de los días precedentes y por los goces del amor.

La Estrella de la Mañana no dormía. Lentamente separó el brazo del espartano que cubría su cuerpo al tiempo que sentía desgarrarse su corazón. Con un cuchillo cortó el cordón del que colgaba la llave del arca que llevaba Aristodemo al cuello, consciente de que con aquel gesto estaba cortando también la posibilidad de una vida feliz. Antes de salir de la tienda contempló el rostro del espartano, relajado y para ella hermoso a pesar de sus cicatrices. Se detuvo en sus brazos y en el pecho en el que ya jamás descansaría y salió con cautela con la llave en su puño.

En cubierta todo estaba en calma. Los centinelas vigilaban, pero no repararían en nadie que se moviera entre la gente dormida. Todo el mundo tenía derecho a aliviar sus necesidades. Sebub y Aníbal dormían uno junto al otro en la zona de los remos y el timón, tras el camarote del sufete. Allí se dirigía precisamente Isthar, que conocía bien el lugar, porque Dido la había invitado a él muchas veces. Se dio cuenta entonces de que también traicionaba la amistad de la mujer más maravillosa que había conocido. Entró en la estancia donde el sufete y su esposa dormían plácidamente entrelazados. Esa visión le traspasó el corazón. Así podría haber sido su vida si hubiera sido libre. ¿Por qué los dioses bendecían la unión de Hannón y Dido y maldecían la suya? Hasis tenía razón, solo la riqueza y la posición social conseguían la felicidad y la armonía que ella estaba viendo en aquella pareja a la que tanto habían deseado parecerse ella y Aristodemo.

Ahora no podía echarse atrás. Se acercó con la llave de Aristodemo al arca de los papiros depositada en una esquina del camarote de Hannón. La introdujo en la cerradura y giró con delicadeza, esperando que el ruido no alertara al sufete y a su esposa. Por si acaso llevaba en la mano un puñal que le había dado Hasis. Estaba dispuesta a todo, aunque deseaba que no se despertaran y pudiera abandonar la estancia sin problemas. Tomó los rollos en sus manos y los guardó entre los pliegues de su ropa. Ella no hubiera sido capaz de descifrarlos, así que obedeció ciegamente la orden del embajador que le había dicho que cogiera todo lo que estuviera en el arca. Hannón y Dido dormían plácidamente. A ellos no les preocupaba la visión del Trono de los Dioses porque confiaban ciegamente en las palabras de Sebub. Al salir del camarote, Isthar volvió a verlos entrelazados, respirando con calma casi al unísono, con los rostros reflejando paz y

felicidad y sintió una fuerte punzada de envidia en su corazón unida a un amargo reproche a Tanit, que la había abandonado.

Como si la diosa hubiera oído su queja y, airada, quisiera que la descubrieran, la luna apareció brillante y la cubierta se iluminó de tal forma que sin duda sería vista por los guardias. Sin embargo, ella avanzó segura de sí misma y sin temor alguno.

—¡Alto! —dijo uno de ellos que, tras haberla visto, se situó a su lado—. ¿Quién sois?

—Soy Isthar —contestó ella en voz baja, pero perfectamente audible y sin que hubiera un asomo de temblor en su voz.

—Te esperaba —le replicó el centinela con tranquilidad—. La barca aguarda atada en la popa. Te guiaré hacia ella.

Ambos avanzaron tranquilos a la luz de la luna sabiendo que, aunque alguien los viera, nadie sospecharía de ellos. Isthar vio a Sebub y a Aníbal, que dormían también tranquilos, aunque ella no perdía de vista el cuerpo del viejo piloto, que podría estar fingiendo. Hasis le había advertido de que, si alguien podía impedir su misión, era Sebub con sus presentimientos y su agudo sentido.

—Yo os acompañaré llevando los remos —dijo el guardia—. No podría permanecer en esta nave sin despertar sospechas. Hemos tenido suerte de que mi compañero se encontrará indispuesto y se me confiara a mí solo la guardia. Hubiera tenido que matarle y en realidad lo apreciaba bastante.

Isthar se lo agradeció. La verdad es que esperaba tener que remar ella misma y no se sentía capaz de ello en medio de la oscuridad. El guardia resultó ser también un hábil remero y pronto se separaron muy lenta y sigilosamente de la nave capitana, dirigiéndose a la otra embarcación cuyas luces de posición se veían no muy lejos. La Estrella de la Mañana se sentía tan traidora como aquel hombre que la guiaba. Ella no había matado con sus manos a Aristodemo y no sabía si hubiera podido hacerlo llegado el caso. Lo que sí había hecho era matar su corazón, algo que para el espartano resultaba mucho más terrible que perder la vida.

Hasis, recobrando su habilidad y su proverbial astucia, había conseguido hacerse con el control de la nave del mismo modo que casi lo había hecho con la capitana. Tenía a su favor que en esta nave no había un Hannón ni un Sebub que pudieran contrarrestar su capacidad de seducción. Con una bodega repleta de oro y un sufete que en su locura se empeñaba en ir más allá sin detenerse jamás, no había sido difícil presentar la situación como insostenible y defender un regreso inmediato, abandonando a Hannón a su suerte. No había sido fácil, pero había prometido cuantiosas recompensas que los ingenuos y cansados marineros y hoplitas estaban dispuestos a acoger antes que un futuro de incierta navegación o que una muerte segura. Ya habían

visto los prodigios de aquellas tierras y nada les aseguraba que al día siguiente no fueran arrastrados por una terrible tormenta, abrasados por violentas lenguas de fuego o asesinados por indígenas hostiles. Habían conseguido lo que querían y, si volvían sin el sufete, siempre podrían alegar que lo habían perdido de vista en una tempestad o que había muerto en extrañas circunstancias.

El hábil Hasis les aseguró que Hannón no les perseguiría, sino que seguiría adelante en su exploración. En cuanto a su regreso, les había convencido de que jamás volverían a verle. Era un ser tan obstinado que perecería en el fin del mundo sin que su ambición de llegar más lejos pudiera saciarse nunca. Estos argumentos habían convencido de momento a unos hombres que todavía tenían el miedo en el cuerpo y en la mente y que valoraban lo seguro por lo incierto. Por eso todos esperaban inquietos esa pequeña barca cuyos remos sonaban ya cercanos. El embajador les había dicho que, en cuanto llegara Isthar, partirían de inmediato. Por supuesto no les había hablado de los papiros y ellos creían que Hasis solo deseaba rescatar a su esclava, cosa enteramente comprensible dada su belleza.

Cuando oyó los remos cerca, el embajador se sintió más relajado. Por unos instantes había temido que Isthar no llevara a cabo su misión y se la imaginaba confesándolo todo. Sin embargo, creía que había conseguido doblegar su espíritu con el engaño y la mentira y que el antiguo ser de la Estrella de la Mañana lucharía por ser superior a la nueva Ishtar. La muchacha de Cartago que bailaba en Las tres Gracias era una superviviente y confiaba en que aflorara ahora que su libertad estaba en juego. El hombre de Liks sabía que las tinieblas son mucho más poderosas que la luz, sobre todo cuando esta todavía no brilla en plenitud.

El orondo embajador se acercó a la borda para ayudar a Isthar a subir a bordo.

—Supongo que los tienes —le dijo en voz baja, cuando estuvo a su altura.

—Sí. Están todos, como tú me dijiste. Espero que cumplas ahora tu promesa. Llévame de vuelta y déjame en el lugar que yo considere adecuado. Y, sobre todo, desde ahora mismo, no me pongas las manos encima.

—Así se hará, pero no perdamos más tiempo y demos la señal de partida. En el caso de que Hannón nos siga debemos llevarle suficiente ventaja. Ven, descansa. Intuyo que no habrá sido fácil.

Isthar se refugió en el camarote de la nave y como primer acto de su libertad rompió a llorar por lo que había hecho e imaginó el rostro de contrariedad de Aristodemo cuando despertara por la mañana.

## El león y la paloma

Al rayar el alba, Sebub todavía dormía profundamente cuando notó un cosquilleo en su brazo. Abrió los ojos y vio que la paloma de Isthar estaba junto a él. Movido por un resorte interior, se levantó y enseguida comprobó que los centinelas de la última guardia de la noche no estaban en sus puestos y que no se veía a la otra nave por ninguna parte. Sin despertar a Aníbal, corrió rápidamente al camarote del sufete entrando como una exhalación sin pedir permiso. Hannón se levantó bruscamente y echó mano de su espada, que siempre descansaba muy cerca de él. El piloto detuvo su brazo y señaló a su amigo el arca abierta, al tiempo que Dido saltaba de la cama asustada.

—Tranquila, es Sebub —le dijo su esposo, dirigiéndose de inmediato al piloto—. Los papiros han sido robados. El arca está abierta sin violencia. Han tenido que emplear la llave de Aristodemo.

Casi desnudo y en compañía del viejo marino, corrió a la tienda que antes ocupaba Hasis. Entraron en ella con violencia y sujetaron con fuerza al espartano medio dormido, que se debatió con furia por instinto, sin saber todavía quiénes eran sus agresores.

—Pero ¿qué hacéis? —exclamó al ver los rostros de sus amigos.

—¿Qué significa esto? —le dijo Hannón con verdadero enfado, señalando la cuerda que colgaba en el cuello de Aristodemo y en la que ya no estaba la llave.

El espartano bajó la vista; para él el tiempo se detuvo y su existencia dejó de tener sentido mientras decía una sola palabra pronunciada con la tristeza más profunda que jamás había sentido.

—Ishtar…

Hannón lo sacudió viendo su desánimo y creyendo firmemente que no era fingido y que su amigo no tenía nada que ver con todo aquello. Había sido tan víctima como ellos.

—Sí, Isthar —confirmó el sufete—. Nos ha engañado a todos y

hemos caído en sus redes. Hemos sido unos ilusos al pensar que la Estrella de la Mañana podía encontrar su luz y dejar de ser lo que es.

—Pero no es posible —señaló Dido, que acababa de entrar en la tienda.

—Desgraciadamente sí lo es —añadió Sebub—. Es posible que alguien se vea obligado a dar lo mejor de su vida por una engañosa libertad. Es posible que en el combate con las tinieblas del ser se pierdan algunas batallas. Es posible que al tener que elegir se desgarre para siempre el corazón.

—No puede ser cierto, no puede ser cierto… —repetía de manera mecánica Aristodemo, en el colmo de su aflicción. El gigante espartano parecía ahora un niño desconsolado, con sus largos cabellos que ocultaban su rostro y lo sumían en las sombras. Parte del León acababa de morir en aquel instante.

—Vamos, Aristodemo, no te hundas. Es tiempo de pasar a la acción —dijo el sufete.

—Déjame, por favor, dejadme todos. Os lo ruego, salid de aquí, si es que me tenéis algún aprecio.

Sin saber qué hacer, Hannón y Dido miraron a Sebub y este les indicó que debían salir de la tienda. Él lo hizo en último lugar, no sin antes llevarse consigo la espada y la lanza del espartano.

—Es mejor prevenir —dijo, escuetamente—. Aristodemo tiene suficiente valor para afrontar al enemigo, pero nunca ha luchado contra una traición como esta. Ese combate debe librarlo en solitario.

—¿Qué me aconsejas, Sebub? ¿Serías capaz de reproducir los papiros que hemos escrito juntos?

—Lo lamento, Hannón, no podría volver a hacerlos. Mi memoria va siendo ya frágil y solo reconstruiría algunos datos. Por eso precisamente hemos tenido buen cuidado de anotarlos. —Hizo una pequeña pausa—. No tenemos otra opción que recuperarlos y Hasis debe saberlo, aunque probablemente haya ocultado este hecho a los amotinados.

—Entonces no hay tiempo que perder. Despertemos a todos y vayamos tras ellos. ¿Qué rumbo habrán tomado?

—El deseo de los hombres ha sido siempre regresar a casa. Han tenido que volver atrás.

—Ha sido culpa mía, Sebub. No debí obstinarme en ir más allá. Cometí el error de forzar a los hombres y, además, envié inconscientemente a Hasis a la otra nave sin reparar en el peligro que eso conllevaba.

—No es momento de lamentarse, Hannón. Como dije antes, es tiempo de actuar.

El viejo marino corrió al timón y despertó a Aníbal, que todavía dormía plácidamente. En pocas palabras, le puso al tanto de la

situación mientras ambos cooperaban en virar la nave.

Con las nuevas noticias se había disipado el temor al Trono de los Dioses y casi nadie se fijó en él esa mañana. De todos modos, con la luz del día solo podían ver una imponente mole cuya cumbre estaba totalmente cubierta de nubes.

—No podrán ir muy lejos —dijo finalmente el viejo marino, esperanzado—. El camino de regreso no es igual al que hemos hecho y sus pilotos no conocen la ruta. Si nos esforzamos al máximo, quizá podamos alcanzarlos.

Las palabras de Sebub animaron a todos, y cada uno dio lo mejor de sí mismo para que la nave galopara veloz tras la fugitiva. A medida que surcaban las olas a mayor velocidad, el rostro del piloto se encendía de pasión igual que el de su discípulo, mientras Hannón arengaba constantemente a los hombres e intentaba que su amigo Aristodemo volviera a la realidad. El espartano se había encerrado en la tienda de Hasis sin comer ni beber nada, ni responder a las reiteradas peticiones de ayuda del sufete. Era como si su valor lo hubiera abandonado para siempre.

La nave de Hasis no llevaba demasiada ventaja y pronto fue avistada por la capitana. El embajador se enfureció y azuzó a sus hombres diciéndoles que si el sufete los atrapaba no tendría piedad con ellos. Los marineros y hoplitas traidores se convencieron de que así sería y no confiaban en la clemencia de Hannón, que podía condenarlos a muerte a todos allí mismo como magistrado supremo de Cartago. Eso les hizo bogar más deprisa, porque la calma ecuatorial había hecho que las velas resultaran inservibles. Sebub maldijo su suerte. Sin el viento, la ventaja de la otra nave era insuperable. Sin embargo, alentó a los suyos para que mantuvieran el ritmo. Tarde o temprano una de las dos tendría que abandonar por cansancio de sus remeros. La incógnita era saber cuál.

—Aristodemo, necesitamos tu ayuda. —El espartano oyó la voz del joven Aníbal muy lejana, a pesar de que estaba junto a él en la tienda —. Te necesitamos, estamos haciendo turnos en los remos y todo el mundo disponible debe colaborar.

—¿Para qué seguir viviendo, Aníbal, si ella me ha traicionado?

—¿Y tú qué sabes de su corazón? —respondió el chico, dolido—. Quizá se ha visto obligada a ello. Te ruego que no la juzgues.

—Pero qué sabrás tú de todo esto, mocoso, si nunca te has enamorado de nadie.

Aníbal no respondió y atacó por otro lado.

—¿Crees que es de buenos espartanos rendirse de esa manera? ¿No te das cuenta de que Hasis se está escapando con el fruto de todos nuestros desvelos y que tú eras el responsable de esos papiros? Isthar te los ha quitado, de acuerdo, pero ¿es que tu honor no te obliga a

recuperarlos pase lo que pase?

—Si la encuentro, Aníbal, no sé qué haría con ella.

—Seguro que la perdonarías, aunque ella no lo esperara —respondió el muchacho, demostrando que conocía bien al espartano y que no era tan ajeno al funcionamiento del corazón de los hombres de bien.

Aristodemo no hizo réplica alguna a las palabras de Aníbal, se levantó del suelo de la tienda y arregló sus desmañadas ropas para poder remar con comodidad.

—Dame un remo, chico, y ten por seguro que sangrarán mis manos antes de que lo suelte.

Los remeros vieron con alegría cómo se incorporaba a ellos el soberbio León con el rostro crispado y enfurecido, como si fuera a saltar sobre su víctima y, aunque la fuerza de un hombre no bastaba para que la nave avanzara con mayor velocidad, la incorporación del espartano animó a los demás y les impulsó a mantenerse firmes en su esperanza.

La distancia se iba acortando y ninguna de las dos naves tocaba tierra, por lo que los víveres y el agua comenzaban a escasear. Todo ello hacía que el avance fuera mucho más lento por ambas partes, hasta el punto de llegar a ser muy débil, acentuado también por la gran calma de la llanura de agua, que parecía oponer una callada resistencia a los jinetes del mar.

—Los hombres están exhaustos, Hannón, me temo que de un momento a otro tengamos que parar e ir a tierra.

—No pueden escaparse ahora, estamos acortando la distancia muy poco a poco. Acabaremos por alcanzarlos —respondió el sufete.

—Ellos deben estar en nuestras mismas condiciones, a punto de tocar tierra o de rendirse, pero les empuja el miedo a ser apresados.

—Entonces aguantemos un poco más, Sebub, tú puedes conseguirlo.

—Un momento, Hannón, cállate un momento —dijo el viejo piloto, mientras se concentraba el olisquear el aire y en sentir un incipiente viento en la cara.

Al cabo de unos instantes exclamó:

—Estamos de suerte, amigos, el viento ha cambiado y se dispone a azotar la costa. La nave de Hasis tendrá forzosamente que tocar tierra y no podrá seguir la ruta. Entonces podremos cogerles. Baal está de nuestra parte una vez más. Cuando doblen aquel cabo que veis allí, desaparecerán de nuestra vista y cuando nosotros lo hayamos rodeado, os garantizo que los encontraremos desembarcando y no podrán ir muy lejos.

—Entonces, tenemos que prepararnos para el combate —exclamó Aristodemo—. Sebub, te lo ruego, devuélveme mi lanza y mi espada.

Te aseguro que se clavarán en el enemigo y no en mi cuerpo. He decidido traerte los papiros cueste lo que cueste. Está en juego mi honor. Alguien a quien los dos queremos me lo ha recordado bien. El chico se está haciendo sabio. Puedes estar orgulloso de él.

—Lo estoy, Aristodemo, lo estoy. Muy pronto podrá valerse por sí solo. Tú también le has enseñado algunas cosas, aún sin pretenderlo, porque el ejemplo arrastra con más fuerza que la palabra.

A punto de doblar el cabo, los ojos de todos estaban pendientes para ser los primeros en ver si la predicción de Sebub había sido correcta. Enseguida prorrumpieron en vivas al comprobar que la otra nave estaba varada en la costa. De lejos podían ver diminutas figuras que atravesaban a toda prisa la playa para alcanzar la selva.

—¡Ya son nuestros! —gritó Aristodemo, lleno de furia.

—Rápido, bogad con fuerza antes de que se internen demasiado en la selva y perdamos su rastro —dijo Hannón animando a los hombres.

—Es necesario detenernos a poca distancia de la playa y arriar los botes. No quiero que nuestra nave quede varada —advirtió el viejo marino.

Aristodemo fue uno de los primeros en desembarcar, provisto de toda su armadura. Con el salto a la arena sus pies se hundieron por el peso de sus armas, pero avanzó de inmediato con una ligereza inaudita, porque su rabia le estaba dando una fuerza sobrehumana. Hannón y Sebub apenas podían seguirle. Solo la agilidad del joven Aníbal le permitía secundar a su admirado guerrero. Ambos corrieron por la playa, que ya estaba desierta, pero justo cuando la selva empezaba a invadirla advirtieron una figura echada en el suelo. El grito de horror del espartano resonó en el aire y fue oído incluso en la nave capitana.

—¡Isthar, no!

Delante de Aristodemo y de Aníbal, que comenzó a llorar sin poder evitarlo, se encontraba tendido el cuerpo de la Estrella de la Mañana. Una profunda herida en su vientre teñía de rojo su blanco vestido. El rostro de la muchacha estaba pálido y casi sin vida, como si toda la viveza de su encanto se estuviera desvaneciendo poco a poco. En su mano derecha aferraba con fuerza un trozo de papiro, que sin duda había intentado arrancar de las manos de su agresor. El espartano se quitó el casco y se arrodilló junto a ella, tratando de incorporarla un poco y acercando su cara a la de ella intentando oír sus palabras.

Isthar, al sentirse en brazos de su amado igual que la primera vez que este había irrumpido en su existencia, llenándola de luz, consiguió que sus labios expresaran los confusos pensamientos que todavía quedaban en su mente.

—Aristodemo —susurró con un hilo de voz—, lo siento, perdóname. Mira, no he podido quitárselo —añadió, abriendo la mano

y mostrando el exiguo fragmento de papiro—. Hasta en eso he fallado..., pero tú sabes la verdad.

—Claro que la sé, Isthar, y también lo que has sufrido. Siempre tendrás un lugar en mi corazón.

—Tanit sigue riéndose de mí —exhaló ella—, la diosa se muestra de nuevo esquiva conmigo.

—No digas eso. Piensa que has podido ver la luz y que has elegido bien en el último momento. Para mí eso basta para borrar gran parte de mi sufrimiento. Al arrancarle a Hasis el trozo de papiro, has sido por fin libre, amor mío.

—Demasiado tarde...

—No, te aseguro que lo que hemos vivido no va a morir contigo. Espérame donde quiera que vayas porque no tardaré en acompañarte.

—Aristodemo...

La Estrella de la Mañana se apagó para el mundo de los vivos, dejando un vacío insondable entre los brazos del espartano, que cubrió el hermoso rostro de la muchacha con sus largos cabellos al tiempo que lloraba sin consuelo. A su lado, Aníbal, que no había podido decir nada, tampoco podía contener su llanto y posaba su mano en el hombro de su amigo en un inútil acto de compasión. Junto a ellos descubrieron el cuerpo sin vida de la paloma blanca de Isthar con una mancha carmesí en el pecho, como si hubiera decidido morir igual que su dueña.

Hannón y Sebub, que acaban de llegar, vieron la triste escena y no se atrevieron a interrumpirla. Se quedaron quietos, apartándose unos pasos para respetar el dolor de sus amigos. En esto vieron acercarse a marineros y soldados que salían de la selva. Aristodemo permanecía quieto y Hannón se bajó el casco y empuñó la espada para hacerles frente junto con Sebub, porque los hoplitas de su nave aún estaban desembarcando.

—Quieto —dijo el viejo marino—. Creo que no desean atacarnos.

En efecto, los soldados mostraban sus armas en alto en señal de rendición y uno de los marineros se arrodilló frente al sufete en actitud suplicante.

—Os lo ruego, señor, perdonadnos la vida. Sé que no somos dignos de ello y que hemos caído en el engaño del hombre de Liks. Estamos dispuestos a sufrir el castigo que juzguéis oportuno, si respetáis al menos nuestra vida. Cuando hemos visto que el embajador apuñalaba a la Estrella de la Mañana, muchos de nosotros nos hemos dado cuenta del error. Su sangre nos ha recordado nuestro deber para con Cartago y su sufete.

—Levántate —dijo Hannón, con solemnidad—. Ciertamente no merecéis compasión y debería abandonaros aquí a vuestra suerte, pero creo que es más oportuno que sigáis sirviendo a Cartago con honor en

esta ruta del sur. Usaré mi clemencia por última vez en este viaje, sabedlo bien.

—Oh, señor, vuestra magnanimidad es inmensa y nos sometemos a vos. Solo faltan diez hoplitas y tres marineros, que se han mantenido fieles al embajador y protegen su marcha a través de la selva junto con unos cofres de abundante oro. No hemos querido seguirles.

Cuando Aristodemo, que parecía absorto en su dolor, oyó lo que decía el marinero se dirigió a Aníbal y le dijo:

—Cuida de ella, chico.

Luego se incorporó de un salto y embrazando el escudo y la lanza se lanzó a la carrera por la senda que habían abierto los hombres de Hasis.

—Aristodemo, espera —gritó Hannón, en vano—, aguarda a que lleguen nuestros hombres.

—Es inútil —dijo Sebub—, nuestro amigo corre hacia su destino.

—Pues vayamos tras él en cuanto lleguen nuestros hoplitas —respondió el sufete.

Entre tanto el espartano atravesaba la selva con rapidez, con su larga melena hondeando al viento y la furia de un león en su corazón. Parecía como si la efigie de la bestia en su escudo le abriera camino. En su mente recordaba su juventud en Olimpia, cómo había competido en la hoplitodromía, aquella en la que los atletas corrían en el estadio con el equipo de batalla. Ahora veía el sentido de aquella competición en su vida y avanzaba veloz, como el felino que de inmediato se lanza de forma frenética, pero eficaz, hacia su presa. La ventaja que le llevaban no era mucha y pronto su agudo sentido del oído le permitió oír el ruido de los hoplitas, que marchaban pesadamente. Ellos también debieron sentir el aliento del León, porque apresuraron el paso. Pero debían abrirse camino, mientras que el espartano corría a través de la senda que ellos mismo habían limpiado. Algunos abandonaron los escudos y echaron a correr al ver de lejos la efigie del león y temer enfrentarse a su comandante. De los diez, cuatro se dispersaron despavoridos en diversas direcciones, pero los otros seis, al ver que el León les alcanzaría sin remedio, decidieron plantarle cara todos juntos. Formaron un pequeño muro de bronce con la esperanza de detener la carrera de Aristodemo.

El espartano los vio desde lejos ya formados, pero no se detuvo, sabiendo que tras aquella muralla estaba el camino hacia Hasis, el asesino de Isthar, que debía pagar su crimen. No se paró a pensar si podría vencerlos y corrió más rápido que el viento, chocando violentamente contra el muro de escudos, con cuidado de no quedar ensartado en las lanzas. El golpe desbarató a los hoplitas, que se dispersaron de inmediato buscando atacar al espartano por diversas partes.

El León se defendió con furia, usando la lanza para herir y matar y, cuando esta quedó atrapada en el pecho de un soldado, desenvainó la espada que daba tajos a un lado y a otro con habilidad. Los hoplitas creían que el león del escudo había cobrado vida y que se enfrentaban a una verdadera bestia. Tres cayeron heridos de muerte, pero Aristodemo había recibido importantes heridas que no parecían afectarle. La barba se le llenó de sangre propia y ajena y su sabor aumentó su valor y su furia.

Al final del combate, los seis hoplitas yacían en el suelo heridos de muerte, dando lastimeros gritos de agonía y mostrando demasiado tarde su arrepentimiento. Aristodemo tuvo que buscar el palo de una lanza astillada para sostenerse. Los repetidos ataques de los soldados desde diversos flancos habían alcanzado muchas veces su tronco y sus piernas y todo él estaba envuelto en sangre. Una lanza le había atravesado el muslo de parte a parte y sabía que no sobreviviría a esa herida. Sin embargo, después de extraerla con un supremo esfuerzo, siguió adelante cojeando, con la certeza de que no llegaría muy lejos. Había fracasado en su empeño de seguir a Hasis, pero al menos moriría en combate como un verdadero espartano, aunque le disgustaba haberlo hecho contra sus propios hombres. Sintió que su mente se nublaba y que perdía el equilibrio. Apenas podía sostenerse y, tras avanzar algunos pasos, consiguió apoyarse en el tronco de un árbol. Vio delante de él la figura de su amado rey envuelta en una espesa niebla y pudo oír su voz:

—Bien hecho, Aristodemo. Has obedecido mi orden sin desfallecer y has obtenido la recompensa de ser útil y de haber gozado del amor verdadero. Sabía que no eras un espartano como los demás y que tu ser pedía algo más que la dureza del guerrero. Gracias a tu colaboración, Cartago sobrevivirá durante un tiempo, pero lo más importante es que has conocido la amistad, la fidelidad y el amor. Este es el fin de tu viaje.

—He fracasado, majestad, no he podido vengar la muerte de mi amada.

—En eso, como en otras cosas, sigues equivocándote, amigo mío.

La figura de Leónidas se desvaneció y Aristodemo vio un extraño brillo en el lugar en el que había desaparecido. Esforzando al máximo su ya escasa visión, pudo distinguir el fulgor del oro que salía de los cofres robados. A su lado yacían los cuerpos sin vida de los tres marineros traidores y también el del hombre de Liks. Con sus últimas fuerzas, Aristodemo se arrastró hacia Hasis y pudo ver que tenía el cuerpo lleno de golpes producidos por piedras. Una de ellas había impactado en su frente causándole la muerte al instante. En su mano aferraba los papiros de Hannón y Sebub, en un último intento de apoderarse de ellos. El espartano se los quitó y los llevó junto a su

pecho, luego se puso boca arriba y sonrió al ver que una paloma blanca sobrevolaba por encima de su cabeza. Cerró los ojos para siempre y sus debilitados oídos pudieron oír las lejanas voces de sus amigos que apenas llegaron ya a su mente.

—Ahí, Hannón, ahí está Aristodemo —dijo Aníbal corriendo junto a su cuerpo ya sin vida.

—Ha muerto como un león —sentenció Sebub.

—Y como un espartano, de frente al enemigo —constató Aníbal, acariciando la melena de su amigo.

—Y aquí tenemos a Hasis —dijo el sufete con cansancio, alegre por la muerte del odioso embajador e infinitamente triste por haber perdido a Aristodemo—. Estúpido espartano, ¿no podías haber esperado un poco más? ¿De qué nos sirven ahora estos hoplitas que hemos traído?

—¡Quietos! —advirtió el viejo marino—. Silencio. Hasis y los marineros han muerto porque alguien los ha apedreado.

En ese momento silbaron las piedras en el aire y una lluvia mortal, que provenía de las copas de los árboles se abatió sobre los púnicos. Los hoplitas se pusieron a cubierto bajo los escudos, que eran abollados por la fuerza de los proyectiles. Agazapados tras ellos, Sebub, Aníbal y Hannón alcanzaron a ver unos seres peludos colgados de los árboles que lanzaban sus piedras con gran furia.

—¿Serán los pequeños hombres de los que hablaba Sataspes? —se atrevió a decir Hannón.

—No lo creo —respondió con srguridad Sebub—, más bien me parecen animales a los que según Akbar los nativos llaman en su lengua «gorilas». En todo caso son agresivos y, como hemos visto, mortíferos.

—Ataquémosles, no podemos quedarnos aquí para que nos acribillen como a Hasis. Además, tenemos que proteger el cuerpo de Aristodemo —dijo el sufete—. A mi señal levantad los escudos y emplead las lanzas y los arcos.

Los hombres obedecieron justo a tiempo, porque los extraños «gorilas» estaban bajando de los árboles hacia ellos sin dejar de tirar piedras. La batalla con los simios fue encarnizada, por cuanto eran mucho más numerosos y ágiles que los púnicos. En un momento dado, Sebub advirtió que una enorme piedra era dirigida hacia la cabeza de Hannón. Sin dudarlo un instante se puso en medio y recibió el impacto destinado al sufete. Al punto se desplomó y su frente se llenó de abundante sangre.

—A mí, hoplitas, protegedme —gritó Hannón, mientras arrastraba a Sebub hacia una posición más segura.

Unos cuantos formaron un efectivo techo de bronce, que impidió que ninguna piedra les alcanzara. Aníbal se había situado también

bajo aquel manto protector. Sebub, echado en el suelo, permanecía sereno, aunque la sangre no dejaba de manar de su cabeza. El chico se arrodilló junto a él temiendo lo peor.

—No me abandones, Sebub, no me dejes ahora. Te necesito.

—Hannón, Hannón... —dijo el viejo marino, ignorando el llanto de Aníbal.

—Aquí estoy, amigo, gracias a ti, viejo loco.

—Hannón, lo hemos conseguido, no lo dudes. Cartago prosperará.

—Lo sé. Estoy seguro desde que salí de la Choza de los Iniciados.

—No te costará regresar, amigo mío. Lo difícil para ti ahora será no volver a embarcarte nunca más —dijo el viejo marino al sufete—. Tu vida es demasiado valiosa y Cartago te necesitará en casa. Súfrelo con paciencia y sirve a tu ciudad. Jamás olvides lo que has aprendido en este viaje.

—Te pondrás bien, Sebub. No podremos volver sin ti.

—Sí que podréis, Aníbal os llevará. Confía en el muchacho, ha aprendido mucho en todo este tiempo, te sorprenderá. Y ahora déjame con él a solas.

Hannón se retiró con el rostro bañado en lágrimas, mientras Aníbal cogía la mano de quien había sido para él su verdadero padre.

—No estés triste, muchacho —le dijo el viejo marino—, esto era necesario. Yo tengo que desaparecer para que tú crezcas. Pronto verás que tienes, como yo, el poder de profecía y de visión, utilízalo en servicio de nuestra ciudad.

—Pero, Sebub, yo no puedo llevarlos de vuelta. No sabría cómo hacerlo.

—No te preocupes por eso. Busca entre mis cosas una bolsa de cuero. Allí encontrarás unos papiros con todas las indicaciones necesarias para el regreso. No haréis las mismas escalas que hemos hecho juntos.

—Entonces tú ya habías llegado hasta aquí y no nos habías dicho nada, viejo zorro —le dijo el chico, acariciando suavemente su mejilla.

—Aníbal, nunca he querido a nadie tanto como a ti. Pensaba que sería feliz navegando por el océano Celeste, pero en este viaje he descubierto que solo estaré colmado cuando tú subas también a mi nave para siempre. Pero antes, te esperan muchas pruebas y también muchas alegrías. Un día tú también encontrarás a quien ocupe tu sitio en el timón y entonces vendré a buscarte, te lo aseguro.

—Sebub...

Los ojos del viejo marino se cerraron y cuando los abrió, vio ante él a su padre, que le tomaba de la mano para que subiera seguro por la escala que conducía a la nave eterna.

Hannón se acercó al chico, que se resistía a soltarse del cuerpo del

viejo marino. Juntos oyeron las noticias que le daba uno de los hoplitas.

—Señor, la batalla está ganada. Hemos dado muerte a tres de esos extraños seres. Hembras, creo. Los hombres dicen que nos llevemos sus pieles a Cartago como prueba de que hemos llegado al confín del mundo.

—Está bien —dijo Hannón, con desgana—, serán una ofrenda para Baal y Tanit y las conservaremos en su templo junto con el relato de este viaje.

Aquella misma noche dos enormes piras funerarias ardieron en la playa. En una, se quemaron juntos los cuerpos de Aristodemo e Isthar, de modo que sus cenizas se mezclaron para que estuvieran unidos en la eternidad quienes no habían podido estarlo en esta vida. En otra, ardía el solitario Sebub, el que muchos creían que era el último de los pilotos profetas de Cartago.

Como el espartano y la Estrella de la Mañana no tenían patria, Hannón decidió que se hiciera un claro en el bosque y se construyera un túmulo para depositar sus restos. Señalaron bien el sitio para que pudieran encontrarlo en el futuro si la selva avanzaba. El sufete había prometido que un barco traería una lápida de piedra que conmemorara su gesta.

En cuanto a Sebub, sus cenizas fueron arrojadas en un ánfora al mar, para que reposara en la llanura de agua que tanto había amado. Hannón no pudo reprimir las lágrimas ante la pérdida de sus dos mejores amigos, sin los cuales jamás hubiera tenido éxito. El piloto y el espartano le habían convertido en el líder que era, ellos le habían dado el don más precioso de los hombres: su amistad. Ahora se sentía solo e indigno de haberles sobrevivido. Afortunadamente sentía muy cerca la presencia consoladora de Dido, aunque se angustiaba con la idea de perderla algún día.

Cuando se alejaron al día siguiente de aquel lugar de triste recuerdo, el joven Aníbal llevaba uno de los remos timón mientras que un marinero, al que había instruido rápidamente, manejaba el otro. No pudo evitar lanzar una mirada al lugar donde reposaban los restos de su admirado espartano. Aunque sus ojos no vieron al principio más que la arena de la playa recortada por la selva ecuatorial, pronto tuvo que restregárselos con asombro. Allí, en la orilla, alcanzó a ver un león junto al que volaba una blanca paloma. Quiso avisar a Hannón para que los viera también, pero enseguida se dio cuenta de que aquello solo era para sus ojos, unos ojos que habían comenzado a tener la capacidad de profecía y visión de los escogidos pilotos de Cartago. En su corazón sintió la voz del viejo marino:

—Llévalos a casa, Aníbal. Cabalga por la llanura de agua como un

verdadero jinete del mar.

Y así lo hizo, en una travesía de regreso que se llevó a cabo sin grandes tropiezos siguiendo las anotaciones de Sebub. La ruta quedó sumergida en el secreto, igual que la de ida, y solo se transmitió a los pilotos encargados de hacerla prosperar. El viaje de vuelta sirvió para que Hannón valorara de veras a aquel muchacho que, al llegar a Cartago, se había convertido en un hombre.

Cuando el sufete y su esposa vieron desde el barco la silueta de Byrsa y localizaron la terraza de su casa entre la multitud de viviendas de la próspera Cartago, el corazón les dio un vuelco de alegría. Habían vuelto sanos y salvos a su hogar. Ajenos al espectacular recibimiento que les hicieron sus conciudadanos, a las múltiples felicitaciones y abrazos de todos y al cariñoso encuentro con Himilcón y su esposa, ellos solo tenían en mente traspasar el umbral del lugar que tanto amaban.

Al entrar se dieron cuenta de que su casa parecía más pequeña que nunca, de que las estancias se hacían inmensamente reducidas para la mirada de quienes se habían acostumbrado a otear el horizonte. Era como si hubieran vivido siempre en un mundo encogido que se había ensanchado con aquel viaje. Pero pronto cada detalle de su hogar les recordó escenas concretas de lo que habían vivido entre aquellos muros y la casa empezó a hacerse grande otra vez con sus recuerdos y a desear que la habitaran para hacerla todavía más ancha y hermosa. Los dos se asomaron juntos, cogidos de la mano, a la terraza que les comunicaba con el mundo y desde allí contemplaron los tejados de la gran Cartago y el puerto y más allá el mar, ese inmenso lugar que había sido su patria en aquella aventura.

Lo que antes les había parecido insondable y misterioso, no tenía para ellos ya secretos, porque habían cabalgado casi hasta su fin y sabían qué había en el lugar en que el mar se funde con el cielo.

Hannón y Dido vivieron felices el resto de sus días, con la sola tristeza de no poder tener una descendencia propia. Se les llamó Padres de la Patria y Encarnación de Baal y Tanit. Sus honores fueron perpetuos y, aunque jamás volvieron a las costas del océano tal como había predicho Sebub, tuvieron la suerte de recibir las periódicas visitas del piloto más hábil de la flota, Aníbal, cuyas hazañas contarían por los siglos los marineros de la ruta del sur. A ellos volvía el que había sido su muchacho y que ahora los consideraba sus padres. Los dioses bendijeron también al mejor de los sufetes con la alegría de ver la prosperidad de Cartago y, aunque a veces volvían los sueños de destrucción a su mente, siempre conseguía conjurarlos con las imágenes de la Choza de los Iniciados. A ellos les había correspondido el premio de contemplar la gloria de los jinetes del mar.

# Epílogo

*Cartago, 146 a. C .*

Polibio volteó el cadáver del joven cartaginés, que con su cuerpo protegía los valiosos papiros. Contempló unos instantes la cara del chico, un joven de quince años con un sospechoso parecido a la reina Elisa. Sintió compasión por él, a la vez que admiraba su abnegación y su sacrificio, que finalmente habían sido inútiles. Sus informadores estaban en lo cierto cuando le habían dicho que el secreto debía estar en el templo de Baal. Allí había apostado guardias hábilmente camuflados, con la orden de dejar hacer a cualquiera que entrara. De sobra sabía Polibio que la estela no decía nada importante ni concreto. Solo era una vaga descripción del viaje. Los púnicos no iban a ser tan estúpidos de contar su secreto a voces a todo el que se hubiera molestado en aprender su idioma. Y allí estaba la prueba de que había algo más.

Recogió él mismo los papiros esparcidos por el suelo y mandó llevarse también las extrañas pieles negras. Seguro que en los textos estaría la clave de su significado. Con aquellos datos habían arrebatado a Cartago su última esperanza. Según había acordado con Escipión, Polibio no tardaría en hacer un viaje de reconocimiento por África occidental para ver qué había sido de aquellas colonias y para someterlas al nuevo poder de Roma.

Se apresuró a comunicar personalmente la noticia al general romano, que se encontraba en lo alto de Byrsa contemplando la destrucción y el saqueo de la ciudad. Al ser recibido, el griego le relató todo lo referente al hallazgo de la información que estaban buscando. Polibio esperaba que Escipión se alegrara y lo felicitara por su eficiencia. En cambio, vio que el rostro del romano se llenaba de lágrimas mientras observaba las ruinas de la ciudad humeante. El hombre civilizado que no había dudado en permitir que sus hombres se entregaran al saqueo y a la masacre lloraba ahora, quizá

arrepentido de su decisión. Polibio se atrevió a interrumpir ese momento:

—Señor, no es bueno que los hombres os vean llorar. No podéis permitiros el lujo de mostraros débil ahora, después de haber autorizado la destrucción total de la ciudad. Podrían pensar que no estamos actuando de modo correcto.

—Te equivocas, Polibio. No estoy llorando por Cartago, estoy llorando por Roma. Los imperios ascienden y caen, se suceden unos a otros como las generaciones de los hombres, florecen y se marchitan como los lirios del campo. A Roma también le llegará su momento. Veo su futuro igual al de Cartago, entre el humo de estas ruinas, y sé que algún día nuestro mundo caerá para que otros ocupen su lugar. Sandalias enemigas pisotearán nuestro foro y destruirán nuestros edificios para construir los suyos. Pero esto no sucederá pronto. Tendremos la suerte de no verlo, al menos desde el mundo de los vivos. Mi llanto es por una Roma que todavía no existe. Por eso me secaré las lágrimas y disfrutaré de este presente. Los púnicos ya no surcarán los mares con sus barcos. La civilización de Cartago se sumergirá para siempre y estas aguas se llamarán desde ahora Mare Nostrum. El tiempo de los jinetes del mar ha pasado.

# *Nota del autor*

El breve relato del periplo de Hannón se ha conservado principalmente en un manuscrito del siglo IX , que se encuentra en Heidelberg ( *Palatinus Graecus* 398) redactado en griego. * Ese texto sería la versión griega de un original púnico inscrito en una estela del templo de Baal en Cartago. Algunos opinan que se trata de un viaje real y han intentado identificar los lugares geográficos citados en la narración, aportando variadas posibilidades de localización. Otros, sin embargo, sostienen que se trata de un relato de aventuras escrito en el contexto de una literatura de ficción de los siglos VI o V a. C. En el caso de que fuera un viaje real, tampoco hay acuerdo sobre su finalidad, al menos en lo que se refiere a la parte exploratoria.

En esta novela he querido combinar ambas posibilidades presentando un viaje real, tal como sostienen algunos estudiosos, pero enraizando el relato en toda la tradición del viaje de aventuras y de iniciación de la literatura universal. El lector atento descubrirá los ecos de los grandes viajeros de todos los tiempos como Ulises, Jasón y los distintos descubridores que hicieron el mundo más pequeño. También hay en Hannón algo del héroe fundador, cuyo prototipo es Eneas, perpetuado en los pioneros de la conquista del Oeste. Y, sobre todo, he intentado plasmar la magia del viaje, que cambia a los hombres haciéndolos más sabios y más maduros gracias al contacto con lo distinto, para lo que apenas hay palabras o ideas previas. Hannón y sus hombres quisieron penetrar en el corazón de África y en su aventura prepararon la ruta de los hombres del futuro, que completarían lo que ellos habían iniciado.

Para la mayoría de las localizaciones de lugares en el periplo he seguido las teorías de J. G. Demerliac y J. Meirat, expuestas en su monografía *Hannon et l'empire punique* (París, 1983), aunque otros investigadores han propuesto otras posibilidades.

Las Columnas de Melqart o de Heracles son las famosas Columnas de Hércules, identificadas con el estrecho de Gibraltar y que aparecen en el actual escudo de España con la divisa Plus ultra ( «más allá»).

Los vestigios arqueológicos de la ciudad de Liks pueden visitarse cerca de Larache, mientras que el río que remontan desde Liks, acompañados por el intérprete Akbar, es el actual río Loukhous. La primera colonia fundada, a la que hemos dado el nombre de Kitheron en la novela, puede corresponderse con la actual Mehedya, en Marruecos. El cabo de las Rocas sería el cabo Cantín, también llamado Beddouza (Marruecos). La laguna podría ubicarse en Oualidia (Marruecos). Las cuatro ciudades de Rus Bus, Melitta, Karak y Gattat estarían situadas en Mazagán, mientras que Harambys se identificaría con Azemmour. Karna sería la actual isla de Arguin, en el Parque Nacional del Banco de Arguin (Mauritania). El gran río que remonta Hannón, fracasando en su intento, se correspondería con el río Senegal. La costa inhóspita que provoca el motín a bordo se extendería desde Cabo Verde a el cabo Palmas, mientras que la región más verde y frondosa comenzaría a partir de este último lugar.

La gran aldea etíope en el interior de África se ubicaría en cualquier población que pudiera encontrarse en Costa de Marfil. El río del país del oro podría ser el Ankobra, en Ghana, precisamente en la Costa de Oro. La isla en la que oyen los tambores estaría en el delta del Níger, mientras que el Trono de los Dioses se ha identificado con el monte Camerún.

No sabemos qué tipo de antropoides eran los misteriosos «gorilas», pero sí sabemos que el investigador T. S. Savage en 1847 empleó por vez primera este nombre, que conocía por una traducción del periplo de Hannón, para designar a unos antropoides hasta entonces desconocidos que descubrió en África Occidental.

Sabemos muy poco sobre las creencias de los cartagineses en el Más Allá. La navegación por el océano Celeste que incluimos en la novela la hemos tomado de una hipótesis de interpretación de una pintura encontrada en Kef el-Blida (Túnez). En la pared de una tumba se representa un barco guiado por Baal, barbado con casco, escudo y doble hacha, que lleva hacia la inmortalidad a sus pasajeros, siete guerreros armados con cascos y lanzas. Del barco pende una escala por la que subiría el difunto en el momento de embarcar en su último viaje.

En cuanto a las cualidades adivinatorias de Sebub, se especula sobre la existencia de cofradías de pilotos-augures ligadas a templos situados en lugares estratégicos, como el del cabo de las Rocas, que eran consultados antes de emprender la navegación.

---

* Texto griego, traducción al castellano, estudio y bibliografía en C. Schrader, «El mundo conocido y las tentativas de exploración. Los orígenes de la geografía descriptiva griega» en F. J. Gómez Espelosín-J. Gómez-Pantoja, *Pautas para una seducción. Ideas y materiales para un nueva asignatura: Cultura Clásica* , Madrid, Ediciones Clásicas, 1991, pp. 81-149.

Verba volant, scripta manent